



2º, serie Época

LA CONSENTIDA DE LA REINA

Sophie Saint Rose



Libro 2 de la serie Época

Lady Marian Andover, ahijada de la Reina Victoria, antes de su presentación en sociedad conoce al Marqués de Brentwood en un baile de máscaras poco recomendable.

Encandilada por el atractivo libertino decide que será su marido. Tanto si quiere, como si no.

Capítulo 1

Andover Hall, Southampton, Inglaterra 1840.

-¡Marian, baja de ahí ahora mismo!- gritó su madre mientras corría por el jardín en su dirección.

-Mamá, no me pasará nada- dijo mientras se reía agarrada a una de las ramas del árbol.- Lo he hecho muchas veces.

-¡Marian Victoria Andover, baja ahora mismo de ahí! –exclamó su madre histérica.- ¡Te voy a encerrar en tu habitación un año!

La niña pasó una de sus pequeñas piernecitas por encima de la rama y se subió con mucha agilidad sobre ella mientras sonreía descarada- No lo harás porque me quieres.

Su madre miró a su alrededor buscando una solución, hasta que se dio cuenta de algo y miró a su hija con los ojos entrecerrados- Como no bajes ahora mismo, se lo diré al Duque.

Marian frunció el ceño- No lo harás, no os habláis.

Su nana llegó corriendo, levantando las faldas de su vestido gris-¡Milady! ¡Baje de ahí!

Su madre puso los brazos en jarras mirando a su niñera- Señorita Swanson, ¿no tendría que estar vigilando a mi hija?

-Se me escapó, Excelencia- dijo la niñera arrepentida- Fui al excusado un minuto, lo prometo. Se suponía que tenía que estar leyendo en su aula.

La duquesa de Warminster miró a su hija preparada para echarle una buena reprimenda- ¡Marian! ¡Baja de ahí ahora mismo!

-¡No!- gritó la niña-¡Es muy aburrido! Siempre leyendo. Que si números, que si letras... ¡Me aburro! ¡Quiero salir a caballo!

Su madre no pudo evitar sonreír al ver lo furiosa que estaba su hija. Con sus hermosos rizos negros despeinados y echando chispas por sus maravillosos ojos violetas. Decidió ser más suave- Si bajas... Te llevaré conmigo a la Corte.

La niña abrió los ojos como platos mientras se ponía de pie sobre la rama. Los jadeos de las mujeres levantando las manos hacia ella la hicieron reír- ¿Lo prometes?

Su madre exasperada chilló- ¡Lo prometo! ¡Pero baja de ahí antes de que te

mates!

Marian bajó por el árbol como un pequeño monito y su madre gimió pensando en que había arruinado su vestido de seda. Cuando llegó al suelo parecía muy satisfecha de sí misma y la duquesa la cogió de la mano muy enfadada- ¡Ahora te vas a la cama sin cenar!.

La niña sonrió de oreja a oreja, mientras su institutriz la miraba con desaprobación. Marian le sacó la lengua cuando pasó a su lado mientras su madre tiraba de ella.- Te juro que no sé qué hacer contigo. Siempre te estás metiendo en líos.

-Mamá, lo prometiste. – dijo ella cantando- Voy a ver a la reina.

La duquesa la fulminó con la mirada- La reina Victoria se avergonzaría de tu comportamiento y te enviaría a galeras.

Marian abrió la boca sorprendida- ¿Lo haría?

-Claro que lo haría, mi prima no tolera a las niñas malas- su madre tiró de ella hasta la casa donde al subir las escaleras ya la esperaba allí Susan, su doncella- Encárgate de ella y que no me entere de que le das comida a escondidas. Está castigada sin cenar. Que se acueste.

Susan miró a Marian muy seria- Sí, Excelencia. Me ocuparé de milady.

Alargó la mano y Marian contenta se acercó a Susan para cogérsela-¿Sabes, Susan? Voy a conocer a la Reina.

Susan abrió los ojos sorprendida- Eso es todo un honor, ¿estará milady a la altura?

Marian enderezó su espalda- ¡Por supuesto! Ya tengo cinco años.

La doncella no pudo evitar una sonrisa mientras la duquesa ponía los ojos en blanco y levantaba los brazos exasperada – Ahora vete a acostar. No quiero una queja sobre ti en toda la semana, porque si no te quedarás aquí mientras yo voy a Londres.

La niña frunció el ceño- Me lo prometiste si bajaba del árbol, no te puedes echar atrás. Una promesa, es una promesa.

Susan que vio como la duquesa estaba a punto de explotar, tiró de la niña hacia las escaleras- Milady se portará bien, Excelencia. Me ocuparé de ella.

El alivio invadió la cara de su madre mientras veía como su revoltosa hija subía las escaleras sin parar de hablar.

Se volvió hacia la institutriz- Sino es capaz de realizar su trabajo, le recomiendo que abandone esta casa.

-¿Me está despidiendo?- preguntó la mujer sorprendida- Es muy inteligente, pero a veces es imposible controlarla.

La duquesa frunció los labios- No puedo consentir que estando a su cuidado acabe encima de un árbol.

-¡No puedo encerrarla en el aula! ¡Me ha robado la llave!

La duquesa se echó a reír- ¿Qué ha hecho que?

La Señorita Swanson sonrió tímida- Y eso que la había escondido, pues me lo temía. Pero no es capaz de estar concentrada más de cinco minutos. Se distrae con una mosca.

-Tendrá que buscar la manera- dijo su madre yendo hacia la sala del té- Quizás clases al aire libre.

La institutriz se lo pensó – No creo que funcione tampoco, como le he dicho se distrae con una mosca.

La madre de Marian gimió sentándose en el sofá extendiendo su voluminosa falda- ¿Cómo va su aprendizaje? ¿Se va retrasando comparada con los niños de su edad?

-Todo lo contrario, Duquesa. Va muy adelantada.- dijo la Señorita Swanson orgullosa.- Diría que se la podría comparar con una niña de diez años.

La duquesa la miró sorprendida- Pero si sólo tiene cinco.

La institutriz sonrió- Le he dicho que es muy inteligente. Ya habla francés como una nativa.

-¿Francés?

-Por eso es tan difícil mantenerla en el aula, se aburre porque todo le parece muy fácil. No le interesa.

La duquesa se echó una mano al pecho – ¡Pero eso es horrible!

La institutriz asintió.- Una desgracia, si me permite decirlo.

-¡No conseguirá marido!- la duquesa comenzó a andar de un lado a otro- Ningún hombre quiere casarse con una mujer más inteligente que él ¡Tenemos que hacer algo! Se convertirá en una paria.

-Siendo ahijada de la Reina e hija de un duque no creo, Excelencia.

La madre de Marian la miró con un brillo en la mirada- Ya está, no le enseñará nada más.

La institutriz se alarmó- No creo que...

-Está decidido- dijo la duquesa firme- Cuando tenga más edad le seguirá enseñando y sólo cosas que considere que debe saber para su edad. Nada de enseñar antes de tiempo.

La señorita Swanson negó con la cabeza-¿Puedo decir algo?

Mientras la duquesa se dejaba caer sobre la butaca con gesto de fatalidad continuó- No servirá de nada. Absorbe la información sin darse cuenta. El otro día la cogí leyendo un libro de Aristóteles, nada menos.

- ¿Qué le voy a decir al duque? Me va a echar la culpa de este defecto.

-Debemos instruirla para disimular, eso es todo.

-¿Cree que funcionará?- preguntó dudosa- Si hay algo que mi hija no sabe hacer, es disimular.

-Es una niña, aprenderá.

-Vendrá a Londres con nosotras –ordenó la Duquesa mirándola fijamente con sus ojos verdes – y no la perderá de vista.

-Sí, duquesa- dijo haciendo una breve reverencia.

-Dígale a Susan que baje en cuanto haya acostado a la niña. Quiero hablar con ella.

La señorita Swanson salió de la salita y rápidamente subió las escaleras hasta la habitación de la niña. En cuanto abrió la puerta se encontró con que Marian estaba comiendo un pastel de carne a dos carrillos. Lanzó una mirada fulminante a Susan que se encogió de hombros- Le juro que yo no se lo he traído.

-¿De dónde lo has sacado?- preguntó acercándose a la niña que tenía un plato de porcelana lleno de comida sobre sus piernecitas cruzadas.

-Sabía que me castigaría, así que lo cogí antes- dijo con la boca llena.- Sophie, no te enfades.

-¿Lo has hecho a propósito?

La sonrisa de la niña, se lo dijo todo- ¿Qué voy a hacer contigo? Ha estado a punto de despedirme.

Marian abrió los ojos como platos-¿De verdad? –después de pensarlo unos segundos negó con la cabeza- No lo haría. ¿Qué haría conmigo entonces? Se tiraría de los pelos.

La manera de racionalizarlo todo de la niña la asombraba constantemente- No podría ir a esas fiestas...

-Sí que podría- dijo Susan- Tienes que tener más cuidado, pequeña. Tus diabluras pueden perjudicar a otras personas. A nosotras, por ejemplo.

La niña lo meditó- Vale, tendré más cuidado.- dejó el plato a un lado y bajó de la enorme cama. Cogió el plato y lo metió debajo para esconderlo.

Sophie miró a Susan que se echó a reír- ¿Qué? Es maravillosa. No puedo decir otra cosa. Ha conseguido lo que quería y no se ha roto la crisma en ello.

La institutriz escondió su sonrisa con la mano.- Bien, nos vamos a Londres las tres. Espero que te portes bien.

Marian sonrió mientras Susan le desabrochaba su vestidito de seda azul. – Susan, la duquesa te espera abajo. Supongo que para que vigiles de la niña en Londres. Habla poco, está un poco asustada de su nivel intelectual.

-¿De qué?

-Quiere decir que le da miedo que sea lista, ¿no, Sophie? –explicó la niña quitándose los zapatos y tirándolos a un lado.- Quiere que sea tonta.

-No Marian, quiere que no seas tan lista. Que no es lo mismo.- dijo acercándose a la niña para quitarle la ropa interior antes de ponerle el camisón.- Baja ya, Susan. No quiero que se impacienta.

Metió a la niña en la cama- ¿Por qué no quiere que sea lista?

Sophie se sentó sobre la cama mientras le acariciaba sus rizos negros- Ella

quiere que seas muy lista, pero la buena sociedad no ve bien que las mujeres lo sean.

-¿Por qué?- cogió el lacito de su camión y empezó a jugar con él.

-Porque se supone que las mujeres no son listas. Los listos, son los hombres.

-Pero la reina es lista. Es la reina.- dijo convencida.

La institutriz sonrió- Lo es. Pero no puedes ser más lista que ella. ¿Lo entiendes ahora?

-Tengo que ser más tonta que la reina- pensó en voz alta mientras sus manitas deshacía el nudo de su lazo.

-Y más tonta que muchos hombres. No todos, sólo algunos.- le volvió a atar el nudo y la miró a los ojos sonriendo- Ahora a dormir.

A Marian se le cerraban los ojos y Sophie la miró mientras se quedaba dormida. Era un auténtico torbellino y no le extrañaba que al final del día estuviese agotada.

La puerta se abrió y Susan entró sin hacer ruido. Recogió la ropa de la niña frunciendo el entrecejo cuando vio una mancha de verdín en el vestido de seda- Destroza estos maravillosos vestidos -dijo en voz baja.

Sophie se acercó a ella y le preguntó en voz baja-¿Qué te ha dicho?

Susan la miró sonriendo- Que la cuidemos, que no le quitemos ojo, que no abra la boca, ese tipo de cosas.

-¿Nada más?

-Me ha preguntado si haces un buen trabajo con la niña- dijo preocupada- Hoy la ha liado bien.

Se encogió de hombros- Sino me ha echado, no creo que lo haga hoy.

-Terminaremos fuera de la casa, lo sabes ¿no?- dijo recogiendo los zapatitos de Marian.

-Claro que lo sé, cuando organice una buena las primeras que nos iremos seremos nosotras- dijo mirando a la niña.- Pero merece la pena por verla criarse. ¿No crees?

Susan la miró horrorizada- Cuando te echen sin carta de recomendación, me lo dices.

-Se pasa la mitad del año fuera y su padre ni aparece por aquí- dijo Sophie- Sólo tenemos que aguantar ese tiempo, hasta que se case.

-Eso si la casamos. Si es así con cinco años, como será con diecisiete...-dijo poniendo los ojos en blanco.

-Será un placer descubrirlo.

El lunes siguiente se encaminaron a Londres, donde se celebraban los esponsales de la reina Victoria y su prometido el príncipe Alberto de Sajonia. Era un momento de gran celebración y toda la nobleza británica estaría allí. Habría fiestas por todo Londres, pues la temporada acababa de comenzar. Todas las casas más importantes de Inglaterra ya estaban allí y la duquesa debería haber hecho acto de presencia ya, pero un leve resfriado después de las Navidades la había mantenido en cama. Llevarse a su hija a la ciudad había sido otro retraso, pues no quería que se quedara en Londres más de lo necesario. Pero una promesa, era una promesa. La duquesa miró a su hija que estaba distraída jugando con su muñeca. Regalo de su madrina.- ¿Se la enseñarás a la Reina?

Su hija la miró sonriendo- Violeta me ha dicho que quiere conocerla también.

-¿Violeta?- preguntó confundida.

-Es el nombre de la muñeca, duquesa- explicó Sophie sonriendo.

Marian asintió muy seria- Y va a tomar el té con la Reina.

La duquesa se echó a reír- No sé si eso podrá ser, cariño. Victoria seguramente estará muy ocupada con sus esponsales.

-Lo hará- dijo convencida- seguro que estará encantada de compartir un té con nosotras. Es muy buena reina. Muy atenta con sus subditos.

-Súbditos- rectificó su institutriz.

-Eso- Marian miró por la ventana y chilló- ¡Estamos en Londres!.

La duquesa hizo una mueca aburrida. -Sí, otra vez aquí.

Marian arrugó su naricilla- Huele mal.

-Bienvenida a Londres, querida. -dijo su madre con ironía.

-Y está sucio.

Su institutriz puso los ojos en blanco.

-Mejora a medida que lleguemos a casa, cariño. -dijo su madre divertida- Cerca de casa tenemos un enorme parque, donde la señorita Swanson puede llevarte.

-¿Tú no me llevarás?- preguntó esperanzada la niña.

La duquesa la miró con pena- Lo siento, cielo. Pero tengo muchos compromisos. La Señorita Swanson y tú os lo pasareis muy bien.

Marian se giró hacia la ventana sin decir nada y Sophie sintió pena por ella. Sabía que su madre la quería, pero nunca hacía nada con ella. El ambiente de la ciudad comenzó a cambiar y Marian observó por la ventana a los caballeros a caballo y los hermosos vestidos de las damas. -Qué bonito- dijo admirada.- ¡Mira que caballo, mamá! -exclamó señalando un hermoso caballo blanco.

Su madre miró hacia donde señalaba la niña -Si te portas bien, le diré al duque que quieres uno.

Marian abrió los ojos como platos - ¿Y podré montarlo?

Su madre la miró dudosa y echó un vistazo a la institutriz, que asintió ligeramente con la cabeza- Si prometes tener cuidado...

La niña chilló de alegría- Lo prometo, lo prometo...

Cuando llegaron a la gran casa de Mayfair, Marian estaba tan excitada que no podían contenerla entre las dos. Se bajaron del carruaje ducal y se encontraron con el Duque, que en aquel momento salía de la casa. -Bienvenidas a Londres - dijo mientras Sophie cogía de la mano a la niña y hacia una reverencia.-Excelencia.

La duquesa le dio la mano, que besó mirando a la niña. El duque que era un hombre que superaba la edad de su bella esposa en unos veinticinco años, se colocó frente a la niña- Has crecido mucho, Marian. ¿Cuántos años tienes ya?

La niña apretó a la muñeca contra su pecho- Cinco, Excelencia.- dijo en voz baja mirando al suelo.

-¡Mírame, niña!- exigió el duque.

Marian levantó la mirada y se le quedó mirando. Estaba gordo y calvo. No reconocía a su padre en él. Era feo y malo. Siempre le hablaba muy serio y nunca de daba besos.

-Le he prometido que si se porta bien, le comprará un hermoso caballo blanco- dijo la duquesa sonriendo a su esposo.- ¿El duque cree que será posible?

El duque la miró como si estuviera loca- La hija de la condesa de Harwich tiene uno precioso.

Su padre enderezó los hombros- Se lo compraré. Tiene que ser el caballo más bonito de Londres.

Marian sonrió mientras Sophie apretaba su mano para que no abriera la boca- Seguro que la condesa se morirá de la envidia- dijo la duquesa encantada. - Sino te importa nos retiraremos, estamos agotadas.

-Por supuesto, querida.- el duque se volvió hacia la niña- Marian recuerda que te tienes que portar bien, sino te retiraré el caballo.

La niña asintió- Gracias, padre.

El duque asintió satisfecho y sin decir más se dio la vuelta saliendo por la puerta.

Ya en sus habitaciones, Susan ayudada de los mozos subió el equipaje. - Vaya viajecito, la doncella de la duquesa no ha parado de hablar en ningún momento- dijo en cuanto se quedaron solas.

Marian se acercó a Susan- Me van a comprar el caballo más bonito de Londres. Lo ha dicho padre.

La doncella sonrió encantada- ¿Me llevarás a dar una vuelta?

-Claro, a ti y a Sophie.

-Lo ha hecho muy bien. Y ha aprendido algo nuevo- dijo la institutriz colgando el abrigo de la niña en el armario.

-¿Qué ha aprendido?

-A conseguir lo que quiera del duque- dijo la institutriz exasperada.

La niña sonrió levantando una ceja mientras abrazaba a Violeta- Mamá lo hace muy bien.

-Cierto, tiene años de práctica- dijo la institutriz regañándola- No abuses de ello o perderá efecto.

La niña se lo pensó- Sólo para cosas importantes, como el caballo.

-Exacto.- Sophie se acercó a la niña- Susan, trae agua. Vamos a bañarla para dejarla reluciente.

-¡Pero si me bañe ayer!- protestó Marian dando un paso atrás.

-No querrás que la reina arrugue la nariz a tu lado, ¿verdad?- preguntó Susan divertida.

Marian se lo pensó- Me echaré perfume.

Susan se echó a reír- El olor a caballo no lo quita el perfume así que venga, a la bañera.

No vio a su madre en lo que quedó de día y tampoco al día siguiente.

Marian se empezó a impacientar pues quería conocer a la Reina, así que entró en las habitaciones de su madre muy temprano la mañana del jueves.- ¿Mamá?

La duquesa se sobresaltó dándose la vuelta en la cama- ¿Qué pasa? ¿Estás enferma?- preguntó preocupada.

-No, mamá-dijo metiéndose en la cama a su lado.

Su madre gimió tapándose con la almohada la cabeza- Por dios, niña ¿qué hora es?

La niña se encogió de hombros- ¿Estás malita, mamá?

-No, cariño. Sólo me duele la cabeza- dijo mirándola con los ojos rojos- ¿Qué quieres, hija?

-¿Cuándo vamos a ver a la Reina, mamá?

La duquesa se echó a reír- Vete de aquí ahora mismo antes de que te eche a patadas, niña.

-¿No quiere verme?

-Claro que sí. Victoria querrá verte pero no sabe que estás aquí, querida. No he tenido oportunidad de decírselo.- dijo su madre su riendo.

Marian miró a su madre preocupada y asintió. Se bajó de la cama y salió de la habitación cerrando la puerta lentamente. Fue a su habitación y se subió a la silla de su secreter. Sacó una hoja de papel y cogió una pluma. Escribió unas líneas lentamente intentando que las letras quedaran perfectas. Cuando terminó, sonrió contenta. Se bajó de la silla y tiró del cordón de llamada. Una doncella medio

dormida abrió su puerta e hizo una reverencia.- ¿Milady ha llamado?

Marian asintió- Que alguien lleve esto al palacio de la Reina. Es muy, muy importante.

La doncella abrió los ojos como platos.- ¿A Palacio?

-Sí y que se den prisa. Quiero que la Reina lo lea en el desayuno- dijo la niña como si hablara con una cría.

La doncella asintió cogiendo la carta. Cuando se fue, Marian dio varios saltitos de alegría. Iba a ver a la Reina.

Estuvo muy callada toda la mañana y no hacía otra cosa que mirar por la ventana- ¿Marian no deberías estar estudiando matemáticas? –preguntó Sophie sentándose en el asiento de la ventana junto a ella.

-No quiero –dijo distraída mirando un hombre a caballo que pasaba calle abajo.-Tengo que esperar.

-¿Esperar qué?

-Ya lo verás.

Estaba tan misteriosa que Sophie la miró con los ojos entrecerrados- ¿No habrás hecho una de tus diabluras?

Marian la miró sorprendida- No, sólo he escrito una carta.

-¿Una carta?- preguntó divertida su institutriz- ¿A quién?

-Pues a la reina.-respondió mirando por la ventana- Para ir a tomar el té con Violeta.

Su institutriz abrió los ojos como platos- ¿Qué?- se levantó de golpe y empezó a dar vueltas por la habitación, mientras la niña no le hacía ni caso- Marian ¿qué has hecho?

La niña la miró con sus ojos violetas como si no entendiera porque se ponía así- Mandar una carta. Ya te lo he dicho.

Sophie gimió- Ahora sí que me echan.

-¡Ya está aquí!-gritó la niña mirando por la ventana.- ¡Ya está aquí, Sophie!

-¡No te muevas de esta habitación hasta que te llamen!- exclamó horrorizada al ver que la niña bajaba del banco.

Se paró en seco-¿Por qué?

Su institutriz no sabía que decirle y Susan entró en ese momento- Ha llegado un correo de palacio. El duque está eufórico.

Sophie se apretó las manos- No lo ha leído todavía...

-¡Marian!- oyeron unos gritos desde el piso de abajo-¡A mi despacho!

La niña se mordió el labio y enderezó los hombros.- Padre me llama.

Salió de la habitación bajo la atenta mirada de sus cuidadoras que la miraban impotentes. Bajó las enormes escaleras agarrándose a la barandilla y llegó al piso de abajo. No sabía dónde estaba el despacho, así que miró a uno de lacayos que le hizo un gesto con la mirada. Ella se encaminó hacia allí y llamó a la puerta

con su puñito.

– ¡Adelante!- gritó su padre.

Marian giró el enorme pomo con las dos manos y entró- Hija ¿qué has hecho?- preguntó su madre llorando reclinada en el enorme sofá.

-¿Qué he hecho?- preguntó asustada.

-¡La reina quiere verte! ¡A ti!- gritó el duque – ¿Le has escrito a la reina? ¿Quién te ha ayudado?

Ella le miró confundida-¿A qué me han ayudado?

Su padre se acercó a ella con grandes zancadas y la cogió de la cintura sentándola de mala manera en el sofá. Fue hasta su escritorio y cogió una carta- La reina exige la presencia de los duques, su ahijada y su amiga Violeta esta misma tarde. La misiva de la ahijada de la reina la ha emocionado enormemente. Su majestad les espera impaciente.

Su madre gimió. – ¿Quién ha escrito la carta?- preguntó furioso.

-Esposo- dijo su madre en voz baja- Ha sido la niña, nadie del servicio se atrevería.

Su padre la miró sorprendido. –Eso es imposible.

-Es muy lista, demasiado- dijo la duquesa lamentándose- Una pena, una verdadera pena.

Su padre estaba horrorizado.- ¿Qué me estás diciendo, esposa? ¿Qué nuestra hija ha enviado una nota a la Reina ella sola? Por dios, si tiene...

-Cinco años, pero en cuatro meses cumplo seis- dijo ella orgullosa. Estaba eufórica porque iba a conocer a la Reina.

-Nenita- dijo su madre mirándola suplicante- ¿Qué ponía tu carta?

-¿La que le envié a la Reina?

Su madre asintió. Marian lo pensó- Que ya estaba en Londres y que Violeta quería tomar el té con ella. Y le envié un beso.

La duquesa miró al duque y alzó una ceja. Su padre admirado la observó. Nunca se había fijado en ella pero en ese momento sabía que existía- Increíble.

Se acercó a su hija y se sentó en la butaca de enfrente.- Así que sabes escribir.- Marian asintió – y leer.

Su hija asintió. La admiración de su rostro se convirtió en deslumbramiento cuando la duquesa dijo tímida- Y habla francés como una nativa.

El duque se recostó en su butaca mirándola fijamente-¿Qué otras cosas has aprendido?

Su madre que no tenía ni idea, miró a su hija- No seas tímida, Marian. Dile al duque tus habilidades.

Marian se encogió de hombros- Sumar, restar, no sé...

La duquesa se levantó y tiró del cordón para llamar al servicio- Esposo, nos enteraremos enseguida.

Mandaron llamar a la institutriz que llegó enseguida pálida de los nervios.- Señorita Swanson, díganos lo que la niña ha aprendido desde que está con usted.

Sophie estaba asustada pues estaba segura que en cuanto saliera del despacho tendría que hacer la maleta.- Milady sabe leer y escribir, en inglés y latín. Su caligrafía todavía es un poco torpe pero eso es debido a la edad, no mueve los dedos al mismo nivel que su mente- le explicó al duque que la miraba atentamente- Sabe los principios básicos matemáticos, en este momento estamos con las fracciones que casi domina. Habla francés perfectamente aunque su escritura todavía no la domina del todo. Tiene nociones de astronomía, física, historia y filosofía.

Su padre se levantó de la silla mientras la institutriz seguía con la lista. Su madre gimió- Dios mío.

-Está bien, Señorita Swanson. Puede retirarse.- el duque miró a la niña preocupado.

-¿Pasa algo, padre?

Él sonrió por primera vez en su vida y Marian lo miró asombrada- No, Marian. No pasa absolutamente nada. Has heredado mi inteligencia, eso es todo.

Marian sonrió satisfecha inflando el pecho-¿Puedo leer lo que quiera?

-¡Milord!- exclamó su madre levantándose.

-¡Calla, mujer!- replicó su padre para mirar a su hija- Puedes leer lo que quieras, hija. No voy a ser yo el que coarte tu educación.

La duquesa estaba escandalizada- No voy a consentir que la convierta en una paria. ¡Ningún hombre la querrá!

El duque sonrió- Sé que te casaste conmigo por interés, pero ella podrá elegir el hombre que quiera. Tiene el dinero y la posición.

-¡Yo también la tenía!- gritó su madre.

Su padre la miró irónico- Pero querías ser duquesa, querida. Y lo conseguiste.

Su madre indignada salió del salón.- Padre, ¿he hecho algo mal?

El duque la miró con pena- No hija, no has hecho nada mal. Sube a tu habitación a prepararte para ir a ver a su Majestad.

Marian sonrió saltando del sofá. Se dio cuenta que para su padre era una réplica de su madre. Hasta ese momento, en el que el duque entendía que tenía personalidad propia.

Llegaron a palacio muy emperifollados. Sophie y Susan le habían puesto un sombrero y un vestido rosa que no la dejaban moverse. Marian estaba irritada y miraba a sus padres con el ceño fruncido- ¿Qué ocurre, querida?- preguntó su

padre al ver que estaba enfadada

-No puedo moverme- dijo a punto de llorar.

Su madre chasqueó la lengua- Estás preciosa, Marian. Pareces una muñequita.

El duque dirigió una mirada a su madre que helaría el desierto.- Es la invitada de la Reina. Tiene que estar cómoda. -el duque se acercó a su hija y le desató el lazo del sombrero.

-Pero milord...- protestó la duquesa - Todo el mundo va así.

El duque cogió a la niña de la mano, después de tirar el sombrero al interior del coche- ¿Mejor?

Marian sonrió a su padre apretando fuertemente a Violeta. Subieron los escalones de la entrada donde les esperaba el mayorazgo. -Excelencias, milady. - dijo haciendo una reverencia- Les acompañaré hasta las habitaciones de su Majestad.

-En realidad no hace falta, conozco el camino- dijo la duquesa dándose importancia.

El duque puso los ojos en blanco pero no dijo nada, simplemente siguió al hombre- ¿La Reina está allí?- preguntó Marian excitada.

El hombre le echó una mirada de reojo - En realidad no. Ha tenido una audiencia urgente, pero llegará en cuanto pueda.

Marian asintió con admiración- Es muy importante y es mi madrina, ¿sabe?

Su padre sonrió -Querida, no molestes al caballero.

El mayorazgo sonrió- No es molestia, es encantadora.

-¿Has oído papá? Soy encantadora.

Su padre se la quedó mirando extrañamente emocionado- Lo eres, pequeña.

Su madre sonrió. -Pero tienes que portarte muy bien.

Después de caminar un rato, Marian frunció el ceño- ¡Este palacio es enorme! Aquí me podría perder...

-No lo harás porque no te separarás de mi lado- advirtió su madre.

Llegaron a una gran puerta labrada franqueada por dos guardias y Marian abrió los ojos como platos.- Guau.

El mayorazgo rió por lo bajo mientras abría la enorme puerta. Pasaron por una gran sala donde había unos muebles maravillosos. Había allí un grupo de damas sentadas en los hermosos sofás, bordando. Marian se las quedó mirando hasta que cruzaron otra puerta hacia una sala más sencilla.-Esperen aquí. Su majestad les atenderá en cuanto termine.

Sus padres se sentaron muy envarados en el sofá, mientras Marian miraba admirada todo a su alrededor.- ¡Mira, mamá!- dijo señalando un gran retrato de la Reina Victoria- ¡Es su Majestad!

Sus padres sonrieron- Exacto querida y ¿sabes con quién va a casarse la

Reina?

-Con Alberto de Sajonia- dijo acercándose y colocando a Violeta en el sofá a su lado y en bajo añadió- Es primo suyo.

Su madre se sonrojó- Querida, eso no debes decirlo.

Marian asintió mientras se daba la vuelta. De repente en la estancia entró un perrito negro muy bonito y Marian chilló de alegría – ¡Mira, mamá!

-¡Marian, deja a ese cachorro! ¡Te vas a ensuciar!- dijo su madre levantándose.

-Déjala – dijo su padre empezando a aburrirse- Espero que no tarde demasiado.

-¿Acaso tiene el duque algo más importante que hacer que ver a la Reina?- preguntó su madre con ironía- Debe ser muy atractiva.

Marian siguió al cachorrito por una puerta mientras sus padres discutían. Riendo le siguió, jugando con él durante un rato hasta que levantó la vista y se dio cuenta que no sabía dónde estaba. Cogió al cachorrillo en su regazo y miró a su alrededor. Allí hacía frío, no había ningún fuego encendido y estaba oscuro. Sus padres se iban a enfadar y Marian se asustó. Iba a volver por la única puerta abierta de la gran sala cuando un hombre metió a una mujer a la fuerza en la estancia. Marian dio un paso atrás y se escondió detrás de un sofá acariciando al cachorro para que no protestara.

-¡Como osáis tratarme así!- exigió la mujer intentando soltarse.

-No has cumplido con nuestro trato, puta- dijo el hombre con una mirada de odio- Te advertí lo que tenías que hacer.

Marian se dio cuenta que la mujer estaba aterrorizada- No puedo hacerlo, la Reina...

-Tiene que morir.-Marian abrió los ojos como platos y se le cortó el aliento- Sólo tenías que echarle el veneno en lo que bebiera antes de irse a dormir. Y ya no se levantaría.

-No puedo – dijo llorando la mujer. Marian se la quedó mirando. Era muy bella y estaba muy bien vestida. Pero estaba aterrorizada mientras el hombre le hacía daño en el brazo. – Nunca podría perdonarme una cosa así.

-Pues atente a las consecuencias- dijo el hombre abofeteándola.

Marian entrecerró los ojos furiosa- Ese hijo que tienes en Oxford, va a sufrir un trágico accidente.

-No, por favor- dijo la mujer llorando- Es lo único que me queda.

-Encárgate de ello o tu hijo y tú sufriréis un espantoso accidente- El hombre la empujó fuertemente tirándola al suelo. La mujer se golpeó con la pata del sofá en la cabeza y Marian apretó al cachorro del susto. El pequeño soltó un chillido y Marian lo dejó libre rápidamente. El cachorrito salió corriendo mientras ella se escondía detrás del sofá, reteniendo el aliento asustada.- Estos malditos perros

siempre andan a sus anchas – dijo el hombre con desprecio. Oyó el chillido del perro y Marian se tapó la boca para evitar gritar.

La mujer lloraba desconsoladamente y el hombre volvió a decir- Encárgate de ello. Esta noche. No podemos esperar más.

Marian se acercó al borde del sofá para ver claramente la cara del hombre cuando la luz del pasillo le dio directamente en la cara. El hombre miró a ambos lados del pasillo antes de salir de la habitación. Marian no esperó más y salió corriendo cogiendo el cachorrito que se lamía la pata ante la mirada asombrada de la mujer. Marian corrió pasillo abajo y fue hasta el primer guardia que se encontró y empezó a gritar- ¡Quieren matar a la Reina!

El guardia sorprendido miró a su alrededor. El hombre que estaba al final del inmenso pasillo se dio la vuelta y Marian lo señaló con su dedo- ¡Aquel, aquel hombre quiere matar a la Reina! –dijo Marian a grito pelado. El hombre echó a correr y el guardia dio el grito de alarma. Varios guardias echaron a correr tras él, mientras Marian gritaba que lo cogieran. Una mano agarró a la niña por el brazo- Querida, ellos se encargarán- dijo una mujer mayor sonriendo. El escándalo había provocado que casi todas las damas salieran al pasillo. Su madre colorada hasta la raíz del pelo se acercó a su hija – ¡Mamá tienen que coger al hombre malo! ¡Quiere matar a la Reina!

Su padre se acercó evidentemente incómodo – ¿Dónde estabas metida?

-Me perdí- dijo al borde de las lágrimas-¡Ese hombre quiere matar a mi madrina!- chilló ella para que todos lo oyeran.

-Shhh. –chistó su madre intentando coger el cachorro- Cálmate, cariño.

Los rumores de las damas se interrumpieron y se hicieron a un lado mientras hacían una profunda reverencia. La reina apareció ante ellos y Marian se sorbió la nariz limpiándose la con la manga del vestido, mientras su padre la dejaba en el suelo.

-¡Madrina!- gritó Marian acercándose a trompicones a la reina- ¡Ese hombre malo quiere que beba algo esta noche!

La reina, evidentemente confundida miró a su alrededor mientras las damas jadeaban por el atrevimiento. – ¿Qué está ocurriendo aquí?- preguntó la reina mirando a una de sus damas.

-Majestad, esta niña se ha puesto a gritar de repente que la quieren matar a usted- dijo una dama dando un paso al frente y haciendo otra reverencia mientras miraba a Marian frunciendo el ceño.

-Ha dado alarma a la guardia que ha salido corriendo detrás de un hombre al que no he podido ver, Majestad- dijo la mujer mayor que se había acercado antes a Marian.

-El hombre malo que pegó a la mujer.- dijo Marian mirando fijamente a su madrina.

La reina la miró sonriendo- Tu debes ser Lady Marian- miró a sus padres y se acercó a su madre dándole un abrazo- Prima, me alegro de volver a verte.

Su madre se sonrojó de gusto- Y a mí, Majestad. Siento todo esto.

La reina hizo un gesto sin darle importancia mientras extendía la otra mano hacia el duque- Majestad- dijo su padre haciendo una gran inclinación.

-Pasemos a mi sala privada- dijo acercándose a la niña- y aclaremos esto mientras tomamos un té.

Marian dio unos pasitos hacia ella y le dio la mano. Las damas la miraban asombradas mientras la reina sonreía a su ahijada- Te has llevado un buen susto- dijo la reina acercándola al sofá. En la estancia entraron varias personas, entre ellas varios hombres que observaban a la niña.

Marian miraba asustada a su padre que se acercó a ella sentándose a su lado. La duquesa enderezó los hombros y se sentó muy tiesa al otro lado.- Cuéntenos lo que ha ocurrido.

La niña miró a la reina que ya estaba sentada en una hermosa silla- No te preocupes por ellos, sólo quieren saber lo que ha ocurrido.

Marian asintió y enseñó al cachorro que todavía llevaba en brazos. –Es precioso ¿verdad?-La reina asintió sonriendo- Yo estaba aquí con mis papás y Chispita se escapó.

-¿Chispita?- preguntó un hombre dando un paso al frente y mirándola con los ojos entrecerrados.

-Es el perro- dijo la Reina exasperada- No la interrumpen.

El hombre dio un paso atrás y Marian sonrió a la reina- Yo estaba jugando con él. Me encontré en otra habitación y me asusté.

-¿Por qué te asustaste?- preguntó la Reina.

-Porque mis padres se iban a enfadar. Me había alejado de su vista- explicó mirando de reojo al duque que la observaba con los ojos entrecerrados.

-Continua- la apremió la Reina.- ¿Qué ocurrió?

-Un hombre metió a una dama a empujones en la habitación- dijo Marian a punto de llorar- le pegó y le dijo que tenía que matar a la Reina.

La Reina se envaró pero no dijo nada- Dijo que tenía que echar el veneno en lo que bebiera antes de irse a dormir. –Marian se puso a llorar- La mujer no quería y le dijo que mataría a su hijo sino lo hacía. Ella lloraba pero él quería que matara a la Reina. Entonces Chispita chilló y yo lo solté para que el hombre malo no me viera ¡Y él pegó al perrito!- gritó Marian como si el delito más grave fuera que el conspirador pegara al cachorro.

La Reina sonrió- Veo que tengo en mi ahijada a mi mayor defensora.

Los duques sonrieron mirándose por encima de la cabeza de su hija que miraba al cachorro buscando heridas.

Un hombre entró corriendo en la estancia vestido de militar.- Le cogimos,

casi había conseguido escapar de palacio.

-¡Tráiganlo inmediatamente!- ordenó el hombre con traje negro que había hablado antes.

La reina miró a su ahijada que estaba preocupada revisando al cachorro- ¿Está bien Chispita?

Marian miró a su madrina – No sé, chilló mucho cuando le pegó.

-Parece estar bien – dijo su madre viendo como le lamía la mano a su hija.

-Te lo puedes quedar, si quieres –dijo la reina viendo como lo acariciaba.

La niña sonrió-¿De verdad? –dijo achuchando al perrito. –Gracias, madrina.

-Gracias, Majestad...- la corrigió su padre.

-Déjela, me gusta que me llame madrina- dijo la Reina sorprendiéndolos a todos.

Unos hombres entraron de golpe en la estancia empujando al hombre malo- ¡Ese, ese es el hombre malo que pegó a la mujer y a Chispita! –gritó Marian señalándolo con el dedo.

Marian se levantó para sorpresa de todos y se acercó corriendo a él, pegándole dos patadas en la espinilla. Las damas vieron a aquella furia de cinco años con los rizos revueltos defendiendo a su reina a patadas y no pudieron dejar de sonreír mientras el hombre gruñía.- ¡Marian!- exclamó su padre cogiéndola de la cintura separándola del hombre que la miraba con odio.

-Déjame papá, yo puedo- dijo la niña sacando una sonrisa a la Reina que se levantó lentamente mirando al hombre que estaba apesado.

-¿Le conozco?- preguntó acercándose a él lentamente bajo la atenta mirada de toda la sala. La guardia real se puso en tensión cuando llegó a una distancia peligrosa.

El hombre que estaba muy bien vestido para ser un criminal, no abrió la boca- Es el secretario de Lord Bradley- dijo una dama sorprendida.

La Reina se dio la vuelta y miró a la niña que estaba sentada en el regazo de su padre. –Marian, ¿ves en esta sala a la dama que este hombre pegó?

Marian miró atentamente a todas las damas que allí se encontraban –Estoy aquí- dijo una saliendo del fondo de la habitación y colocándose delante de la Reina. De repente se echó a llorar y se puso de rodillas ante su reina- Yo no quería Majestad, de verdad... Me quería obligar...

La Reina dio un paso atrás horrorizada- Lady Garwood, no puede ser cierto lo que estoy oyendo.

La mujer aumentó su lloro tapándose la cara con las manos y Marian protestó- ¡Ella no quería! No hizo nada. ¡Querían matar a su hijo!

La dama miró a la niña entre lágrimas-¿ Lo oíste todo?- miró a la Reina – Majestad no lo hubiera hecho, de verdad...

-Pero lo encubrió- dijo el hombre de negro mirándola con odio.-No dijiste

nada ¡Tuvo que ser una niña la que diera la voz de alarma!

-¡Tenía que poner a mi hijo a salvo antes de decir nada!- gritó la mujer.

-Antes de tu hijo está tu Reina- sentenció el hombre.

El apresado se echó a reír lo que provocó que la Reina se acercara a él y le diera un bofetón.- ¡Apartarlo de mi vista! –gritó la Reina que pese a ser muy joven sabía dar órdenes. Después miró a la dama- Hasta que se resuelva la investigación, quedas recluida en tus habitaciones- ordenó mirándola fríamente.- ¡Sacarla de aquí! Y que no hable con absolutamente nadie.

Cuando salieron de la estancia llevándose a la mujer a tirones, Marian se quedó triste pues creía que no la había defendido lo suficiente, así que susurró- No quería hacerlo, lloraba todo el rato.

La reina la miró muy seria- Estos son asuntos de mayores, Marian. No los entiendes.

Marian miró a su padre que la observaba advirtiéndola y decidió cerrar la boca. Se dedicó a sentarse en el suelo mientras jugaba con Chispita. – Marian –dijo la reina sonriendo con una taza de té en la mano un rato después- ¿Dónde está Violeta? – Marian abrió los ojos como platos, dándose cuenta que había olvidado a su amiga. Se levantó rápidamente y la empezó a buscar desesperada hasta que su madre se la acercó. Triunfante se la enseñó orgullosa a la reina – Aquí, madrina.

La reina la observó sonriendo – Es casi tan bonita como tú.- miró a su prima y comentó- Tiene unos ojos maravillosos. Cuando nació los tenía azules sino recuerdo mal.

La duquesa miró a su hija orgullosa- Los ha heredado de la abuela de mi madre, Majestad. Era una mujer con mucho carácter.

La reina se echó a reír- Entonces me parece que no sólo ha heredado el color de sus ojos. –dijo provocando las sonrisas de los allí presentes.

-Majestad- dijo una dama- Tenemos la última prueba del vestido en diez minutos.

La reina puso mala cara- ¿Tan pronto?- miró a su invitados- Tendrán que disculparme pero estos días son de locos con los preparativos de la boda.

Marian se acercó a ella y se subió a su regazo para darle un beso en la mejilla. Su madre gimió mientras las damas jadeaban.- ¿No volveré a verte?- preguntó Marian con pena.

La reina sonrió acariciando sus rizos negros.- Nos veremos, querida. Lo prometo. –La reina besó su coronilla antes de ponerla en el suelo- Cuando vengan a Londres, tráiganmela de vez en cuando. Es encantadora.

Marian le preguntó en un impulso- ¿Puedo escribirte?

-Marian, no molestes- dijo su madre incómoda.

-No es molestia, prima- dijo la reina – Espero que me escribas una vez al mes, Marian. Cuéntame cómo se encuentra Chispita.

Marian sonrió apretando a su muñeca mientras la reina se retiraba llevándose tras ella a todo su séquito. Su padre dejó salir el aire que estaba conteniendo- ¡Dios mío! Nos libramos por los pelos- dijo sonriendo.- Por un momento he pensado que se iba a poner a discutir con su Majestad.

Su madre y su padre se echaron a reír, mientras Marian los miraba sorprendida. Vio que Chispita estaba mordiendo un cojín de seda que había en el suelo y se acercó corriendo a cogerlo. –Vamos hija, tengo que descansar después de tanta tensión- dijo su madre yendo hacia la puerta donde les esperaba el mayorazgo.

Marian cargada con su muñeca y el perrito no podía con todo – Dame al cachorro, hija –dijo su padre sonriendo orgulloso.

Sus padres hinchados como dos pavos, salieron de las habitaciones rodeados por los murmullos de la gente que los miraban al pasar. Cuando se sentaron en el carruaje se echaron a reír- Se hablará de nosotros una temporada.

-Tengo que organizar una gran fiesta- dijo su madre excitada.

-Por supuesto- dijo su padre observando como Marian miraba por la ventana enseñando a su cachorro todo lo que veían- Mis conocidos se morirán de la envidia. Se ha ganado el caballo más bonito de Inglaterra.

Su madre lo miró- Procura que no sea muy brioso.

El duque preguntó preocupado- ¿Crees que será peligroso?

Su madre se encogió de hombros- No sé...

-Lo consultaré.

-¿Crees que la Reina querrá verla otra vez?- preguntó su madre estirando sus guantes.

-Por supuesto, la Reina es una dama de palabra.

-Papá, mira- dijo Marian viendo como unas mujeres vestidas con trajes muy llamativos se bajaban de un carruaje. Un hombre de unos veinte años se reía con ellas e incluso cogió a una por la cintura, provocando miradas de desaprobación de la gente que pasaba a su lado.

Su coche de alquiler impedía el paso del carruaje del duque y estuvieron observándolo unos minutos- Como el Duque de Richbourne no controle a su hijo va a terminar muy mal- dijo la duquesa arrugando la naricilla.

-No tiene vergüenza. ¡Marian, no mires! – exclamó su padre indignado.

La niña observó como aquel hombre tan guapo daba un beso en los labios a una de esas mujeres tan escandalosas y luego se echaba a reír. El hombre levantó la mirada y la vio con la nariz pegada a la ventana. Sonriendo se quitó su sombrero de copa e hizo una inclinación. Marian sonrió y le dijo adiós con la mano cuando el carruaje inició su camino.

La relación con su padre cambió después de ese día. Se empezó a preocupar por todo lo que hacía y quería pasar tiempo con ella, así que no volvió al campo después de la boda de la reina, a la que por supuesto fueron invitados sus padres. Los comentarios sobre el incidente de su visita corrieron por todo Londres y Marian fue visitada por toda la buena sociedad, interesada en conocer a la niña. Sus padres estaban pletóricos con ella.

-Te están consintiendo demasiado- dijo Sophie mirándola preocupada al ver los vestidos nuevos.

Marian se encogió de hombros mientras jugaba en el suelo con su cachorro.

-Cuando pase la novedad todo volverá a ser como siempre-dijo Susan colocando la ropa limpia en los armarios.

Marian miró a Susan por encima del hombro- Papá ahora me quiere.

Su doncella la miró con pena- Lo sé, cariño- miró a la institutriz preocupada de que pasado un tiempo la relegaran al campo.

-No os preocupéis más- dijo la niña levantándose del suelo. Chispita la empezó a seguir como siempre.

Marian cogió el pomo de la puerta con las dos manos y abrió la puerta saliendo al pasillo con su perro detrás. Sophie frunció los labios- ¿Temes que el hagan daño?

-En el fondo la quieren, pero creo que no durará.

Capítulo 2

Pero Sophie se equivocó y todo gracias a la reina. En los años siguientes la escribía todos los meses y siempre recibía respuesta. Marian la visitaba dos veces al año y en sus visitas conoció a su familia. La ahijada de la reina se hizo un hueco en ella con su espontaneidad y su inteligencia. Sus padres estaban muy orgullosos de ella y se lo demostraban continuamente. El duque no escatimaba en su aprendizaje buscando los mejores profesores de Londres en piano, equitación, baile y protocolo. Sophie también se ganó el aprecio del Duque, pues no cejaba en su empeño de que Marian aprendiera lo más que era posible.

Pasaban la mitad del año en el campo donde Marian salía del encorsetado Londres para correr libre. No tenía amigas pues las niñas la temían y la envidiaban debido a su relación con la casa real, así que no se relacionaban con ella. A Marian no le importaba demasiado pues no tenían los mismos intereses.

Cuando cumplió quince años su padre cayó muy enfermo. Fue la época más dura para ella pues no se separaba del lecho de su padre. Durante su larga enfermedad, Marian siempre quiso estar a su lado.

Al entierro fue un representante de la casa Real pues la Reina estaba de viaje y no le era posible asistir. La carta de ese mes fue desgarradora, pues se desahogó con su madrina que le respondió dándole ánimos.

La vida ya no fue igual pues a su madre sólo le interesaban las invitaciones y las fiestas. No es que no la quisiera pues Marian sabía que la quería y mucho. Pero la duquesa no se interesaba por los libros que leía o la sonata que tocaba al piano.

Dos años después, decidieron pasar las Pascua en Londres pues comenzaría la temporada después de las fiestas y Marian sería presentada en sociedad. Recibieron muchas invitaciones para cenas y meriendas. Marian no podía asistir a fiestas hasta que fuera presentada en sociedad, pero a ella no le importaba demasiado.

Cumpliría dieciocho años en plena temporada. El fallecido duque le había pedido a su esposa en su lecho de muerte que no la presentara antes. También le había pedido que no la casara con un viejo como él. Que fuera ella la que eligiera el hombre con el que compartir su vida. Su madre había llorado como una niña.

En plenas fiestas Marian huía de su madre que la perseguía para que

asistiera a todas las meriendas que se daban en Londres. Gimió al entrar en la sala de desayuno. –Querida, ¡estás aquí!- exclamó su madre enseñándole un sobre.

-Otra invitación- dijo sentándose en la silla con dificultad pues la gran cantidad de enaguas que llevaba eran incómodas.

-¡Sí! Pero para una fiesta de disfraces- dijo su madre sonriendo.

Marian sonrió con alivio- Una fiesta. Pásalo bien, mamá.

Su madre la miró pícaro con sus ojos azules –Cielo, iremos las dos.

Ella abrió los ojos como platos- No puedo asistir a una fiesta antes de ser presentada en sociedad.

La duquesa viuda se echó a reír- No asistirás a la fiesta para el resto de la gente, querida. Es una fiesta de misterio. Nadie sabrá que estás allí.

Marian la miró confusa- Llevarás una máscara, bailarás, reirás y no debes decir tu nombre a nadie- le dijo su madre cogiéndole la mano por encima de la mesa.- quiero que te diviertas.

Marian la miró con la boca abierta- ¿Crees...?

Su madre se echó a reír- Dentro de dos semanas ya no podrás disfrutar igual. Quiero que lo pases bien.- su madre la miró preocupada- Lo único que me inquieta es no encontrar los vestidos apropiados.

-Pero mamá...- Marian estaba preocupada porque alguien la descubriera.

-Confía en mí, nadie se puede imaginar que una debutante está en una de esas fiestas. Te empolvaremos el cabello- dijo su madre resuelta.

Cuando llegó la noche de la fiesta Marian estaba muy nerviosa. –Este vestido es indecente –dijo Susan subiendo el escote lo que podía.

-Ahh- protestó Marian dándole golpecitos en las manos- ¡Déjalo ya!

-Me niego a que salgas vestida de casa así.- protestó Sophie mirándole el pecho.

El vestido era de color plata y la voluminosa falda hacía que su pequeña cintura lo fuera aún más. –Pesa un poco.

-Claro, con tantas enaguas tiene que pesar. Pero no puedo consentir que se te vea el pecho de esa manera. No sé en lo que piensa la duquesa- protestó Susan.

Marian se miró al espejo y suspiró – ¿Cómo estoy?- preguntó colocándose bien la gran peluca blanca.

-Como una cortesana- dio Sophie.

El jadeo de Susan acompañó la risa de Marian. – ¿De verdad?

-Sí, voy a hablar con tu madre. Esto es ridículo. Ninguna jovencita decente iría a un baile así.

-Espera- dijo antes de que llegara a la puerta- Quiero ir- dijo picándole el

gusanillo.

Sophie se cruzó de brazos mirándola atentamente- ¿Es definitivo? – preguntó sabiendo que cuando Marian tomaba una decisión no se echaba atrás.

Marian sonrió mirándose al espejo- Nunca volveré a vivir una experiencia así.

Susan se acercó y le pintó un gran lunar cerca de la barbilla. –Está bien- dijo Sophie- pero vas a seguir mis indicaciones al pie de la letra.

La joven se dio la vuelta-¿Qué indicaciones?

-No irás a ningún lugar oscuro con ningún caballero- dijo levantando un dedo- No saldrás al jardín con ningún caballero- dijo levantando otro- No beberás nada que no sea agua- dijo levantando otro dedo- y si te encuentras incómoda en cualquier momento se lo dices a tu madre y vuelves a casa inmediatamente. ¿Lo prometes?

Marian se lo pensó- ¿Crees que querrán besarme?

-Con ese escote querrán mucho más que eso, querida- dijo Susan riéndose.

Marian abrió los ojos como platos-¿ Tantas libertades se pueden tomar?.

-¡Y más!- exclamó Sophie- Por eso es imprescindible que sigas mis reglas o esta fiesta puede arruinar completamente tu nombre.

-Pero mamá...

-Tu madre es una cabeza de chorlito- dijo la institutriz- No sé en que está pensando.

-Dinos que harás lo que Sophie ha dicho. Nada de besos, ni bebida.- Susan y Sophie la miraban franqueando la puerta con los brazos cruzados y Marian se encogió de hombros.

-Está bien.

-Y nada de irte con desconocidos a ningún sitio. Te quedas en el salón a la vista de todo el mundo.

-Y cerca de tu madre.

Llamaron a la puerta y su madre entró en la habitación con un vestido espectacular en color oro. – ¡Mamá!- exclamó acercándose a ella- Estás radiante.

Su madre la miró sonriendo- Tu sí que estás preciosa.- frunció el ceño al verle el escote- es un poco...

-¿Indecente?- preguntó Sophie enfadada.

La duquesa se echó a reír-Tranquila Sophie, no me separaré de ella. Pero quiero que vea la verdadera diversión de Londres antes de que la conozca toda Inglaterra.

Susan negó la cabeza de un lado a otro, desaprobando el comportamiento de la duquesa.- Ya la conoce media Inglaterra.

-Con la máscara no la reconocerán- protestó la duquesa.- Póntela hija, para que lo vean.

Marian y la duquesa se colocaron las máscaras y efectivamente les cubrían gran parte de la cara.

Sophie se quedó más tranquila. –Está bien.

Marian sonrió a su madre- ¿Nos vamos, desconocida?

-Usted primero.-respondió su madre riéndose.

El carruaje las dejó delante de la puerta de la mansión donde se celebraba la fiesta. Dejaron las capas de fiesta al lacayo y su madre la cogió de la mano mientras Marian lo miraba todo asombrada. Miles de velas iluminaban la gran sala de baile donde multitud de parejas no dejaban de dar vueltas siguiendo la melodía del vals que estaba sonando.

-Mamá, esto es precioso.- Las mujeres vestidas con vestidos de colores chillones llevaban máscaras de lo más coloridas con peinados o pelucas exagerados. Mientras que no todos los hombres estaban disfrazados, la mayoría llevaban traje negro de noche con camisa blanca y lazo blanco. También casi todos los hombres llevaban antifaz negro.

Su madre se echó a reír- Cariño, no me llames mamá. Llámame Rose. Tú serás Lili.

-Es que te llamas Rose, eso no vale- dijo Marian- ¿y Lili?

-Está bien tú serás Rose y yo Lili.

Marian se echó a reír atrayendo las miradas de varios caballeros.- Bien, empieza el juego. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

Su hija se encogió de hombros- ¿Bailar?

-Eso y habla poco. Disfruta- dijo su madre viendo como se acercaban varios caballeros.

Se presentaron con los nombres que había ideado su madre aunque todos sabían que eran falsos. Un caballero cogió de la mano a Marian y se la besó mirando sus ojos que ella desvió acertadamente- ¿Le apetece bailar, Rose?

-Me encantaría- respondió con una sonrisa bajo la atenta mirada de su madre que hablaba con otro caballero.

Cada uno se colocó para bailar una cuadrilla y se rió mucho con las payasadas de su compañero que era muy divertido. A partir de ahí muchos caballeros se acercaron a ella y la invitaron a bailar. El champán corría a raudales y ella estaba muerta de sed. Se acercó a su madre y le susurró que tenía sed. La duquesa miró hacia la mesa de las bebidas y Marian se encaminó hacia allí donde pidió un vaso de agua a un sorprendido camarero. Antes de que terminara su bebida se quedó con el vaso en alto viendo a un hombre que no llevaba antifaz y se reía mientras cogía de la cintura a una mujer muy descocada que se reía como una hiena. Recordó el día en que lo vio bajando de aquel carruaje rodeado de prostitutas. Era el hijo del Duque de Richbourne. Sus ojos verdes la miraron y Marian desvió la vista sonrojada dejando el vaso sobre la mesa. Un hombre se

acercó a ella pidiéndole bailar y ella aceptó. La fiesta se estaba descontrolando y ella se asustó un poco al darse cuenta que el hombre con el que bailaba estaba borracho. Intentó besarla en el cuello y Marian apartó la cabeza asqueada. Cuando su pareja bajó la mano hasta su trasero y se lo apretó, Marian abrió los ojos como platos intentando zafarse. Una mano cayó sobre el hombro del borracho- Lárgate, estás molestando- dijo el borracho dándose la vuelta sobre su hombro.

-Lárgate tú antes de que le diga a tu esposa que tocas el trasero de otras mujeres- dijo el hijo del Duque que estaba detrás de él mirándolo divertido.- Esta dama no quiere tus atenciones.

El hombre se sonrojó dejando caer los brazos. Marian dejó salir el aire con alivio, mientras que el hijo del Duque la cogía entre sus brazos. – ¿No deberías estar en casa con tus muñecas? – preguntó él riéndose.

Marian lo miró a los ojos sonriendo- No me echarán de menos por una noche.

Él miró su sonrisa asintiendo- No sé cuántos años tienes pero deberías irte, la noche se está caldeando. Tú eres un bocadito muy apetitoso para muchos.

-¿De verdad?- preguntó sorprendida. Marian sintió un hueco en el estómago cuando el acarició su cintura.- ¿Cómo se llama?

-Scott- respondió sonriendo- ¿y tú?

-Rose- dijo riéndose. Él dio varias vueltas a la pista.

-Entonces Rose, te aconsejo que te vayas- dijo mirándola malicioso. –Puedes encontrarte con un problema.

-¿Qué problema?- preguntó curiosa.-¿Qué me besen?

Scott se echó a reír. –Sí, entre otras cosas. ¿Has venido con alguien?

-Con mi madre- dijo para asombro de Scott.

-Dios, ¿Estáis locas? ¿Es que no quieres casarte?

-¿Me está pidiendo matrimonio?- preguntó maliciosa.

Scott dio un traspié y Marian se echó a reír. Su risa era tan deliciosa que varios hombres se giraron a mirarla. Scott le miró la boca –Tienes una boca que pide que la bese.

Marian dejó de reír mirándolo atentamente. Su mandíbula fuerte, sus finos labios, su nariz recta y sus ojos verdes. Su pelo negro relucía con la luz de las velas. – ¿Lo pide?- preguntó sin voz. El bajó lentamente la cabeza dándole un suave beso en los labios. La sensación fue tan maravillosa que Marian cerró los ojos para disfrutarla. Cuando se separó de ella, se sentía como en una nube mientras lo seguía mirando fijamente. Terminó el baile y Marian se quedó allí parada admirándolo- ¿No me digas que ha sido tu primer beso?- preguntó Scott divertido.

Marian asintió- Dios- dijo el enfadado- ¿Dónde está tu madre? –preguntó mirando a su alrededor mientras la cogía de la mano. Dieron varias vueltas por el gran salón pero su madre no aparecía. – ¿Scott?- preguntó una mujer que estaba

enseñando un pecho sentada sobre el regazo de un hombre. –Ven aquí cariño y únete a nosotros.

Marian se sonrojó desviando la mirada y Scott maldijo tirando de ella – Cuando coja a tu madre la voy a estrangular- dijo evidentemente enfadado.

-¿Por qué? –preguntó parándose en seco – De todas maneras antes o después conoceré esta clase de vida. ¿Qué más da que sea ahora?

-Esta clase de vida no es para jovencitas vírgenes que no saben nada de la vida- dijo él tirando de ella.

-¿Qué tiene de malo que quiera experimentar un poco?- preguntó inocente. Una falda dorada le llamó la atención- ¡Ahí está mamá!- exclamó tirando de él. Se acercaron a ella que se reía encantada de algo que le estaban diciendo al oído.

-¿Lili?- preguntó dándose cuenta que su madre había bebido.

-Oh querida- dijo dejando de bailar. De repente vio a Scott y abrió los ojos como platos- ¡Nos vamos a casa, ahora!

-Eso mismo le estaba diciendo yo – dijo Scott cruzándose de brazos –que era hora de irse a su casa con su mamá.

La duquesa se sonrojó y cogió a su hija de la mano- Vamos, el carruaje nos espera.

Marian tiró de su madre para mirar a Scott –Adiós.

Scott sonrió- Adiós, princesa.

Marian devolvió la sonrisa, mientras su madre tiraba de ella. Cuando subieron al carruaje su madre no dejaba de decir- Con todos los hombres que hay en Inglaterra, tienes que estar con el más calavera. ¡Ni se te ocurra volver a verle! Es increíble...

Ella ni la escuchaba. Sólo podía pensar en sus ojos y en sus labios. Sonrió pensando en ello. Y no era un calavera. Un calavera se habría aprovechado de ella. Suspiró quitándose la máscara. –Mamá...

-¿Sí, querida?

-Acabo de conocer al hombre con quien quiero casarme

El grito de su madre se debió oír en todo Londres. Fue de tal calibre que el cochero paró el coche asustado y abrió la puerta de golpe sobresaltándolas.- ¡Vuelva a su trabajo!- gritó su madre furiosa. – y tú ... -dijo señalándola con el dedo- ya hablaremos en casa.

El camino de vuelta fue muy tenso. Marian imaginó que estaba intentando buscar la manera de disuadirla. Eso le hizo gracia, aunque no lo demostró para no molestarla. Por su parte ella ya estaba ideando la manera de volver a ver a Scott. De repente frunció el ceño ¿Se llamaría Scott? Eso daba lo mismo. Lo conocía todo

Londres, así que no sería difícil de localizar.

Cuando entraron en su gran casa que en ese momento estaba prácticamente a oscuras, su madre siseó – Al salón.

Marian la siguió sin protestar. Su madre cerró la puerta de golpe- Ni se te ocurra, ¿me has oído? No permitiré que te acerques a ese depravado.

-No es un depravado, mamá- dijo ella sentándose en el sofá.

-¡Claro que lo es!- gritó su madre-¡Todo Londres, toda Inglaterra lo sabe! ¡Sus hazañas las conoce todo el mundo!

Marian sonrió- Cuéntame.

Su madre se sonrojó- No son cosas que deba saber una debutante.

-Tú me has metido en esto y ahora te niegas a contarme lo que es importante para mí- dijo racionalmente.- No es justo, mamá.

La duquesa la miró desesperada- Marian, ese hombre se ha acostado con medio Londres.

-¿Se ha acostado contigo?- preguntó mirándola fijamente.

Su madre se enderezó- ¡Por supuesto que no! Mis amantes son hombres discretos.- cuando se dio cuenta de lo que había dicho se sonrojó hasta la raíz del pelo.

Marian se echó a reír- No te preocupes, mamá. Sé que has tenido amantes desde hace años. Papá también lo sabía, pero como él tenía la suya no te recriminaba nada.

La duquesa no sabía dónde meterse- Esta conversación se está desviando- dijo avergonzada- No quiero que sufras por culpa de un hombre que te dejará en ridículo por toda Inglaterra.

Marian negó con la cabeza- No hará eso. Me respetará.

-¿Cómo estás tan segura?- preguntó su madre desesperada- Es un depravado. Ha tenido relación con varias mujeres a la vez.

Ella la miró sorprendida- ¿Juntas en la misma cama?

La duquesa asintió- Y ha tenido varios duelos.

-Por acostarse con mujeres casadas imagino- añadió Marian pensativa.

-¿Y ahora qué opinas del Marqués?

-¿Por qué no me preguntas que pienso de esas mujeres que se ofrecen de esa manera tan impropia?- preguntó Marian sonriendo ante su sorprendida madre.

-No lo hagas, Marian. Me obligarás a hacer algo que no quiero- dijo su madre muy enfadada.

-¿Cómo qué?- le preguntó curiosa.

-Hablaré con el duque para que te prohíba cualquier contacto.

Marian sonrió ante la amenaza pues el nuevo duque era un petimetre que le daba totalmente igual con quien se casara. – Arruinarás tu reputación- dijo su madre rogándola- Eres hija de un duque y ahijada de la reina, por amor de Dios.

Vas a ser la sensación de la temporada. ¡A él no lo reciben en ninguna casa decente!

-Puede que me rechace, mamá- dijo yendo hacia la puerta.

Esa idea pareció gustarle a su madre pero después de unos segundos de pensarla, gritó- ¡Nadie rechazaría a mi hija!

Marian sonrió subiendo por la escalera. Tenía mucho en que pensar.

Cuando llegó a su habitación, allí estaban Susan y Sophie esperándola- Ya hemos oído los gritos- dijo Susan acercándose a ella. Marian asintió entregándole la capa y el antifaz- Cuéntanos, cariño.

-Es muy guapo- dijo como en una nube- e inteligente- después hizo una mueca- también es el hombre con peor reputación que podía encontrar.

Sophie la miró con el ceño fruncido y los brazos cruzados- Ya sabía yo que esto era mala idea.

Marian le guiñó un ojo.- Pero no es un depravado como dice la gente. En cuanto se dio cuenta de que era virgen, me sacó de allí enseguida.

Susan jadeó mientras desabrochaba el corpiño del vestido y Sophie se tapó la cara con las manos gimiendo- ¿Y cómo se dio cuenta de que eras virgen?- preguntó Sophie escandalizada.

Marian sonrió pícaro- Cuando me besó se dio cuenta.

El alivio de Sophie la hizo echarse a reír. -Es guapo y tiene unos ojos verdes maravillosos. Y un pelo negro...-Soñadora se quitó la ropa interior y cogió el camisón.- ¿He dicho que es muy guapo?

Susan rió por lo bajo mientras recogía la ropa.-¡Susan, no la alientes!- exclamó Sophie-¡Esto no puede ser!

Marian la miró extrañada- ¿Por qué?

-¡Nadie te recibirá casada con ese hombre! ¡Si lo que tu madre gritaba a los cuatro vientos hace un minuto es cierto, te convertirás en una paria!

Ella se sentó en la cama- ¿Y no puede ser al revés? ¿Qué el mundo lo acepte por casarse conmigo?

-A los hombres se les perdonan esos pecadillos- dijo Susan apoyándola. Marian sonrió.

-¿Y tú que ganas en todo esto? -preguntó Sophie - Casándote con un hombre así ¿qué ganas tú? Eres hija de un duque, podrías casarte con quien quisieras con tu fortuna y posición, ¿qué ganas tú?

-Le gano a él.

El silencio se hizo en la habitación mientras Susan y Sophie la miraban fijamente.

Sophie se sentó en la cama a su lado- Querida, ¿estás segura? No has conocido a otros hombres. ¿Por qué no te das un tiempo?

-¿Cuánto?- preguntó sabiendo que eso era razonable.

Sophie le cogió una mano- Una temporada, sino encuentras a otro que te

interese...

Marian negó vehementemente-Ni hablar...

-Tres meses- Marian iba a decir algo y Sophie la interrumpió- Piénsalo. Tres meses no son mucho, querida. Si no te interesa ninguno emprenderemos una campaña de acoso y derribo. –miró a Susan que asentía apoyándola.

-Es cierto, cielo. Tienes que conocer a otros antes de decidirte.

Marian supo que no le interesaría otro pero quizás tenían razón. Sabía que la querían y que lo decían por su bien, así que asintió- Está bien, tres meses a partir de mi presentación. –Sophie relajó la espalda aliviada- Pero sino encuentro otro que me interese, no quiero protestas por los métodos que pueda utilizar para cazarlo.

Susan se echó la mano al pecho- ¿Para cazarlo?

Marian la miró divertida- No pensarás que un hombre que va detrás de todo lo que lleva falda se va a casar por las buenas ¿verdad?

Sophie gimió levantándose de la cama- Descansa, querida. Quizás mañana veas las cosas de distinta manera.

Pero no lo vio de distinta manera, ni a la mañana siguiente, ni dos semanas después el día de su presentación. Su maravilloso vestido blanco con volantes en la falda con pequeños cristales cosidos delicadamente, era un sueño para cualquier debutante. Su madre había organizado una gran fiesta de presentación, invitando a lo más granado de la sociedad. Se había afanado por conseguir los nombres de todos los solteros de Londres para invitarlos. Marian sabía que Sophie estaba del lado de su madre y que conspiraban juntas para conseguir encontrarle el hombre adecuado. A ella le parecía bien pues cuanto antes los conociera a todos, mejor. Así los podría descartar.

El recogido del pelo que le había hecho Susan era un primor. Sus rizos negros caían sobre su hombro izquierdo y Marian se observó atentamente en un espejo dándose el visto bueno antes de bajar las escaleras para recibir a los invitados.

– Estás hermosa- dijo su madre que observaba como bajaba la enorme escalera. –Tú padre estaría orgulloso, querida.

Eso emocionó a Marian que se acercó a su madre para darle un abrazo- Te quiero.

-Y yo a ti- dijo su madre chasqueando la lengua después. – Nos pondremos feas- dijo su madre separándose de ella. Le cogió las manos y la observó- Esa modista es una artista.

Marian sonrió mirando el maravilloso vestido azul que llevaba- Tu también

estás preciosa, mamá. Igual encuentras un marido.

Su madre se sonrojó- No digas tonterías, niña.

Marian se echó a reír.

Los invitados comenzaron a llegar y la anfitriona presentó a su hija orgullosa. A algunas personas ya las conocía, pero a la mayoría no las había visto en su vida. Su madre recibió multitud de felicitaciones y a Marian llegó un punto en que se le congeló la sonrisa- ¿Cuántas personas has invitado?

Su madre le echó una mirada de advertencia y sonrió a los siguientes. Marian siguió saludando de manera mecánica. –Va a faltar espacio- susurró- Van a estar apiñados.

La duquesa sonrió como si hubiera dicho una cosa maravillosa- Eso significa que eres un éxito.

Después del pasamanos ellas entraron en el gran salón de baile. Su madre la introdujo en varios grupos donde la presentaron a varios caballeros. Enseguida estuvo muy solicitada rodeada de pretendientes. Todos eran muy agradables con ella pero no podía evitar mirar a su alrededor deseando ver a cierto hombre que le alteraba la respiración.

Después de una hora de bailes y charlas, se hizo el silencio en el salón y la orquesta dejó de tocar el vals que sonaba en ese momento. Marian confundida miró a su alrededor separándose de su pareja- ¿Qué ocurre?

De repente se oyó una voz que dijo a voz en grito- Su Majestad la Reina.

La sala se dividió en dos abriendo un enorme pasillo hacia ella que emocionada vio a su madrina seguida de sus damas. Marian que nunca se había caracterizado por su prudencia fue emocionada hacia ella encontrándola a mitad de camino y abrazándola. La gente comenzó a murmurar y ella se dio cuenta de lo que había hecho. Se separó de la reina e hizo una reverencia avergonzada mientras su madrina se reía. –Nunca cambiarás, pequeña- dijo la reina sonriendo. – Levántate. La cogió por el brazo llevándola hacia su madre que miraba a su alrededor nerviosa pero evidentemente encantada.

-Majestad, es un honor- dijo su madre haciendo una reverencia.

-Prima, no podía faltar a uno de los días más importantes de mi ahijada- dijo en voz bien alta para que todo el mundo lo oyera. Los murmullos recorrieron la sala y la reina hizo un gesto para que iniciaran la música. El baile se reanudó mientras se iban a un lado para hablar entre ellas- ¿Cómo te sientes en tu debut?- dijo la reina sentándose en una silla que rodearon damas de su séquito.

Marian sonrió- Muy bien, todos son muy amables conmigo.

La reina Victoria sonrió palmeándole la mano- Me alegro mucho ¿Algún hombre te ha interesado?

Su madre carraspeó mirándola con una advertencia y la reina se echó a reír- ¿Tan pronto? ¿Quién es?

Marian no sabía si decirlo, así que miró a su madre de reojo- Ignora a tu madre, niña. Tu Reina te ha hecho una pregunta.

Miró a la reina a los ojos arrodillándose a su lado- Es le hijo del Duque de Richbourn

La reina primero se sobresaltó y luego se echó a reír. La buena sociedad no se perdía ojo y Marian se avergonzó.- ¿No deberíamos hablar en otro sitio?- preguntó incómoda.

Su majestad no podía dejar de reír. Hasta una de las damas tuvo que pasarle un pañuelo para limpiarse las lágrimas- Niña, no tienes precio.

-Majestad, yo no estoy de acuerdo- dijo su madre mirando a su hija con ternura.

-Prima, no seas dura con ella. –acarició su mejilla con ternura- Vete a pasarlo bien. Yo hablaré con tu madre.

Marian no quería dejarlas solas, pero era una orden. Cuando se separó de ellas se vio enseguida rodeada de pretendientes. Sin mirar cogió la primera mano que se le tendió y salió a bailar. La gente cubría la imagen de su madre y la reina, así que Marian no pudo ver el tipo de conversación que tenían. Veinte minutos después la música se volvió a interrumpir y la reina se acercó a ella- Me voy a retirar- dijo cogiendo su brazo mientras iba hacia la salida a medida que la sala se iba arrodillando a su paso.- No te preocupes por nada. Tu madre me ha comentado tu plazo de tres meses- dijo divertida- aunque querida, conociéndote sé que no cambiarás de opinión. – Se paró en el hall y la cogió por los hombros- Si es tu decisión, yo te apoyaré. Nadie, ni una sola persona podrá ponerse en contra. Es un disoluto pero me es muy simpático.

-Gracias, madrina- dijo ella sonriendo.

-No me des las gracias- dijo la reina divertida- tendrás que convencerlo a él.

Marian frunció el ceño y la reina se echó a reír- Sé que no flaquearás. Mantenme informada, querida.

La reina abandonó la casa seguida de su corte y ella se quedó allí parada. – ¿Estás satisfecha?- preguntó su madre molesta.

Marian se volvió con una sonrisa- Seguiremos con el plan, mamá. No te preocupes.

Su madre vio una oportunidad, así que no perdió el tiempo. Durante las siguientes siete semanas aquello fue un maratón de visitas de pretendientes, meriendas, bailes y paseos a caballo. Marian nunca había estado tan cansada y defraudada. Después de dieciocho peticiones de matrimonio el reciente duque de Warminster estaba deseando que se casara y presionaba a Marian para que eligiera a uno. La duquesa tuvo que amenazarlo con hablar con la reina y eso hizo que desapareciera del mapa.

Sophie notaba su apatía –No estás disfrutando. Tienes que pasarlo bien, no

vivir esta etapa de tu vida como una tortura.

Marian la miró mientras Susan la peinaba para el baile de esa noche- Quiero verlo- dijo desesperada- no puedo seguir así.

Sophie se acercó para ajustar el lazo de su corpiño.

-Igual lo vuelves a ver y ya no te interesa- dijo Susan colocando unos prendedores de diamantes.

-¿Tú crees? –Marian se quedó pensando en ello y se levantó de la banqueta del tocador- Entonces tendré que averiguarlo ¿no?

-¿Y dónde lo vas a encontrar?- preguntó Sophie mirándola con el ceño fruncido- Porque durante las últimas semanas no lo has visto.

Susan carraspeó- Igual en los jardines Vauxhall.

-¿Estás loca? ¡Marian no puede ir allí!

-Las damas se ponen una máscara para no ser reconocidas.

-¿Y quién la acompañará..?

Susan se encogió de hombros- Nosotras.

Sophie abrió los ojos como platos- ¿Nosotras?

Su doncella se volvió hacia Marian- Di que te duele la cabeza sobre las doce y vuelve a casa. Nosotras te estaremos esperando.

-¿Y mamá?

-Nos iremos en cuanto se acueste- dijo la doncella conspiradora.

-Oh Dios. ¡Qué lío!

-Por favor, Sophie. Sólo esta vez.- rogó Marian- Tengo que verlo.

Su plan fue bien hasta el momento en el que iba hacia su madre atravesando el salón de baile para decir que le dolía la cabeza y se encuentra de frente con el objeto de sus desvelos. Marian se quedó parada ante él que estaba evidentemente aburrido mientras escuchaba a dos amigos suyos que se reían medio borrachos. Un brazo la agarró dándole la vuelta- Todavía no ha terminado mi tiempo.- protestó su madre mirando con furia por encima de su hombro.

Marian la miró suplicante- Estoy harta, mamá. No encuentro a nadie que me guste. Sólo pienso en él.

Su madre se la quedó mirando –No puedes estar enamorada.-se avergonzó mirando a su alrededor.- Querida, escúchame- rogó su madre –Te va a hacer daño.

Marian se mordió el labio inferior antes de decir- Puede, pero si no lo intento no lo sabré nunca.

Miró por encima de su hombro y se dio cuenta de que él la miraba con el ceño fruncido. Después miró a su madre y volvió a mirar a Marian sonriendo. Marian sonrió y su madre la volvió a agarrar por el brazo- Está bien- siseó su madre entre dientes. –Si quieres a ese hombre tendré que aceptarlo.

-¿De verdad?- preguntó agradablemente sorprendida.

La duquesa se la quedó mirando. – ¿Qué vas a hacer?

Marian se encogió de hombros- ¿Hacer que me presenten?

De repente un pequeño empujón casi la hizo caer sobre su madre y sorprendida se dio la vuelta para encontrarse con otra de las debutantes- Perdona Marian, no te había visto- dijo con malicia.

Marian se enderezó y se enfrentó a ella- Sin embargo verte a ti es muy fácil. Se te ve a diez millas- dijo a su voluminosa enemiga.

Una fuerte risa les hizo volver la cabeza para encontrarse a Scott escuchando la conversación sin ningún disimulo. Cogió a Marian de la mano, dejando a su madre y la debutante con la boca abierta y se la llevó a la pista de baile- Pero si es Rose en un baile de debutantes- dijo él divertido mientras las miradas indiscretas los seguían.

Marian sonrió- ¿Qué hace usted aquí? Imaginaba que este tipo de bailes no eran su estilo.

Él la miró a los ojos- Si todas las caza maridos son como tú, tendré que venir más a menudo.

A ella se le cortó el aliento pero se recuperó enseguida-¿Siempre son tan malas contigo?- preguntó divertido.

-No les caigo bien porque tengo más pretendientes que nadie- dijo ella naturalmente- Además la Reina asistió al baile de mi debut y no lo soportan.

Scott abrió los ojos como platos- ¿Tú eres esa debutante? ¿La que salvó la vida de la Reina? ¿La que es su ahijada?

Marian se dio cuenta que eso no le gustaba demasiado pero aun así asintió.- Me llamo Marian.

Él la miró con el ceño fruncido- No te preocupes te casarás pronto y te dejarán en paz.

Ella sonrió-¿Vuelves a pedirme matrimonio?

Scott se echó a reír- Si todas las proposiciones que tengas son como esta, no te casarás en la vida.

-Ya he tenido dieciocho-dijo mirando a su alrededor para darse cuenta que eran el centro de atención.

Él la miró divertido con sus ojos verdes- Dieciocho ¿eh? ¿Alguien que conozca?

-Seguramente- dijo dándose cuenta de que le tomaba el pelo.- ¿Como sabía que era Rose?

-Si tu madre no se hubiera puesto el mismo collar que en la fiesta de disfraces no habría caído- apretó su cintura y a Marian se le erizó el vello de la nuca.

Bailaron en silencio unos minutos mirándose a los ojos hasta que él frunció el ceño – ¡Olvidalo!

-¿El qué?- preguntó sonriendo.

-No voy a ser el número diecinueve- dijo enfadado.

Marian bajó la mirada- Nadie se lo ha pedido.

-Sí lo has hecho, con esa mirada de cordero degollado- dijo él -No voy a casarme. Nunca.

Ella asintió mordiendo el interior de su mejilla sin saber que decir. Sentía las mejillas ardiendo. El orgullo la hizo hablar- De todas maneras nunca lo aceptaría. Su reputación le precede, Milord.

Él se quedó callado muy tenso y Marian decidió levantar la cabeza para mirarlo. Al ver su cara que parecía tallada en piedra se arrepintió porque sabía que le había hecho daño.-Lo siento- dijo ella arrepentida.

Scott la miró sorprendido- ¿Por qué? No has dicho nada más que la verdad.

La música terminó y él la acercó hasta su madre que esperaba impaciente al borde de la pista. -Duquesa- dijo haciendo una reverencia antes de darse la vuelta para irse.

Marian iba a decir algo, pero al ver su actitud desistió-¿Qué ha pasado?- preguntó su madre preocupada al ver su tristeza.

-Le he insultado- dijo ella en voz baja- No fue mi intención.

Su madre sonrió- Felicidades, querida. Esa es la mejor manera de llamar la atención de un hombre.

Marian se la quedó mirando como si estuviese loca y su madre se explicó- Los hombres inexplicablemente siempre quieren lo que se les resiste o lo que no deben tener.

-Me ha dicho que no quiere casarse.

Su madre se echó a reír como si hubiese dicho algo muy gracioso- Ninguno quiere. Si lo hacen es por obligación. Porque su familia los presiona para tener un heredero, porque necesitan fondos o por último, porque se enamoran y temen perder a la mujer amada al casarse con otro.

Marian sonrió- Entonces ¿lo he hecho bien?

Su madre asintió mientras miraba hacia el otro lado del salón donde Scott sacaba a bailar a otra dama. Marian se apretó las manos mientras su madre sonreía- Vamos querida, no te quedes ahí parada. Que te vea feliz y contenta bailando con los mejores solteros de la ciudad.

Y Marian eso hizo. No le faltaban pretendientes, así que no fue difícil. De vez en cuando miraba hacia él que casi siempre estaba bebiendo coñac mirando en su dirección con el ceño fruncido. Después de un par de horas se acercó su madre y le dijo separándola de sus pretendientes-¿Nos vamos ya?- preguntó con angustia.

Su madre la miró fijamente- ¿Hasta dónde quieres llegar hasta atraparlo?

Dijo muy seria- Antes me daba igual atraparlo y obligarlo a casarse. Pero ahora quiero que él me ame.

La duquesa hizo una mueca- Pues tendrás que dejar que se te arrime un

poco, querida. Pero sin pasarse.

Marian le miró confundida- ¿Quieres decir que me bese?

La duquesa sonrió a una conocida- Exacto.

-Ya lo ha hecho –susurró ella.

Su madre la miró sorprendida- ¿Cuándo? Ah, en la fiesta. Debí imaginarlo. Nada más, imagino...

Marian se ruborizó- Por supuesto que no, mamá. Cuando se dio cuenta que no sabía besar quiso que me fuera de aquella fiesta inmediatamente.

La duquesa pareció mirarlo con otros ojos – Bien, entonces nos vamos.

Mientras su madre se despedía de sus anfitriones, ella miró en la dirección donde se encontraba Scott para descubrirlo hablando con una mujer que evidentemente quería algo más que hablar. Él que la estaba mirando levantó un ceja y ella se enderezó dándose la vuelta muy digna para seguir a su madre enfadada.

Se subieron al carruaje y Marian chasqueó la lengua exasperada- ¿Qué ocurre, querida?

Miró a su madre muy enfadada por lo que acababa de ver- Se ha quedado con esa puerca.

Su madre sonrió- Tendrás que endurecer el carácter si quieres cazar a ese caballero.

-No puedo soportar la idea de que se vaya con otra mujer.

-Sólo podrás protestar cuando tengas el anillo en el dedo-dijo su madre mirándola con cariño- y aun así no creo que consigas nada. Muchos hombres tienen amantes después de casarse.

Una rabia interna la hizo revolverse en su asiento- Eso no va a pasar. Ya me encargaré yo de ello.

-Querida, tienes a los mejores partidos de Londres detrás de tu mano- dijo su madre angustiada- ¿Estás segura que quieres seguir adelante?

-Me conoces demasiado bien para que me moleste en contestar a esa pregunta- dijo Marian mirando por la ventana- y después de esta noche aún mas.

Su madre suspiró- No sé qué diría tu padre de todo esto.

Sonrió pensando en ello- Papá consideraba que tengo buen criterio. Intentaría disuadirme como tú, pero al final me apoyaría, como tú.

La duquesa sonrió con añoranza. –No era mal marido. Ni mal compañero. Es una pena que nunca nos amáramos.- miró a su hija- ¿Sabes lo que le dije hace unos años, antes de que enfermara?

-¿Qué?- preguntó emocionada.

-Que sentía no haberle dado un varón para que continuara el ducado. – Marian asintió sabiendo lo importante que era para cualquier matrimonio- ¿Y sabes lo que me contestó? Que le había dado la hija más perfecta que había en

Inglaterra y que era lógico que ya no pudiera darle más.

Marian miró a su madre con los ojos cuajados en lágrimas-¿Por qué no me lo has contado antes?

Su madre sonrió desviando la mirada- Ya tienes suficiente ego, no necesitas que nosotros lo hinchemos más.

La risa de Marian inundó la noche mientras se limpiaba las lágrimas mientras su madre hacia lo mismo.

Cuando llegaron a casa Marian recordó que había quedado en escaparse con Sophie y Susan. Gimió pensando que estarían agotadas en su habitación. – ¿Marian?

-No ocurre nada, mamá- dijo quitándose la capa- Había planeado una pequeña escapada esta noche y las he dejado plantadas.

Su madre se cruzó de brazos- Ya me imagino donde tenías pensado escaparte.- la señaló con el dedo- No irás a ninguna parte sin mí ¿ me oyes?

Marian sonrió- Sí, mamá. –Un movimiento en lo alto de la escalera le llamó la atención- Baja, Sophie. Mamá lo sabe todo.

Un jadeo se oyó desde arriba y dos sombras empezaron a bajar la escalera- ¡Serás chivata!- dijo su institutriz llegando al hall.

-Necesito un jerez –dijo su madre yendo hacia la salita.

Marian la siguió con sus amigas detrás- ¿Qué ha pasado?- preguntó Sophie enfadada.

-Estaba en el baile- contestó sonriendo soñadora- Es definitivo.

Susan sonrió aplaudiendo sin sonido- Estupendo, no lo conozco y ya me gusta.

-Habrás que idear un plan- dijo la duquesa – Es duro de pelar.

-¿Tiene interés en Marian?- le preguntó la institutriz a la duquesa que estaba sirviendo una copa de jerez para todas.

La duquesa sonrió- Estoy segura que le atrae la niña. Y no hay un partido mejor en toda Inglaterra. Pero no se quiere casar.

-¿Tendrá que casarse algún día? ¿Por qué no con nuestra niña?- Marian sonrió por la defensa de su familia.

La duquesa se encogió de hombros mientras repartía el jerez. Le dio la pequeña copita cristal tallada a su hija y esta dijo- Me ha dicho que no se quiere casar. Nunca.

Las cuatro se sentaron en los sillones mientras pensativas tomaban sorbitos de sus copas- Podemos obligarlo.- dijo Susan.

-No quiere- dijo la duquesa señalando con la cabeza a su hija- A mí me parecía la opción más rápida.

-Quiero que me ame. – dijo Marian obcecada-Quiero que mi matrimonio sea por amor.

-Esto si que va a ser complicado- dijo Susan frunciendo el ceño- Cielo, no puedes obligar a alguien a que te ame. Eso pasa o no pasa.

-Pero si la conociera, sí que se enamoraría de ella- dijo Sophie convencida- ¡Eso es!

-¿Qué?- preguntó la duquesa con su copa a medio camino de sus labios.

-Los encerramos juntos en un cuarto y que pasen allí una semana- dijo la institutriz satisfecha.

-Sí, Marian saldrá en estado y con la reputación destrozada- dijo su madre como si la institutriz fuera tonta.

-Eso es como obligarle- protestó ella notando como el jerez le calentaba el estómago- ¿Otra copita?-. Todas elevaron sus copas meditabundas y Marian se levantó por la gran botella de cristal que colocó en una mesilla al lado del sofá después de servir el licor.

-Quieres enamorarle, así que tiene que verte ¿Crees que asistirá a alguna de nuestras actividades?

-Después de la cara de aburrimiento que tenía hoy, no lo creo- dijo ella descorazonada.

-Cierto, el único momento que pareció que se divertía fue cuando estuvo a tu lado y sólo al principio.

-¿Por qué sólo al principio? – preguntó Sophie antes de darle un gran trago a su copa.

Marian se sonrojó- Le insulté sin querer. Me dijo que él no sería el próximo en pedirme matrimonio y me enfadé. Le dije que con su reputación nunca lo aceptaría.

Las mujeres se miraron entre sí como si les hubiera tocado un premio-¿Qué pasa?

Ellas se echaron a reír y Marian lo achacó al jerez, sonriendo al verlas.- ¿No te das cuenta, cariño? Se ha enfadado porque se ha dado cuenta que con su reputación no podría pedirte matrimonio, en caso de que quisiera.

-¿Y?- preguntó confundida.

-¿Te acuerdas de lo que te comente antes? Un hombre siempre quiere lo que no puede tener y tú le has dicho claramente que no estás a su alcance. Eres la hija de un duque, con fortuna propia y ahijada de la reina. En este momento eres como la luna para él. Eso ha dañado su orgullo masculino.

-Los hombres lo tienen muy frágil- comentó Susan hipando- Si se ha enfadado por tu comentario, es que está claramente interesado.

Marian abrió la boca sorprendida-¿Eso creéis?

La tres asintieron sonriendo- Ahora hay que evitar que desaparezca dándose por vencido.

-Tiene que verla a menudo- dijo Susan –Para que el interés permanezca.

La duquesa se levantó- No puedo ir por ahí preguntando por él. Así que voy a contratar a un investigador que nos diga cuáles son sus movimientos.

Marian frunció el ceño- No sé si quiero saber todo lo que hace.

Sophie se echó a reír- No me extraña.

-Dejaros de tonterías- dijo la duquesa cogiendo la botella y sirviendo las copas. -Mañana iniciaremos la campaña.

-Hablas como si estuvieras en el ejército.

-No debe notarse- dijo Susan advirtiéndolas- Hay que ser sutil.-la doncella se removió incómoda pero al final dijo- Me he enterado de algo sobre el Marqués pero no sé...

-¡Suéltalo!- exclamó la duquesa- No tenemos toda la noche.

Marian la miró divertida y Susan dijo- Cuando sale con sus amigos que son unos crápulas, va a un sitio que se llama la Luna azul.

La tres la miraron expectantes- Es una sala de juego – aclaró ella en un susurro.

-¿Una sala de juego?- preguntó Marian pensando que no era para tanto.

-Cariño, en esas salas de juegos hay todo tipo de diversiones para animar a los caballeros- dijo su madre frunciendo el ceño- Juego, prostitutas, espectáculos...

Ella entendió e hizo una mueca-¿Cómo voy a competir yo con esas mujeres?

Su madre la miró ofendida- Son ellas las que no pueden competir contigo, querida.

-Exacto- dijo Sophie cogiendo la botella- tu eres la dama y ellas son...

-¿Putas?- dijo Susan con los ojos muy brillantes.

Las mujeres se echaron a reír bajo la sorprendida mirada de Marian – Pero ellas tienen experiencia y yo no sé ni besar.

-Dile que te enseñe. –dijo su madre sonriendo dejándose caer en el sofá.

La conversación comenzó a desvariar y Marian las dejó en la salita hablando de cuáles eran los mejores planes de ataque. Sonriendo cerró la puerta oyendo sus risas. Le costó un poco quitarse el vestido de baile pero cuando lo consiguió se puso el camisón y se tumbó en la cama suspirando. Los ojos verdes de Scott fue lo último que recordó antes de dormirse.

Capítulo 3

A la mañana siguiente se levantó sorprendida de que Susan no la hubiese despertado. Miró el reloj de encima de la chimenea y vio que sólo eran la diez de la mañana, así que decidió ir a dar un paseo a caballo por Hyde Park. Se puso el traje de montar de terciopelo en color azul oscuro y después de hacerse un sencillo recogido se colocó el sombrero que hacía juego con el vestido. Se puso las botas de montar y se encaminó hacia las caballerizas.

Cuando entró se encontró con Jeffrey – Ensilla a Rayo- dijo mirando a su alrededor sonriendo.

-Milady- dijo el mozo preocupado – No pensará salir sola, ¿verdad?

Marian lo miró fijamente- No dirás una palabra.

-Pero...

-Sabes de sobra que no es la primera vez que lo hago, no sé a que vienen tantas protestas.

-Pero ahora ya ha sido presentada – dijo el hombre mirando a su alrededor. Seguramente buscando a alguien que lo apoyara- No puede ir por ahí sin escolta, milady.

-No me entretengas y tráeme a Rayo- exigió enfadada.

El mozo apretó los labios y fue a hacer lo que le había mandado. Cuando apareció con su caballo Marian sonrió acercándose a su caballo blanco- Hola, bonito.- dijo acariciándole entre los ojos- ¿Me has echado de menos?

-Está impaciente, milady- dijo el mozo sonriendo.

-Enseguida nos divertiremos.- palmeándole el cuello se acercó al estribo y se montó con facilidad a horcajadas. Su padre nunca había querido que aprendiera a lo amazona pues consideraba que era una manera de montar tonta y peligrosa. Por eso sus trajes llevaban una especie de pantalón ancho en su interior para que no se le vieran las piernas.

-Tenga cuidado, milady. –dijo el mozo preocupado.

-No te preocupes- dijo ella agachando su cabeza para salir del establo.

Por Mount Street se encaminó hasta el parque, donde nada más llegar se alejó de la zona más transitada para poder cabalgar sin miradas indiscretas. Riendo hizo que Rayo galopara rodeando el lago Serpentine, pasando rápidamente por delante de un carruaje que se dirigía en ese momento hacia la puerta Lancaster y

se detenía de golpe con el grito del cochero reprendiéndola. Marian miró hacia atrás sonriendo y pidiéndole disculpas a gritos mientras perdía el sombrero soltando sus espesos rizos negros al viento. Siguió galopando sin darse cuenta de que un hombre bajaba del carruaje muy enfadado.

Al dar la vuelta al lago se encaminó hacia su salida acariciando el cuello de Rayo satisfecha y encantada de lo que había disfrutado.

Al llegar a casa un carruaje desconocido estaba ante su puerta y Marian frunció el ceño. Era pronto para visitas. Dejó el caballo a Jeffrey que suspiró de alivio en cuanto la vio llegar –Se ha portado muy bien. Hoy mímallo que se lo ha ganado.

El mozo sonrió mientras veía a su señora salir del establo.

Marian fue hacia la casa mirando el carruaje y cuando el cochero levantó una ceja, ella abrió los ojos como platos. Ahora sí que la había hecho buena. Seguramente alguien del carruaje la conocía y había ido a chivarse a su madre de que había estado cabalgando sin carabina.

Sacó la lengua al cochero y subió los escalones de piedra con la espalda recta mientras el cochero se reía. Marian sonrió cerrando la puerta para escuchar la voz de un hombre amortiguada por la puerta cerrada del salón-¡No puede dejar que vaya sola por la ciudad! ¡Es peligroso!

-Sabe cuidarse sola- dijo su madre con voz pastosa.

-Por el amor de Dios, iba sola por el parque cabalgando como una loca y a horcajadas además.

Marian se tapó la boca para no reírse- Como le he dicho, sabe cuidarse sola.

-¡Es una inconsciente!- esa exclamación la hizo pararse en seco con la mano en el pomo de la puerta. Esa voz le puso los pelos de punta.

Marian después de respirar profundo abrió la puerta de golpe para encontrarse a Scott furioso recriminando a su madre que en bata se sostenía la cabeza. Evidentemente le dolía por la resaca- Buenos días –dijo sonriendo- Pero si está aquí el Marqués de Brentwood.

Marian le miró de arriba abajo. Evidentemente todavía no se había ido a dormir, pues aún llevaba su traje negro de fiesta y su camisa blanca, llevando el corbatín desabrochado.

Él entrecerró los ojos enfrentándola-¿Se puede saber qué hacías en el parque tú sola?

Marian vio el sombrero que había perdido en el parque sobre el sofá – Me ha traído el sombrero, que amable es usted.

-¡Déjate de tonterías, mujer!- exclamó él acercándose un paso- ¿Sabes todas las cosas horribles que te pueden pasar?

Marian miró a su madre que evidentemente estaba interesada en la conversación-Mamá, ¿te encuentras mal?

-Eso se cura con otro coñac- replicó él mirando a su madre por encima del hombro.

El jadeo de su madre hizo sonreír a Marian- Ayer nos pasamos un poco con el jerez.

Su madre gimió y Marian miró a su futuro marido- Por lo visto usted tampoco ha dormido, sino no estaría tan gruñón esta mañana.

Él cada vez estaba más furioso.-No volverás a salir sin vigilancia- dijo entre dientes.

Marian alzó una ceja- No creo que sea la persona más apropiada para decirme lo que debo o no debo hacer.

-Querida, igual tiene razón...esto no es el campo- dijo su madre levantándose- Me vuelvo a la cama.

Scott miró a su madre evidentemente sorprendido- ¿Te deja sola con un hombre soltero?

-Y un hombre soltero con mala fama además- dijo ella riéndose- Mi madre opina que sé cuidarme sola. ¿Le apetece desayunar?

Marian se dio la vuelta para atravesar el hall bajo la atenta mirada del Marqués. Mirando por encima de su hombro para ver si la seguía sonrió al ver al mayordomo que no le quitaba ojo- Martin, encárgate de que nos sirvan un gran desayuno. El Marqués estará hambriento después de una noche agitada.

Scott la miró con los ojos entrecerrados mientras ella entraba en la sala del desayuno.

Marian le indicó una de las sillas donde ya estaba colocado uno de los servicios- ¿Marqués?

Él se acercó lentamente y esperó que ella se sentara a la cabecera, para sentarse en la silla a su derecha. Ella sonrió mientras una doncella aparecía con una tetera y una cafetera- ¿Qué tal la noche? ¿Se quedó mucho tiempo en la fiesta de los Sherman?

Scott sonrió agitando su café – ¿No creo que sea eso lo que quieres preguntar, verdad?

Ella lo miró sorprendida.- ¿Qué cree que quiero saber?

-Quieres saber si me he acostado con la dama que me acompañaba.

El jadeo de la doncella hizo reaccionar a Marian que hirviendo de furia disimuló sonriendo- No, eso no me preocupaba.

El mayordomo miró al Marqués frunciendo el ceño e hizo un gesto a la doncella que se había quedado petrificada mirándolos.

-Mientes.

Marian se mordió el labio inferior y respiró hondo. Otra doncella sirvió huevos revueltos, salchichas, carne asada, guisantes. Scott miró a su alrededor sorprendido mientras daba un sorbo a su café.- No tengo hambre.

Ella sonrió irónica- Suele pasar- se sirvió ella misma una abundante ración de huevos y salchichas bajo la mirada sorprendida del Marqués. Marian sonriendo comenzó a comer con ganas.

-No quiero que vayas sola al parque.

Ella levantó una ceja mientras masticaba pero no dijo nada.

-Salir sola es un peligro en Londres y eres una joven dama con dinero. Podría pasarte cualquier cosa.

-¿Está seguro de que no quiere comer nada?- preguntó inocente.

Eso sacó de quicio al Marqués- ¡Por Dios, Marian! ¿Y tu reputación?

-¿Le preocupa mi reputación?- ella se quedó pensando en ello- Extraño comportamiento.

-Extraño ¿por qué?

Marian tragó los huevos que estaba masticando- Para ser una persona que su reputación no le importa nada, no sé porque ha de importarle la mía.

Scott estaba furioso y se levantó de la silla hecho un basilisco- Marian, no te lo digo más.

-Perfecto porque está perdiendo el tiempo- dijo ella sonriendo inocente.

-¡No sé para qué me he molestado en venir hasta aquí! ¡Para lo que me importa!

Inexplicablemente eso enfadó a Marian- Pues para no importarle está empezando a fastidiarme.

Scott se cruzó de brazos mirándola- Eres una inconsciente cabezota.

El jadeo de la doncella hizo que Marian se indignara todavía más. Se levantó enfrentándolo- ¡Usted no es nadie para decirme a mí como debo o no debo comportarme, insufrible libertino!

-Libertino ¿eh?- antes de darse cuenta la había agarrado por los brazos y la estaba besando.

Marian se sorprendió tanto que no le dio tiempo a reaccionar. Él acarició sus labios de tal manera que Marian se abrió a él separando sus labios. La agarró por la cintura pegándola a su cuerpo y Marian gimió pidiendo más cuando acarició su lengua. El carraspeo del mayordomo hizo que Scott la separara de golpe mirándola como si la viera por primera vez. A ella le faltaba el aire mientras le observaba maravillada con sus ojos violetas iluminados. Él se dio la vuelta pero antes de salir por la puerta se giró y la volvió a agarrar por la cintura. Marian le miró sonriendo- No pienso casarme.

-Pues tenemos un problema, Marqués. Porque yo voy a casarme, ya sea con usted ya sea con otro- le respondió mirando su boca.

Él frunció los labios y la miró atentamente- Pues cástate con otro. Para lo que me importa.

Marian alzó una de sus finas cejas- Recuerde que no soy como esas

amiguitas tuyas, Marqués. No se equivoque.

Scott con el brazo libre la cogió por la cabellera tirando ligeramente de su cabeza hacia atrás. –Entonces este será nuestro último beso. –atrapó su boca devorándola, provocando que a Marian se le aflojaran las piernas y se tuviera que agarrar a sus hombros para evitar caer. Cuando abandonó sus labios después de aquellas maravillosas sensaciones, no sabía ni donde se encontraba y se tuvo que sentar antes de mirar a su alrededor para ver que estaba sola. El servicio se había retirado discretamente y Scott había salido huyendo. Una sonrisa bobalicona apareció en su rostro, sin saber cuánto tiempo estuvo allí. – ¿Qué tal?- la cabeza de su madre apareció por la puerta. Al ver que sola entró – ¿Ya se ha ido?

Marian sonrió encantada- Oh sí, después de besarme y de decirme que no se va a casar.

Su madre se echó a reír mientras cogía la taza de té de su hija y la bebía después. Se sentó todavía en bata apartando el plato de comida con cara de asco.- ¿Y?

Se encogió de hombros mirando a su madre- Nada...

La duquesa la miró exasperada-¿Has averiguado algo? ¿Por dónde se mueve? ¿Si va a ir a la fiesta de esta noche? ¿Algo?

Marian se mordió el labio inferior que todavía hormigueaba- No me dio tiempo a pensar en eso.

Rose suspiró- Bien, esperemos que le haya picado el gusanillo y te siga él.

Se desmoralizó al oír a su madre.- No lo hará- se levantó de su silla y se dio la vuelta- Iré a cambiarme.

-No te desanimes, querida. Esto acaba de empezar.

Esa noche tenían que asistir al baile de los Condes de Montrose. Las debutantes sólo podían vestir colores claros y Marian se decidió por un vestido lila con volantes de encaje blanco en la falda y en las mangas.-Estás muy hermosa- dijo Sophie observando el elaborado recogido que le estaba haciendo Susan.

Su madre entró en la habitación con un vestido verde oscuro y su hija la miró con envidia- Ella sí que está hermosa.

La duquesa se echó a reír- ¿Dónde está esa hija mía a la que yo quiero tanto? Esa que no se desanima nunca y que es tan resolutiva como cabezota, por no hablar de inteligente.

Marian la miró seriamente- Tienes razón, no sé porque me siento tan insegura.

Susan le echó unas gotas de perfume en las sienes y debajo de las orejas.-Te hará sentir mejor.

Sonrió a su doncella y se dio la vuelta- Preparada.

Su madre la miró orgullosa- No olvides quien eres querida. Lady Marian Victoria Andover, hija del duque de Warminster y ahijada de la Reina Victoria de Inglaterra. Por no decir que sobre todo eres mi hija. A ese Marqués le espera una buena lección.

La risa de las tres mujeres animaron a Marian que empezó a sentirse mejor.- No te preocupes, querida. Recibiré informes muy pronto.

Llegaron al baile de los Condes elegantemente tarde y entraron en el gran salón donde las debutantes ya estaban en plena actividad. Varios pretendientes entre los que estaba el Conde de Ormonde se acercaron a ella –Discúlpenme, caballeros-dijo su madre cogiéndola del brazo –Quiero presentarle a mi hija a una buena amiga mía.

-Por supuesto, Excelencia- dijo el conde con una reverencia sin apartar la vista de Marian. Ella lo observó y se dio cuenta que era realmente atractivo. Era unos centímetros más bajo que Scott pero de complexión eran parecidos. Fuertes y fibrosos. Era rubio con los ojos grises. Sí, realmente era muy atractivo. Una pena que no lo hubiera conocido primero.- ¿A quién me quieres presentar, mamá?

-Oh, querida. Es una excusa para dar una vuelta por el salón- dijo su madre sonriendo. Saludaron a su paso a varias personas y entablaron conversaciones con otras. Hasta que encontraron a la Condesa de Montrose, que parecía el objetivo de su madre- Duquesa, ¿se lo están pasando bien?

Ellas sonrieron –Una fiesta maravillosa-dijo su madre cogiendo a la anfitriona del brazo.- Está abarrotada de gente. Estará encantada, Condesa.

La mujer se hinchó como un pavo dejando ver más pecho del que debería- Gracias, Duquesa.

Marian se abanicó sonriendo abiertamente- Me ha parecido oír que es familia del Marqués de Brentwood.

La marquesa se sonrojó- Pues sí, una desgracia. Toda familia tiene una oveja negra y la nuestra es el Marqués de Brentwood. Su padre ya lo ha dado por perdido.

Marian perdió la sonrisa y dio un paso al frente, pero su madre la retuvo disimulando azoro- Eso es una auténtica sorpresa pues no es lo que había oído yo.

-¿No?- la Condesa puso una cara que a Marian por poco se le escapa la risa.

-No, precisamente hablando el otro día con su Majestad me comentaba que le caía simpático.-dijo su madre seriamente.

La sorpresa de la Condesa la hizo tener que abrir el abanico y girarse ligeramente pues ya no podía resistirse.- Pues... no sé qué decir.

La duquesa sonrió indulgente-Seguro que como familia ve los pecadillos del Marqués mucho más graves de lo que son.

La Condesa sonrió- Sí, eso debe ser. -dijo la Duquesa dándole palmaditas en el brazo- ¿Está en la fiesta?- preguntó mirando a su alrededor.

-Oh, por supuesto se le ha invitado. Seguro que llega más tarde.

-Tengo mucho interés en que me lo presenten después de los halagos de la Reina- dijo la Duquesa sonriendo.

-Por supuesto, en cuanto llegue se lo presentaré con gusto- dijo la Condesa queriendo complacerla.

Cuando estuvieron lo bastante alejadas Marian preguntó- ¿A qué ha venido eso?

-Mi querida, si creen que la Reina le tiene aprecio ya puede tener la peste que toda la buena sociedad le mandará una invitación por no desairarla- dijo la duquesa sonriendo.

-Eres diabólica- dijo su hija sonriendo.- ¿Crees que a la madrina le molestará?

-¿No te dijo precisamente eso?- dijo su madre.

-Sí pero...

-No te preocupes, querida. A mi prima no le importará. Estas inconveniencias sociales no le afectan.

Los pretendientes se acercaron otra vez. Marian se dedicó a bailar y sonreír las siguientes dos horas. Estaba tomando un refresco escuchando un aburrido monólogo de uno de sus pretendientes, cuando tres hombres entraron en el salón evidentemente borrachos. Marian apretando su copa de cristal vio como Scott acompañado de dos de sus amigos reían mientras la gente se separaba de ellos. La furia la invadió pues sabía que lo había hecho a propósito. Sonrió a su pareja -Me gustaría bailar esta pieza.

Su pretendiente evidentemente encantado la llevó a la pista de baile mientras seguía hablando. El anfitrión se acercó a su pariente y le dijo cuatro cosas. Scott se echó a reír dándole palmadas en la espalda al pobre hombre que estaba muy incómodo.

Cuando su pareja la llevó de vuelta con su madre que echaba chispas, sonrió -¿Por qué tiene que comportarse así en público?- preguntó su madre exasperada.

Marian perdió la sonrisa- Esto lo hace en nuestro honor, mamá. Para que nos demos cuenta de cómo es.

La duquesa la miró sorprendida-¿Tan poco aprecio tiene a su nombre, a su honor?

Marian la miró a los ojos- Eso le da evidentemente igual. Sin embargo quiere proteger el mío -Marian sonrió- ¿no te parece una contradicción?

-Este juego me empieza a parecer muy peligroso, querida- dijo su madre.

La Condesa de Montrose que en su afán por agradar se había acercado a Scott, le estaba diciendo algo al oído. –Se levanta el telón, mamá. Prepárate porque vienen para acá.

La duquesa se tensó sin girarse- Duquesa de Warminster, lady Marian –dijo la Condesa haciendo que se giraran hacia Scott, que las miraba con una sonrisa irónica- Les presento al Marqués de Brentwood, mi sobrino.

La duquesa sonrió extendiendo su mano- Un placer Marqués.

-Excelencia- Scott le besó la mano e hizo una ridícula reverencia. Marian apretó los dientes de rabia. Cuando se incorporó, la Condesa añadió- Lady Marian es ahijada de la reina y acaba de hacer su debut.

Scott la miró con sorna- ¿De verdad? Toda una joya sin duda.

Marian se sonrojó intensamente mientras la Condesa sonriendo propuso- ¿Por qué no sacas a bailar a Lady Marian y así os conocéis un poco?

El Marqués extendió la mano y Marian se la cogió muy enfadada. Llegaron a la pista de baile bajo la atenta mirada de los que la rodeaban y ella se negó a mirarle a la cara. Miraba su corbatín descolocado y no abrió la boca -¿Estás enfadada?

Marian le miró a los ojos que estaban rojos por la falta de sueño- ¿Por qué habría de estarlo? Es usted el que se pone en ridículo.

Él apretó su mano- ¿Pasarlo bien es ponerse en ridículo?

Marian se tensó- No me tome por estúpida porque no lo soy. Este espectáculo suyo para mi disfrute y disfrute del resto de la buena sociedad, es totalmente innecesario. Todo el mundo sabe cómo es. Normalmente los borrachos y los puteros no se exhiben de esta manera.

-¿Puteros?- preguntó divertido.-Una dama no usa ese lenguaje.

Ella decidió ignorarlo y Scott suspiró para decir en voz baja- Ahora ya sabes que no tenemos ningún futuro.

Marian lo miró a los ojos- Eres tan idiota que no te has dado cuenta que da igual lo que hagas. Tu destino ya está unido al mío.

Él se quedó tan sorprendido con su declaración que se detuvo en seco en medio de la pista de baile. Afortunadamente el baile terminó unos compases después y Marian se giró abandonándolo allí de pie.

Marian se acercó a su madre y la Condesa sonriendo- Tiene un sobrino encantador, Condesa.

La mujer miró detrás de ella con el ceño fruncido- ¿Dónde está el Marqués? ¿No la ha acompañado?

-Oh- dijo girándose sorprendida- Venía detrás de mí. Alguien lo habrá retenido.-dijo sin darle importancia.

La Condesa sonrió- Sí, tiene muchos amigos.

-No me cabe duda- dijo ella. En ese momento el Conde de Ormonde se

acercaba a ella- Lady Marian, ¿le gustaría bailar esta pieza conmigo?

Marian sonrió dulcemente viendo por el rabillo del ojo que Scott se acercaba a ellos- Por supuesto, Conde. Será un honor.

Cuando se alejaba del brazo del Conde y Scott llegaba hasta su madre, la Condesa dijo agradablemente- Es maravillosa, una dama de los pies a la cabeza. No tardará en casarla, Duquesa.

-Eso espero pero tiene que ser el hombre apropiado, Condesa.- dijo su madre pegando golpecitos con el abanico en la palma de la mano mientras miraba a Scott que no dejaba de observar a su hija.

Marian aparentó pasarlo estupendamente. Uno de sus pretendientes, de quien Marian no sabía ni su nombre la llevó hasta las sillas donde las debutantes se sentaban de tanto en tanto para no caer agotadas. Ella suspiró sonriendo mientras aquel joven la miraba con adoración- ¿Podría traerme un refresco?

-Por supuesto, Milady Marian.- el caballero se alejó rápidamente y mientras Marian observaba bailar a la gente Scott se sentó a su lado.

-No quiero que por un simple beso te formes ideas locas en la cabeza-dijo enfadado.

-¿Se te ha quitado la borrachera?- preguntó divertida.

Tuvo la decencia de sonrojarse ligeramente- Quiero que te olvides, Marian.

Ella le miró a los ojos muy seria- ¿En serio quieres que me case con otro?

Después de mirar su piel de porcelana, sus ojos violetas, su naricilla respingona y sus gruesos labios se levantó enfadado y Marian sonrió. Había ganado esa batalla. No sabía si ganaría la guerra pero estaba dispuesta a intentarlo.

Estaba bailando la que consideraba que era la última pieza por esa noche, cuando vio a una mujer pelirroja que lo cogía del brazo y lo apartaba a un lado. La furia la invadió pues ese tipo de comportamientos ya no los toleraba. Acabó la pieza y su pareja la dejó al borde de la pista. Ella se giró y se dirigió hacia su futuro marido. Sonriendo llegó hasta ellos mientras Scott que acababa de levantar la vista veía asombrado como se acercaba. La mujer que estaba de espaldas detrás de una columna acariciaba a Scott por el pecho- Oh, perdonen...- dijo Marian mirando a la mujer fijamente- Es usted la Baronesa de Conwerll ¿verdad?

La mujer se sonrojó retirando la mano del pecho de Scott- Sí, soy yo.

-Milady...-dijo Scott advirtiéndola.

-Su marido anda buscándola -se acercó a ella como si le dijera un secreto- Yo que usted iría corriendo, pues no parecía de buen humor.

La pelirroja se puso nerviosa y haciendo una reverencia se alejó rápidamente. Marian miró a Scott y se cruzó de brazos- ¡Milord, como sigas con este comportamiento tendré que hacer algo drástico y no querrás verme enfadada!

Scott la miró divertido- ¿De verdad?

Marian sonrió al ver su sonrisa-¿Me das un beso de despedida? Me voy a

casa.

Él se concentró en sus labios y durante un segundo pareció que iba a ceder hasta que se dio cuenta de donde estaban y se enderezó con los ojos entrecerrados- Eres peligrosa.

Ella se echó a reír- Si quieres puedes subir hasta mi ventana y darme un besito.

-¿Y romperme la crisma sólo por eso?

-¿No merece la pena?- preguntó ella mirando a su alrededor.

-No lo creo -Scott se cruzó de brazos mirándola fijamente de arriba abajo.

Se encogió de hombros riendo -Para eso tendrás que ponerte un anillo en el dedo.

Scott sonrió- No lo creo. Como acabas de comprobar, me ofrecen lo que quiero continuamente.

Ella le miró a los ojos dolida- No tenses la cuerda demasiado, soy impulsiva y puedo hacer algo de lo que después nos arrepintamos los dos.

-No sé de lo que me hablas- dijo él mirándola sin interés.

-Puede que por enfado acepte a otro y no te gustaría, lo sabes...

-Ya te he dicho que te cases con quien quieras, Marian- respondió enderezándose- No me gustan los ultimátums.

-Y a mí no me gustan muchas cosas tuyas, pero aun así lo arriesgaría todo por ti- dijo ella mirándolo dolida al ver que desviaba la mirada- ¿No vas a decir nada?

-Me parece que por un par de besos te has imaginado cosas, Milady

Marian asintió intentando retener las lágrimas. Respiró hondo y se dio la vuelta andando hacia donde había dejado a su madre. La duquesa sonrió cuando llegó hasta ella y rápidamente se dio cuenta de la situación. Salieron de allí y cuando subieron al carruaje Marian se echó a llorar. -No me quiere, prefiere a cualquiera antes que a mí.

Su madre se sentó a su lado y la abrazó- Tranquila cariño...estás nerviosa por la tensión de la noche, eso es todo.

Marian no paraba de llorar y cuando llegaron a casa Sophie se asustó mucho al verla en ese estado.- ¿Qué ha pasado?

-Él la ha rechazado- dijo su madre intentado calmarla.

-Le da igual quien sea menos yo- gimió Marian.

Susan le llevó un coñac que ella no quiso beber- ¡Me ha dicho que me case con otro!- Marian se echó a llorar otra vez.

-¡Voy a hacer que a ese hombre lo expulsen de Inglaterra!-gritó su madre furiosa.

-¡No!-gritó Marian levantándose de la cama- ¡No harás nada!

Su madre vio en el estado en que se encontraba su adorada hija y tuvo que

contenerse para decir lo que pensaba. Susan le empezó a quitar el vestido a Marian que estaba totalmente apática. La tumbaron en la cama y Sophie se sentó a su lado acariciándole el cabello-Se nos ocurrirá algo, querida. No te preocupes.

Agotada se quedó dormida y las tres mujeres salieron de la habitación- Dios mío, nunca la había visto en este estado- dijo Sophie angustiada- Quizás deberíamos irnos un tiempo al campo.

-¿En plena temporada? –preguntó la duquesa horrorizada- Acabo de presentarla en sociedad. Los rumores la destrozarían socialmente. No podemos salir de Londres.

-Entonces habrá que decir que está enferma hasta que recupere su ánimo. Se ha llevado un disgusto terrible.

-¡Maldito hombre!- exclamó su madre- Maldito el día que se me ocurrió ir a esa fiesta.

Sophie la miró como diciendo ya lo decía yo y la duquesa le lanzó una mirada de advertencia.

-Mejor veamos cómo se levanta mañana- dijo Susan en voz baja- Es muy fuerte e igual mañana ya está recuperada. Sólo es un disgusto, porque ese hombre se está resistiendo y no está acostumbrada.

-Que Dios te oiga.-dijo la duquesa dándose la vuelta.

Marian abrió los ojos para ver que la luz se filtraba por las ventanas. Parpadeó para acostumbrarse a la luz. Se incorporó apartando su larga melena negra y miró a su alrededor. Giró la cabeza para ver su vestido de fiesta lila sobre la silla. Pensó en Scott y en lo que le había dicho la noche anterior. – ¡Será estúpido!- dijo para sí misma levantándose furiosa de la cama. Se vistió con su traje de montar y sin recogerse el pelo, salió de la casa.

Jeffrey la vio llegar y fue directamente a ensillar a Rayo. Sin decir ni una palabra cogió las riendas y montó de un salto. Cuando llegó al parque azuzó a su caballo hasta lanzarse a galope tendido. Apartó un mechón de pelo antes de volver a hincar los talones en Rayo. La sensación de su pelo suelto al viento era maravillosa. Vio una mancha por el rabillo del ojo y giró la cabeza. Sorprendida se dio cuenta que Scott estaba detrás de ella intentando darle alcance- ¡Marian, detente!

Marian azuzó a Rayo.- ¡Maldita sea, detente!-gritó Scott.

Guió a Rayo hacia el puente de Serpentine con intención de cruzarlo pero cuando estaba a la mitad, algo que ella no llegó a ver asustó a su caballo provocando que Marian saliera despedida. Dio la vuelta sobre sí misma por encima de la cabeza de Rayo cayendo al lago con un fuerte golpe.

El agua estaba helada pero lo que más la asustó mientras se hundía fue que las botas y el vestido empapado pesaban demasiado. Marian intentó nadar hasta la superficie pero no lograba moverse. Intentó quitarse la falda pero casi no le quedaba aire y desesperada intentó quitarse las botas. Un fuerte tirón en el pelo la hizo gritar soltando el poco aire que le quedaba en los pulmones y tragó agua sintiendo que se ahogaba hasta que la agarraron por el brazo y tiraron de ella. Cuando llegó a la superficie la dejaron en tierra y Marian abrió los ojos costándole respirar. Tosió y tenía unas ganas enormes vomitar . Después de varias arcadas se dobló por su estómago colocándose de lado- ¡Maldita sea, estás loca!-gritó Scott furioso.

Marian abrió los ojos viendo que el Marqués arrodillado a su lado tocaba su mejilla. La cogió en brazos mirando alrededor. Marian gimió y él se puso pálido. – Te pondrás bien, ya verás...- le dijo en voz baja. Como pudo la subió a su caballo pues ella no colaboró nada. Marian empezó a temblar. Las temperaturas de los últimos días de abril no eran agradables y esos días todavía más pues había hecho mucho frío. Sin querer su cuerpo se acurrucó contra su pecho mientras Scott la besaba en la coronilla e intentaba darle calor –Enseguida estarás en casa- le dijo llevando su caballo a trote.

Pasaron frente al coche de unos conocidos de la duquesa que detuvieron a Scott al darse cuenta quien era la joven y el estado en que se encontraba. La subieron al carruaje envolviéndola con unas mantas y mientras Scott iba a buscar al médico a toda prisa, los amigos de la duquesa llevaron a Marian a su casa.

Cuando llegaron a la casa y el mayordomo la sacó del carruaje, la llevaron a su habitación donde Sophie y Susan no hacían más que pegar gritos yendo de un lado a otro, mientras su madre intentando contener las lágrimas le quitaba la ropa a tirones. Llenaron una bañera con agua caliente y la sumergieron enseguida para que se le quitaran los temblores. Eso la hizo sentir mejor pero al salir los temblores volvieron y todas se asustaron pues aunque la cubrían de mantas seguía temblando.

El médico llegó con Scott que estaba frenético cuando entró en la habitación. – ¿Cómo está?- preguntó mirando hacia la cama.

La duquesa tuvo que ser agarrada por Susan pero con Sophie no podía y la institutriz le dio un bofetón que le volvió la cara. El doctor ignorando a todos los demás se acercó a la paciente- Salgan de la habitación.-ordenó sin mirarlos.

Marian se echó a llorar pues no podía contener los temblores-¿Qué me pasa?

Scott se acercó a ella apartando a las mujeres que le estaban recriminando – ¿Marian?

Ella lo miró a través de las lágrimas – ¿Qué me pasa?

-¡Por favor, salgan de la habitación!- exigió el doctor.

Susan se acercó al Marques – Por favor milord, salga de la habitación.

Sólo Susan y su madre se quedaron con Marian, mientras Sophie y Scott esperaban en el pasillo- ¿Qué ha ocurrido?- pregunto ella mirándolo con odio.

Scott que todavía estaba empapado se quitó la chaqueta de montar dejándola sobre la barandilla. Miró a la institutriz y respondió enfadado- Sabía que volvería a cabalgar sola y la seguí desde el mismo momento en que entró en Hyde Park. Comenzó a cabalgar como una loca y me alarmé. Así que intenté alcanzarla para que se detuviera, pero ella aceleró el paso.-Scott apretó los puños- Cuando estaba sobre el puente Serpentine se le cruzó una ardilla y su caballo se asustó tirándola sobre el puente.

Sophie se tapó la boca con horror- La saqué como pude y también como pude la subí a mi caballo. Afortunadamente unos conocidos de Marian y la duquesa se nos cruzaron. Ellos la trajeron a casa mientras yo iba por el médico.

Sophie se dejó caer en una silla del pasillo- Dios mío, se podría haber muerto.

Scott totalmente pálido asintió.- Cuando la saqué del agua por un momento pensé que lo estaba. Creía que se había roto el cuello.

Se echó a llorar pensando en que su niña podía haber muerto y Scott la miró impotente.

Unos minutos después salió el médico que miró a Scott preocupado- Le he dado un poco de laudano para que descanse. Los temblores son por el trauma, seguramente.-el Marqués asintió - Lo que más me preocupa es lo que me ha comentado usted antes de llegar. Sobre lo de vomitar agua. Temo que pueda coger una infección pulmonar. -Sophie se echó a llorar.

-¿Cuándo sabremos si eso ocurre?- preguntó Scott apoyándose en la barandilla.

-En las próximas doce horas más o menos.-dijo el doctor- Si le sube la fiebre llámenme enseguida.

Scott asintió y le dio las gracias. Sophie entró en la habitación para ver como se encontraba su niña. Marian estaba casi dormida y Scott la miró preocupado.- Por favor, váyase- dijo la duquesa con los ojos cuajados en lágrimas.

-Él le salvó la vida- protestó Sophie- no ha sido culpa suya.

La duquesa lo miró recelosa- De todas maneras, por favor váyase.

El Marqués asintió mirando otra vez a Marian que parecía muy frágil. Se giró para salir de la habitación pero antes de llegar a la puerta vio el vestido de fiesta de la noche anterior. Frunciendo los labios salió de allí.

Marian durmió parte del día, pero al llegar la noche llegó la mala noticia. La fiebre comenzó a subir. Scott se pasó a la hora de la cena y se enteró de las novedades por Sophie que le recibió- ¿Cómo está?- preguntó él totalmente pálido al enterarse.

-Está medio dormida, no se entera de nada- dijo ella con lágrimas en los

ojos.

-¿Puedo verla?- preguntó en voz baja.

-No creo que su madre lo permita, milord.

Él asintió apretando los labios- Por favor, si me necesitan estaré en mi casa.

Llorando Sophie se lo agradeció.

El médico dio raíz de sauco a Marian para bajar la fiebre, pero la fiebre no llegaba a bajar sino todo lo contrario. Los periodos de sudores y temblores se alternaron desesperando a las tres mujeres que cambiaban a la enferma continuamente para quitarle los camisones empapados.- No funciona- dijo la duquesa desesperada- ¿Qué hacemos?

-Está en manos de Dios, milady- dijo el médico negando con la cabeza.

La duquesa se echó a llorar y Sophie salió corriendo llamando al mayordomo a gritos mientras el médico bajaba las escaleras con expresión contrita - ¡Vayan a buscar al Marqués de Brentwood!

Cuando volvió a entrar en la habitación la duquesa y Susan lloraban desesperadas.

El Marqués tardó veinte minutos en llegar. Sophie lo oyó subir las escaleras corriendo y entró en la habitación como una exhalación- ¿Cómo está?

La duquesa lo miró sorprendida.-Lo he llamado yo- dijo Sophie dispuesta a pelear con la duquesa si era necesario.

-¿Cómo está? -preguntó acercándose a Marian que sudaba profusamente. - Dios mío -dijo tocándole la frente - Está ardiendo.

-No le baja la fiebre- dijo Susan entre sollozos.

-Traigan agua fría para bañarla- dijo él quitándose el abrigo y tirándolo a un lado- tenemos que bajarle la fiebre.-destapó completamente a Marian tirando las mantas que la cubrían a un lado viendo que tenía el camisón totalmente empapado. Susan salió corriendo de la habitación, mientras Scott cogía los extremos del camisón y lo desgarraba de arriba abajo dejándola totalmente desnuda. La duquesa jadeó indignada- ¿Pero qué está haciendo?

-Déjelo hacer- dijo Sophie muy seria cogiéndola del brazo.-Sino puede soportarlo, espere abajo, duquesa.

La madre de Marian no se movió mientras Scott cogía delicadamente a Marian y le quitaba el camisón tirándolo al suelo. Marian suspiró de alivio. - Tenemos que compensar la temperatura exterior con la interior -dijo mirando a su alrededor y yendo hacia el aguamanil. Empapó la toalla que allí había y empezó a mojar el cuerpo de Marian con el agua fría. Susan llegó con dos cubos de agua fría y Sophie sacó la bañera de hojalata. La llenaron y Scott cogió a Marian en brazos sumergiéndola. Marian a los pocos minutos dejó de gemir y la duquesa se echó a llorar.

Cuando Scott sentía que el agua no estaba lo bastante fría la sacaban y

volvían a empezar, hasta que Marian bajó de temperatura. Comenzaron entonces los temblores de frío. Las mujeres ayudaron a secarla y la metieron en la cama tapada todo lo posible. Fue una noche agotadora pues los episodios se sucedían uno tras otro. Hubo momentos de auténtica desesperación en que el Marqués se mesaba los cabellos mirando desesperado a Marian.- ¡Maldita sea, Marian! ¡Despierta de una vez! – le decía intentando despertarla.

Al llegar el mediodía del día siguiente al fin se le estabilizó la temperatura y Scott suspiró de alivio- Gracias a Dios- dijo sentándose en una silla a su lado tapándose la cara con las manos- pensaba que no lo conseguiría.

La duquesa totalmente agotada le apretó un hombro.-Gracias.

Él levantó la cabeza sorprendido- No tiene que darme las gracias, duquesa.

Sophie entró en la habitación con unas tazas de té que se tomaron mirando a Marian que dormía apaciblemente.

-¿Por qué no se va a dormir a la habitación de al lado?- sugirió la duquesa – También puede volver a su casa.

Scott negó con la cabeza- Váyanse ustedes, yo estoy acostumbrado a pasar la noche en vela.

La duquesa sonrió con pesar.

–Sí, duquesa. Vaya a descansar- dijo Sophie- La llamaré si hay novedades.

La madre de Marian miró a su hija y asintió.

Cuando Susan la acompañó para turnarse en la vigilia de la enferma, Sophie le dijo a Scott. –No hace falta que se quede, Marqués. Yo me quedaré con ella.

-Puede irse si quiere- dijo Scott tocando la frente de Marian.

Sophie se sonrojó- Marqués eso no puede ser....

Scott levantó la vista sin entender, hasta que se dio cuenta de lo que quería decir y sonrió con sorna-¿No esperará que me aproveche de ella en estas circunstancias?

-Por supuesto que no- dijo ella indignada- pero su reputación ..

El Marqués se encogió de hombros. Sophie insistió-¿No le importa su reputación?

-En este momento lo único que me importa es que se despierte- dijo mirándola muy concentrado.

Sophie sonrió mirando a aquel hombre. Mucho más hombre que otros que se denominaban caballeros. Miró a su niña y sonrió pensando en que había sabido ver lo que los demás no veían en él. Si conseguían superar sus diferencias serían felices juntos.

Sophie fue hacia la puerta viendo que allí no era necesaria- Me voy a echar un rato.

Scott no le hizo caso mientras cogía la muñeca de Marian para comprobar su pulso.

La despertó varias veces para que bebiera agua. Scott miraba por la ventana de su habitación cuando la duquesa entró mirando ansiosa a su hija- Tiene mejor color- dijo acercándose a su niña.

El Marqués sonrió mirando a madre e hija- Sí, parece que está mejor.- se acercó a la butaca y cogió su abrigo.- Yo me voy a casa.

La duquesa asintió –Gracias por todo, Marqués. He sido injusta..

Scott desvió la mirada y fue hacia la puerta- No se preocupe- se giró con la puerta abierta para mirar a Marian. Su cara no expresaba nada – Y no me lo agradezca. Sólo aléjela de mí.

Después de esas palabras que sonrojaron a la duquesa se fue. La madre de Marian se dejó caer en la butaca mirando a su hija. Con un pañuelo de encaje que llevaba escondido en la manga se limpió las lágrimas. Pensó en todo lo que había ocurrido desde las Pascuas y sonrió con tristeza. Se sentía responsable por el sufrimiento de su hija y si Marian quería a ese hombre, por Dios que lo iba a tener.

Después de un par de horas Marian se despertó. – ¿Mamá?

La duquesa se acercó a su hija – ¿Cómo estás?

Marian sonrió- Agotada. ¿Qué me pasa?

-Has estado enferma de fiebres, cariño- su madre le acercó agua que ella bebió con ansia.

Le costaba girar la cabeza y al final se dio por vencida- ¿Dónde está?

Su madre sonrió- ¿Sabías que estaba aquí?

-Creía que era un sueño pero le sentía. Era real ¿no?- preguntó cerrando los ojos.

-Sí, era real. –Su madre la miró emocionada- Sino hubiera sido por él-le cogió la mano a su hija- Te ha salvado la vida, mi amor. El médico te daba por perdida.

Marian suspiró cerrando sus hermosos ojos- Quiero verlo.

La duquesa apretó los labios y decidió mentir- Tendrás que recuperarte rápidamente para verlo, Marian. Ha tenido que irse por una urgencia familiar y no volverá en unos días.

Marian frunció el ceño y abrió los ojos mirando a su madre- ¿Cuándo volverá?

-En cuanto pueda. No quería irse sin asegurarse que estabas bien- al menos eso era cierto- Yo le insistí. En cuanto acabe con sus asuntos, volverá a Londres.

Sonrió soltando aire- Entonces tendré que estar totalmente recuperada cuando vuelva. Quiero que me vea radiante.

La duquesa asintió sonriendo mirando sus pronunciadas ojeras y su piel

pálida.- Haremos vestidos nuevos. Mandaré llamar a la modista en cuanto puedas levantarte de la cama.

Sophie y Susan entraron en la habitación alegrándose mucho cuando la vieron despierta.

Capítulo 4

Los días se sucedieron y Marian se encontraba mucho mejor. Tenía ganas de levantarse de la cama pero Sophie era tajante.- No puedes sostenerte en pie, todavía estás muy débil. Nada de levantarse.

-No querrás retrasar tu recuperación- le advirtió su madre.

Marian asintió dejándose caer en las enormes almohadas – Por lo menos traerme un par de libros –protestó- me aburro.

-Sophie, encárgate por favor- dijo la duquesa quitando la bandeja de la comida. Miró los alimentos –Marian, casi no has comido.

Su hija miró hacia la ventana- No me apetece.

La duquesa aterrorizada por una recaída mandó llamar al médico. Después de reconocer a Marian sonrió- Un milagro. Sí, señor. Eso es lo que ha ocurrido.

Sophie frunció el ceño mirando con desprecio al médico y la duquesa le dio un codazo.- Pero no come mucho, doctor- dijo preocupada.

El doctor se encogió de hombros – Tiene buen color y su respiración está bien. Recuperará el apetito, no se preocupen. Tienen que tener en cuenta que ha estado al borde de la muerte. –dijo el médico cogiendo su maletín y mirando a Marian- Debe descansar mucho. Esas infecciones pulmonares son muy peligrosas.

Marian asintió-¿Puedo levantarme?

El doctor la miró con el ceño fruncido- Si se encuentra con ánimo. Un par de horas al día como mucho. Y no se agote.

Sonrió satisfecha. Las mujeres sonrieron al verla feliz.- ¿Entonces que coma poco no es preocupante?- volvió a preguntar la duquesa saliendo detrás del médico que se iba de la habitación

Sophie se acercó a Marian que había cogido un libro.- Muy lista.

Marian la miró con inocencia- ¿De qué hablas?

-Te conozco de toda la vida- dijo cruzándose de brazos- Has manipulado a tu madre.

Sonrió pasando la página- ¿Me traes algo de comer?

Puso los ojos en blanco mientras Susan se reía por lo bajo.

Esa tarde la dejaron levantarse para poder disfrutar de compañía de alguna visita. Vestida con un elegante vestido amarillo con encajes blancos tenía mucho mejor aspecto. La ayudaron a sentarse en el sofá donde le cubrieron las piernas con

una manta. Ella la echó a un lado- ¡Parezco una invalida, dejarme!

-Compórtate o volverás a tu habitación- dijo su madre –Vendrán unas amigas a tomar el té.

Esas amigas eran la Condesa de Montrose y la Baronesa de Warwick- Me alegra mucho su recuperación, milady.

Marian sonrió cogiendo la taza que le ofrecía Susan que no le quitaba ojo- Es usted muy amable, Condesa.

-Fue muy afortunado que mi sobrino pasara por allí en aquel momento- dijo la Condesa dándose importancia- Sino se comportara a veces de esa manera tan disoluta sería el marido perfecto.

-Le estamos enormemente agradecidas- dijo la duquesa mirando a la Condesa fijamente- Le ha salvado la vida a mi hija.

-Por supuesto es un caballero – dijo la Baronesa con malicia- aunque su última hazaña no ha sido salvarle la vida a su hija, Duquesa.

La duquesa frunció el ceño mirando a su hija intentando desviar el tema dijo –¿Van a asistir al baile de las flores?

-¿Qué hazaña?- preguntó Marian mirando a la baronesa fijamente.

La Baronesa sonrió –Pues le han expulsado de su club debido a una pelea, a puñetazos.

Marian enderezó su espalda mirando a su madre mientras la Condesa se escandalizaba- ¿A puñetazos? Eso no es de caballeros...

Observó como las mujeres se ponían a chismorrear sobre que la causante de la discusión era la Baronesa Conwerll- ¿Y eso cuando ha ocurrido?

La duquesa gimió dejando la taza de porcelana sobre su platillo- ¿Por qué no hablamos del baile de las flores?

Marian entrecerró los ojos- ¡Condesa! –exclamó para llamar su atención.

La condesa la miró sorprendida con la boca llena de pastelito de crema. La chismosa mujer tragó como pudo para decir- Ese hecho pasó ayer mismo, querida.

-¿Ayer estaba en Londres?- preguntó dándole la taza a Susan que la miraba nerviosa.

-No tengo noticias de que mi sobrino se haya ido de Londres- dijo la Condesa mirándola preocupada- ¿Se encuentra bien? La veo un poco pálida.

Marian negó con la cabeza –Creo que me he precipitado un poco al levantarme de la cama.- se levantó con ayuda de Susan del sofá – Si me disculpan.

-Hija- su madre se levantó de la silla.

-No te preocupes, mamá- dijo ella sonriendo – Me acostaré a dormir un rato.

Marian se echó en la cama al principio triste pero poco a poco la furia fue haciendo mella. Bajo la atenta mirada de Sophie apretó la almohada con los puños queriendo estrangularlo. La duquesa entró en la habitación muy nerviosa- ¡Me has mentido!- gritó Marian sentándose en la cama.

-Querida- la duquesa se acercó a la cama- no quería que te disgustaras.

-No quiere verme, ¿verdad?- Marian estaba al borde de las lágrimas.- Por eso no ha venido.

La duquesa miró impotente a Sophie que dijo para ayudarla a salir de aquel atolladero- Marian, tienes que aceptar que no quiere casarse contigo.

La madre Marian la miró como si quisiera matarla- ¿Entonces porque la cuidó de esa manera?

-¡Que se haya preocupado por ella no significa que quiera casarse!- exclamó Sophie.

Marian dejó caer los hombros y agachó la cabeza mirándose las manos.- Sophie tiene razón. -dijo en voz baja.

La duquesa se tapó la boca con la mano – Tienes a los mejores partidos de Londres detrás de ti.- dijo Sophie sentándose en la cama.

Marian asintió tumbándose en la cama y poniéndose de lado dándole la espalda para mirar la ventana.- Sólo se preocupó por mí. Fue preocupación, no cariño.

Sophie miró a la duquesa que se apretaba sus delicadas manos con preocupación- Dejarme sola- dijo con voz suave.

Cuando se fueron, ella dio vueltas en la cama pensando en Scott. En sus besos y sus rechazos. Pensó en lo que había dicho la condesa. La Baronesa de Conwerll era la infiel y era a Scott al que consideraban el disoluto y el libertino cuando era ella la que estaba casada. La furia la traspasó ¿Quiénes se creían que eran para hablar así de él cuando todos hacían lo mismo? Eran unos hipócritas.

Durante la siguiente semana se concentró en recuperarse por completo. Le dijo a su madre que quería organizar una gran fiesta por sus dieciocho cumpleaños que sería el diez de mayo. A cinco días de la fiesta todo era frenético pues tenían que hacerse vestidos nuevos y enviar las invitaciones. Marian quería que todo Londres asistiera y su madre no pudo negarse. No hablaron de Scott y su madre estaba muy preocupada. También lo estaban Sophie y Susan que la miraban con desconfianza. Como si se fuera a poner a gritar en cualquier momento por no conseguir lo que quería.

El día del baile estaba radiante. Totalmente recuperada esperaba que todo saliera como tenía previsto, así que estaba algo nerviosa. Sonreía a todo el mundo mientras recibía las felicitaciones y bailaba con sus pretendientes. Su sonrisa desapareció cuando su objetivo apareció ante sus ojos. La Baronesa de Conwerll se pavoneaba rodeada de hombres con su pelo rojo. Era una mujer casada y estaba permitido que coqueteara con los hombres, cosa que ella no llegaba a entender. Le

indicó a su pareja que se acercara a ella, que quería decirle unas palabras. Su joven acompañante frunció el ceño- No me parece una compañía adecuada...

Marian sonrió- No se preocupe, conozco de sobra como es la baronesa.

Los hombres sonrieron al verla llegar y la felicitaron por su cumpleaños- ¿Baronesa?- Marian sonrió a la mujer que la miraba de arriba abajo.- Permítame felicitarla por su cumpleaños, milady

-Es usted muy amable- dijo con ironía.

La mujer frunció el ceño por su hostilidad y los hombres se quedaron callados observando lo que claramente era un enfrentamiento. Marian sonrió- Quizás debería ir a buscar a su esposo en lugar de correr detrás de los hombres de las demás –dijo mirándola a los ojos.

Los ojos castaños de la mujer refulgieron de furia por el insulto- No sé que puede saber una jovencita como usted de esas cosas. Además no creo que sea asunto suyo.

Marian sonrió irónica mientras se quitaba sus largos guantes blancos- Está muy equivocada, Baronesa. Por sus correrías otras personas salen perjudicadas. Si supiera cerrar las piernas no expulsarían a caballeros de sus clubs, ni su marido tendría que ir por ahí pegando puñetazos.

La baronesa se puso roja de furia – ¡Cómo se atreve!- exclamó mientras los caballeros rumoreaban escandalizados.

-¡Me atrevo porque ese hombre me ha salvado la vida!- gritó Marian haciendo que hasta la orquesta dejara de tocar- Si usted no fuera tan zorra, no habría sufrido esa humillación.

Se formó un gran corrillo a su alrededor –Puesto que nadie en esta ciudad está dispuesto a defenderlo, me ha llegado el turno- dijo dándole una cachetada con los guantes en la mejilla.

Las personas que la observaban interesados jadearon ante el desafío, mientras la baronesa miraba alrededor roja de rabia- ¿Me está retando a duelo?

La baronesa dio un paso adelante y Marian dio otro quedando sólo a unos centímetros de distancia.

-¿Qué está pasando aquí?- preguntó la duquesa sonrojada de vergüenza mientras Marian y la baronesa se miraban a los ojos.

La baronesa la miró de arriba abajo con evidente desprecio.- Acepto.

Los jadeos recorrieron la sala mientras su madre agarraba a Marian por el brazo- ¡Retira lo que hayas dicho ahora mismo!

Marian no le hizo caso mientras seguía mirando a su objetivo a los ojos- Esperaré impaciente la llegada de sus padrinos.- le espetó a la cara.

Su madre jadeó- ¿Pero qué estás diciendo?

La baronesa se enderezó- Será a pistola, espero que tenga buena puntería.

Marian sonrió- Mejor que la suya seguramente pues mi vista es más joven,

baronesa. Y no tiembla el pulso.

La mujer furiosa se recogió sus voluminosas faldas rojas para girarse-
¡Nathan!

El barón se acercó mirando a Marian con respeto e inclinó la cabeza mientras cogía a su esposa del brazo. La gente se apartó de su camino mientras se alejaban hacia la puerta.

-¡Te lo prohíbo! –gritó la duquesa histérica.

Marian se giró hacia ella-¿Es que sólo los hombres tienen el derecho de defender el honor? Yo considero que no. Y si nadie va a defender al Marqués, lo haré yo.

La gente la miraba asombrada y ella sonrió angelicalmente- Por favor que continúe la fiesta. –La música comenzó a sonar pero nadie se dispersaba, sino que las mujeres del lado de Marian comenzaron a discutir con los hombres que las miraban espantados.

Poco a poco la gente abandonó la fiesta mientras la duquesa intentaba convencer a Marian para que retirara el desafío sin conseguirlo.

Una hora después estaban solas en medio del gran salón mirando a su alrededor- Lo habías planeado todo ¿no es así? – preguntó Sophie furiosa- Para que ella no pudiera evitar el desafío.

Marian la miró furiosa y respondió- Estoy harta que todo el mundo diga que es un depravado y un libertino-recogió sus faldas dispuesta a subir a sus habitaciones- ¡Sabéis tan bien como yo que eso no es así! ¡Si a él no le importa, a mí sí!

Estaba subiendo las escaleras cuando oyó un portazo en la puerta de entrada y sorprendida se dio la vuelta para ver a Scott furioso con su traje de noche y su capa delante de ella.- ¿Se puede saber qué rayos has hecho? ¿Es que estás loca?

Marian al principio sorprendida y luego furiosa respondió mientras su madre y sus amigas salían corriendo del salón para mirarlos- No tengo nada que decirte- se giró y siguió subiendo las escaleras.

-¡Marian!-gritó desde el hall.- ¡Baja ahora mismo!

Ella cerró la puerta de su habitación de golpe, respondiendo a su orden. Cerró con llave y sonrió satisfecha. ¿Quién se creía que era para decirle lo que tenía que hacer?

Una patada a la puerta la abrió de golpe y Marian se giró sobresaltada- ¡Estás loco! – Gritó al entrar el Marqués en su habitación- ¡Has roto la puerta!.

Él la miraba como si la quisiera matar mientras decía con voz controlada.- Ha llegado a mis oídos cierta información...

Marian se negó a mirarle y se cruzó de brazos mientras Scott continuaba- ¿Has retado a duelo a la Baronesa?- su voz controlada puso los pelos de punta a

Marian que mantenía la boca cerrada.

Scott gruñó- ¡Contéstame!-gritó sobresaltándola.

Ella le miró furiosa- Sí, ¿y qué?

-¿Y qué? –Scott se acercó y la cogió por el brazo- Vas a retirarlo ¿me oyes?

Marian entrecerró los ojos y le espetó- ¡No!

Él la miraba con sus ojos verdes atónito. –No puedes ir por ahí retando a duelo a las damas.

Marian sonrió- ¿Por qué?

Se dio cuenta que Scott no sabía que decir – ¿Te puedes ir, por favor? Estoy agotada. –se soltó de su brazo.

Él reaccionó- ¡Vas a retirar el duelo!

-¡No!- gritó ella furiosa- Ahora fuera de mi casa.

Scott la agarró del cabello y tiró de ella dándole la vuelta mientras chillaba –Te juro por Dios que como no suspendas esta locura ¡te pego una tunda!.

Marian le agarró la muñeca para que le soltara el cabello y le mordió el brazo. Scott gruñó mientras la agarraba por la cintura y Marian pataleó mientras le tiraba del pelo con las dos manos. El marqués la tumbó sobre la cama agarrando las manos de Marian, colocándolas sobre su cabeza y tumbándose encima de su cuerpo para que no huyera.- ¡Te odio! –gritó ella revolviéndose. Scott se apretó contra su cuerpo y Marian perdió el aliento- ¡Levántate!

-¡Retirarás el desafío!- dijo agarrando sus muñecas con una mano mientras que con la otra la agarraba por la barbilla para que lo mirara.- ¡Lo harás!

-¡Ni hablar! ¡Esa zorra merece una lección!

Scott la miró a los ojos bajando por la cara hasta sus labios –¡Dios, estás loca! ¿Es que quieres morir?

Marian lo miró sorprendida-¿Y por qué iba a morir? Tengo buena puntería.

Scott gimió mirando sus labios- Haré que te encierren en casa. No irás a ningún sitio.

-¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?- preguntó intentando zafarse- ¡No eres nadie!

-No soy nadie ¿eh?- dijo él con la voz ronca mirando su boca.

Marian abrió los ojos como platos- Ni se te...

Scott la besó dejándola sin aliento. Gimió al sentir su lengua acariciándola. La mano de su barbilla bajó por su cuello llegando a su pecho y Marian jadeó contra su boca al sentir que le acariciaba el pezón por encima del vestido. Scott se separó de su boca con la respiración entrecortada. –Lo retirarás- dijo él sin separar la mano de su pecho.

Marian todavía en una nebulosa se espabiló de golpe. Al ver que había soltado sus muñecas lo abofeteó tomándolo por sorpresa- ¡Libertino libidinoso! – gritó ella furiosa –¡Si piensas que besándome me vas a hacer cambiar de opinión, te

equivocas!

Scott sonrió agarrando sus muñecas de nuevo y bajando la cabeza otra vez para besarla. Marian desvió la cara en el último momento y el Marqués riendo entre dientes le besó el lóbulo de la oreja y se lo acarició con la lengua- Esto también es muy erótico. -le susurró al oído. Marian dio un respingo y gimió al sentir como le besaba el cuello. -¿Vas a hacer lo que te digo?

Ella se tensó-¡Olvidalo!

Él levantó la cabeza mirándola con el ceño fruncido. - Eres la más cabezota...

Se levantó dejándola libre por fin y Marian saltó colocándose al otro lado de la cama- No pienso quedar en ridículo delante de toda la ciudad por que tú tengas miedo de que pase algo.

-¿Quedar en ridículo?

-Puede que a ti no te importe - dijo irónica poniendo los brazos en jarras - pero a mí sí.

-Te voy a dar una noticia que puede que te sorprenda- dijo él mirándola seriamente- pero ya te has puesto en ridículo al lanzar ese estúpido desafío.

-¡No es estúpido!-protestó ella.

-¡Claro que lo es! ¿Cómo se te ocurre hacer una cosa así? ¡Los duelos no son cosa de mujeres!

Marian se sintió ofendida-¿Estás insinuando que yo no tengo honor?

-¡El honor es cosa de hombres!

-¿Tú tienes la desfachatez de hablarme de honor? ¿Tú que quieres hacerme el amor y no quieres casarte conmigo?

Scott sonrió- ¿Entonces cuál es la razón de que te vayas a retar a duelo?

Marian lo miró sorprendida-¿Qué?

-Sino tengo honor ¿Qué más te da lo que se diga de mí? - Scott se acercó a ella- ¿Si consideras que no tengo honor cual es la razón del duelo? Porque ante todo Londres has dicho que lo has hecho para defenderme.

Marian se sonrojó hasta la raíz del pelo- A no ser que lo hagas por una cuestión de celos...

Ella entrecerró los ojos-¡Da igual, ya está hecho y no pienso retroceder!

Él la miró furioso y dijo entre dientes- No pienso dejar que te peguen un tiro por tener una boca demasiado grande.

-Hace un minuto mi boca te parecía perfecta.

Un carraspeo les hizo girar la cabeza- En la puerta hay dos hombres que preguntan por ti, Marian.- dijo Sophie mirándola preocupada.

Marian se enderezó y se encaminó hacia allí rápidamente dejando al Marqués atrás.- ¡No te muevas de aquí!-gritó Scott furioso- Yo iré a hablar con ellos.

Cuando llegó a la escalera los hombres la esperaban en el hall. Uno era el Barón- Barón de Conwerll ¿son ustedes los padrinos?

-Mi esposa se excusa, milady. Pero no se enfrentará a usted en duelo.

-Gracias a Dios- dijo la duquesa que salía de la salita- Gracias a Dios que alguien tiene cordura en todo esto.

El barón la miró con los ojos entrecerrados- No ha sido mi esposa la que lo ha retirado sino yo en su nombre.

-¡No puede hacer eso!- exclamó Marian- ¡Es decisión nuestra!

-¡Marian!- Scott bajaba las escaleras furioso- Cierra la boca.

El barón se envaró al ver al hombre con el que se había enfrentado- Está claro que son nuestras mujeres las que quieren solucionar lo que deberíamos haber solucionado nosotros en el campo del honor- dijo el Barón.

Scott se acercó sonriendo- Cuando quiera, Barón.

-¡No!-gritó Marian interponiéndose entre ellos- ¿Qué están haciendo?

-¡Oh, Dios mío!- exclamó la duquesa.

-¿Es que no pueden dejar que lo solucionemos nosotras?- preguntó Marian desesperada al ver que las cosas se le iban de las manos.

-¡No!- exclamaron los hombres.

Marian perdió la paciencia- Sino fuera por su mujer, esto no habría pasado.

-¡Si no fuera por el Marqués esto no hubiera ocurrido!- gritó el barón.

Scott dio un paso al frente -Como le vuelva a levantar la voz le voy a destrozar esa cara de cerdo que tiene.

El barón dio un paso atrás y Marian cogió a Scott por el brazo para detenerlo- Déjenlo de una vez- miró al barón y le dijo muy seria- Mañana al amanecer en Regent Park. Sino su esposa no viene, todo Londres sabrá que no sólo es una zorra sino también una cobarde.

El barón abrió los ojos como platos por el insulto pero luego dijo fríamente- Suerte milady, la va a necesitar.

Se dieron la vuelta él y su acompañante saliendo por la puerta de muy mal humor. - ¿Por qué ha dicho que la voy a necesitar?- preguntó pensativa mirando a los demás.

-¡Porque la Baronesa es una tiradora excelente!- le gritó Scott- ¡Todo Londres lo sabe!

Marian pensó en ello y después miró a Sophie- ¿Quieres ser mi madrina?

Sophie sonrió acercándose a ella- Hecho.

-¡Están locas!-gritó Scott mirando a su madre- ¿No va a hacer nada?

La duquesa miró atentamente a su hija- Espero que sepas lo que haces.

El rugido de Scott podría haber tambaleado la casa. La duquesa lo miró levantando una ceja- Marqués, mi hija tiene que acostarse para estar fresca mañana. Despídase.

Scott traspasó con la mirada a Marian que lo miraba sonriendo dulcemente con las manos unidas a la altura de la cintura. Furioso se acercó a ella quedando a unos centímetros de su cara. Marian levantó la cara para mirarlo a los ojos y amplió su sonrisa- Hasta mañana, Marqués.

Scott la cogió por el cuello y la besó ante los jadeos de sus acompañantes. Marian lo abrazó por la cintura mientras él profundizaba el beso. – ¡Marqués!- exclamó la duquesa sonrojada.

Él se separó lentamente mientras la miraba a la cara- Te veo mañana – le susurró.

Marian asintió dejando caer sus brazos. El Marqués se dio la vuelta y salió de la casa.

Miró a su madre sonriendo- Bien ¿dónde están las pistolas de duelo de papá?

Estaba comenzando a amanecer mientras Marian acompañada de Susan, Sophie y su madre metidas dentro del carruaje hablaban- ¡Que frío! –dijo Marian moviendo los dedos. –Parece mentira que estemos en Mayo.

-Deberías tener calor por los nervios- dijo Sophie mirando nerviosa a su alrededor- A mí me sobra todo.

La duquesa miró a su antigua institutriz – ¿Y tú le has enseñado protocolo a mi hija?- puso los ojos en blanco –Ahora entiendo muchas cosas.

Marian se echó a reír al verlas discutir, cuando la portezuela del coche se abrió de golpe asustándolas- Buenos días- dijo Scott metiendo la cabeza en el carruaje.

-¿Qué haces aquí?- preguntó Marian desconfiando.

-Ver tu hazaña- replicó él – Como medio Londres.

Marian sacó la cabeza para ver que estaban rodeados de carruajes- Dios mío.

La duquesa gimió.

-Tanta publicidad no es buena- dijo con el ceño fruncido- Los duelos están prohibidos.

-Eso deberías haberlo pensado antes de retar a duelo delante de doscientas personas- replicó su madre.

Marian enderezó los hombros y cogió la mano de Scott para salir del carruaje.- Piénsalo, todavía puedes echarte atrás- le dijo él en voz baja.

-No me fastidies- dijo entre dientes-¡O me apoyas o te vas!

Scott apretó los labios- Procura que no te maten.

Marian hizo una mueca y se giró al ver que llegaba otro carruaje. Al abrirse

la puerta y ver al barón supo que había llegado la hora. Scott, Sophie y Marian se acercaron hasta encontrarse a medio camino con ellos que los miraban sonriendo. El sol comenzaba a ascender haciendo que el pelo rojo de la baronesa brillara. – Ladys – dijo Scott – ¿conocen las normas?

Las dos asintieron mirándose fijamente- Veinte pasos y se giran disparando en cuanto tengan su objetivo a tiro.- terminó Scott. –Las pistolas.

-Podemos utilizar las suyas –dijo la baronesa sonriendo.

Marian asintió preocupada. La baronesa se veía muy segura de sí misma. Eso no era bueno. Los padrinos revisaron las pistolas que Marian había llevado. Cuando estuvieron de acuerdo y después que Sophie revisara a fondo la pistola bajo la atenta mirada de Scott se la entregó. Marian se acercó a ella con la pistola en la mano- Desabróchame el abrigo. –Quería tener libertad de movimientos.

Scott se acercó a ella mientras Sophie se lo desabrochaba- Por Dios, dime que sabes disparar.- dijo preocupado- Te está mirando como si quisiera quitarte de en medio.

-No me pongas nerviosa- siseó ella mirándolo de reojo- Solo deséame suerte.

Scott la miró como si estuviera loca- Me estás matando. Si sales de esta no dejaré que abras al boca en la vida.

-¿Eso es una proposición de matrimonio?- preguntó sonriendo.

-Estás a punto de irte al otro mundo y estás preguntando por el matrimonio.

-¿Están preparados?- preguntó la baronesa con sorna- Si quiere echarse atrás milady, sólo tiene que decirlo.

Marian dio un paso hacia ella y Scott la cogió del brazo- Estoy preparada, baronesa- dijo ella entre dientes.

Se colocaron de espaldas una contra la otra mientras el barón y los demás se alejaban.

-Comencemos- dijo el barón.

Marian miró a su alrededor mientras su madre en la ventanilla del carruaje la observaba angustiada. El barón empezó a contar y ellas empezaron a alejarse. Sin darse cuenta llegaron al paso diecinueve.

-¡Veinte!- gritó el barón. Marian retuvo el aliento y se giró rápidamente con el arma en alto mientras sus faldas giraban del impulso. Disparó. No se oyó un segundo disparo y confundida vio como la baronesa caía al suelo agarrándose el brazo que tenía la pistola. Marian dejó salir el aliento viendo como el barón salía corriendo hacia su esposa, que no dejaba de gritar pidiendo un médico.

Scott apareció a su lado y le quitó la pistola de la mano. La cogió de la cintura y la llevó hacia su carruaje a toda prisa. La duquesa abrió la puerta para dejarla pasar y Marian se sentó mientras Scott sentado a su lado le cogió la mano- ¿Estás bien? – preguntó preocupado.

Marian asintió tranquila- Sólo estoy un poco sorprendida de que no haya disparado.

Scott se echó a reír-No le ha dado tiempo.

La duquesa sonrió- Tu padre te ha enseñado bien, querida.- miró a Scott y explicó- El duque era un gran tirador y cuando Marian cumplió los siete años, le regaló su primera pistola.

Marian sonrió- Sí, es preciosa con la empuñadura de nácar.

-El duque siempre tuvo muy buen gusto.- dijo Sophie sonriendo.

-Cierto, pero mi preferida es la de la empuñadura de oro- dijo la duquesa mirando a su hija.

Scott las miraba sorprendido- Cuantas pistolas tiene.

Marian le miró- ¿Sólo las pistolas?- se encogió de hombros- Unas doce sin contar las escopetas de caza.

La duquesa miraba fijamente la mano del Marqués y él la dejó a ir a regañadientes. – Marqués en cuanto lleguemos a la casa quiero tener una conversación con usted en privado.

Scott asintió mientras Marian observaba a su madre con el ceño fruncido- ¿Sobre qué?

Su madre la ignoró-¿Mamá?

Exasperada la duquesa respondió- No puedo dejar que te vaya besando sin que responda por ello.

Scott se enderezó- No voy a casarme con ella, sólo por haberla besado.

Marian lo miró enfadada- No lo esperaba, gracias.

La duquesa lo encaró furiosa- ¿Se puede saber por qué no? Es la mejor candidata de la temporada.

-¡Mamá!

-No es asunto suyo, duquesa. Pero ya se lo he dicho a su hija. No me voy a casar. Nunca.-Apretó los labios antes de decir- No sé porque tengo que darle explicaciones.

-¿Cómo se atreve?- exclamó Sophie mientras Marian los miraba a todos con la boca abierta- Nunca encontrará otra más apropiada que mi niña. Además la anda besando a la vista de cualquiera y entra en su habitación tirando puertas ¿Cómo se atreve?

-Estoy seguro que no hay otra más apropiada, señora. Pero no me casaré, no hay más que hablar

-Yo no me voy a casar con él-dijo Marian en voz baja ganándose la atención de todos.

-Claro que sí- dijo la duquesa.

Marian se enderezó con orgullo mientras Scott la miraba enfadado- No lo aceptaría aunque me lo pidiera- tomó aire mirando a su madre- He pensado

mucho en ello desde el accidente y creo que estoy en lo correcto al decir que el Marqués no es el hombre con quien quiero compartir mi vida.

Scott la miró con el rostro pétreo- Así que has cambiado de opinión.

Marian sonrió tristemente- Nunca serías el marido que yo necesito- dijo sintiendo que su corazón se desgarraba- Necesito a alguien para el que yo sea lo más importante. Y tú no eres esa persona.- le cogió del antebrazo- A ti te gusta divertirme mientras que yo prefiero estar en casa leyendo o jugando al ajedrez. Quiero que me amen, no rogar por el amor.

El carruaje se detuvo ante la casa y un lacayo abrió la puerta- Adiós, Marqués- dijo Marian acercándose y dándole un beso en la mejilla- Le deseo suerte.

Apretando los labios para evitar llorar se giró saliendo del carruaje- El cochero le llevará a su casa –dijo la duquesa al borde de las lágrimas- Adiós, Marqués.

Scott que miraba la puerta por donde había salido Marian asintió. La madre de Marian salió del carruaje y Sophie le dijo- Me gustaba usted. Es una pena que sea tan cabezota.

Sophie cerró la puerta y el carruaje echó a andar. Sophie entró en la casa corriendo para encontrarse a Marian llorando en la salita- Es por los nervios del duelo, nada más.

La duquesa y Sophie asintieron mirándola con pena. Se limpió las lágrimas y se levantó de la butaca- Bueno, ¿desayunamos? Tengo que tener fuerzas para las visitas del día.

Los días siguientes fueron agotadores pues estaban invitadas a todos los actos habidos y por haber que se daban en Londres. Su madre estaba desayunando mientras leía las invitaciones cuando una le llamó la atención – ¡Es de Palacio!

Abrió la invitación rápidamente bajo la atenta mirada de Sophie y Marian- ¡Nos invitan a su palco en la ópera esta noche!

-La ópera- dijo Marian ilusionada- Nunca he estado en la ópera.

-Te encantará –aseguró su madre ilusionada.- ¡El palco real! No he estado allí desde antes de casarme.

Marian sonrió viendo a su madre tan contenta- ¿Qué te vas a poner?

-Oh, tenemos que estar impresionantes. Todo el mundo nos mirará.

-¿Estará la Reina?- preguntó Sophie sabiendo que a veces cedía su palco para sus invitados.

-No lo creo- dijo Marian- He oído rumores de que vuelve a estar en estado.

-¿No te lo ha confirmado por carta?- preguntó su madre.

-Este mes no he recibido carta- dijo desilusionada- Estará ocupada.
La duquesa asintió- Por supuesto, tiene muchas obligaciones.

Esa noche llegaron al Teatro Real de la Ópera, también llamado Covent Garden y se enteraron de que la obra que se representaba esa noche era Rigoletto. Marian estaba muy emocionada por poder escuchar esa obra de Verdi pero a su madre le interesaba más ver y ser vista.

Se había puesto un llamativo vestido rojo que contrastaba con su pelo negro mientras que Marian vestida de blanco parecía demasiado pálida a su lado. Se encogió de hombros mirando a su alrededor desde el enorme palco. Las mujeres se pavoneaban enseñando sus joyas que relucían con la luz de los candelabros. Algunas reían escandalosas y Marian giró la cabeza para mirar a quien reía de esa manera. Una mujer con el escote más pronunciado que había visto en la vida la estaba mirando mientras se reía desde un palco cercano. No la conocía de nada y se acercó a su madre que sentada a su lado estaba mirando por los binoculares.- ¿Conoces a esa mujer?

Su madre miró en la dirección que le indicaba y escandalizada desvió la vista- Es Madame Roser, querida. Es una...- su madre la miró- no deberías enterarte de esas cosas.

-Mamá...

Varias personas entraron en el palco y ellas con educación se levantaron para saludar cuando Marian se dio cuenta que la Reina entraba en el palco. Hicieron una reverencia sorprendidas, era un honor que su Majestad las hubiera invitado estando ella allí.

- Ahijada –la saludó la reina sonriendo y extendiendo los brazos.

Marian sonrió incorporándose y abrazándola con cariño- Gracias por invitarme, madrina.

-¿Nunca has visto ópera?- preguntó separándose de ella y acariciándole la mejilla

La miró radiante- No, lo estoy deseando.

-Si te agrada puedes venir cuando gustes, querida- dijo la reina sentándose en su silla- Ven, siéntate a mi lado. Tenemos que hablar.

Marian se mordió el labio inferior mientras se sentaba al lado de su madrina.- ¿Me han dicho que te has retado a duelo?- preguntó divertida.

Se sonrojó y la reina se echó a reír llamando la atención de toda la buena sociedad que no perdía ojo. Que la reina la tratara de esa manera la favorecía mucho y Marian lo sabía- Se lo merecía, majestad. Esa mujer creo problemas al Marqués.

La Reina Victoria sonrió mirándola con cariño- ¿No te ha pedido matrimonio todavía?

Marian suspiró mirando a su alrededor- Me he dado por vencida, madrina. No quiere casarse. Tengo que respetarlo.

La reina frunció el ceño- ¿Osa despreciarte? No puedo creerlo.

Marian chasqueó la lengua- Dice que no se casará nunca.

La reina miró a su alrededor observando el teatro que estaba a rebosar.- ¿Te ha besado?

Se sonrojó y la reina se echó a reír cogiendo su mano- Pequeña, eres un soplo de aire fresco. ¿Te gustó?

Marian sonrió bajando la cabeza- Perfecto.- dijo la reina mirándola pensativa- El Marqués es un buen hombre. Lo apruebo.

Ella la miró confundida- Pero madrina, él no quiere casarse.

La reina le sonrió- Cuéntame quien más te ha pedido matrimonio.

Marian le relató entre risas los nombres de los rechazados y la Reina se echó a reír a carcajadas cuando se enteró que Lord Western había pedido su mano- Si tiene noventa años.

-Noventa y dos- dijo entre risas. Miró a su alrededor y se quedó parada al ver que la mujer que antes se había reído de ella, estaba mirándola con odio. A su lado se encontraba Scott mirándola muy serio.

-No te preocupes, pequeña- dijo la reina al ver donde miraba- Esa mujer está celosa. Eso es todo.

-Mamá iba a decirme algo sobre ella pero al final se calló.

La reina sonrió mirando a su prima que hablaba con una conocida- Es una meretriz, querida. – Marian se escandalizó- Muy famosa y cara debo decir pero fulana al fin y al cabo.

Gimió al pensar que estaba con Scott. Ese hombre era idiota. –A él no le cobra.-dijo la Reina observando a su pueblo – porque le ama.

Marian asintió sin decir nada- Sonríe querida, tú eres una dama. Que no vean que te afecta verlo con ella.

Sonrió de manera deslumbrante y la reina asintió- El Marqués tiene una vena autodestructiva que comprendo muy bien, pero esto ya dura demasiado.- el teatro comenzó a quedar sin iluminación- Comienza la ópera. Te encantará, ya verás. Olvídate de todo y disfruta. Siente la música.

Marian cogió sus binoculares y miró al escenario. Sin querer miró hacia el palco de Scott que la observaba con los brazos cruzados. Desvió la mirada avergonzada y respiró profundamente antes de fijarse en la actuación que ya había empezado.

Cuando terminó el primer acto Marian estaba maravillada- Es maravilloso, madrina- dijo emocionada a la reina.

La reina le apretó la mano satisfecha – Me alegro mucho que te agrade, querida. –levantó una mano y una de sus damas apareció a su lado- ¿Por qué no vas a dar una vuelta con Lady Norton? Que te vean.

Marian sabiendo que era una orden, se levantó sonriendo a su nueva acompañante mientras la reina y su madre se quedaban hablando. Se le acercaron varias personas a saludarla. Marian vio a Scott al otro lado del pasillo mirándola de lejos. Su mirada la traspasó y Marian desvió la vista nerviosa. Mordiendo el interior de la mejilla asintió aparentando que escuchaba lo que le decían.

Cuando volvía hacia el palco, Scott apareció ante ella- Lady Andover – dijo cogiendo su mano y besándola- Me alegra verla.

-Lo mismo digo, Marqués – dijo ella mirando sus ojos dolida.- Espero que esté disfrutando de la velada.

Scott frunció el ceño- Enormemente.

Marian asintió retirando su mano- Si me disculpa. La representación va a comenzar.- pasó a su lado para entrar en el palco mientras él no dejaba de observarla.

Entró en el palco y se sentó en su sitio mientras la reina y su madre no dejaban de observarla- Me parece que nuestro corderito se ha encontrado con el zorro, prima.

La duquesa asintió mientras Marian se enderezaba y decía- No soy ningún corderito.

La reina sonrió –Lo sé...

En el descanso después del segundo acto no se movió del sitio mientras la reina y su madre saludaban a algunos amigos y conocidos. El conde de Ormonde se acercó a saludarla y ella sonrió- Milady, sentí mucho su accidente- dijo su pretendiente mirándola sinceramente preocupado- Me enteré de que estuvo muy enferma ¿Recibió mis flores?

Marian avergonzada se disculpó, pues no sabía que le había enviado nada - Debieron llegar cuando todavía no estaba bien para agradecerse como es debido. Lo siento mucho.

-No se disculpe- dijo el conde sonriendo – Lo entiendo perfectamente –El conde la miró dubitativo y al final preguntó- ¿Le gustaría que mañana la vaya a recoger para un paseo por el parque?

Marian sonrió mirando al conde. Era muy guapo y agradable ¿Por qué no?- Estaré encantada.

El conde sonrió como si le hubiera regalado la luna. Se acercó a ella y le cogió la mano mientras la miraba con sus ojos grises – La recogeré a las once. ¿Le parece bien?

Ella asintió mientras él le besaba la mano- Hasta mañana, milady.

Cuando comenzó el tercer acto Marian miró sin querer hacia el palco de

Scott que estaba claramente enfadado. Le ignoró para seguir la representación pero no se podía concentrar del todo. Cuando volvió a mirar el palco estaba vacío y Marian se sintió muy triste. Se dio cuenta de que prefería verlo de lejos a no verlo en absoluto. La noche perdió su encanto.

Cuando la ópera terminó aplaudió entusiasmada, aunque lo hacía para aparentar porque lo que quería realmente era llorar de frustración.

La reina se levantó de su asiento y todos los demás también- Me he alegrado de verte tan bien, querida- le dijo con cariño- Dentro de unos días tendrás noticias mías.

Marian sonrió y le dió un abrazo de despedida.

Cuando abandonaban el teatro entre saludos y charlas con amigos, se encontraron con Scott que las estaba esperando. Se acercó a Marian y la cogió del codo separándola del grupo.- Tenemos que hablar- le dijo él en voz baja.- Pasaré por tu casa en una hora.

Marian dio un paso atrás mirando a su alrededor- No creo que sea buena idea.

Él le apretó el codo- Marian, lo que tengo que decir es importante.

Miró sus ojos verdes que estaban decididos- Está bien, aunque no sé lo que dirá mi madre.

-Cuando oiga lo que tengo que decir se alegrará, créeme- dijo él esperando que su madre los alcanzaran.

-Marqués- dijo su madre mirándolo con una sonrisa- no esperaba verlo.

-El Marqués insiste en pasar por casa en una hora- dijo Marian.

La duquesa lo observó- No creo que sea buena idea.

Scott se enderezó- Es importante, duquesa.

-Si es algo tan importante, dígamelo a mí- cogió a Marian por el brazo llevándola hacia la salida.- Mándeme una carta.

Él frunció los labios mientras Marian y su madre salían por las enormes puertas hacia el exterior.

Al subir al carruaje la duquesa estaba poco habladora pero a Marian tampoco le apetecía hablar, así que le daba igual. Al llegar a casa su madre le dijo- Ven a la sala, tengo que contarte algo.

Marian la miró preocupada mientras la seguía hasta su sala de estar. Se quitó el abrigo y se sentó en una de las butacas- ¿Qué ocurre?

-He tenido una conversación muy interesante con la reina cuando tú estabas fuera y...- su madre estaba realmente preocupada y ella se asustó.

-¿Qué ocurre?

-La reina me ha dicho el motivo por el que el Marqués no quiere casarse- dijo su madre sentándose frente a ella.

-¿Y?- Marian estaba ansiosa.

La duquesa apretó los labios desviando la mirada- En su familia ha habido ciertos problemas...

-¡Mamá por Dios, dímelo de una vez!

Su madre la miró a los ojos- Tienen locura heredada.

Marian se la quedó mirando con la boca abierta y lo pensó unos segundos- ¿Te refieres a que alguien de su familia está loco?

La duquesa negó con la cabeza con lágrimas en los ojos- Me refiero a que su madre y su abuela estaban locas. Primero enfermó su abuela en su juventud y su madre enfermó cuando dio a luz al Marqués.

Marian no se lo podía creer- ¡Pero él está bien!

-Sí, de momento sí- Marian sintió que las lágrimas caían por sus mejillas y su madre se sentó a su lado- Lo siento mucho. Sé que es horrible...

-Y ha pasado por todo esto sólo.- se tapó la cara con las manos llorando desconsoladamente- y quería hablar conmigo ..

Su madre se mordió el labio inferior –No debes volver a verlo, querida.

Marian levantó la cabeza sorprendida-¿Pero qué dices?

-No quiero que pases por eso- dijo firmemente. –No permitiré que te unas a un hombre que puede volverse loco en cualquier momento.

Marian sintió que el mundo se le caía encima- No puedes hacer eso, ¿no lo comprendes? Se ha alejado de mí porque teme eso precisamente.

-¿Y casarte con una persona así? ¿Qué me dices de tus hijos? ¿Quieres tener hijos que se puedan volver locos?

-¡Puede que no pase nunca!- gritó levantándose de golpe- No puedo separarme de él por una posibilidad.

-No lo permitiré- dijo su madre mirándola decidida.

-La reina lo aprueba, me lo ha dicho.

-¡La reina no es tu madre!- chilló la duquesa- Tú padre siempre quiso lo mejor para ti y el Marqués no lo es

-¿Qué ocurre?- preguntó Sophie somnolienta mirando como discutían.

-Que te lo cuente ella- dijo Marian saliendo furiosa de la sala.

Cuando subió a su habitación Susan la estaba esperando para quitarle el vestido- ¿Qué ha pasado?- preguntó sorprendida.

Marian se tiró en la cama y se echó a llorar desconsolada. –Déjame sola, por favor.

Susan se acercó a ella –No puede ser tan malo.

-Lo es, por favor déjame sola.

La criada asintió y abandonó la habitación. Marian lloraba agarrándose a la almohada. No podía dejar que la separaran de él. No podía dejar que él la alejara por una posibilidad. Tenía que hacer algo. Se levantó y miró por la ventana. Un carruaje estaba en la calle y ella se limpió las lágrimas mirando hacia fuera. Marian

abrió la ventana y miró hacia abajo. Cogió su bolsito y comprobó que tenía dinero. Sacó las piernas por la ventana y se agarró a la cornisa caminando lentamente hacia un árbol que estaba muy cerca. Al estar a su altura oyó un ruido debajo asustándola- ¡Estás loca!- exclamó Scott desde abajo- Vuelve ahora mismo.

-Shhh-chistó ella sorprendida mirando hacia abajo- ¡Cállate!

Miró hacia el árbol y sin pensarlo saltó agarrándose a la rama más cercana. Levantó las piernas rodeando la rama deslizándose hacia el tronco.- ¡Te voy a matar! Si no te matas tú antes- siseó Scott mientras la veía agarrar el tronco y bajar con facilidad- Lo has hecho antes ¿verdad? – preguntó cuando estuvo a un par de metros del suelo. La agarró por la cintura y la dejó en el suelo mirándola a los ojos.- ¿A dónde ibas?- preguntó con desconfianza.

Marian se echó a su cuello besándolo por toda la cara. Cuando llegó a su boca Scott le apretó la cintura besándola apasionadamente. Ella gimió al sentir la mano en su trasero y Scott la separó- Vuelve a la casa.

-¡No! Me voy contigo- dijo ella decidida.

-¿Estás bromeando?- preguntó asombrado mientras separaba sus brazos de su cuello- No vas a venir conmigo a ningún sitio. Tú vuelves con tu madre.

-Lo sé todo, Scott. Y me voy contigo.

-¿Lo sabes todo?- preguntó confuso- ¿Qué es lo que sabes?

Marian se avergonzó de haber hablado de su familia a sus espaldas, así que dijo en voz baja- Lo de tu madre, lo de tu abuela.

Pese a que había poca luz Marian se dio cuenta que había palidecido- No tienes idea de lo que estás hablando.

No sabía que decirle y sintió un escalofrío- ¡Te estás helando!- exclamó él quitándose la capa y tapándola con ella.- Vuelve ahora mismo.

-Pero mamá no quiere que te vuelva a ver- suplicó ella –Tenemos que huir, vayamos a la frontera de Escocia. Podemos casarnos...

Él la miró como si estuviera mal de la cabeza- Escúchame bien- dijo agarrándola de la barbilla- No te he pedido matrimonio. Y no lo he hecho, porque no tengo ninguna intención de casarme contigo. –apretó los dedos de su barbilla y Marian hizo una mueca- Nunca me casaré y tú no vas ha ser la excepción.- Marian se dio cuenta de que estaba furioso y dio un paso atrás.

-Si es por lo de tu familia ..- dijo al borde del llanto- a mí no me importa.

-¿Eres estúpida o sólo lo aparentas?- exclamó fuera de sí- ¿No entiendes lo que te digo?

Marian se encogió angustiada- Entonces, ¿qué haces aquí?

El Marqués se enderezó mirándola con los ojos entrecerrados- Sólo quería advertirte sobre el Conde de Ormonde

Marian sintió que el mundo se le caía encima pero aún así preguntó sin voz- ¿Sobre qué?

-No es de fiar, Marian. Tiene deudas por todo Londres y no tiene buena reputación.

Ella se le quedó mirando sin expresión –Bien. – se giró yendo hacia la entrada de su casa.

-¡Marian!

Se dio cuenta de que llevaba su capa y se la quitó de sus hombros tendiéndosela- Gracias- dijo casi sin voz.

-No te llamaba por eso- dijo él acercándose a coger la capa- Sobre lo del Conde... – Marian sintió su mirada sobre ella pero no podía mirarle a la cara- No es una advertencia por celos, he oído rumores preocupantes Marian.

Ella asintió y se dio cuenta de que la puerta ya estaba cerrada. Cogió el llamador y golpeo varias veces- Vete – dijo ella mirando la puerta- no quiero que te vean.

Marian después de unos segundos oyó como los pasos se alejaban. La puerta se abrió para dejar ver a un sorprendido mayordomo iluminado con una vela- ¿Milady?

Ella sonrió y entrando en el hall- Gracias... me ha pasado algo muy extraño. Me he caído por la ventana.

El mayordomo la miró con los ojos como platos- ¿Se encuentra bien?

Marian se dirigió hacia la escalera- Oh, estupendamente. Menos mal que me he caído sobre un seto.

Dejó al hombre allí congelado y subió la escalera rápidamente levantándose la falda a la altura de las rodillas. Cerró la puerta del cuarto y fue hacia la ventana para cerrarla de golpe.

- No quieres nada conmigo, ¿eh? Me parece muy bien- dijo para sí retorciéndose furiosa para desabrocharse el vestido. Cuando se lo quitó, lo tiró a un lado y comenzó a quitarse el corsé dejándolo caer a su lado. No se molestó en quitarse la ropa interior y las medias. Así se metió en la cama y apagó la lámpara de aceite que había sobre la mesilla.- Estúpido engreído- masculló colocando las mantas- estúpido.

Golpeó la almohada y se volvió a girar, una lágrima cayó por su mejilla. Marian se la limpió furiosa- No tienes ni idea de quien soy, libertino incorregible. ¿No quieres nada conmigo? Tendrás que suplicarme antes de que te dirija la palabra de nuevo. Retorcido insensible.

Después de dar cien vueltas en la cama consiguió quedarse dormida con el pensamiento de estrangular a aquel ingrato.

Capítulo 5

A la mañana siguiente Marian se despertó temprano y decidió estar muy hermosa cuando llegara el conde para su paseo por el parque. Se puso un vestido de paseo azul cielo y una chaquetilla a juego. El sombrero era una creación maravillosa en blanco y azul con lazos a juego. Cogió la sombrilla a juego y bajó las escaleras para ir a desayunar- Querida, hoy estás arrebatadora- dijo Sophie sonriendo al verla- ¿alguna razón en especial?

Marian sonrió tirando la delicada sombrilla sobre una de las sillas –Me vienen a recoger para ir a dar un paseo.

Sophie se levantó rápidamente- Iré por mi abrigo.

-Desayuna tranquilamente. Tenemos tiempo- dijo ella sentándose en su asiento. Se sirvió un desayuno de reyes bajo la atenta mirada de su institutriz – Estás hambrienta, por lo que veo.

Marian asintió mientras cogía un bollo de jengibre. Sophie la miraba atentamente mientras bebía su té-¿Qué? –preguntó Marian con la boca llena.

Sophie se encogió de hombros- Te veo con mucha energía después del disgusto de ayer.

Desvió la mirada y siguió masticando. Cuando tragó respondió aparentando indiferencia- Como dijo ayer mamá, eso se ha acabado.

-Ya- Sophie se levantó- voy a por el abrigo ¿Con quién has quedado?

-Con el conde de Ormonde- dijo con indiferencia.

Sophie sonrió irónica- Se te ve muy emocionada.

Marian hizo una mueca.-Podía ser peor.

-Si quieres casarte, deberías cambiar de actitud- dijo Sophie riéndose.-Tienes que motivarlos un poco.

De la que se iba Sophie, Marian pensó en eso. Motivarlos. No podía motivarlos más, ya había recibido veintidós propuestas de matrimonio y prácticamente no conocía a ninguno. Tenía que conocerlos un poco para aceptarlos, para pasar toda la vida con ellos. Comenzó a golpear la mesa con los dedos pensando en ello. Igual debería casarse con un viejo y quedarse viuda joven. La cara de asco que puso lo dijo todo. Sólo pensar en que alguien como Lord Western la tocara, le ponía los pelos de punta. Se levantó de la mesa dejando el desayuno a la mitad y fue hacia la ventana. El Conde no estaba nada mal y si no

tenía dinero, ella tenía por los dos. Era atractivo y galante, un buen partido. Un cabriolet se detuvo en la entrada y el conde bajó de un salto. Marian sonrió con tristeza. Lo que daría por que fuera Scott el que la recogiera. El conde llamó a la puerta y el mayordomo fue a abrir. Marian cogió la sombrilla y colocó una sonrisa en su cara intentando sobrellevar todo aquello.

- Conde –saludó extendiendo la mano en cuanto salió del comedor- es muy puntual

El hombre impecablemente vestido sonrió acercándose- Milady, cada día que pasa está más hermosa.

Marian se ruborizó de gusto mientras él sin separar sus ojos grises de ella sonreía besando su mano.- Es muy galante.

Sophie se colocó a su lado y Marian la presentó- La señorita Swanson nos acompañará esta mañana, si no le importa.

El conde sonrió encantado – Por supuesto que no.

Cuando las ayudó a subir al coche descubierto, iniciaron camino hacia el parque mientras él con su amena charla las entretenía. Hacía una mañana de lo más agradable y se entretuvieron un rato hablando con conocidos deteniéndose de tanto en tanto. – ¿Irás al baile de esta noche?- preguntó él con una sonrisa.

-¿El de los duques de Stradford?

Él asintió mientras evitaba un carro. Estaban ya de vuelta a casa y había mucho tráfico- Sí, creo que asistiremos.

-¿Me reservará un baile?- la miró fijamente con sus ojos grises y Marian gritó cuando por poco atropella a una mujer que cruzaba la calle cargada con una cesta de fruta.

La cesta se le cayó del susto y la mujer se puso a recogerla a riesgo de que la atropellara otro carro- ¡Tenga más cuidado!- exclamó el Conde levantándose del asiento y amenazándola con una fusta mirándola con rabia.

Marian abrió los ojos como platos al ver su actitud y tragó saliva. Sophie jadeó indignada y el conde volvió la vista a Marian. Evidentemente intentó relajar la expresión pero Marian vio violencia en sus ojos- Siento el susto, milady. Esa mujer se ha cruzado...

Marian desvió la mirada pensando en esa mujer que seguro que vendía la fruta para comer- No es conmigo con quien tiene que disculparse, milord.

El hombre sonrió. El muy estúpido no la había entendido.- ¿Me reservará un baile?

Marian miró a su amiga que negaba con la cabeza vehemente –Claro- dijo encogiéndose de hombros impotente mientras miraba a su amiga- un baile.

-Lo estoy deseando- dijo él encantado.

Cuando llegaron a la casa un lacayo las ayudó a bajar aunque el conde se había dado prisa para ayudarlas. La cortesía hacía que tuviera que invitarle a

tomar un té pero Marian no quería pasar más tiempo con él- Le invitaría a pasar...- dijo mirando a su amiga que miraba al conde como si quisiera matarlo- pero mi madre tiene una jaqueca y debería ir a ver como se encuentra.

Desgraciadamente la duquesa apareció sonriendo en la puerta-¡Señor conde, que sorpresa! Pase a tomar un té con nosotras, no se quede ahí.

El conde subió los escalones para besar la mano que la duquesa le tendía- Me alegro de que se encuentre mejor.

La duquesa lo miró confundida y Marian se apresuró a decir- Le he comentado al conde la jaqueca que tenías esta mañana antes de salir.

Su madre asintió rápidamente- Cierto, horrible. Pero afortunadamente como vino se fue.

Mientras se acercaban al salón la duquesa miró a su hija preguntando que pasaba y ella respondió a la pregunta poniendo los ojos en blanco. Marian se quitó la chaquetilla y el sombrero dándoselos al mayordomo y el conde la miró con admiración. – Su hija es maravillosa, duquesa.

-Pero que amable es usted- dijo la duquesa sirviendo el té- Cuéntenos algo de su familia. ¿Tiene hermanos o hermanas?

Marian se sentó y el Conde se pudo sentar a su lado- No, soy hijo único duquesa.-contestó el conde cogiendo la taza que le tendían.

-¿No tiene familia?- preguntó la duquesa dando su taza a Marian.

El Conde se removió incómodo en su asiento –Así es, desafortunadamente estoy solo. Heredé el título cuando mi tío murió en un accidente de carruaje con toda su familia.

Su madre lo miró con pena- Lo siento mucho.

-Espero no estar sólo mucho tiempo- dijo mirando a Marian que incómoda echó un vistazo a Sophie.

Su amiga seguía observando al conde enfadada- Seguro que hay muchas jóvenes solteras por ahí que estarán encantadas de unirse a usted.

Marian tosió y el conde le dio palmaditas en la espalda- Gracias- dijo sonriendo- Se me ha ido por otro sitio.

Su madre las miraba con el ceño fruncido- Así que espera casarse pronto.

-Sí- dijo satisfecho – tengo muchas esperanzas.

Sophie sonrió diabólica pero afortunadamente no dijo nada.- Le deseo suerte –dijo Marian esperando que se diera cuenta de que no estaba interesada.

El conde la miró con adoración y Marian se dio cuenta que se sentía alentado.

La duquesa cambió de tema hablando del baile de las flores y Marian suspiró aliviada.

–Es una maravillosa celebración para la primavera- dijo su madre entusiasmada después de una hora de charla –La Condesa de Bromsgrove es

increíble organizando fiestas.

-Estoy deseando asistir – dijo levantándose del sofá- Si me disculpan me tengo que despedir. Debo asistir a un almuerzo.

Las tres mujeres se levantaron- Por supuesto, Conde. Le hemos entretenido demasiado.- dijo Marian aliviada.

-Ha sido un auténtico placer – dijo besando su mano mientras la miraba a los ojos- que espero repetir.

Marian no respondió mientras sonreía. El conde se despidió de las demás y se fue. Se dejó caer en el sofá suspirando- ¿Se puede saber que ha pasado?

-Ese hombre tiene dos personalidades- dijo Sophie mirando por la ventana- afortunadamente ya se ha ido

-¿A qué te refieres?

Le contaron el episodio y la duquesa asintió entendiendo- La culpa había sido suya y él le gritó como un energúmeno. No pienso volver a verlo- dijo Marian levantándose del sofá.

-Lo verás esta noche en el baile- dijo Sophie con sorna.

-Ya me lo habían advertido y no hice caso.

-¿Quién?

Marian se sonrojó- El Marqués me lo advirtió.

Sophie y la duquesa se miraron.-Bueno, hay muchos peces en el mar- dijo su madre dándole ánimos.

Marian suspiró y fue hacia el piano sentándose en el taburete-¿Os importa?

-No, querida. Hace tiempo que no te oímos tocar- dijo su madre con nostalgia- Desahógate.

Acarició las teclas después de levantar la tapa y durante un segundo pensó en que tocar. Los dedos y el ánimo la guiaron. Varias piezas de pasaron por su mente, todas potentes. Beethoven era uno de sus favoritos y totalmente concentrada interpretó varias piezas que la desahogaran. Cuando terminó de dar las últimas notas estaba extenuada. Se giró en su banqueta para ver que su madre la miraba con lágrimas en los ojos rodeada de gran parte del servicio- Te habrás quedado a gusto- dijo Sophie sonriendo apenada.

-Maravillosa, si me permite decirlo- dijo el mayordomo emocionado- Simplemente magistral.

Marian asintió dando las gracias mientras la servidumbre aplaudía.

Después de almorzar su madre comentó – Creo que voy a organizar una velada musical

Marian gimió – Por favor, mamá... es algo mío.

Su madre la miró airada- Tienes talento y quiero que todo Londres lo sepa.

-Pero...

-¡No! –exclamó la duquesa –No hay más que hablar. Tu padre organizaba veladas musicales y nunca se lo negabas.

-Era en el campo, con conocidos.

-Aquí también tenemos conocidos y amigos. –Su madre se levantó de su silla dando por terminada la discusión.

Marian miró a Sophie pidiendo ayuda.- No me pidas que medie en esto, estoy de acuerdo con ella.

Suspiró mirando la espalda de su madre que salía del comedor.

Esa noche en la fiesta de los duques de Stradford, Marian pasaba el rato aburrida aunque la fiesta era maravillosa. Si hubiera estado de mejor ánimo, habría pensado que era la mejor de la temporada. La duquesa era una pelirroja preciosa y se notaba que los duques estaban muy enamorados. Justo lo que necesitaba ella para hundirle la moral.

Estaba buscando a su madre cuando alguien le tocó la espalda. Se dio la vuelta de golpe para encontrarse con el conde de Ormonde -¡Conde!- dijo sorprendida llevándose la mano al pecho- Me ha asustado.

Él la miró sonriendo pero su sonrisa no llegaba a sus ojos- Me debe un baile, milady...

Marian se sonrojó- Por supuesto.

Él dobló un brazo y ella se lo cogió para que la guiara hacia la pista- ¿Se lo está pasando bien?

Forzó la sonrisa- Sí, es un baile espléndido.

Él la giró sonriendo cínicamente- Cierto, el dinero hace maravillas.

Marian lo miró sorprendida- He estado en bailes de gente muy rica que no eran ni la mitad de buenos. Supongo que el gusto también influye.

El conde se echó a reír- Supongo que sí y usted tiene un gusto exquisito. Sus fiestas serán maravillosas.

Se encogió de hombros- No me preocupa mucho. No me gustan demasiado las aglomeraciones. Soy feliz con un libro y un fuego en la chimenea.

Su pareja de baile puso tal cara de horror que a Marian le dio la risa-¿No opina lo mismo?

-No mucho, la verdad- respondió incómodo.- Opino que relacionarse socialmente es importante.

-¿Por qué?

-Pues... - el conde miró alrededor- somos la nobleza, debemos conocernos,

relacionarnos...

La estúpida respuesta del conde le demostró que no tenían nada en común-
¿Habla idiomas, conde?

La miró sorprendido- Francés ..

-¿Alguno más?- preguntó con interés- ¿Alemán, español?

Él negó con la cabeza-¿Para qué quiero saber esos idiomas?

Ella sonrió –Tiene razón, una inutilidad.

El conde la miraba con el ceño fruncido. – Esta noche está distinta.

-¿De verdad? – preguntó entre sorprendida y enfadada- Yo me veo igual.

Cuando terminó el baile, ella se despidió de él para ir a buscar a su madre.
Por fin la encontró hablando con la Duquesa de Stradford. Se acercó discretamente
y saludó – Madre...

-Querida estaba hablando con la duquesa de la velada musical, pero ella
insiste en que toques ahora- dijo su madre entusiasmada.

Marian miró a la duquesa con horror-¿Aquí? – La duquesa se echó a reír al
ver su expresión.- No te preocupes, querida- miró hacia la orquesta – Se tomarán
un descanso en cualquier momento. La servidumbre subirá mi piano al escenario.

-Me han dicho que usted toca muy bien pero yo...- dijo asustada.

La duquesa la cogió de la mano- No quiero obligarte, Marian. Pero me han
contado cosas maravillosas de ti y me gustaría que nos tocaras algo. ¿Lo harás por
mí?

Evidentemente no podía negarse, así que asintió muy nerviosa. En aquel
gran salón debía haber trescientas personas. Nunca había tocado delante de tanta
gente. Su madre estaba emocionada – La duquesa es toda una dama, ¿verdad?

Marian asintió sintiendo que el estómago le daba la vuelta- Sólo espero no
vomitar encima de su piano.

La duquesa se echó a reír atrayendo la atención de los que estaba a su
alrededor- Mi esposo me obligó a tocar una vez en público y me enfadé muchísimo
con él. –dijo mirando al atractivo duque- Después de varias veces se me pasaron
los nervios.

La orquesta se tomó el descanso que la duquesa había dicho y el piano
apareció sobre el escenario como por arte de magia. Era magnífico, un gran piano
de cola blanco que debía ser la envidia de todos. Marian lo miró admirada- Es
precioso.

La duquesa sonrió- Regalo de mi esposo. Venga, sube y deléitanos con algo
bonito.

-¿Alguna sugerencia?- preguntó nerviosa.

-¿Conoces el nocturno de Chopin, opertura novena, número dos?

Marian asintió –Después un vals y algo para dejarnos con la boca abierta.

La duquesa subió con ella al escenario y la alentó a sentarse en la banqueta

que los sirvientes habían colocado. El público la miraba expectante- Queridos amigos, en este descanso de la orquesta mi querida amiga Lady Andover me ha hecho el favor de deleitarnos con unas piezas a piano.

Marian gimió interiormente y respiró hondo mientras la duquesa aplaudía animándola. Cerró los ojos colocando sus dedos delicadamente sobre las teclas. Se imaginó la música y comenzó a tocar. La pieza que había elegido la duquesa era muy romántica y a ella no le suponía ningún problema. Cuando terminó siguió sin abrir los ojos y totalmente concentrada continuó con el vals alegre y dinámico.

Fue consciente de que no la aplaudieron cuando terminó y pensó que era un público difícil. Sonriendo por el fiasco decidió aventurarse un poco. Se inclinó por su favorito Beethoven y por el primer movimiento de su sonata para piano número ocho en do menor. Puso todo el sentimiento que pudo en la pieza pues era fuerte y dura, aunque en algunos momentos romántica y rápida. Movié los dedos y sus manos rápidamente por todo el piano haciéndola ágil y potente.

Cuando terminó la última nota, expectante abrió los ojos para observar a la duquesa que estaba en la base del piano. La miraba emocionada y Marian confusa se giró al público que de repente empezó a aplaudir entusiasmado. Se levantó de su asiento mientras la duquesa se acercaba a ella besándola en la mejilla- Eres la mejor interprete que he escuchado nunca- dijo entusiasmada. Marian miró a su madre que recibía felicitaciones de sus conocidos. Bajó del escenario mientras varias personas se acercaban a ellas. No se lo podía creer. Su padre decía que tocaba bien, pero aquello sobrepasaba sus expectativas.

Se retiró el piano y la orquesta comenzó a tocar. –Maravillosa –dijo su madre llegando hasta ella y abrazándola- Nunca has tocado mejor.

Marian sonrió. Al levantar la vista se encontró con unos ojos verdes que no quería volver a ver. Scott la había visto tocar y ella se sintió expuesta. Sonrojada desvió la vista sonriendo a la duquesa- Gracias por permitirme tocar su piano. Tiene un sonido excelente.

La duquesa se echó a reír – Si prácticamente te he obligado.

Uno de los pretendientes de Marian se acercó para sacarla a bailar.- Vete y pásalo bien –dijo la duquesa mirándola sonriendo.

En la pista de baile vio como las duquesas hablaban. El joven le regaló los oídos con su talento para la música. Marian nerviosa miró a su alrededor mientras respondía al joven. Cuando terminó la pieza y volvía hacia el exterior, comenzó un vals. Alguien la agarró de la mano llevándola a la pista, dejando al joven que la acompañaba con la boca abierta. –Pero...- Marian se giró para ver que Scott la agarraba por la cintura.- ¿Quién te crees que eres?- preguntó furiosa.

Él sonrió apretándola más. Tanto que era casi indecente.- Sólo soy alguien que quiere bailar contigo, princesa.

Marian entrecerró los ojos sabiendo que no podía dejarlo plantado en la

pista pues habría rumores. Decidió no hablarle- ¿Tienes algún otro talento oculto?- preguntó Scott con sorna.

Se mordió el labio inferior para no decir nada- Me parece que debajo de esa apariencia de debutante, eres una mujercita con muchos talentos.

Marian giró la cabeza para mirar a su madre que los observaba con los ojos entrecerrados.- ¿A mamá no le caigo bien?

Tomó aire para no pegarle una patada en la espinilla- No te reprimas, Marian .Dime lo que piensas- dijo provocador.

Ella le miró con odio pero no abrió la boca. La risa del Marques recorrió la pista de baile- ¿No vas a hablarme, verdad? ¿Sabes? Todavía mejor pues así no tendré que escuchar otra vez que quieres casarte conmigo- palideció al escuchar esas palabras- Es bastante desagradable que una jovencita te persiga rogándote todo el tiempo que me case con ella. Desagradable y bochornoso.

Marian sintió que se le desgarraba el corazón y bajó la mirada.- ¿No tienes nada que decir?

Tragó saliva para controlar las lágrimas. El muy desgraciado quería hacerla llorar pero no lo iba a conseguir. Respiró hondo y parpadeando miró a su alrededor. –De repente te has vuelto de lo más aburrida. –dijo con sorna – Sí, te has vuelto muy aburrida. La perfecta hija sin ningún interés excepto por tu dinero, claro. Eso es de lo más interesante.-Marian que se había quedado totalmente pálida escuchando sus palabras, sintió que su corazón se rompía.-Espero que hayas puesto tus ojos en otro porque la temporada termina en poco tiempo y tú te quedarás soltera.- esas últimas palabras las dijo con saña y Marian sintió que le faltaba el aire.- Tendrás que volver el año que viene ¿no te parece un desperdicio?

Ella observaba los vestidos de sus compañeras que se elevaban por los giros del baile. Multitud de colores a su alrededor girando y girando.- ¿Marian?- los vestidos seguían girando y sintió que se le nublaba la vista. No le dio tiempo a decir nada pues la imagen que veían sus ojos se inclinó de repente hasta ponerse todo negro. Oyó que alguien la llamaba a lo lejos pero afortunadamente también se fue.

Un olor muy penetrante entró por sus fosas nasales haciéndola despertar y queriendo separarlo de su nariz. La duquesa de Stradford estaba a su lado sentada en una cama que Marian no conocía mientras su madre se apretaba las manos nerviosa-¿Te encuentras mejor?- preguntó la duquesa dando el frasquito que tenía en la mano a una doncella.

Marian recordó y preguntó sorprendida-¿Me he desmayado?

Su madre asintió- ¡No te habías desmayado nunca! – dijo en tono acusatorio.

Suspiró apartando un mechón de pelo de su cara- Lo siento.

-No te disculpes- dijo la duquesa mirando a su madre con reproche- igual la tensión de tocar...

-No, no ha sido eso- dijo la duquesa mirándola fijamente- Nos vamos a casa. Llamaré al médico.

-He sabido por el Marqués de Brentwood que ha estado enferma recientemente- dijo la duquesa ayudándola a levantarse.

-El Marqués...- gruñó su madre sorprendiendo a la duquesa.

-¿Ocurre algo?

Marian sonrió- No se preocupe, duquesa. Todo ha sido perfecto. Sino le importa nos iremos a casa. Me encuentro cansada.

-Por supuesto- respondió mientras las acompañaba al piso de abajo- Espero que puedan venir algún día a tomar el té.

-Es muy amable, duquesa- dijo Marian colocándose la capa.

-Me encantaría que entabláramos una amistad- dijo mirando a madre e hija.- Han sido muy generosas.

Su madre sonrió- Gracias por todo, hasta el desmayo ha sido una velada encantadora.

La duquesa asintió despidiéndolas con la mano.

Cuando subieron al carruaje su madre la miró interrogante- Por favor, ahora no.

La duquesa frunció los labios pero respetó sus deseos.

Al llegar a casa su madre insistía en llamar al médico después de ayudarla a acostarse pero Marian se negó- Seguramente fueron los nervios, déjalo ya- dijo desde la cama.- Quiero dormir.

Sophie miró a la duquesa- Dejémosla descansar. Últimamente ha tenido demasiadas actividades.

Su madre se fue murmurando pero al final salieron todas de la habitación. Suspirando cerró los ojos para no pensar. Sólo quería dormir.

Un ruido extraño la hizo abrir los ojos de golpe y desde la cama miró a su alrededor. Tardó unos segundos en que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz. Algo le erizó el cabello y supo que no estaba sola en la habitación. Acostada en la cama, alargó la mano hasta el abrecartas que siempre estaba encima de su mesilla de noche. Lo cogió sin hacer ruido y lo escondió con la sábana. No sabía si mataría a alguien pero si le haría daño. Relajando la respiración para simular que estaba dormida, sintió que se aproximaba a la cama. Alguien se colocó encima de ella y de repente sintió que una almohada le apretaba la cara con fuerza. Marian a pesar de

que estaba preparada se sobresaltó del susto. Intentó gritar pero la almohada la estaba ahogando. Pataleó y apretó fuertemente el mango del abrecartas palpando la espalda de su agresor. Levantó el abrecartas sintiendo que se quedaba sin fuerzas y lo clavó como pudo oyendo que su agresor la soltaba con un chillido. Marian apartó la almohada para respirar a bocanadas mientras se arrastraba por la cama dejándose caer al otro lado. Aterrorizada gritó al oír que no se había ido y volvió a gritar cuando oyó que algo se caía rompiéndose en añicos. Unos pasos corriendo se acercaron a su habitación y comenzaron a aporrear la puerta llamándola a gritos. Se puso de rodillas mirando a su alrededor. No lo veía por ningún sitio, así que se levantó y fue corriendo hacia la puerta para sentir que alguien la agarraba por el cabello y la tiraba al suelo mientras ella gritaba desesperada. Los golpes en la puerta aumentaron y se oyó un gran estrépito. El agresor frente a ella cogió a Marian por el cuello y la levantó acercándola a la ventana mientras ella pataleaba y pegaba puñetazos. Uno dio en el blanco y el hombre que la agarraba, gruñó. Aprovechó para meterle una patada en la entrepierna lo que provocó que se doblara por la mitad, soltándola del cuello. La puerta se abrió de golpe saliéndose de sus goznes mientras Marian salía corriendo sin dejar de mirar al hombre que al darse cuenta que estaba acorralado decidió tirarse por la ventana. Los cristales saltaron por todos lados mientras su agresor desaparecía.- ¡Rápido al jardín!-gritó ella al mayordomo que llevaba una escopeta en la mano.- Ha saltado por la ventana.

La servidumbre desapareció. Su madre y Sophie entraron aterrorizadas llevando sendas lámparas- ¿Qué ha pasado?

-Que han intentado matarme.-respondió agotada apoyándose en la pared.

Después de revisar el jardín no encontraron nada. Marian por su parte revisó la habitación encontrando sangre en el abrecartas y en las sábanas donde había estado.- ¿No lo has reconocido?- preguntó Sophie mirando el jarrón tirado en el suelo y la ventana rota.

-No- respondió ella – estaba oscuro y creo que llevaba tapada la cara. – se frotó el cuello que le dolía- Sino le hubiera apuñalado con el abrecartas no estaría aquí. Tenía mucha fuerza.

La duquesa estaba espantada-¿Quién iba a querer matarte a ti?

Marian se encogió de hombros- Te puedo asegurar que estoy tan confusa como tú. Pero durante una temporada voy a dormir con pistola.

-Deberíamos llamar a la policía

-¿Y que se entere todo el mundo?- preguntó horrorizada.- ¿Y qué iba a hacer la policía?

-Investigar- dijo Sophie tendiéndole la bata.

El mayordomo se acercó a la puerta de la habitación- Milady, hemos encontrado un rastro de sangre hasta la calle. Luego desaparece. La puerta de servicio en la cocina tiene rota la cerradura.

-Un carruaje le estaba esperando.

-Llamemos a la policía, tendrá que ir a un médico- dijo la duquesa.

Marian gimió- Estupendo.

Esperaron a la policía en el salón. Llegaron dos investigadores que se presentaron a la duquesa como el señor Phillips y el señor Brown. Explicaron lo sucedido rápidamente y les enseñaron la habitación y la sangre. Recogieron el abrecartas y se lo guardaron

-¿Han robado algo?- preguntó el señor Brown mirando el joyero que estaba abierto.

Marian negó con la cabeza después de revisarlo.

-Daremos aviso a todos los médicos de la ciudad. Esperemos que sea suficiente.

Cuando se fueron Marian miró a su alrededor -Dormiré en una de las invitaciones de invitados.

-¿Serás capaz de dormir?- preguntó su madre preocupada.

Marian se encogió de hombros - Por lo menos lo intentaré.

-Puedes dormir conmigo- dijo su madre acercándose a ella- como cuando eras niña.

-No hace falta, mamá. Estoy bien. -dijo con tristeza- Si Chispita hubiera estado en la habitación esto no habría pasado.

Las mujeres sonrieron pensando en el perrito de Marian, que falleció poco después que su padre. -Cierto, sus ladridos habrían despertado a toda la casa. -su madre le miraba el cuello.- Te están saliendo morados. ¿Seguro que no quieres que llamemos a un médico? Puede haberte hecho daño.

La verdad es que dolía bastante, pero no quería que se preocuparan más.- Estoy bien.

-Alguien se quedará de guardia en este piso y en el piso inferior- dijo la duquesa muy seria.

-Dudo que se vuelva a acercar. Al menos esta noche.

Salieron de la habitación y Marian puso los ojos en blanco al pensar que era la segunda vez que había que reparar la puerta en pocos días.- Espero que el carpintero nos ajuste el precio.

La duquesa se echó a reír- Es increíble la templanza que tienes, yo estaría de los nervios.

Después de pasar una noche prácticamente en vela, Marian se dio por vencida. Se levantó y fue hacia la habitación que a la luz del día tenía peor aspecto. Con cuidado pues todavía no se habían recogido los cristales del suelo, fue hacia el armario y sacó un vestido para estar en casa. No tenía pensado salir, así que se puso uno con el que se sintiera cómoda. El color melocotón favorecía su tez y su suave tela le encantaba. Decidió no ponerse corsé pues no quería molestar a nadie. Se aseó rápidamente y se vistió. Miró su largo cabello negro y gimió pues su rizos estaban alborotados. Se recogió el pelo con un lazo dejando los rizos cayendo por la espalda. Hizo una mueca al ver los morados del cuello pero como iba a estar en casa, no quiso taparlos. Todos sabían lo que había pasado, así que era inútil.

Cuando llegó a la sala del desayuno el mayordomo estaba organizando al servicio- Milady- dijo sorprendido- Ha madrugado después del incidente de anoche.

Marian sonrió- Comprenderás que no he dormido muy bien.

-El desayuno de Milady- ordenó metiendo prisa al servicio.

-No se apuren, no tengo prisa- se sentó en la mesa y vio el periódico.

-Oh, milady- dijo el mayordomo- todavía no lo he planchado.

Marian sonrió mientras el mayordomo se lo quitaba de las manos antes de que se le mancharan los dedos con la tinta- Entonces cogeré un libro.

El mayordomo sonrió inclinando la cabeza- Muy amable, milady.

Marian hizo un gesto con la mano quitándole importancia. Fue hasta la biblioteca y eligió uno de sus favoritos "Las metamorfosis" de Ovidio. Estaba buscando que historia leer cuando una sirvienta le puso la tetera sobre la mesa. Se sirvió distraídamente cuando el mayordomo llegó corriendo – ¡Milady!

Marian levantó la vista sorprendida- ¿Qué ocurre?

El hombre parecía entre excitado y asustado con el periódico en la mano. – Debe leer algo.

Marian se levantó de la silla mirando a Martin con curiosidad acercándose al periódico que colocó encima de la mesa-¿Qué puede ser tan importante?

-Oh Milady, le aseguro que es importante

Marian miró la página que le señalaba y vio un gran anuncio a toda página.

Su Majestad la Reina Victoria tiene el gusto de anunciar el enlace de su adorada ahijada Lady Marian Victoria Andover, hija del duque de Warminster, con el Marqués de Brentwood, hijo del Duque Richbourne, el día 12 de Junio de 1853 en la Iglesia St James, a las cuatro de la tarde.

Marian se quedó sin aire alejándose un paso del anuncio, que se seguía leyendo claramente. Un grito salió de su garganta poniendo los pelos de punta al

mayordomo.

-¡Como ha podido hacerlo!- gritó ella mirando al mayordomo.

El pobre hombre la miraba sin saber que decir. Se encogió de hombros mientras oía los gritos de la duquesa que bajaba las escaleras corriendo-¡Mamá! ¡Mamá mira lo que ha hecho la madrina!- gritó desesperada.

Su madre que ni se había puesto la bata la cogió de los brazos – ¿Estás bien?

-¡Mamá!- gritó histérica-¡Le ha obligado!

Su madre confusa miró hacia la mesa donde señalaba Marian y vio el anuncio. Se acercó a él soltando a Marian mientras Sophie y Susan se colocaban a su lado. Leyeron el anuncio atentamente. Sophie jadeó tapándose la boca mientras que Susan sonrió. La duquesa solamente miraba el periódico. – ¿Mamá?- Marian se acercó y le tocó el brazo.

-Está claro que la Reina ya no deja opción- dijo como si le hubieran pegado con un mazo en la cabeza.

Marian se preocupó- ¿Mamá?

La duquesa se giró y salió llorando. Todos se quedaron sorprendidos de su reacción y Marian la que más. Subió corriendo las escaleras detrás de su madre que estaba muy disgustada. Llegó a la puerta e intentó abrir. – ¡Mamá, ábreme!- rogó tirando del pomo.

Al ver que su madre no contestaba se volvió a la habitación del duque que estaba al lado y entró. Pasó a través de la puerta de comunicación hacia la habitación de su madre. Asombrada vio que estaba en el asiento de la ventana llorando.

Se acercó a ella y se sentó a su lado- Mamá, ¿estás bien?

Su madre levantó la cabeza sorprendida-¿Cómo has entrado?

Marian encogió los hombros –Por la habitación de papá.

La duquesa lloró más fuerte- Lo has hecho a propósito. Te dije que no y aun así te vas a casar con él.

Se dio cuenta que su madre pensaba que no había respetado sus deseos- No tengo nada que ver, mamá. Te lo juro. –le cogió las manos- Te juro que no tengo nada que ver en esto. Y ya verás cuando se entere el Marqués.

La duquesa frunció el ceño – ¿Me estás diciendo que no sabíais nada?

-Teniendo en cuenta que me dijo que nunca se casaría conmigo y que ayer me habló con desprecio burlándose de mí –Marian sonrió –No, no creo que tenga ni idea.

-¿Cómo se le ha ocurrido a Victoria hacer una cosa así?- gritó la duquesa indignada.-Eres mi hija, no la suya. No tenía ningún derecho.

Marian sonrió – Supongo que sólo quería hacerme feliz.

-¿Y eres feliz? –preguntó su madre dudosa mirándola a los ojos.

De repente Marian se echó a reír. –Me encantaría verle la cara al Marqués

cuando lea el periódico.

La duquesa se echó a reír y así las encontraron Sophie y Susan.

Cuando su madre y las demás se vistieron, bajaron a desayunar. Marian que al principio se había reído ahora estaba de los nervios pensando que Scott llegaría en cualquier momento.- Estás un poco pálida, querida- dijo Sophie sirviéndose mantequilla.

-Está pensando en la que le espera- dijo la duquesa indicando a la sirvienta que le echara té.

Llamaron a la puerta como si quisieran echar la puerta abajo y Marian gimió- Llegó la hora- dijo la duquesa sonriendo divertida

-Mamá, por favor...- dijo Marian levantándose de la silla.

El mayordomo las miraba desde la puerta de la sala y se sobresaltó cuando la puerta retumbó de los golpes que volvió a recibir.-Abra al Marqués –dijo Marian con resignación.

El mayordomo abrió la puerta acompañado por un lacayo-¡Marian! –gritó Scott pasando delante del lacayo y dándole un empujón. Las tres observaron como pasaba hecho un basilisco hacia la escalera. Le oyeron subir y bajar mientras llamaba a Marian a gritos. Al cabo de unos segundos apareció en la sala del desayuno mirando a su futura esposa como si quisiera matarla- ¿Qué has hecho?- preguntó acercándose a ella lentamente colocándole delante de la cara el periódico.- ¡Si piensas que vas a manipularme con esto, estás equivocada!

Marian bajó el periódico sonriendo –Aunque no lo creas, no tengo nada que ver en esto.

-¿Me tomas por tonto?- le gritó a la cara-¡Le has ido llorando a la Reina y ella se ha visto obligada a hacer esto!

-¡Mi hija no le ha llorado a nadie!- exclamó la duquesa levantándose de la mesa.

-No se meta, milady.- dijo Scott con voz heladora sin apartar los ojos de los de Marian- Confiesa de una vez.

Ella levantó una ceja y puso las manos en jarras. El movimiento de sus brazos hizo que Scott se fijara en su cuello y la cogió del brazo para acercarla a la ventana- ¿Qué te ha pasado en el cuello?

-¡Nada!- dijo tirando de su brazo.

El marqués la cogió por la barbilla levantándole la cara- ¿Eso son dedos?

-Anoche entraron en su cuarto y la atacaron –dijo rápidamente la duquesa acercándose.

Scott la miró a los ojos como si su rostro estuviera tallado en granito -¿Te han intentado estrangular?

Marian se encogió de hombros –Seguro que quería robar y le interrumpí.

La furia que salía del cuerpo del Marqués la asustó y dio un paso atrás.-

¿Volvemos al tema que tratábamos?

-¿Quién era?

-No lo sé- dijo exasperada- No le vi la cara.

-Le clavó el abrecartas- dijo Sophie desde la mesa.

-¿Te clavó el abrecartas?- el Marqués la miró de arriba abajo.

-A mí no. Yo a él.

-Se tiró por la ventana para escapar- dijo Sophie.

-No yo, sino él- aclaró Marian antes de que se volviera a equivocar.

-Entró por la cocina.

Afortunadamente eso no necesitaba explicación. Marian se cruzó de brazos mirando al Marqués que parecía estar pensando en ello. –Sobre el anuncio de su majestad...

-¿Entró por la cocina? –la interrumpió Scott dándose la vuelta y yendo hacia la puerta de servicio.

Marian confundida miró a su madre y a Sophie que se encogieron de hombros. Cuando el Marqués volvió con el ceño fruncido se le quedó mirando- ¿Hablamos de la boda?

Eso le hizo reaccionar-¿Qué boda? ¡No se va a celebrar ninguna boda!

-Pues en el periódico dice que va haber una dentro de dos semanas en St James- dijo Sophie haciéndose la graciosa.

-No hemos enviado las invitaciones. No sé en qué pensaba la reina al hacer el anuncio-dijo la duquesa exasperada.

Scott la miró como si estuviera loca- ¿Y el vestido de novia?- preguntó Sophie- ¿Crees que dará tiempo?

La duquesa la miró con horror-Dios mío, el vestido.

El marqués cogió del brazo a Marian y la sacó de la sala de desayuno- Ya puedes ir a palacio a arreglar ese desastre porque yo no me voy a presentar ese día.-dijo mirándola a los ojos fijamente.

Marian negó con la cabeza- No voy a hacer nada. Yo no he hecho nada y no tengo nada que arreglar, ve tú.

Él tomó aire para tranquilizarse y se enderezó- Allá tú. Harás el ridículo delante de todo Londres, Marian. Porque yo no pienso asistir.

-¿Y desairarás a la reina?

-Me importa una...-se detuvo cuando Marian abrió los ojos como platos.- No pienso acudir.

Marian asintió. Se acercó a él y le gritó a la cara-¡Allá tú! ¡Yo voy a estar allí! ¡El día doce a las cuatro de la tarde!

Scott entrecerró los ojos y le miró la boca. A Marian se le cortó el aliento- ¿Un beso de despedida?

Gimió cogiéndola de la cintura y devorándola. Marian se agarró a sus

hombros pegándose a él. Jadeó al sentir como le acariciaba el trasero y gritó sobre su boca cuando se lo apretó rozándola con su erección.

-Deberíais esperar hasta la boda- dijo Sophie desde la puerta.

Se separaron de golpe y Marian se avergonzó de su comportamiento sonrojándose. Scott negó con la cabeza y miró a Sophie- ¡Que no va haber boda!

-Ya- dijo la duquesa saliendo de la sala de desayuno con una pistola en la mano.

-¡Mama! ¿qué haces con eso?- gritó alarmada.

-Lo que pasa hija, es que este hombre cree que puede entrar en mi casa, besarte y tocarte delante de mis narices y después decirte en la cara que no se casará contigo- dio apuntándole – Eso es lo que pasa.

La cara de su madre la puso muy nerviosa pues ese día no estaba en sus cabales- Por favor, baja la pistola.

Scott se echó a reír y su madre disparó al lado de su pie derecho. –¡No te rías!- gritó histérica viendo que al final le pegaba un tiro- ¡Mi madre no tiene puntería!

Eso le quitó la risa- Duquesa, baje el arma.

-¿Te casarás con mi hija? –dijo apuntándole en el pecho.

Scott sonrió mirando a Marian- No tengo demasiadas opciones- dijo levantando las manos.

Marian lo miró sorprendida – ¿Eso es un sí?

Scott frunció los labios y dijo a regañadientes- Sí.

No se esperaba que él cediera, así que le miró desconfiada- ¿No lo habrás dicho porque mi madre está amenazando tu vida?- miró a su madre y le gritó- ¡Baja el arma!

La duquesa la bajó y Marian se acercó a Scott- ¿Estarás en la boda? – preguntó muy seria.

Él la miró a los ojos y dijo confuso- No lo sé.- se dio la vuelta y salió a la calle dejando la puerta abierta.

La duquesa la miró satisfecha – Hemos avanzado algo. De un no rotundo a un no lo sé.

Sophie asintió- Tenemos que ir a la modista.

Marian se mordió el labio inferior asintiendo.

Capítulo 6

Pasaron el resto del día eligiendo el modelo del vestido y la tela. También el ajuar que la novia debía llevar.

Recibía felicitaciones allá donde iba y ella no sabía que decir pues tenía el horrible presentimiento de que el novio no se presentaría.

Se suponía que hasta el día de la boda tenía que asistir con su prometido a casi todos los eventos. Lo mínimo era que la sacara a pasear en calesa por el parque pero no recibió ninguna invitación para hacerlo por su parte. Como no podía quedar con él para asistir a los eventos, asistía con su madre. Por supuesto no tenía anillo de compromiso, así que no se lo podía enseñar a nadie. La duquesa estaba exasperada pues los rumores comenzaron a circular por todo Londres. El Marqués seguía con su estilo de vida. A decir verdad su comportamiento había empeorado y Marian no sabía qué hacer. Que su matrimonio tuviera una fecha tan cercana no ayudaba nada. La buena sociedad pensaba que estaba encinta lo cual no ayudaba a que el humor de su madre mejorara.

-¡Por el amor de Dios, tu prometido no tiene vergüenza!- exclamó su madre justo antes de que se fueran al baile de las flores.

-¡Mamá, por favor!- Susan le retocó un rizo rebelde de su recogido. -Se está desahogando

Su madre entrecerró los ojos- ¿Estás diciendo que tiene una pataleta?

Marian sonrió mientras se ponía uno de sus pendientes- Es una manera de decir que con su vida hace lo que le da la gana.

-Si la Reina se enterara de cómo te trata, le cortaría a pedacitos.

-Y esos rumores- añadió Sophie ganándose una mirada heladora de Marian a través del espejo.

-¡Que mi niña está en estado! ¿Te lo puedes creer?- dijo su madre muy alterada- Esas hienas son unas envidiosas de tomo y lomo.

Marian sonrió- Vamos al baile, lo pasaremos bien y nos olvidaremos de todo esto.-se levantó de la butaca y cogió el brazo de su madre para sacarla de su habitación mientras sus amigas las seguían con la capa y el abanico.

Al llegar al piso de abajo se las colocaron y Marian sonrió a su madre que todavía tenía el ceño fruncido- Te saldrán arrugas, mamá.

Eso hizo reaccionar a su madre que la miró horrorizada. Sin querer se echó a

reír y siguió riendo mientras se subían al carruaje.

Estaban llegando a la mansión de la condesa cuando el carruaje se detuvo. Marian miró por la ventana- Que extraño, todavía queda un poco para llegar.

Su madre miró por la otra ventana- Es cierto ¿qué ocurrirá?

A Marian se le erizó el pelo del cuello y apartó a su madre de la ventana de un empujón- ¿Pero qué?

Marian colocó un dedo delante de su boca para que permaneciera callada. Metió la mano en su bolso y sacó una pequeña pistola ante la mirada horrorizada de su madre. Oyeron un quejido, un golpe en el techo del carruaje y Marian miró hacia arriba alerta. – ¡Mamá, salta del carruaje!- exclamó ella abriendo la puerta.

La duquesa no perdió el tiempo, al ver que su coche se movía Marian la empujó a la calle. Se iba a tirar detrás cuando vio que se abría la otra puerta y la agarraban por la muñeca. Gritó hasta que se dio cuenta que tenía la pistola. Un hombre estaba entrando en el carruaje desde el techo y Marian no lo pensó dos veces. Levantó la pistola y apuntó a su cabeza. Disparó dejándole un agujero en medio de la frente y soltando su brazo. Su atacante cayó del techo quedando con medio cuerpo fuera del carruaje. No tardaría en caer a la calle pero ella no se quedó a verlo. Marian se giró otra vez hacia su puerta pero el carruaje ya iba a toda velocidad. Tirarse en esas circunstancias era un suicidio, pero quedarse tampoco tenía muy buen aspecto, así que decidió arriesgarse. Estaban saliendo de la zona alta de Londres y muy pronto entrarían en los suburbios. Una mujer de su aspecto no duraría allí ni cinco minutos. De repente vio un caballo que se acercaba a todo galope y abrió los ojos como platos al ver a su prometido con ganas de matar a alguien. Marian sacó medio cuerpo fuera al ver que se acercaba, pero un giro cerrado del carruaje la hizo entrar en el coche otra vez y caer sobre el cadáver. Ella gritó de miedo al intentar no caer por la otra puerta abierta y se agarró como pudo a uno de los candelabros del carruaje que estaban de adorno. Cuando consiguió estabilizarse se abalanzó sobre la otra puerta para mirar hacia atrás. No vio a Scott por ningún sitio y por un momento temió que los hubiera perdido. Un golpe en el techo del carruaje le hizo levantar la cabeza para ver una esquina de una capa negra de calidad. ¡Estaba en el techo! Varios pensamientos pasaron por su cabeza pero el principal era que tenía que ayudarlo. Se agarró al techo del carruaje y buscó donde colocar el pie para subir. Encontró un saliente y se encaramó para encontrar a Scott pegándole una soberana paliza a un hombre que no se movía.- ¿Quieres detener el coche de una vez?- le gritó ella exasperada- Nadie conduce esta maldita cosa ¿quieres matarnos?

El Marqués la miró furioso. Le dio otro puñetazo al hombre haciendo que su cabeza rebotara sobre el carruaje y Marian puso los ojos en blanco.

Vio que se acercaban a una intersección y Marian gritó.

Él respondió inmediatamente bajándose al pescante y cogiendo las riendas.

Los caballos redujeron la marcha drásticamente y Marian que estaba encaramada de manera precaria se agarró como pudo al darse cuenta de que salía volando. Las piernas giraron golpeándolas con fuerza contra la puerta del carruaje – Auchgimió ella pensando en los morados que le iban a salir. Por alguna razón no podía abrir las manos para dejarse caer y sólo cuando sintió que Scott la cogía de la cintura suspiró de alivio- Déjate caer, princesa.- dijo él con preocupación.

Marian sonrió abriendo sus doloridos dedos. Scott la giró y la abrazó fuertemente-¿Estás bien?- preguntó suavemente acariciándole la espalda mientras ella se abrazaba a su cuello.

-Sí.

Él suspiró de alivio y la besó en el cuello. La dejó en el suelo mirándola atentamente- Está claro que quieren quitarte del medio.

Marian hizo una mueca- ¿Se puede saber porque no he sabido nada de ti en una semana?- preguntó enfadada.

Scott sonrió mirando por encima de su cabeza el cadáver- ¿Me has echado de menos?

Marian se cruzó de brazos mientras Scott subía al carruaje y sacaba el cadáver dejándolo allí tirado- ¡Pues no! Pero mi madre sí. Sobre todo para defender mi honor.

Él bajó del carruaje con la pistola en la mano –Bonito juguete.

-Es efectiva- dijo arrebatándosela de las manos.

Scott vio el agujero en la frente del muerto- Ya lo veo.

-Tenemos que ir a buscar a mi madre –dijo mirando como desde el suelo cogía por las solapas al conductor y lo tiraba al lado del otro.

-La duquesa está bien- dijo tendiéndole la mano para que subiera al carruaje- la he visto levantarse y gritar como una posesa.

Marian sonrió cogiendo su mano-¿Vamos a la fiesta?-La miró como si le faltara un tornillo- ¡Es la mejor de la temporada!- protestó entrando en el coche.

Scott cerró la puerta- Cierra la otra- le ordenó antes de darse la vuelta con una sonrisa.

El carruaje echó a andar- ¡Quiero ir a la fiesta!- gritó ella mirando su reflejo en el cristal y arreglando su pelo que se había despeinado un poco. Se pellizcó las mejillas para darles algo de rubor. Se elevó los pechos metiendo las manos por el escote y sonrió. No estaba mal del todo. A los pocos minutos encontraron a su madre histérica entre un grupo de gente donde había varios guardias que se disponían ir a buscarla.

Marian abrió la puerta del carruaje y salió para ver cómo se encontraba. Increíblemente estaba perfecta. – ¡Mamá!- gritó abrazándola- ¿cómo estás?

Su madre chilló de alegría- ¿Te ha salvado? ¡Sabía que te salvaría! –dijo mirando a su futuro yerno por encima del hombro de su niña.

La policía se les acercó y el Marqués les explicó lo que había pasado. Se hicieron cargo del asunto alegando que los asaltantes al ver un carruaje de postín seguro que querían robarles. Scott sin creer una palabra lo dejó en sus manos y las subió al carruaje. El cochero tenía un enorme chichón en la cabeza pero insistió en llevar el coche. Su prometido subió con ellas en cuanto ató su caballo a la parte de atrás del carruaje y después de unos minutos les echó una mirada pues estaban muy calladas- Ni hablar.

-Mi madre lleva hablando de este baile toda la temporada. ¡Quiero ir!

Scott se enfadó- Por poco te matan esta noche ¡No sé cómo estás para fiestas!

-Bien, sino quieres ir....- dijo encogiéndose de hombros- bájate.

Scott frunció los labios a punto de estrangularla- Te juro que colmas mi paciencia.

Marian sonrió falsamente- ¿De verdad? Pues tú la mía. Me ignoras, me humillas, me rechazas continuamente. Estoy harta.

Él sonrió muy satisfecho- ¿Tan harta como para no presentarte el sábado a la boda?

Ella entrecerró los ojos- Más quisieras.

La duquesa se echó a reír moviendo la cabeza de un lado a otro- Es demasiado cabezota para eso, Marqués. Oh, ella estará allí.

Scott disimuló la risa mirándose los nudillos que estaban ensangrentados.- ¿Te has hecho daño?- preguntó ella sentándose a su lado y cogiendo sus manos.

Sacó un pañuelo y le palpó la chaqueta por encima del pecho mientras la duquesa y Scott la miraban sorprendidos. Encontró una pequeña petaca que sacó metiendo la mano dentro de la chaqueta y la abrió dejándolos con la boca abierta mientras mojaba el pañuelo.- ¿Cómo sabías que tenía una?- preguntó la duquesa.

-Todos los libertinos la llevan- dijo limpiando sus nudillos- No estaría en su papel sino la llevara.

Él le miraba el cabello y la cara mientras Marian limpiaba sus manos pero un carraspeo de la duquesa hizo que enderezara la espalda -El sábado, Marqués- dijo su madre sonriendo.

Scott hizo una mueca- No estoy seguro todavía.

Marian sopló sobre las heridas y él se concentró en ella. Cuando lo miró sintió que le daba un vuelco el estómago- Más vale que lleguemos pronto al baile y que sólo os veáis en público. No me fío de vosotros.

Su prometido se echó a reír mientras cogía de la mano a Marian y le besaba la palma. Ella sintió que la acariciaba con la punta de la lengua y dio un respingo.

Al llegar al baile fueron a una sala a acicalarse antes de entrar en el gran

salón. Su primera aparición en público como prometidos fue todo un acontecimiento. Todo el mundo se acercó para felicitarlos y aunque Scott estaba incómodo en ningún momento dijo que no se casaría. Se acercó una de las debutantes y miró a Marian con malicia. Ella supo que se amenizaban problemas y apretó el brazo de Scott.- ¡Marian, felicidades!- dijo la chica que la había empujado en uno de los bailes.

-Muchas gracias- respondió incómoda.

-Tu anillo debe de ser precioso, ¿verdad?- dijo mirando sus manos ante las miradas incómodas de los presentes.

-Me ha estropeado la sorpresa- dijo en tono de reproche Scott que delante de todos los presentes sacó una cajita de terciopelo del bolsillo de la chaqueta y dándosela a Marian que lo miraba anonadada.

Muy nerviosa soltó su brazo para abrirla. En su interior había un enorme zafiro violeta rodeado de diamantes. Era tan romántico que a Marian se le llenaron los ojos de lágrimas- Es precioso.-dijo mirándolo fijamente ilusionada.

-No tanto como tú- respondió él sacándolo de la caja y colocándoselo en el dedo.

Los suspiros de las debutantes los rodearon mientras ella acarició la mejilla de Scott – Gracias.

Miró a su alrededor para ver a su madre que se secaba las lágrimas- Es precioso, querida. Del color de tus ojos.

-¿Bailamos?- preguntó su prometido cogiéndola del codo.

Cuando llegaron a la pista de baile Scott la miró a los ojos – ¿Te ha gustado?

-Me encanta, es perfecto.- dijo ella sonriendo – ¿cuando lo has comprado?

Scott desvió la mirada reteniendo la risa- Eso es algo que guardaré para mí.

Esa respuesta intrigó a Marian- ¿No me lo vas a decir?- preguntó sorprendida- Yo contesto a todas tus preguntas

-¿De verdad?- preguntó acariciando su espalda. Marian sintió que sus pechos se endurecían.

Sonrojada miró a su alrededor- Claro.

-¿Entonces puedes decirme cuando decidiste que querías ser mi esposa?- preguntó con voz ronca.

Se le erizó el vello por lo sensual que le parecía su voz y dejó salir un poco de aire que estaba reteniendo- ¿Sabes que la primera vez que te vi tenía cinco años?

Scott gimió-¿Tan viejo soy?

Marian se echó a reír mientras él la hacía girar por la pista- Me pareciste muy simpático.

-¿De verdad?- Cuando se dio cuenta ya la había sacado de la pista de baile colocando su espalda detrás de una enorme columna- ¿Cómo de simpático?- preguntó acariciando su cintura hasta llegar debajo de su pecho.

A Marian le faltó el aire- Mucho. Pero no decidí que serías mi marido hasta que te vi en la fiesta de disfraces.

Scott sonrió y le dijo al oído- El día de tu primer beso.- su mano le acarició el pecho y ella gimió contra su oído.

-Vas a ser el primero en muchas cosas- susurró ella.

Él levantó la cabeza para mirarla a los ojos seriamente- Voy a ser el único.

Marian se echó a reír viendo su cara y Scott frunció el ceño- ¿De que te ríes?

-¿Tú me vas a ser fiel toda la vida?- preguntó ella acariciando su pecho por encima de su camisa. Al ver que no contestaba ella perdió la sonrisa- Esta conversación está perdiendo su encanto.

-Me estás diciendo que mientras yo te sea fiel, ¿tú me serás fiel?- preguntó sorprendido.

-¡Es lo justo!

Scott se enderezó y la cogió de la mano- Vamos a bailar, es más seguro.

-¿No piensas contestar a ninguna de mis preguntas?

Scott sonrió abrazándola e iniciando los pasos de baile.- Sólo te voy a decir que como te encuentre con otro hombre, os mato.

Se quedó tan sorprendida por su declaración que no sabía que decir. Unos segundos después mirando sus ojos verdes dijo- Y si no quieres asistir a más duelos ya sabes que hacer tú.

La risa del Marques hizo sonreír a los que estaban a su alrededor.

Un rato después estaban bebiendo una copa de champán con su madre más tranquilos cuando aparecieron los duques de Stradford. La duquesa parecía nerviosa y se acercaron a ellos nada más verlos- Menos mal que están aquí – dijo en voz baja al estar a su altura.

-¿Ocurre algo, duquesa?- preguntó el Marqués con el ceño fruncido.

-La verdad es que sí- miró a su marido y él intervino- Nos hemos enterado de algo realmente preocupante.

Scott se puso tenso pero no dijo nada – Tenemos un conocido...

-Un amigo de confianza- añadió la duquesa sonriendo.

El duque sonrió –Un amigo de confianza que digamos no vive de acuerdo con la ley.

La duquesa puso los ojos en blanco- Es un delincuente de primera, pero es muy de fiar.

Marian sonrió viendo cómo se complementaban.

-El caso es que este hombre nos avisa de vez en cuando de cosas que ocurran en los bajos fondos que nos puedan afectar.- añadió el duque de Stradford muy serio.-Esta noche cuando estábamos a punto de salir, se pasó por casa.

Scott asintió y miró a su prometida. – ¿Y?- preguntó su madre con los ojos como platos.

-El caso es que nos ha dicho...- la duquesa miró a su marido y él asintió dándole ánimos. Se giró y cogió las manos de Marian- Han puesto precio a tu cabeza, Marian. Mil libras.

Marian abrió los ojos como platos mientras sentía que Scott la agarraba por la cintura y su madre jadeaba de la impresión.- ¿Está segura de eso, Duquesa? – preguntó Scott evidentemente enfadado.

Los duques afirmaron con la cabeza mirándolos preocupados. De pronto Marian se echó a reír dejándolos a todos sorprendidos. Marian los miró y no pudo evitar volver a reír al ver sus caras- ¿Pero de qué te sorprendes?- preguntó a su prometido.- Hace menos de dos horas me has tenido que rescatar de un carruaje.

-Y ya la han atacado en su habitación- informó su madre muy seria.- Por poco la matan.

El duque de Stradford muy serio la miró pensativo. –Sabía que Jack no mentiría sobre algo así. Además no ganaba nada con ello.

La duquesa asintió- Siempre ha sido cierto todo lo que nos ha contado. – agarró a su marido del brazo- Este hombre...Jack, estaba preocupado con este asunto. Pues todos los maleantes de Londres están pensando o planeando matar a Marian.

-¿Cuándo se puso precio a su vida?- preguntó Scott.

-Ayer mismo- dijo el duque – se dejó la oferta en una de las tabernas del puerto. Ya se ha enterado todo Londres. Jack, que tiene una organización, ha prohibido a sus hombres que participen en la caza.

-Participen en la caza- repitió Marian pálida- soy el zorro de la cacería.

Su madre se tambaleó y Scott la cogió del brazo- Este no es lugar para hablar de esto. Busquemos un sitio apartado.

Encontraron que en el despacho del Conde, amigo íntimo del duque de Stradford estaba vacío- A Charles no le molestará que hablemos aquí- dijo sirviendo coñac para todos.

-¿Qué vamos a hacer?- preguntó su madre histérica dejándose caer en uno de los sofás.

-Tranquila, mamá. No pasará nada- dijo con poca confianza

Scott andaba de un sitio a otro pasando su mano por su cabello- ¿Saben quién ha lanzado la oferta?

-Jack no tiene ni idea pero nos ha dicho que lo está investigando.

-¿Cómo cobrarían si me mataran?

El duque miró a Scott – Deben llevar una prueba.

-¿Qué tipo de prueba?

La duquesa gimió tapándose la cara con las manos- Deben arrancarte los ojos, Marian.

Scott apretó tanto la mano que rompió su copa. Marian jadeó levantándose

para mirarle la mano – Déjalo- susurró él viendo como limpiaba su sangre.

Marian apretó los labios para contener las lágrimas negando con la cabeza, mientras con el pañuelo que le pasó el duque vendaba su mano. Scott le levantó la barbilla –No te pasará nada. No dejaré que te toquen.

-Debería venirse con nosotros unos días- dijo la duquesa acercándose a su marido- Nadie sabrá que está allí.

Scott negó con la cabeza- Enseguida se enterarían de que está allí, duquesa. Por muy fiel que sea el servicio, siempre hay filtraciones.

La duquesa sonrió- En mi casa no. Nos son muy fieles.- miró a su madre- Por supuesto también usted está invitada.

-¿Tienen idea de quién puede ser?- preguntó el duque antes de dejar su copa sobre la mesa del despacho

Scott miró a su prometida con la ceja levantada- No- respondió ella en voz baja mirándolo a los ojos- ¿Quién ganaría algo matándome?

-Lo que sé es que el primer intento de asesinato fue antes de esa oferta tan repulsiva- dijo Scott al duque.

-Mi niña lo apuñaló- dijo su madre muy nerviosa.

-Puede ser que ese cerdo ya no pueda llevarlo a cabo y haya planeado la caza para hacerlo cuanto antes- dijo el duque mientras su mujer asentía.

-¿Estará malherido?- preguntó Marian con el ceño fruncido- Fue con un abrecartas pero había mucha sangre

-Y se tiró por la ventana rompiendo el vidrio- dijo su madre – puede tener alguna otra herida.

-La policía no ha venido a vernos después del incidente, así que no tienen nada- añadió Marian sentándose en el sofá.

-¿Cuáles son los motivos más fuertes para cometer un asesinato?- inquirió la duquesa- El dinero, el amor...

-Y la venganza- añadió Scott frunciendo el ceño.

-El dinero no puede ser- dijo la duquesa mirando a su hija- En caso de que falleciera antes de casarse su dinero iría a parar a mis manos.

Marian miró a Scott que se puso tenso- No te preocupes, nadie duda de ti.

Su prometido hizo una mueca viendo como su suegra lo miraba con los ojos entrecerrados- Recuerde que yo no quería casarme, duquesa.

Marian se sonrojó mirando a los Duques de Stradford que los observaban sonriendo- Tranquila, Marian. Elizabeth tampoco quería casarse conmigo.

La duquesa miró a su marido y se echó a reír- Sólo durante unos días, luego se me pasó.

Marian sonrió tensa y luego miró a Scott que parecía arrepentido de lo que había dicho. – ¿Sobre el amor...?- preguntó su madre mirando a su futuro yerno- Puede que alguno de sus pretendientes...

-No puede ser, mamá- dio ella quitándole importancia- Casi no los conocía.

-Puede que a alguien no le haya gustado tu rechazo- dijo la duquesa Stradford pensando en ello.

-No lo creo. Además, ¿matándome que conseguirían?

-Venganza- añadió el duque.

Su madre suspiró- No puedo entender la razón de todo esto. Nunca ha tenido conflictos con nadie.

-Yo he visto a algunas debutantes un poco envidiosas con ella- dijo Scott- Y te has retado a duelo con la Baronesa.

-Esas rivalidades entre debutantes son normales- dijo su madre- Conocí una vez a una que entró en la casa de una rival y le cortó su hermoso cabello mientras dormía. Todo por un hombre que al final no se decidió por ninguna de las dos.

-¿Y la Baronesa?- preguntó Elizabeth.

-No se le ocurriría hacer algo así- reconoció Scott- además el duelo le ha dado popularidad y eso a ella le encanta.-Scott se movió por la habitación desesperado- Esta conversación no nos lleva a ningún sitio.

-Tiene que relajarse, Marqués. A veces la respuesta está delante de sus narices- dijo el duque con ironía ganándose un codazo de su esposa.

-Me la llevo de Londres- dijo con resolución.

-¡Nos casamos el sábado!- exclamó ella levantándose del sofá- No podemos irnos a ningún sitio.

-¿Estás loca? ¡No podemos exponerte de esa manera! ¡A esa boda puede ir cualquiera!- gritó él enfrentándola

-No podrán sacarme los ojos en público ¿no crees?- preguntó ella con los brazos en jarras.

Scott se puso pálido- Nos vamos de Londres.

-¡No!- gritó ella- ¡No pienso perderme mi boda por un chiflado!

-Si está lo suficientemente protegida para que nadie se pueda acercar a ella, no pasará nada- dijo la duquesa.

-Una boda en condiciones es importante en un matrimonio- añadió el duque mirando a su esposa con arrepentimiento.

-Cielo, ya te he dicho mil veces que no importa- la duquesa se acercó a su marido para darle un beso en los labios- Nuestra escapada también tuvo su romanticismo.

El duque sonrió y dijo en voz baja- Mentirosa.

-¿Ves? Si estoy protegida no pasará nada- dijo ella.

Scott la cogió de la mano- Vamos a Escocia y nos casamos allí. En un par de meses volvemos y ya se habrá pasado todo.

Marian negó con la cabeza- Quiero casarme contigo delante de todo Londres. Quiero que vean que no me escondo para casarme con el hombre que he

elegido. Quiero que todos sepan que estoy orgullosa de ti. Así que no me pidas que me vaya ahora porque no pienso retroceder.

Su madre se limpiaba las lágrimas mientras los miraba- Además tengo muy buena puntería- añadió con una sonrisa pícaro.

Scott se echó a reír abrazándola fuertemente- ¡Dios! ¡Espero no arrepentirme de esto!

-Tranquilo, Marqués. La cuidaremos- dijo el duque.

-No puedo consentir que pongan en peligro a su familia- dijo Marian mirando a los duques- Además tienen un niño pequeño en la casa. Si ocurriera algo, no podría perdonármelo en la vida.

Los duques se miraron sorprendidos – ¿Entonces qué va a hacer?

Marian se encogió de hombros- Fortificar la casa, imagino.

-No puedes contratar a nadie- dijo Scott preocupado- Me mudaré a la casa.

Su madre abrió la boca para decir algo- No será indecente pues tú estarás allí. Diremos que Scott se ha trasladado antes de tiempo por un pequeño incendio en su cocina.

Scott abrió los ojos como platos- ¿Mudarme antes de tiempo?

Marian le miró confusa- ¿No vamos a vivir con mamá?

-No tengo nada en contra de tu madre- dijo Scott sonrojado mirando a su suegra que lo observaba con los ojos entrecerrados- Pero deberíamos vivir en mi casa.

-La casa del Marqués también es magnífica- dijo el duque –Su padre nos invitó varias veces a cenar y está puesta con un gusto exquisito.

La duquesa de Stradford asintió sonriendo- Los matrimonios sobre todo al principio necesitan intimidad- miró a la madre de Marian que parecía confundida- ¿Qué opina usted, duquesa?

La madre de Marian sonrió- Que tiene usted razón, duquesa. Al principio de mi matrimonio tuve que convivir con mi suegro y era insufrible.

-Usted no es insufrible- dijo Scott sonriendo- pero quiero estar a solas con mi esposa.

Marian le miró a los ojos emocionada- ¿Entonces estarás el sábado?

Su prometido se echó a reír y le dijo con picardía al oído- Puede.

Se apartó riendo de él y le sacó la lengua- Entonces todo listo. Scott se muda hasta la boda. Diremos que se están haciendo arreglos en la casa para el matrimonio.

-Llevaré a parte de mi servidumbre. El que sea de confianza- dijo él más seriamente.

-Bueno –dijo el duque extendiendo su mano hacia su esposa- Si necesitan cualquier cosa, avísennos.

-Gracias –dijo el Marqués extendiendo su mano. El duque se la estrechó

como si fueran amigos de toda la vida.

- Si me entero de algo más...

-Gracias –dijo Marian mirando a la duquesa- ¿Vendrán a la boda? Les he mandado la invitación..

-No nos la perderíamos por nada- dijo la duquesa dándole un abrazo- Avísame si necesitas algo. –le susurró la duquesa al oído.- lo que sea.

Marian asintió sonriendo.- Vamos esposo, quiero bailar.- dijo la duquesa cogiéndolo del brazo.

-Tus deseos son órdenes.

Cuando se quedaron solos los tres, la duquesa dijo nerviosa- ¿Deberíamos hablar con tu madrina? Ella pondrá todos los medios necesarios para protegerte.

Marian frunció el ceño- No quiero implicarla en esto.

-Tu madre tiene razón- dijo Scott – Mañana a primera hora pediremos audiencia.

-Veremos cómo va la cosa- dijo evitando el tema.

Se fueron a casa. Scott revisó todas las puertas y ventanas mientras su madre revoloteaba a su alrededor muy nerviosa. – ¿Qué está ocurriendo?- preguntó Sophie confundida al ver que el Marqués daba órdenes a diestro y siniestro, levantando de la cama a todo el personal.

Marian se lo explicó a sus amigas lo más rápido que pudo. Sophie y Susan estaban horrorizadas- ¡Dios mío! Voy a por una pistola- dijo Sophie saliendo de la habitación.

La duquesa sonrió sacando su pequeña pistola de debajo del cojín donde estaba sentada. Marian gimió- Espero que no peguéis un tiro por accidente a alguien.

Scott apareció en la sala de estar donde estaban reunidas- He puesto un guardia en cada entrada de la casa. Y otro en cada pasillo y escalera.- se acercó a Marian abrazándola por los hombros- He enviado una nota a mi casa para que traigan mi equipaje y varios sirvientes. Sólo los más antiguos y fieles.

-Me estoy empezando a asustar- dijo en voz baja- hay tanta gente armada por la casa que temo que alguien se pegue un tiro.

Scott sonrió- ¿Tú estás armada?

Sacó su revolver Colt de cinco disparos del calibre treinta y seis. Scott abrió los ojos como platos- ¿De dónde has sacado eso?

Marian se encogió de hombros sonriendo-Te gusta ¿eh? La conseguí antes de que la fábrica quebrara.

Él miró el revolver cogiéndoselo de sus manos- Es precioso.

-Con lo que costó no me extraña- protestó su madre.

-Dispara cinco veces- añadió viendo como a su prometido se le hacia la boca agua- Si te portas bien te lo dejaré.

Scott se echó a reír dándole la pistola. -Te tomaré la palabra. -La agarró por la cintura y elevó una ceja en dirección de su suegra que levantó los brazos exasperada- Me voy a la cama.

Marian sonrió mirando los ojos verdes de su prometido- ¿Quieres un beso de buenas noches?

-Quiero que me enseñes mi habitación- susurró él acariciando su trasero- y espero que esté muy lejos de la de tu madre.

Ella le mordió en la barbilla suavemente haciéndolo gemir- ¿Y para que quieres que esté alejada?

-Porque pienso hacerte disfrutar y vas a gritar- dijo cogiéndola en brazos.

Marian sorprendida se agarró a sus hombros mientras reía-¿No puedes esperar al sábado?

-No puedo esperar ni una hora- la subió por la escalera rápidamente y cuando estaban en el piso de arriba ella le susurró al oído- La última de la derecha.

Atrapó sus labios y ella se abrazó a su cuello queriendo más. Al llegar a la puerta Scott abrió como pudo sin soltarla en ningún momento. Con el pie la cerró mientras seguían besándose apasionadamente. La habitación estaba a oscuras pero entraba la luz de la luna por la ventana. Scott la puso de pie sobre el suelo -Date la vuelta -susurró contra sus labios. Marian embriagada de pasión no escuchó su pedido y mientras besaba su cuadrada mandíbula, Scott rió entre dientes intentando desabrochar el vestido sin que ella se girara. Marian al sentir que se le soltaba el corpiño gimió contra su boca.- Veo que tienes mucha práctica- Scott bajó sus labios por su cuello para llegar a la cumbre de sus pechos. Casi pierde el equilibrio al sentir como sus labios rodeaban uno de sus pezones por encima de su camisola y tuvo que agarrarse a sus hombros para evitar caerse mientras Scott seguía su exploración bajando su vestido hasta el suelo para después subir las manos por sus delicadas medias para agarrar su trasero haciéndola gemir. Scott levantó la cabeza para ver como Marian tenía los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás totalmente extasiada. La giró sin que ella se enterara para quitarle el corsé rápidamente. -No sé para qué lleváis estas cosas- gruñó impaciente.

-¿Uhhh?- preguntó sin poder concentrarse al sentir como desde atrás agarraba sus pechos pegándola a él y la besaba en el cuello.

Scott sonrió levantándole la camisola mientras la seguía acariciando, dejándola con los calzones. Tiró la camisola al suelo y la empezó a besar entre los omoplatos, bajando lentamente para llegar a los pantalones interiores, que le quitó delicadamente dejándola solamente con las medias puestas mientras mordía delicadamente los cachetes de su trasero. Marian pensó que se desmayaría en

cualquier momento y gritó al sentir su mano tocándola suavemente entre las piernas.

Scott la cogió en brazos tumbándola sobre la cama. Marian abrió los ojos al sentir lo fría que estaba la colcha contra su acalorada piel para ver a Scott mirándola ardientemente mientras se desabrochaba su corbatín rápidamente. – Eres preciosa- murmuró él quitándose la chaquetilla de su traje de noche. Marian sonrió y perdió el aliento al ver como se quitaba la camisa. Tenía un pecho musculado que la dejó sin aliento y el vello que tenía desde el centro de sus pectorales bajando por su ombligo y que desaparecía en la cinturilla de su pantalón le hizo morderse el labio inferior. Scott gimió al ver el gesto llevándose las manos al cierre de su pantalón y Marian perdió el aire cuando abrió sus pantalones. Como no siguió con su tarea, Marian le miró a la cara para ver que estaba sonriendo- ¿Impaciente?

-¡Termina de una vez!

Scott sonrió pícaramente- Quítamelos tú.

Ella jadeó avergonzada hasta que se dio cuenta de que estaba desnuda ante él y aceptó el reto. Sonrojada se sentó sobre la cama y Scott perdió la sonrisa mientras ella alargaba la mano. Cuando tocó la piel de debajo de su ombligo Scott tembló haciendo que ella alejara su mano- Sigue- dijo ronco dando un paso hacia ella. Marian sonrió tímidamente extendiendo sus manos y acarició sus caderas haciéndolo gemir, empujando los pantalones hacia abajo. Scott se quedó de pie muy tenso, mientras ella observaba su sexo erecto con los ojos como platos. Marian le miró a la cara-¿Es eso lo que vas a meter dentro de mí?- Scott gimió cogiéndola por la nuca y besándola ardientemente. La tumbó sobre la cama, colocándose encima de ella y Marian jadeó dentro de su boca al sentir su piel. Ella acarició su espalda mientras Scott bajaba hacia sus pechos. No pudo evitar gritar arqueando la espalda cuando él metió un pezón dentro de su boca y lo acarició con la lengua. –Sabes a miel – susurró contra su pecho mientras que con la otra mano le acariciaba el vientre para llegar hasta la unión de sus muslos. Sus dedos pasaron suavemente entre la suavidad de sus piernas haciéndola retorcerse. Scott subió besándola hasta mirarla a los ojos, colocándose entre sus piernas y cuando Marian sintió su miembro jadeó contra su cuello. Scott la acarició suavemente con él apoyándose en sus codos y empezó a entrar en ella. Marian se agarró a sus hombros, quedándose sin aliento al sentir la presión que la oprimía.- ¿Marian?- Scott casi sin aliento la miró preocupado.

Ella le miró a los ojos –Sigue- pidió ella al notar que se detenía. Scott continuó moviendo la cadera un poco más, hasta llegar a la barrera de su virginidad.

Sonrió y preguntó satisfecho – ¿Preparada?

Le miró confusa- ¿Cómo?

Scott empujó su cadera fuertemente y Marian gritó de dolor clavando las uñas sobre sus hombros. Ni se dio cuenta de que estaba llorando, hasta que Scott le lamió las lágrimas de las mejillas mientras le decía lo maravillosa que era. Firmemente dentro de ella, la besó y la acarició por todo el cuerpo hasta que Marian se volvió a olvidar de todo y gimió de placer al sentir como se empezaba a mover dentro de ella. Sorprendida se agarró a su cuello y ella misma se movió para volver a sentirlo, haciéndolo gruñir a él. –Cariño, déjame a mí- gimió cuando Marian repitió el movimiento.

-¡Pues hazlo ya!- protestó ella provocando su sonrisa. Mirándola a los ojos movió sus caderas firmemente y ella jadeó sorprendida.

-¿Te gusta?- Marian arqueó el cuello al sentir que las embestidas eran más rápidas. Algo en su interior se empezó a tensar, pidiéndole algo que no sabía lo que era. Gritó al sentir como aceleraba su ritmo y levantaba sus piernas, catapultándola al paraíso. Fue la sensación más maravillosa que había sentido nunca. Tan maravillosa que le costó volver a la realidad. Respirando débilmente y totalmente agotada, abrazó a Scott que se había dejado caer sobre ella. La besó en el cuello y suavemente levantó la cabeza para mirarla a los ojos-¿Estás bien?

Ella sonrió débilmente- ¿Me harás esto cada noche?

Scott se echó a reír-¿Quieres?

-Claro- ella le besó en la mandíbula.

Scott se giró llevándola con él, mientras se reía y ella no dejaba de besarlo- También te lo puedo hacer de día.

Marian le miró sorprendida incorporándose un poco.- Entonces de día y de noche.

La acarició por las caderas- Incluso me lo puedes hacer tú a mí. Hay muchas posibilidades.

Ella sonrió picardía-¿Me enseñarás?

Scott gimió al sentir como se movía sobre él- Te lo enseñaré todo- gruñó sentándose en la cama y abrazándola a él- Pero hoy no – dijo quitandosela de encima lentamente y saliendo de ella, haciéndola gemir, la dejó sobre la cama.

Ella protestó al ver que se levantaba e iba al aguamanil.- ¿Por qué?

-Cielo, hasta hace diez minutos eras virgen- dijo limpiando su miembro con una toalla. Marian se avergonzó al ver la sangre y se avergonzó todavía más cuando lo vio ir hacia ella con la toalla mojada en la mano- ¿Qué haces?

-Es para asearte, cielo- dijo sentándose en la cama. Marian totalmente sonrojada se quiso apartar- Marian abre las piernas.

-Ya lo hago yo.

-Es privilegio mío- dijo frunciendo el ceño.

Se mordió el labio inferior y las abrió lentamente bajo la atenta mirada de su prometido, que tomó aire lentamente- Sino hubiera sido tu primera vez. No

saldrías de la cama en mucho tiempo.

Marian sonrió débilmente y se sobresaltó al sentir la toalla mojada entre sus piernas.

-Está fría- protestó intentando apartarse.

-Así es mejor- dijo ronco mientras continuaba su tarea.

Cuando terminó se volvió a levantar y Marian suspiró de alivio. Sintió algo de frío y se dio cuenta de que el fuego no estaba encendido.- Scott no han encendido el fuego.

-No importa – dijo él sonriendo metiéndose en la cama- no tengo frío.

-Pero yo sí- dijo divertida.

-Pero tú te irás a tu habitación ahora mismo- dijo él dándole un beso en la boca.

-¡No!

-Marian, nos casamos el sábado- le dijo muy serio- No quiero que tu madre me pegue un tiro antes de tiempo

Ella lo miró divertida pero al ver que no cedía, suspiró y dijo haciendo pucheros- Quería dormir contigo.

Scott le acarició un pecho- El sábado dormiremos juntos. Además no podré dormir contigo a mi lado sin poder hacerte el amor.

Se levantó enfadada y se puso la ropa interior mientras él la miraba apoyado en el gran cabecero de madera con una ceja levantada. Cogió su vestido enrollándolo bajo su brazo y su corsé. –Más te vale que me compenses por esto- dijo molesta haciéndolo reír mientras iba hacia la puerta. Cuando la abrió de golpe, Sophie en camión y con una mirada de que quería matar a alguien, estaba a punto de llamar- ¡Sí, ya me voy a la cama!- exclamó dejándolos a todos atónitos pasando delante de su amiga que la miraba con los ojos como platos.

-¡Marian!- exclamó corriendo tras ella mientras Scott se reía.

Después de una reprimenda sobre la virtud que Marian ya no tenía, pudo acostarse sonriendo al recordar las caricias de su prometido.

Capítulo 7

Al día siguiente, Marian se despertó algo dolorida y sonrió- ¡Despierta, milady!- exclamó Susan con los ojos entrecerrados.

Se dio la vuelta en la cama quedando de espaldas para encontrarse con las tres mujeres de su vida mirándola furiosas- ¿Qué pasa?- preguntó desperezándose.

-¡Marian Victoria Andover!- exclamó su madre con un vestido de mañana azul- ¿qué has hecho?

-¡Mamá, me caso el sábado!- protestó apartando las colchas de seda.

-¡Eso si ese sinvergüenza se presenta!

Marian la miró fijamente- Claro que se presentará, sino no me hubiera hecho el amor.

Su madre y sus amigas se sonrojaron- Por Dios, Marian ¿sabes lo que has hecho?- la duquesa se acercó, sentándose a su lado- Estás arruinada. Si esto se sabe...

-Pero no se sabrá – dijo levantándose y yendo detrás del biombo para aliviarse.

-Sino se presenta...-dijo Sophie.

-¡Se presentará!- respondió molesta- Dejarlo ya, tengo que ir a la última prueba del vestido.

-¡Voy a encerrar a ese hombre hasta el sábado!- exclamó su madre yendo hacia la puerta.

Marian se echó a reír- ¿Pero qué locuras dices? Romperá otra puerta.

Susan se echó a reír y Sophie la fulminó con la mirada. –No tiene gracia.

-Por el amor de dios, hasta ahora ha tenido razón respecto a él- dijo Susan sacando un vestido de paseo- Así que no tenemos por qué dudar.

La vistieron entre todas y discutieron el tema hasta la saciedad- ¿Ya os habéis quedado más tranquilas?

El bufido de la duquesa al salir de la habitación la hizo sonreír. Sobre todo porque no era propio de ella. Miró a Susan a través del espejo de su tocador, que le guiñó el ojo mientras continuaba organizando sus rizos negros, agarrándose los en un recogido lateral muy favorecedor. Estaba impaciente por ver a Scott, así que la apremió y se levantó rápidamente en cuanto hubo terminado. Su vestido de paseo y la chaquetilla haciendo juego en color rosa era un primor que le sentaba

maravillosamente. Fue hasta su habitación y entró sin llamar. Su valet se quedó de piedra y Marian se sonrojó.- El Marqués...

-Está desayunando, Milady- respondió sonriendo.

-Bien...

-Stuart, Milady.

-Bien Stuart- respondió con una tímida sonrisa.

-Permítame decirle Milady, lo contentos que estamos todo el servicio del Marqués por su compromiso - dijo el hombrecillo tímidamente.

-Gracias, Stuart.

Cerró la puerta al salir y sonrió caminando por pasillo hacia la escalera. Estaba llegando a la sala del desayuno, cuando vio a dos hombres apostados en la puerta. Frunció el ceño entrando en la sala donde su familia estaba desayunando- Buenos días- murmuró pensando en el problema que había intentado olvidar.

-Buenos días, Marian -dijo Scott sosteniendo su servilleta para colocarla encima de la mesa y levantarse de la silla.

Marian le miró con los ojos brillantes de alegría y se acercó a él dándole un suave beso en los labios- ¡Marian, siéntate!- exclamó su madre.

Puso los ojos en blanco provocando la risa de Scott- ¿No podéis controlaros hasta la boda? ¡Sólo quedan cuatro días, por el amor de Dios! Estas demostraciones de afecto en público, están totalmente fuera de lugar.

-Pues pienso hacerlo a menudo, así que vete acostumbrando- dijo sonriendo a su prometido que la ayudó a sentarse a la mesa.

-Me alegro, querida. Me sentiría frustrado si sólo quisieras besarme en la intimidad del dormitorio- La duquesa se sonrojó intensamente, mientras Marian se echaba a reír.

-Tenemos que salir enseguida- dijo Sophie intentando no reír- Así que date prisa en desayunar.

-¿Salir?- exclamó Scott poniéndose tenso- ¿Salir a dónde?

-Tengo que hacer la última prueba del vestido de novia.

-¡Ni hablar, que lo traigan a casa!

Marian entrecerró los ojos – También tengo que recoger el ajuar y comprar varias cosas...

-¡No necesitas esas tonterías!- Scott se levantó de la mesa furioso- No me puedo creer que con todos los maleantes de Londres detrás de ti para intentar sacarte los ojos, pienses en salir de casa para mover tu trasero por todo Bond Street.

Las tres se quedaron pálidas y Marian dejó los cubiertos sobre el plato lentamente.-No hacía falta que fueras tan explícito.

Scott se pasó una mano por su espeso pelo- ¿No lo entiendes?

-Entiendo que quieras protegerme, pero no pienso dejar que me arruinen la

boda- dijo levantándose de la silla- ¡Sólo me voy a casar una vez y quiero que sea perfecto!

Scott la miró con sus maravillosos ojos verdes- ¡Eso, si llegas a la boda!

La duquesa jadeó y Marian se echó a reír- ¡Yo estaré allí, procura estar tú!

Scott maldijo entre dientes, antes de acercarse a ella y cogerla por los brazos
– Marian...

-Venga, no seas así...- dijo abrazándolo por la cintura y apoyando la mejilla en su pecho.

Él le acarició sus rizos negros quedándose en silencio unos segundos. Hasta que dijo en voz baja- No te separarás de mí.

Marian sonrió guiñando un ojo a su madre que la miró orgullosa. La duquesa sonriendo de oreja a oreja volvió la vista a Sophie y la institutriz puso los ojos en blanco.

-No creas que no sé qué puedes manipular a quien quieras, pero conmigo no lo harás- dijo Scott conteniendo la risa mientras la seguía acariciando.

Marian entrecerró los ojos poniéndose tensa-¿Qué estás diciendo?- preguntó sin separarse de él.

-Eres demasiado lista.

La duquesa gimió tapándose la cara con las manos, como si fuera la mayor desgracia del mundo.- Y crees que siempre te puedes salir con la tuya- le cogió la barbilla y le levantó la cara para mirarla –pero a mí no me la das.

Sophie sonrió como si hubiera visto el nirvana y Marian arrugó su naricilla-
¿No te atraen las mujeres listas?

-No desvíes el tema, Marian- dijo más serio- No te separarás de mí.

Ella se alejó y golpeó el suelo con el pie- ¡Pero no puedes ver el vestido de novia!

-Ya has conseguido ir hasta la modista, no me presiones- contestó enfadado.

-Marian, piensa en lo que dice.- dijo Sophie levantándose de su asiento- Es un riesgo que salgas de casa pero si él te acompaña a todos los sitios no habrá problemas.

-Madame Blanchard no le dejará pasar- dijo satisfecha.

-Gracias por decírmelo. Entonces que venga ella aquí- dijo Scott dando por zanjado el tema y cogiendo el periódico.

-Ni hablar. Está bien, que todo Londres sepa que mi prometido me ve desnuda antes de la boda.

La duquesa se levantó sonrojada-¡Marian!

-No puedo hacer nada, mamá. Díselo al Marqués.

Rose le taladró con la mirada- Ya bastante tiene que aguantar mi niña con esos comentarios sobre que está en estado. No pienso tolerar este comportamiento.

Scott furioso tiró el periódico sobre la mesa dejándolas a las tres atónitas- ¡Y yo no pienso tolerar que mi futura esposa esté expuesta al peligro por los comentarios de la gente!

-La acompañaremos la Duquesa y yo- dijo Sophie suavemente- durante la prueba ¿Qué le puede pasar rodeada de mujeres?

Scott la miró atentamente- Muy bien pero si yo considero que hay que salir de allí. ¡Nos vamos y sin rechistar!

Marian se le quedó mirando admirada y sin más se le acercó rodeándole con sus brazos y dándole un apasionado beso. Cuando se separó sonrió mirando a Scott con sus ojos violetas- Mamá, ¿has visto que prometido tan atractivo y autoritario tengo?

-Sí querida ¿pero puedes dejar de tirarte encima de él?- preguntó su madre aburrida.

Scott se echó a reír mirando a su suegra, que movía la cabeza de un lado a otro con desaprobación. Marian se separó a regañadientes.

Cuando llegaron a la modista, Scott se sentó a su lado en la sala como si lo hubiera hecho toda la vida. Las damas allí presentes se pusieron a cuchichear mientras él cogía uno de los diseños de los nuevos modelos después de sonreír agradablemente. Marian miró el diseño y se sonrojó al ver que era de un modelo de ropa de cama – Querida ¿qué te parece?- preguntó divertido- Te encargaré dos para nuestra noche de bodas.

La duquesa gimió, mientras las damas se sonrojaban.- Gracias Marqués, pero ya he encargado todo lo necesario.- dijo con indiferencia, aunque lo que quería era matarlo.

Madame Blanchard salió con una sonrisa –Duquesa, Milady –dijo ignorando a las otras damas que estaban tras ella esperando.- Es un placer volver a tenerlas en mi humilde casa –dijo con su acento francés.

-Madame Blanchard, ¿conoce a mi prometido?- preguntó levantándose sonriendo.

El Marqués no pareció avergonzado en absoluto cuando Madame Blanchard se sonrojó intensamente y Marian lo fulminó con la mirada.- Ya veo.

Las damas cuchichearon y ella no dudaba que durante la hora del té ya sabría todo Londres que una antigua manante de su prometido le hacía su vestido de novia. Disgustada irguió la espalda y preguntó a la modista – ¿Hacemos la prueba?

-Gui, por supuesto Milady- dijo la mujer tartamudeando sabiendo que tenía en Marian una poderosa enemiga. Una queja a su Majestad y no duraría

demasiado con su tienda abierta.

Aunque Marian nunca había utilizado su influencia con su madrina, estuvo tentada. Miró a su prometido, que estaba totalmente indiferente a sus sentimientos y se dio cuenta que entonces tendría que hundir a medio Londres. Suspirando fue hasta el pasillo que separaba la tienda de la zona de pruebas y entró en la habitación que le indicó Madame. Su maravilloso vestido estaba allí colocado en un maniquí y ella lo observó extasiada. –Es maravilloso – dijo la Duquesa encantada.

-Gracias, Duquesa – respondió Madame Blanchard orgullosa.- Es uno de los vestidos de los que más me gusta el resultado.

Marian se acercó a tocar la maravillosa tela de la voluminosa falda. Estaba bordada con hilos de plata formando grandes rosas- ¿Le gusta, Milady?- preguntó la modista tímidamente.

-Es precioso- susurró emocionada.

La modista dejó salir el aliento que estaba conteniendo. –Me alegro, me alegro mucho.- se giró para salir de la habitación.- Avisaré a una aprendiz para que venga a ayudarla.

-No hace falta- dijo Sophie mirando a Marian – la ayudaremos nosotras.

-No, por favor. Siéntense y tomen un refrigerio- dijo señalando una bandeja que allí había.- Están aquí para disfrutar. Además, tenemos mucho trabajo con el ajuar que quiero que supervisen, para ver si está todo a su gusto.

La duquesa asintió. Cuando la modista las dejó solas, Marian revisó su vestido desde todos los ángulos- ¿Qué os parece?

-Es precioso, querida. Serás la novia más guapa de los últimos años- dijo su madre satisfecha.- Su Majestad estará encantada cuando te vea.

Una chica que no debía tener más de quince años entró en la habitación haciendo una reverencia. Marian dejó que le quitara la chaquetilla mientras comentaba los detalles de la boda con su madre y con Sophie, cuando sintió como le desabrochaba el vestido por la espalda. La chica le bajó el vestido por delante dejándola inmovilizada con los brazos metidos en las mangas y Marian la miró confundida- ¿Pero qué haces?- dijo intentando sacar los brazos, pero no le había desabrochado el vestido lo suficiente para poder hacerlo. La muchacha sacó una navaja y sorprendiéndolas a todas, se la puso a Marian en la garganta- Como griten, la rajo.

La duquesa se tapó la boca con la mano levantándose lentamente.

-¡Siéntese!- siseó la chica tirando de Marian hacia atrás para llevarla hasta la puerta.

-¡No se la puede llevar!- exclamó Sophie muerta de miedo al ver como el cuchillo estaba a punto de rozar la suave piel de su cuello.

Marian no podía consentir que la sacara de allí, así que hizo lo único que se

le ocurrió. Empujó, con todas sus fuerzas hacia atrás haciendo que la muchacha se golpeará la cabeza contra la pared, quedando aturdida por el golpe. Marian forzando los brazos hasta que se rompieron las costuras, le agarró la mano donde llevaba el cuchillo para apartarlo de su cuello. La chica reaccionó e intentó atacarla tirándose sobre ella pero antes de que pudiera agredirla Sophie la golpeó en la cabeza con un jarrón que había a su lado.

Las tres en shock se quedaron mirando a la chica inconsciente tirada sobre la alfombra de Madame Blanchard- Madre mía. ¡No te puedes fiar de nadie!- exclamó la duquesa indignada.

-Sophie, ayúdame a atarla ¡Y ni se os ocurra decir algo de esto al Marqués!- Entre las dos ataron a la chica con las tiras que hicieron de las cortinas de Madame. Cuando la modista entró en la habitación y vio lo que estaban haciendo con la aprendiz, se las quedó mirando con cara de sorpresa- ¿Ocurre algo?

-No nos gusta cómo nos tratan sus empleadas- dijo la duquesa muy digna.

-Mandaré llamar a otra ahora mismo.

-¡No!- dijeron todas a la vez haciendo que la modista diera un brinco.

-Nos arreglaremos nosotras – dijo Marian sonriendo sin darle importancia y ante la atónita Madame, se giró para que Sophie le quitara el vestido.

-Bien- Madame que estaba acostumbrada a las rarezas de la aristocracia sonrió viendo como la aprendiz se revolvía mirándolas con odio intentando llegar a su cuchillo que estaba un poco más alejado. La duquesa la miró con disgusto- ¿Ve lo que le digo?

Madame que vio el cuchillo, entrecerró los ojos y se agachó a recogerlo.- ¿Qué hacías con esto, estúpida?

-No se preocupe más. –dijo Marian empezando a ponerse nerviosa – ¿podemos ocuparnos del vestido? Mi prometido está esperando y...

-Oh, por supuesto- dijo poniéndose manos a la obra.

El vestido le quedaba como un guante y no hacía falta ningún arreglo. Marian suspiró aliviada mientras su madre lloraba de alegría. –Me lo llevaré hoy mismo.

-Pero hace falta plancharlo y...

-Me lo llevaré todo hoy- dijo sin alterarse no dando opción a discutir mientras se ponía la chaquetilla.

-Bien, Milady –respondió la modista llevándose el vestido para envolverlo.

Varias aprendices entraron en la habitación con todo el ajuar que revisaron rápidamente. Las chicas miraron a su compañera con los ojos como platos, pero no se les ocurrió abrir la boca. Cuando habían terminado se dio cuenta de que sus camisones no eran como el que Scott le había enseñado y le preguntó a Madame discretamente mientras su madre miraba unas medias si tenía algo especial. Madame Blanchard asintió cómplice- Tengo unas telas maravillosas.

-Lo dejo a su elección. ¿Puede tener dos para el sábado?

-Por supuesto, se los enviarán a casa. ¿Algún color en especial?- Marian acostumbrada a su blanco camisón se lo pensó un poco.

-¿Puede ser negro?- preguntó sonrojándose.

-Negro –dijo asintiendo-¿Y qué le parece amarillo? Con su color de cabello quedará maravilloso.

Asintió y se volvió hacia su madre- ¿Nos vamos?

Después de despedirse y de que un lacayo cogiera los paquetes que las aprendices tenían en los brazos, salieron a la sala donde Scott las esperaba impaciente -¿Han dejado algo en la tienda?- preguntó divertido al ver la cantidad de paquetes que se llevaban al carruaje.

-No exageres – respondió Marian sonriendo mientras su prometido la cogía del brazo.

Scott inclinó la cabeza al salir despidiéndose de las damas que no perdían detalle.

-Tengo que ir a la perfumería – dijo Marian a sus acompañantes.

-Querida, tu olor es maravilloso. No necesitas perfumes- la duquesa gruñó y Marian se echó a reír sin poder evitarlo.

Cuando entraron en el establecimiento. Marian sonrió al dueño- Milady ¿ha venido por su perfume favorito?

-Sí y por varios jabones de lavanda.- dijo mirando un maravilloso frasco de cristal- ¿Qué es esto?

-Oh, es mi nueva esencia- dijo orgulloso extendiendo los brazos para coger el recipiente del expositor- ¿desea probarlo?

-Sí, por favor- Scott se puso a su lado y frunció el ceño cuando vio como delicadamente el hombre le echaba el perfume sobre el interior de su muñeca.

Marian se la acercó a la nariz y frunció el ceño- Es un poco...

-No me gusta para ti, querida- dijo Scott fulminando con la mirada al dueño.

-¿Por qué?- preguntó sorprendida volviendo a acercar la muñeca a la nariz.

-El que usas me gusta mucho más- dijo suavemente mirándola a los ojos.

Marian sonrió pero no se tragó ni una palabra-¿Quién lo usa?- preguntó al dependiente que estaba colocando el tapón de cristal a la botellita. Scott se puso tenso.

-Eso no se lo puedo decir, Milady- dijo incómodo.

-Me parece que mi prometido tiene razón-dijo sonriendo- Me llevaré el de siempre y los jabones.

Scott suspiró aliviado y ella aparentó no darse cuenta mientras miraba otras cosas que había en la tienda.- ¿Qué es esto?

-Son aceites esenciales venidos de Oriente- dijo el hombre envolviendo sus

compras

-¿Y para qué sirven? ¿Para echar en la piel?

-Para hacer masajes, para nutrir la piel, para aromatizar el agua de la bañera...

-Vaya – dijo cogiendo una botellita con aroma a lavanda y Scott se acercó por detrás para decirle al oído- ¿quieres que te de un masaje?

-Me llevo una- dijo en alto llevándosela al mostrador mientras Scott se reía entre dientes.

Después Marian decidió que ya había terminado y comentó que podían volver a casa. Scott no perdió el tiempo y la metió en el carruaje antes de darse cuenta.

Al llegar a casa almorzaron después de que Marian se cambiara el vestido roto alegando que estaba algo incómoda con él.

Cuando terminaron de comer después de una amena charla, Marian y Scott se trasladaron al salón –¿No deberías acostarte antes de las visitas de la tarde?

-No vamos a recibir a nadie- dijo sentándose en el sofá.

Scott asintió satisfecho- Bien, yo voy a salir. –dijo dándole un suave beso en los labios.

-¿A dónde?- Marian lo miró con los ojos entrecerrados y Scott se echó a reír.

-Voy a ver al Duque de Stradford. –le acarició la mejilla mirándola a los ojos- Vamos a visitar a ciertas personas de mala reputación para intentar averiguar algo.

-Voy contigo- dijo dispuesta a levantarse.

-Ni hablar- la cara del Marqués la paró en seco. Marian se dio cuenta inmediatamente de que no iba a ceder, así que se sentó en el sofá tranquilamente.

-Está bien- dijo suavemente sin dejar de mirarlo a los ojos- Te espero en casa.

Él pareció satisfecho pero después de unos segundos dijo advirtiéndola- Ni se te ocurra seguirme, Marian

-Ni se me ocurriría- Marian sonrió dulcemente- Puede que haga locuras de vez en cuando, pero controladas. No entraría sola en ciertas partes de Londres sin acompañante y menos cuando quieren quitarme del medio.

El alivio de Scott fue evidente y se acercó a darle un apasionado beso en los labios. Le pasó los brazos por el cuello y lo atrajo hacia ella sobre el sofá. Scott sonrió sobre sus labios- Cielo, tengo que irme –dijo apoyando sus brazos sobre el respaldo del sofá para separarse de ella.

-¿Estás seguro que no prefieres que nos echemos una siesta?- preguntó con picardía- Podemos estrenar ese aceite

Scott gimió cogiendo sus brazos y separándola de él después de darle un beso en la punta de la nariz. –No salgas de casa- dijo mirándola preocupado- Si

ocurre algo quiero que hables con mi valet. Él se encargará de encontrarme.

Marian asintió.-No te preocupes por mí. Cuídate tú.

Ella suspiró al verlo salir y decidió subir a su habitación. Estaba subiendo la escalera, cuando oyó el timbre de la puerta. El mayordomo se acercó a abrir y Marian le dijo –No quiero recibir a nadie.

Siguió subiendo la escalera, cuando una voz femenina la interrumpió. Hablaba en voz baja con el mayordomo y Marian se giró para mirar por encima de la barandilla- ¿Duquesa?

El mayordomo se apartó dejando ver a la duquesa de Stradford.- Querida – dijo pasando al hall mientras Marian bajaba las escaleras.- He tenido que esperar a que se fuera el Marqués.

Marian la miró sorprendida y se acercó hasta ella- Pero si iba a ver a su marido...

La duquesa miró alrededor y Marian la cogió del brazo para guiarla hasta el salón.

- Vamos al salón, allí hablaremos tranquilas.- dijo ignorando a los hombres apostados a la puerta.- Que no se nos moleste- dijo al mayordomo.

-Entendido, Milady.

Cuando cerró la puerta detrás de su invitada, la duquesa la miró- Estoy preocupada, Marian.

-Siéntese, por favor.

-Llámame Elizabeth.- dijo la Duquesa sonriendo.

-Gracias, Elizabeth, ¿qué ocurre?

-La verdad es que se lo he ocultado a mi marido para que no se preocupara y me dejara venir- dijo sentándose en el sofá- y ya me he retrasado demasiado, así que ahí va.

Marian la miró atentamente- Alguien me ha dicho que ..- la miró preocupada y se notaba que le costaba decirle algo, así que Marian sonrió – que el Marqués tiene algo que ver en lo que le está pasando.

-¿Qué quiere decir?- preguntó perdiendo la sonrisa.

La duquesa se apretó las manos- Pues que él está relacionado con sus intentos de asesinato.-dijo casi sin voz.

Marian se quedó lívida- Eso no puede ser Elizabeth...nos casamos el sábado.

Su amiga la miró fijamente y le cogió la mano.- Esa persona me ha dicho que espera casarse contigo el sábado y que cuando ya sea un hecho consiguiendo tu dinero por ser tu esposo, tendrás una muerte accidental. Que todo lo que está pasando sobre los atentados a tu vida es una cortina de humo para que cuando ocurra tu muerte nadie sospeche de él.

-Pero eso no tiene sentido y ¿si alguno de los otros tiene éxito?- preguntó

levantándose.-El otro día casi me matan en mi cama. Sino llego a tener el abrecartas cerca, no lo hubiera contado. ¿Quién le ha dicho ese disparate?

La duquesa frunció el ceño- Una amiga poco recomendable de ese amigo que le comenté. Fue ella la que vino a hablar conmigo.

Marian sonrió mirando a la duquesa mientras pensaba en ello- ¿Su nombre?

Su amiga se dio cuenta de que la habían utilizado y se levantó entrecerrando los ojos- Madame Roser.

Abrió los ojos como platos. Eso sí que no se lo esperaba.- ¿Has hablado con una meretriz?

Elizabeth se encogió de hombros como si tuviera conversaciones con prostitutas todos los días y eso divirtió mucho a Marian, subiendo varios grados el aprecio que sentía por esa mujer.- La verdad es que no había hablado con ella nunca. La había visto en el teatro varias veces pero ni se me ocurriría acercarme a ella y menos en público. – se quitó los guantes y el abrigo dejándolos sobre el sofá. –Pero ya que me ha implicado en esto la muy arpía, creo que tengo que demostrarle con quien está tratando.

-Está enamorada de Scott, me lo dijo mi madrina.- la duquesa sabía de sobra que su madrina era la reina

-¿Hablas con su majestad de prostitutas?- preguntó fascinada.

Marian no le dio importancia- Hablo de todo. Se lo cuento todo.

-Vaya...-dijo con admiración- tienes una relación muy estrecha.

-No tanto como me gustaría. La quiero mucho- dijo sonriendo sentándose a su lado – ¿te apetece un té?

La duquesa asintió y Marian fue a tirar del cordón del servicio.- ¿Entonces que vamos a hacer para demostrarle a esa mentirosa que nosotras no somos tan tontas como aparentamos?

Marian sonrió maliciosamente mirando a su amiga.- ¿Te apetece ir a la ópera?

Cuando su amiga se fue, subió a su habitación donde Susan estaba colocando algunos vestidos- Prepara el blanco de encaje para esta noche

-¿Vas a salir?

-Vamos a la ópera- dijo con una sonrisa. Le contó a su amiga lo que había ocurrido y Susan la miró preocupada

-¿Estás segura de que ha mentido?

-Totalmente. El Marqués no necesitaba montar todo esto para cubrirse. Hay accidentes todos los días y podía haberse deshecho de mí en la luna de miel, a cientos de kilómetros de aquí. Ya ha ocurrido antes y sabes que los hombres que

vuelven viudos no son criticados de ninguna de las maneras. Siguen con sus vidas como si no hubiera pasado nada.

Susan asintió- Es cierto recuerdo aquel episodio sobre aquel Conde...

-¿Ves? ¿Para qué iba a arriesgarse a que todos los maleantes de Londres intentaran matarme? Alguno podría conseguirlo antes de la boda y fastidiar sus planes.

Susan se quedó convencida y sonrió. -Nuestro Marqués no haría eso.

-Exacto, nuestro Marqués no. Así que avisa a mamá para que se prepare, que nos vamos a la ópera.

Un par de horas después estaba sumergida en la bañera cuando se abrió la puerta de golpe-¿Cómo que vamos a la ópera?

Susan gritó y Marian sin moverse de la bañera sonrió- ¿No sabes llamar?- preguntó mirando a su prometido, indicando con la cabeza a Susan que los dejara solos.

Scott estaba furioso- ¡Marian, no deberías salir!

Ella sonrió pasándose la esponja natural con el jabón por los pechos- Tengo que ir, querido. Es importante. ¿Has averiguado algo?

-No desvíes el tema.-dijo quitándose la chaqueta y dejándola sobre la silla mientras se la comía con los ojos.

-Tengo dos horas para prepararme- dijo con una risita al ver que se arrodillaba al lado de la bañera- Deberías irte o no me dará tiempo.- se echó a reír cuando la besó en el cuello y ella respondió besando el suyo. Marian se puso tensa cuando le besó y le agarró por el cuello acercando su nariz otra vez y aspirando profundamente. Scott al notar su cambio de actitud la miró a los ojos.

-¿Qué pasa Marian?

Ella se levantó de golpe de la bañera, mojando todo a su alrededor incluido a él. Scott gruñó al ver sus pantalones mojados. Salió pasando a su lado, mojando el suelo al ir hacia su bata. Se la puso con gestos bruscos, mojándola con la humedad de su piel y se giró hacia Scott- ¿Dónde has estado, Scott?

-Ya te lo he dicho. He ido con el Duque de Stradford a varias tabernas del puerto para averiguar algo.- dijo confundido.

-¿Y las fulanas del puerto usan un perfume que vale cinco libras el frasco?- preguntó furiosa mirando sus ojos mientras recordaba el aroma de aquel perfume nuevo que el dependiente le había ofrecido.

Scott tragó saliva y entrecerró los ojos- ¿Marian?

-¿Con quién has estado, Scott?- estaba tan furiosa que si tuviera una pistola le pegaría un tiro- ¿No habrás sido capaz de serme infiel antes de casarnos?

Él se enderezó enfadado- No tengo que darte ninguna explicación.

-¡Claro que sí! ¡Vas a ser mi esposo!- gritó ella viendo cómo se iba.

-Exacto, voy a ser tu esposo y que yo recuerde los maridos no dan

explicaciones a sus esposas.- respondió con malos modos.

Marian jadeó sorprendida- ¡No hace falta que te presentes el sábado!

-¡Pues muy bien! ¡Tampoco me interesaba mucho!- gritó antes de cerrar de un portazo.

Todavía en estado de shock se sentó en el banco de su tocador y Susan entró discretamente. -Cariño ¿qué ha pasado?

-No tengo ni idea- se pasó una mano por su cabello negro nerviosa- Creo que hemos roto el compromiso.

Sophie entró en la habitación con los ojos como platos- El Marqués se ha ido de la casa dando un portazo. ¿No va a acompañarte a la ópera?

-Creo que ya no me acompañará a ningún sitio- dijo al borde de las lágrimas. Cuando una gran lágrima corrió por su mejilla se abrió la puerta de golpe sobresaltándola y vio que Scott entraba en la habitación hecho una furia. Se paró en seco cuando vio sus lágrimas y dijo gravemente-¿Nos dejan solos, por favor?

Las chicas se fueron discretamente cerrando la puerta tras de sí y Scott se acercó a ella cogiéndola en brazos y besando su rostro mientras Marian le abrazaba fuertemente por el cuello- Princesa, no llores – dijo pasando sus labios por sus mejillas secando sus lágrimas.

-No quieres casarte- susurró ella oliendo ese odioso perfume en su camisa- te has ido con otra...

-No me he acostado con otra – la echó sobre la cama y se le puso encima mirándola a los ojos- ¿crees que teniéndote a ti voy a estar con otra?

Ella frunció los labios. Scott sonrió acercándose a ellos y besándolos para relajarlos- No he estado con otra, sólo buscaba información. –y sugirió sonriendo- Puedes oler el resto de mi piel si quieres.

A Marian le pareció una sugerencia estupenda y empezó a desabrocharle la camisa. Scott se echó a reír cuando le acarició el torso empujándolo de espaldas a la cama y sentándose a horcajadas sobre él mientras le olía el pecho. A Scott se le cortó el aliento cuando su nariz pasó por su tetilla y aspiró fuertemente. Marian siguió bajando sonriendo satisfecha y le besó el ombligo. Sus cabellos acariciaban su pecho torturándolo y cuando llegó a la cinturilla del pantalón, le lamió la piel. Scott gimió sentándose de golpe. -Marian –dijo ronco cogiéndola por los brazos – tu criada va entrar en cualquier momento.

Ella le miró divertida y se levantó de encima dejándole ver un pecho de la que pasaba.

-Está bien.

-¿Estás satisfecha?- Scott se levantó rápidamente mirándola de reojo mientras Marian se iba hacia el tocador.

-Pues no- dijo riéndose entre dientes sentándose en la butaca. Cogió el

cepillo viendo a través del espejo como Scott se acercaba a ella por detrás.

Le apartó la melena y la besó en el cuello mientras acariciaba sus pechos- Si te portas bien, esta noche quedarás más que satisfecha.

Movió la cabeza para darle mejor acceso y gimió cuando apretó un pezón entre sus dedos- ¿Lo prometes?

Scott sonrió contra el lóbulo de su oreja –Lo prometo.

Llamaron a la puerta y Scott se apartó de ella – Adelante- dijo Marian divertida.

Susan entró- Si quieres llegar a tiempo a la ópera debemos empezar.-dijo tímidamente. Scott cogió su chaqueta y suspiró para mirar a su prometida- Esto no me gusta.

-Estaremos rodeados de gente, cariño

-Pero sigue sin gustarme. –Salió de la habitación bajo la mirada de Marian que sonrió a Susan.

-Veo que lo has arreglado.

-Ponme guapa. Tengo que estar radiante esta noche- dijo maliciosa mirándose en el espejo.

Capítulo 8

Llegaron al teatro Real a tiempo. Su madre estaba encantada de ir a la ópera y que todo el mundo viera a su futuro yerno con su hija del brazo. Iba hinchada como un pavo real saludando con la cabeza a sus conocidos, mientras Marian la observaba divertida. Scott le guiñó un ojo y ella se echó a reír atrayendo varias miradas de admiración-¿Te he dicho ya que esta noche estás preciosa?- preguntó él acercándose a su oído.

-Pues ya verás lo que he encargado para nuestra noche de bodas- le respondió ella sentándose en una de las sillas del palco de la reina.

-¿Le has dicho a tu madrina que hoy ocupábamos el palco?

-Le envié una nota después de la comida, mamá. Está encantada de que lo ocupemos con nuestros amigos.- en ese momento llegaron los duques de Stradford.

Marian se levantó sonriendo a Elizabeth, que estaba preciosa con un vestido verde con ribetes negros- Estoy deseando casarme para poder lucir esos colores – dijo con envidia

Scott arqueó las cejas-¿Sólo por eso?

-Claro ¿qué pensabas?- respondió maliciosa ganándose las risas de todos.

Las tres mujeres se sentaron en los asientos de delante y los hombres detrás de ellas. Elizabeth se acercó a ella y le susurró al oído-¿Estás lista?

Marian sonriendo abrió el abanico para tapar la boca y dijo bajito- Se va a llevar la sorpresa de su vida. Te lo aseguro.

Su objetivo llegó en ese momento. Vestida de rojo y negro, estaba muy atractiva y Marian la miró atentamente. Debía tener unos treinta y cinco años y su cara era una belleza. Llevaba los labios pintados de rojo destacando su pálida piel. El exagerado escote casi dejaba ver sus pezones pero a ella eso no la preocupaba. Estaba allí para enseñar la mercancía.

Elizabeth se revolvió en su asiento cuando miró hacia ellas con desprecio después elevó la vista por encima de sus cabezas y sonrió abiertamente inclinando la cabeza. Obviamente a su prometido. Marian se puso tensa- ¿Ves lo que te digo?

-Sí, querida- respondió Elizabeth anonadada.- No tiene vergüenza.

Marian la miró con simpatía- No lo hago porque esté enamorada de él. Lo hago por intentar quitarme lo que es mío- susurró cerca de su amiga.

Cuando el palco de la meretriz estuvo lleno de hombres. Marian se levantó despacio dispuesta a salir. – ¿Dónde vas?- preguntó Scott levantándose de su asiento.

-Vengo ahora –dijo sonrojándose.

Scott miró a su madre que estaba hablando con una amiga, cuando la duquesa de Stradford se levantó – Yo la acompaño. Serán dos minutos. El espectáculo está a punto de empezar- dijo cogiendo del brazo a Marian bajo la atenta mirada de sus hombres.

Su prometido estaba preocupado pero las dejó ir. Los pasillos estaban vacíos excepto por los lacayos que había por allí, así que echaron a correr hasta el palco de la meretriz. Marian preguntó- ¿Es aquí?

Elizabeth miró alrededor – Sí, creo que sí.

Abrió la puerta lentamente y apartó la cortina para ver las espaldas de dos hombres que estaban detrás de la mujer. Con el abanico les dio un golpecito en el hombro y cuando se dieron la vuelta abrieron los ojos como platos al ver quien era. Ella puso un dedo sobre su preciosa boquita, pidiendo silencio con una sonrisa y los caballeros se apartaron sonriendo. Marian se colocó detrás de su objetivo y miró hacia su palco. Scott estaba hablando con el Duque, pero algo debió llamar su atención porque miró hacia allí sorprendiéndose al verla detrás de su amante. Marian se agachó sonriendo a su prometido y cogió por el pelo a aquella bruja tirando de su cabeza hacia atrás para que la viera. La meretriz chilló al sentir el dolor en su cuello cabelludo, atrayendo la mirada de todo el teatro- Hola- dijo ella divertida al ver como se revolvía mientras Marian tiraba más de su pelo provocando que arqueara más el cuello hacía atrás- Me han dicho que te gustaría quitarme a mi prometido- dijo en voz bien alta – y que te gusta ir diciendo mentiras por ahí.

-¡Suélteme!- gritó ella intentando agarrarla con sus brazos, pero no llegaba. Aunque Marian se llevó algún arañazo.

Marian seguía tirando de su pelo hacia atrás pero tuvo que dejarlo porque temía que la silla cayera tirándola de espaldas, así que con la otra mano tiró fuertemente de su oreja retorciéndosela. El chillido de la puta hizo reír a medio teatro- Te voy a advertir una cosa. – al ver que la mujer la miraba con odio, dijo sonriendo- Veo que he captado tu atención. Es bueno para una puta saber cuándo hay que cerrar la boca- las risas recorrieron el teatro.- No se te ocurra, ni por casualidad volver a acercarte a mí o a mi prometido porque como vuelva a verte la cara...- la advertencia quedó clara al mirar sus ojos.- ¿Por qué no buscas alguien más apropiado para ti, alguien de fuera de Londres?

Las mujeres presentes aplaudieron mientras los hombres la miraban escandalizados. Marian continuó- ¿Lo has entendido?

-Sí.-gruñó la mujer mirándola con odio.

-¿Sí qué?

-¡Sí, Milady! – le espetó ella furiosa

-Bien, recuerda quien eres y recuerda quien soy yo – dijo tirando de su cabello provocando que cayera de espaldas quedando con las piernas levantadas y abiertas a la vista de todos, enseñando sus enaguas rojas.

Marian dignamente se dio la vuelta y empezó a bajar el pasillo mientras Elizabeth se reía. Las risas del teatro la siguieron hasta su palco, donde Scott la esperaba furioso. Sin hacerle caso se sentó en su sitio como si fuera una reina y el público, sobre todo las damas la aplaudieron pletóricas.- Querida, ¿no has podido avisarme antes?- preguntó su madre molesta.

-No lo habrías aprobado- dijo sonriendo.

-Por supuesto que no- dijo muy seria. Después abrió su abanico y preguntó por debajo- ¿Te has quedado a gusto?

Marian sonrió- Pues sí.

-Me alegro, querida.

-Ya hablaremos tú y yo – le dijo su prometido a su oído- Estas demostraciones tuyas de celos empiezan a ser un poco extremas, querida.

Marian le miró por encima de su hombro levantando una ceja- Sólo he dejado clara mi postura, querido.

-¿Pegando tiros y agrediendo a mujeres?- preguntó entre dientes.

-Dejando clara mi postura. No pensarías que te casas con una mujer que espera que la apaleen o apaleen lo que es suyo ¿verdad?

Durante un segundo vio admiración en sus ojos verdes. Durante un segundo.- Hablaremos después.

Marian miró hacia el palco de la mujer que se había ido con cajas destempladas. Sabía que no se iría de Londres, pero había entendido que en ella tenía una enemiga y no se volvería a cruzar en su camino. Y si era tan estúpida como para hacerlo, Marian la volvería a poner en su sitio.

Comenzaron a apagarse las luces y cogió sus binoculares. Disfrutó del primer acto aunque durante el descanso se agobió un poco por la cantidad de visitas que recibió. Casi todos los conocidos de sus padres y gran parte de las damas se acercaron a saludarlas.- No estoy de acuerdo con ese tipo de comportamiento –dijo una dama de la que ni sabía el nombre- pero esa mujerzuela lleva mucho tiempo buscándose problemas.-dijo satisfecha. –Estoy segura de que nuestra Lady Marian tenía un motivo muy bueno para hacer lo que hizo.

Marian sonrió evitando decir el motivo- Nunca me hubiera comportado de esa manera con una dama- dijo enfatizando la palabra dama.

-Por supuesto- dijo la mujer dándole la razón.

Scott exasperado se acercó a su oído- Nos vamos.

Marian le lanzó una mirada que lo dejó estupefacto y siseó entre dientes- No

te muevas de aquí. Te recuerdo que esto es culpa de tu disoluta vida anterior.

Él entrecerró los ojos, pero no se puso a discutir con todo el mundo rodeándolos. Se inició la guerra fría y no se volvieron a hablar hasta llegar a casa. – ¡No sé ni cómo se te ocurren estas cosas!-gritó Scott pegando un portazo después de meterla en el salón.

-¡Pues la que te espera!- exclamó divertida su madre desde el hall.

-¡Mamá, no te metas!

-¡Es que me apetece un brandy!

Scott abrió la puerta y la duquesa entró dignamente. Su prometido se acercó a un mueble de las bebidas y sirvió dos brandys, dándole uno a su suegra. Marian entrecerró los ojos- Yo también quiero.- dijo aunque nunca lo había probado.

-Lo que me faltaba es que te emborracharas- dijo sentándose en la butaca de enfrente del sofá.

-No sabes toda la historia, así que no tienes derecho a juzgarme –dijo muy digna.

-Explícamela por favor, estoy impaciente.

La ironía de su tono la enfureció- Tu amiguita le contó a Elizabeth que eras tú el que estabas detrás de mis intentos de asesinato.

A la duquesa se le cortó el aliento y Scott palideció- No te creo...

-Y no sólo eso, le dijo que lo que querías era casarte conmigo por mi dinero y que luego me eliminarías.- entrecerró los ojos viendo como su prometido se levantaba con el rostro petrificado- que los intentos de asesinato eran una cortina de humo para despistar.

Scott dejó la copa de coñac sobre la repisa de la chimenea y se quedó mirando el fuego

-No me lo puedo creer- dijo él.

-¿Qué no te puedes creer? ¿Qué una mujer enamorada no haría lo que fuera para conseguir que su hombre no se casara con otra?- preguntó incrédula.

-Ella no me ama- dijo furioso.

-¡Claro que sí, Scott! ¡Por eso ha intentado que te deje antes de casarme contigo!- exclamó levantándose- Y ese es el motivo de mi comportamiento de esta noche. Para dejarle claro que haría lo que fuera necesario para alejarla de ti.

-¡Ella no se parece en nada a ti!- exclamó el furioso-¡Nunca haría algo tan bajo para conseguir lo que quiere!

Marian palideció mientras su madre jadeaba indignada- ¡Marqués, creo que debe disculparse!

Scott fulminó a la duquesa con la mirada- Es una consentida que siempre consigue lo que quiere y le da igual dejarme en ridículo delante de todo Londres para conseguirlo. No pienso disculparme, Excelencia. Así que no vuelva a sugerirlo.

-Todo lo que he hecho, lo he hecho por ti- dijo ella en un susurro. – ¿Eres tan estúpido que no te das cuenta de que ella a costa de tu reputación, intentó apartarte de mí? ¿A quién crees que la buena sociedad hubiera creído si ese rumor les hubiera llegado? ¡Te hubieran crucificado!

-¡Ella no ha dicho nada!

-¿Crees que la duquesa miente?- preguntó ella asombrada- ¿Realmente crees que esa mujer no fue a ver a Elizabeth y le dijo todo eso? ¿Y si la duquesa no me lo hubiera contado a mí? ¿Y si le lo hubiera dicho a otra amiga en confidencia? ¡En menos de veinticuatro horas para todo Londres serías un asesino, Scott!.

Él se pasó la mano por su pelo nervioso y Marian se quedó fría- Dios mío ¿quieres a esa mujer?- la sorpresa fue tan grande que tuvo que sentarse mientras llevaba una mano a su pecho

-Marian...no es lo que piensas...-dijo mirándola torturado.

La duquesa se levantó indignada-¡No me lo puedo creer! ¡Ya no habrá boda!

-¡No se meta!- gritó Scott acercándose a Marian.

A Marian se le pasaban tantas cosas por la cabeza que lo menos le preocupada era la boda. Mirando sin ver la alfombra pensó en como había obligado prácticamente a Scott a casarse con ella por una atracción física, cuando él estaba enamorado de otra mujer que no era socialmente aceptable. Horrorizada por su comportamiento y porque él hubiera sido tan cobarde para no decirle nada, le miró con un dolor insoportable antes de decir casi sin voz- Quedas liberado de nuestro compromiso.

-¡No te das cuenta de lo que estás diciendo! ¡Quedarás en ridículo delante de todo el mundo!- exclamó intentando agarrarla.

Marian tragó saliva para evitar el llanto y le miró a los ojos- ¿Todavía no te das cuenta que no me importa lo que piense la gente? Si fuera así nunca me hubiera prometido con alguien como tú. Desgraciadamente tenían razón.- se levantó lentamente y fue hasta la puerta intentando no desplomarse. Cogió el pomo de la puerta y lo giró antes de decir- Quiero que salgas de esta casa inmediatamente.

La duquesa llorando la siguió - Mamá, por favor quiero estar sola- susurró cuando salió al hall. –Ah- se quitó el anillo de compromiso y se lo puso en la mano sin mirarla- ¿puedes devolvérselo?- sin esperar respuesta recogió sus faldas para empezar a subir las escaleras mientras su madre observaba como llegaba al piso de arriba tapándose la boca para que no la oyera sollozar.

Marian llegó a su habitación que tenía la puerta abierta y entró en ella. La luz de las lámparas de aceite iluminaba la habitación y como una automática fue hasta la banqueta del tocador dejándose caer. Apoyó los codos sobre el tocador apartando las tijeras que había dejado allí Susan y se tapó la cara con las manos- Mi Dios- susurró sintiendo un enorme vacío en su interior. Tenía tantas ganas de

llorar que sabía que cuando empezara no terminaría nunca. Levantó la cabeza y se miró al espejo. Parecía que había enfermado por el aspecto que tenía, estaba pálida y sus ojos brillaban de las lágrimas reprimidas.

Ni se fijó en las manos que se abalanzaron sobre ella tapándole la boca y rodeando su cintura. Sorprendida intentó luchar y agarrar las tijeras que había sobre el tocador pero no llegó a tiempo mientras la levantaban de la banqueta. Marian pateó golpeando el tocador y tirando los frascos de perfume al suelo. Intentó morder la mano que le impedía gritar, pero le apretaba tan fuerte que Marian temió que la asfixiara. En su desesperación por escapar sintió que otras manos que había en la ventana la agarraban y en el intercambio gritó desgarradoramente arañando a su nuevo captor. La casa despertó, pero Marian no llegó a oír nada porque un fuerte golpe en la cabeza la dejó inconsciente.

Le dolía la cabeza y oía un sollozo. Se dio cuenta de que estaba tendida sobre un suelo de madera y lo recordó todo.

Cuando abrió los ojos vio a una muchachita de su edad que parecía aterrorizada, sentada en el suelo apretada contra la pared con sus piernas recogidas. Su ropa parecía fina pero estaba sucia y desgarrada. No llevaba zapatos y sus pobres pies, estaban sucios y llenos de heridas. – ¿Estás bien?- preguntó la chica limpiándose las lágrimas de su sucia cara.

Marian sonrió apoyándose en sus codos para intentar incorporarse- Iba a preguntarte lo mismo- dijo ella divertida.

Sorprendentemente la chica sonrió- Cuando te trajeron pensaba que estabas muerta. –dijo acercándose a ella de rodillas y ayudándola a sentarse.

-¿Cuánto tiempo llevo aquí?- preguntó tocándose la cabeza.

-Unos diez minutos- se mordió el labio inferior- Tú eres Lady Marian.

-¿Te conozco?- preguntó sorprendida mirando a la chica atentamente. Tenía el pelo castaño bastante sucio. Y sus ojos en la penumbra tampoco le dijeron nada. Su sucia cara tampoco le llamó la atención, ni le dieron ninguna pista sobre su identidad.

-No, mi presentación es dentro de un año- dijo ella sonriendo con tristeza- o lo era.

-¿Qué haces aquí?

-Me raptaron a la salida del colegio de señoritas de la señora Primt.

-¿Por qué?

La chica se encogió de hombros- Por dinero, supongo. Soy hija del Conde de Netherton.

La fortuna de ese hombre era bien conocida por todos en Inglaterra.- ¿Eres

Lady Emily?- preguntando por la única hija que tenía ese hombre.

La chica asintió.-Al Conde esto no le va a gustar nada.

-¿Cuánto llevas aquí?

-Cinco días, creo- al ver su miedo Marian sintió un escalofrío.

-Tranquila, no te pasará nada.- susurró Marian tocándole el hombro.

-Esos tipos son bestias, Marian. No dudarán en matarnos para conseguir lo que quieren. Uno casi me corta una oreja para enviársela a mi padre.-dijo temblando

-Entonces estoy bien fastidiada porque a mí quieren sacarme los ojos – dijo levantándose.

-¿Qué quieres decir?- se puso a su lado y la miró atentamente.

-Tienen que llevar mis ojos como prueba de mi asesinato- dijo mirando a su alrededor para buscar una salida.

-No te molestes, llevo aquí cinco días y no hay manera de salir –dijo observándola- Estamos en un desván, así que no hagas mucho ruido porque te oirán y subirán a ver. Y puede que nos llevemos un par de tortazos.

Marian la miró horrorizada por lo que esa chica había tenido que pasar. – Los desvanes suelen tener una salida al tejado.

-Este no- dijo volviendo a sentarse.

-¿Cuántos son?

-Tres, dos hombres y una mujer.

-¿Los has visto a todos?

-Creo que sí. El peor es el que tiene una cicatriz que le cruza la mejilla, pero trabajan para alguien. A ese nunca lo he visto. Le llaman el jefe.

Marian miró desesperada a su alrededor. Tenían que salir de allí porque o se equivocaba mucho o las matarían a las dos en un breve periodo de tiempo. – Bien- dijo levantándose la falda y enseñando su muslo. Sacó la pequeña pistola de dos tiros y Emily abrió los ojos como platos-¿vas armada?

-He tenido unos días un poco movidos. Es una pena que no tenga la de cinco disparos.

-¿Y cómo no te has defendido con ella?

-Porque no me dio tiempo. Me pillaron desprevenida en mi habitación.- replicó ella furiosa consigo misma.

-Perdona.

-No, perdona tú. Es que esta noche ha sido demasiado intensa- dijo pasándose una mano por la frente.

-¿Qué hacemos? No sabemos dónde estamos. ¿Estás segura que quieres ponerte a disparar a lo loco?

-¿Cuántas personas suben cuando oyen ruidos?

-Una, uno bajito que huele muy mal. Si subiera el de la cicatriz no me

llevaría sólo dos tortazos.-dijo con una mueca.

Marian se puso tensa- ¿Te han tocado?

Emily la miró sin comprender – ¿Te han violado?

-No, pero el bajito lo intentó. La mujer por poco lo mata a golpes cuando lo pilló encima de mí.

-¿Cómo es la mujer?

-Es educada, incluso viste como una institutriz. Es mayor.-se encogió de hombros- Normal. Podría ser una profesora de mi colegio y no se notaría.

-Es una mujer cultivada –Marian la miró pensando en ello-¿Y qué hace una mujer así en este embrollo?

-No tengo ni idea, pero los conoce muy bien. Ellos la obedecen en el acto. Fue la que impidió que me cortaran la oreja.

-¿Siempre está aquí?

-No lo sé.

-Bien, como sólo sube uno haremos ruido para que suba. En cuanto salgamos....

No pudo continuar hablando porque de repente oyó un estrépito en el piso de abajo.- ¿Qué es eso? –preguntó Emily nerviosa colocándose a su lado.

-No tengo ni idea- dijo agarrándola y llevándola a una esquina colocándose delante de ella con la pistola apuntando a la puerta- Pero el primero que pase se va a llevar un tiro en cara.

Los gritos de la planta de abajo le pusieron los pelos de punta y se sobresaltaron al oír dos disparos.-Dios mío, vamos a morir- gimió Emily agarrando a Marian por la espalda del vestido.

-Tú no te muevas- dijo fríamente al oír como subían las escaleras levantando más la pistola.

-¡Marian!- gritó la voz de Scott al otro lado.

El alivio la recorrió dejando caer el brazo-¡Estamos aquí!

La puerta recibió un golpe pero no se abrió. Recibió otro golpe y Marian puso los ojos en blanco- ¿Qué tal si buscas la llave?

-¿Qué tal si te callas?- preguntó él furioso.

-¡No me hables en ese tono!- gritó ella acercándose a la puerta con Emily agarrada a su vestido. Cuando se dio cuenta se giró abrazándola –Ya estamos libres, Emily. Ese es el idiota de mi ex prometido.

-¡Te he oído!

-¡Mejor, así no tengo que repetírtelo a la cara!

La chica sonrió tímidamente-¿Tu ex prometido?

-El muy sinvergüenza está enamorado de otra.

-¡Eso es mentira!- gritó furioso pegándole a la puerta otro golpe.

-¿Te ayudo?- preguntó el Duque divertido.

-¡Menos mal que llega alguien con algo de músculo!- exclamó Marian.

-Veo que tienes a tu novia de uñas.

-¡Ya no soy su novia!

-¡Marian, cierra el pico! ¡Me colmas la paciencia, mujer!

-¡Mira quien fue a hablar!

Emily se empezó a reír suavemente- Sois divertidos- explicó cuando Marian levantó una ceja interrogante.

-Sí, él es tronchante.

-Muy graciosa. Cuando consiga sacarte de ahí nos vamos directamente a Gretna Green.

-No te lo aconsejo amigo- añadió el Duque.- luego vienen los arrepentimientos.

Un enorme golpe hizo ceder la puerta y Marian suspiró de alivio- ¿Qué ha pasado?- preguntó acercándose a ellos.

Scott la miró de arriba abajo-¿Estás bien?

-Sí, gracias –dijo enderezándose para evitar tirarse a sus brazos.- ¿Qué ha pasado?

Él entrecerró los ojos y dio un paso hacia ella, pero al darse cuenta de que abrazaba a Emily se sorprendió- ¿Quién eres tú?

-Es la hija del Conde Netherton.

Un silbido del duque les hizo mirarlo- Se va a montar una buena. Debe estar como loco buscándola. –miró a Emily sonriendo- Milady.

-Duque, es un honor.

-¿Os conocéis?

-La última vez que la vi debía tener unos seis años. ¿Sabes cómo la llamaban?

Emily sonrió respondiendo – Esmeralda.

-¿Y eso?

-Aquí no puedes verlos pero tenía unos ojos tan impresionantes como los tuyos.

-Verdes deduzco – dijo Scott.

-Los de mi esposa son hermosos pero los suyos...- dijo el duque haciendo que Emily se sonrojara.

-¿Nos vamos? ¿Cómo nos habéis encontrado? ¿Cómo habéis entrado?

-Primero salgamos de aquí- dijo Scott cogiéndola del brazo-¿Te encargas de ella?- le preguntó al duque indicándole a Emily con la cabeza.

-Claro-se acercó a la chica mientras Scott sacaba a Marian de allí a toda prisa.

Scott miró a Marian cogiéndola del brazo. –Baja detrás de mí.

Ella asintió levantando la pistola y Scott la miró sorprendido-¿Ibas armada?

-Ya te lo explico luego-dijo entre dientes. Ya le empezaba a fastidiar el tema.

Scott empezó a bajar la escalera de caracol y al acercarse a la puerta la abrió lentamente. Marian vio el cadáver de un hombre con un disparo en la cabeza. No era el de la cicatriz y por el olor que despedía se dio cuenta de que era el otro. El violador. Pasó por encima de él para seguir a Scott, pasando por la cocina para llegar a un saloncito. Estaba sucio y los muebles eran de buena calidad, pero muy mal cuidados. Las paredes tenían desconchones y había manchas de humedad. Scott la cogió por el brazo y tiró de ella- ¿quieres seguirme?- preguntó impaciente.

Marian le siguió hasta la puerta y antes de salir miró fuera. Tiró de ella y salieron corriendo por un callejón. La suciedad y el mal olor provocó arcadas a Marian- Por Dios ¿dónde estamos?- preguntó cuándo la apretó contra una pared de ladrillo, mientras miraba al final de la calle por donde pasaban unos borrachos.

-Cielo, estate callada-susurró él mirándola a los ojos.-Este es el peor sitio de la ciudad para una dama- Marian asintió.

La volvió a coger de la mano y salieron corriendo. Ella suspiró aliviada al ver un carruaje esperando al final de la calle. Scott la subió rápidamente cogiéndola por la cintura y se sentó a su lado mirando por la ventanilla. -Aquí vienen -dijo Scott unos segundos después abriendo la portezuela y sus amigos subieron a él a toda prisa. En cuanto cerraron la portezuela Scott golpeó el techo y el carruaje emprendió la marcha.

Emily empezó a llorar de alivio y Marian iba a consolarla pero el duque se le adelantó.

-Estás a salvo -dijo pasando un brazo sobre sus hombros y abrazándola.

-Gracias. Gracias por sacarme de allí.

Scott le cogió la mano a Marian y ella miró sus manos unidas. Frunciendo los labios apartó la mano.-Serás cabezota.

-¿Ya te has ido de mi casa?

-Estaba muy ocupado buscándote por todo Londres.

-Espero que tu valet te haya preparado las maletas.

-Tranquila, las recogeré y me iré en un periquete.

-¡Bien!

-¡Bien!

El duque se echó a reír a carcajadas y los dos lo miraron sorprendidos- Me recordáis a mi esposa y a mí en nuestros primeros tiempos. Me ha entrado nostalgia.

Cuando llegaron a la casa de Mayfair, Scott salió del coche y bajó a las chicas rápidamente. Entraron en el hall entre gritos de su madre y sus amigas.

-Dios mío, cariño- dijo su madre entre lágrimas abrazándola -Menos mal que te ha encontrado.

-Sí ¿cómo lo has hecho?- preguntó desconfiada.

-¡Marian!- exclamó Sophie sorprendida de su actitud.

-Disculparme- dijo Scott dejándolas allí de pie y empezando a subir las escaleras.

-¿A dónde vas?- preguntó furiosa.

-¡A pedir que hagan mi equipaje!

-¡Bien!

Él desde lo alto de la escalera entrecerró los ojos mirándola. De golpe se dio la vuelta y Marian le perdió de vista.

-Lady Marian sino hubiera sido por él no la habríamos encontrado.

-Menos mal que le sacó donde estabas a ese maleante al que disparó- dijo Susan preocupada.

Marian se mordió el labio inferior – ¿Me podéis contar qué ha pasado?

-Cuando llegamos a tu habitación, ya no había nadie. El Marques salió corriendo y consiguió disparar a uno de ellos. Pero a ti te metieron en un carruaje y salieron pitando.-dijo Susan

-Entonces Scott lo arrastró a la cocina y le sacó dónde estabas a golpes- dijo la duquesa estremeciéndose- Tenía una mirada asesina que daba miedo y el hombre le dijo donde podíamos encontrarte antes de que se diera cuenta de que se estaba muriendo.

-Entonces mandó a por mí para ir a buscarla –terminó el duque sonriendo.

-Mamá ¿puedes ocuparte de lady Emily?- sorprendidas todas miraron a la chica que hasta ese momento pasaba desapercibida en una esquina mirándolos- Es la hija del Conde Netherton.- su madre abrió los ojos como platos- Que le den lo que pida. Lo ha pasado un poco mal- dijo sonriendo a la chica.- Y que alguien avise al Conde.

-Yo me acercaré hasta su casa- dijo el duque amablemente- Le conozco desde hace años. Así sabrá que esto no saldrá de aquí.

Emily estaba tan aliviada que se echó a llorar otra vez y sus amigas se hicieron cargo de ella, mientras Marian subía la escalera. Fue directamente a la habitación de Scott y en ese momento se disponía a recoger su maletín para salir de la casa. Incluso ya tenía el abrigo puesto-¿Puedo hablar contigo?

-No sé si será buena idea- dijo molesto mientras su valet salía discretamente.

-Quería disculparme por lo de ahí abajo. No sabía lo que había pasado- dijo cruzándose de brazos – Perdona por desconfiar de ti.

-Tranquila – Scott fue hacia la puerta y Marian se mordió el labio al ver que se marchaba. Miró la alfombra pues no quería verle partir, cuando oyó un portazo.

-¡Mírame!- ella sorprendida levantó la cabeza. Scott que estaba furioso dejó caer el maletín en el suelo y se pasó la mano por el pelo- No voy a disculparme por lo que siento por Julie.

Marian le miró confundida y exasperado explicó- Madame Roser – Marian

se sentó sobre la cama después de sentir que la traspasaba un rayo, pero no dijo nada- Forma parte de mi vida desde hace muchos años Marian y confío en ella. Si le dijo eso a la Duquesa tiene que haber una razón- Marian bajó la mirada. Odiaba ver la pasión que había en su rostro al hablar de esa mujer- No voy a disculparme contigo por quererla, porque lo que siento hacia ti no tiene nada que ver.- Sintió que el mundo se le caía encima y tragó saliva intentando no llorar. A ella la amaba y a Marian la deseaba. No podía ser más claro- Este sábado es la boda y a ti te corresponde decidir si te vas a presentar o no.

Marian negó con la cabeza- Te digo desde este momento que no.

-¡Mírame!- exclamó él con furia acercándose a ella y cogiéndola por los brazos para levantarla de la cama.- ¡Mírame para decirme que no te casarás conmigo!

Ella levantó la barbilla y lo miró retándolo con sus ojos violetas cuajados en lágrimas. El rostro de Scott estaba desenchajado -No me casaré contigo- dijo casi sin voz.

Entrecerró sus ojos verdes y con firmeza la apretó contra su pecho- Te juro por Dios que te daría una zorra por tu comportamiento. -La empujó, tirándola sobre la cama y dijo con desprecio- Sólo eres una caprichosa que no piensa más que en sí misma.

Esas palabras enfurecieron a Marian- ¡Y tú eres un putero que me crees tan desesperada por estar contigo, como para soportarlo todo! -Gritó levantándose de golpe- ¡Debes creerte el centro del universo para pensar eso!

-Como eres tú la que ha manipulado a todo el mundo para conseguir esta boda, serás tú la que la cancele-dijo irónicamente yendo hacia la puerta- y la que darás las explicaciones- cuando se disponía a salir la miró por encima del hombro- Y respecto a esas amenazas... buena suerte pues ya no estaré ahí para rescatarte otra vez

-¡Ni falta que me hace!- gritó ella cogiendo un jarrón y tirándolo contra la puerta que se cerraba en ese momento.

En cuanto se quedó la habitación en silencio fue consciente de que ya no volvería con ella. Rota de dolor cayó de rodillas sobre la alfombra mirando la puerta. Le costaba respirar y un suave gemido salió de su garganta antes de echarse a llorar. Ni se percató de cuánto tiempo estuvo allí. Sólo cuando Sophie la abrazó se dio cuenta de que no estaba sola. La llevaron a la cama y le dieron algo de beber. Poco a poco el sueño la superó y se quedó dormida con las lágrimas en las mejillas.

Al despertar le dolía la cabeza. Gimió abriendo los ojos, la luz que entraba

por la ventana le hizo cerrarlos de nuevo. – ¿Marian?- preguntó la voz de Susan suavemente- ¿estás despierta?

-Sí- su garganta raspaba y tosió varias veces al contestarle.

-Voy a llamar al médico- dijo Susan sentándose en la cama y tocándole la frente.- No tienes fiebre pero esa tos no me gusta nada.

-No es nada- dijo ronca con tristeza – es de haber llorado.

Susan apretó los labios y le acarició el pelo- Lo siento mucho, cariño.

-Me equivoqué.

La sorpresa de Susan casi la hizo sonreír- Tú nunca te equivocas – murmuró su amiga.

-Claro que sí. Como todo el mundo- se incorporó sentándose en la cama y se abrazó las piernas – No sería humana si no cometiera errores.

Susan la miró con los ojos entrecerrados y se levantó de la cama- ¿Quieres que te traiga una bandeja?

-¿Qué hora es?- preguntó sin ganas.

-Las tres de la tarde.

Marian abrió los ojos como platos y apartó las sábanas.-Tengo que hablar con mi madrina- dijo acercándose a su secreter.

Lo abrió y sacó una hoja de papel – Marian, deberías pensar en ello.

Se sentó y empezó a escribir- No hay nada que pensar.

-¡Claro que sí!- exclamó su amiga arrebatándole la pluma de los dedos- ¡Escúchame bien! ¿Sabes lo difícil que es encontrar a una persona a la que llegues a amar?- Marian la miró sorprendida- ¡Por Dios, mira a tu madre, mira a Sophie o a mí! ¡Ninguna hemos amado a un hombre como tú amas a Scott!- Susan se arrodilló a su lado y cogió sus manos- Es un buen hombre, Marian. Y si no te ama siempre puedes lograr que lo haga. Hace muy poco que lo conoces y te aprecia de verdad... ¿quién dice que en un año no te vaya a amar?

-Está enamorado de otra, Susan- dijo casi sin voz.

-¿Y quién es ella? Una mujer que está en la sombra, que no le dará hijos, que no compartirá su cama. Esa serás tú y tú tendrás que conseguir que te ame.

Marian se puso a llorar- ¿Y si no lo consigo? Sufiré un matrimonio en la que estaré atada a un hombre que no me ama.

-¿Acaso piensas que los matrimonios que conoces se aman?

-Los Duques de Stradford se aman- dijo convencida limpiándose las lágrimas.

-¿Alguien más?- preguntó divertida.

Marian lo pensó mucho y no recordó a nadie más, así que negó con la cabeza- Entonces lo único que puede pasar es que tengas un matrimonio como el resto de la buena sociedad. Pero ahora te voy a hacer sólo una pregunta –Marian asintió-¿Serás capaz de amar a otro hombre como amas a Scott?

La pregunta sorprendió tanto a Marian que se quedó blanca y después de pensarlo unos segundos respondió- Nunca amaré a nadie como a él.

Susan asintió satisfecha- Pues ahí tienes tu respuesta. Ahora piensa en ello mientras te traigo algo de comer. Después si todavía quieres, puedes escribir esa carta.- dijo llevándose la pluma.

Marian después de salir su amiga de la habitación fue hasta la ventana y se sentó sobre el cojín del banco mirando hacia fuera. Los carruajes pasaban por la calle y un chico barría la acera pero Marian no se fijaba. Pensaba en todo lo que Susan le había dicho. ¿Sería capaz de casarse con él y aguantar que Scott quisiera más a Julie que a ella? Suspiró empañando el cristal. ¿Prefería tenerlo así a no tenerlo en absoluto? Sólo pensar en que Scott no la volviera a acariciar se le hacía un nudo en el estómago. ¿Qué podía hacer? Además puede que ahora él tampoco quisiera casarse con ella. Con lo que le había costado convencerlo la primera vez... ¿cómo iba a conseguir que la aceptara de nuevo?

Marian gimió porque no sabía qué hacer. ¡Sólo quedaban tres días para la boda y no sabía que hacer!

Tenía que salir de allí a pensar y se acercó al armario. Sólo había una manera de sentirse mejor, pensó mientras sacaba su traje de montar. Susan al verla vestida y con el pelo suelto cuando volvió con su bandeja, la miró con los ojos como platos –Ni hablar.

-Por favor, Susan. Necesito salir.

-¿Estás loca? ¿Te intentan matar y tú pretendes salir a cabalgar?-preguntó incrédula dejando la bandeja sobre la mesa.

-Lo necesito. Necesito desahogarme.- dijo casi desesperadamente girándose hacia la puerta. Con paso firme recorrió el pasillo, bajó las escaleras corriendo y se dirigió al establo. Uno de los hombres apostados en la puerta la detuvo- Milady, no pensará salir después de lo de anoche.

-Apártese de mi camino- dijo sacando su colt del bolsillo de su falda y apuntándole a la cara.

El hombre abrió los ojos como platos y se apartó de la puerta. Su compañero ni se inmutó y Marian abrió de golpe la puerta para salir al exterior.

Estaba a medio camino del establo cuando la vio Jeffrey y al ver su expresión torturada salió corriendo para traerle a Rayo. Cuando llegó con el semental que estaba muy inquieto, Jeffrey le dijo- Tenga cuidado, Milady. Hoy no sé lo que le pasa.

Marian montó sobre Rayo y le abrazó el cuello acariciándolo con la mejilla. Rayo se tranquilizó un poco y Marian sonrió – Vamos hermoso- le susurró.

Salió de los establos y fue hacia la calle sorteando a los carruajes que pasaban a su lado. Una conocida de su madre la miró atónita al verla con esa guisa. En cuanto pasó la entrada a Hyde Park salió a galope, dejando su melena negra al

viento. Marian apretó el paso llegando al lago Serpentine, bordeándolo. Cuando estaba de vuelta relajó el paso y durante unos minutos desmontó paseando cerca del lago con Rayo siguiéndola. Durante esos momentos pensó en los instantes que había compartido con Scott y se dio cuenta que habían sido los más maravillosos de su vida. ¿Estaba dispuesta a que fueran los únicos? Marian mirando el agua entrecerró los ojos. Ni hablar.

Cuando llegó a la casa y se encontró a un montón de gente en el salón que discutían- ¿Qué pasa aquí? –gritó en voz bien alta para que la escucharan. Los duques, un hombre que no conocía, su madre y Madame Roser se giraron sorprendidos.

-Gracias a Dios – susurró Elizabeth.

-¿Se puede saber dónde estabas?- gritó su madre histérica.

Marian la ignoró para mirar a la causante de sus desgracias. Dio dos pasos hacia ella y Julie se levantó de su asiento precavida. Marian la miró de arriba abajo. Llevaba un vestido de paseo que podría pasar por el de una dama de alcurnia. Su sombrero que llevaba un velo para que no se le viera la cara, en ese momento estaba recogido en la parte de arriba de su sombrero. – ¿Qué hace usted en mi casa?- pregunto con voz fría.- ¿Es que no tiene vergüenza?

-Marian...- dijo Elizabeth acercándose a ellas- querida, creo que tenéis mucho de qué hablar.

Marian miró a los ojos a Julie- ¿Qué puede tener que decirme que ya no sepa?

La mujer se enderezó – No hubiera venido, se lo aseguro. Sobre todo después de su comportamiento en el teatro, pero tengo algo importante que decirle y la duquesa ha sido tan amable de no dejarme esperando en la calle.

Fulminó con la mirada a su madre que se encogió de hombros. Marian volvió la vista al objeto de sus desvelos y le indicó con la cabeza que la siguiera. Sin esperarla salió del salón y fue hacia el antiguo despacho de su padre. Esperó con la puerta abierta a que entrara, cerrándola a su paso- ¿Qué puede ser tan importante como para que venga a mi casa?

Julie se sentó muy recta en una de las butacas – Por favor, siéntese aquí- dijo indicando la butaca de al lado.

Marian lo hizo a regañadientes. Julie la observó y sonrió dejándola perpleja- ¿Sabe? Es mucho más bella a la luz del día.

Incómoda se revolvió – ¿Qué quería decirme?

Julie hizo una mueca- Por su manera de tratarme ayer noche, me di cuenta de que Scott no le había contado nada.

-¿Nada sobre qué?

Julie miró al suelo preocupada antes de volver a mirarla a los ojos- Lo que le voy a contar es algo que no le he contado a nadie y ahora estoy segura de que Scott

tampoco. –Marian esperó impaciente- Yo soy hija de la esposa del padre de Scott.

Frunció el ceño sin entender-¿Perdón, me lo puede explicar? Es que creo que no la oído bien.

Julie sonrió- Estoy segura que me ha oído perfectamente. Mi madre era la Duquesa de Richbourne.

Marian abrió la boca sorprendida- ¿Es la hermana de Scott?

Negó con la cabeza- En realidad no. Pero para mí, como si lo fuera.

-Perdone pero no entiendo nada, si es la hija de la duquesa....

-De la duquesa con otro hombre.

Marian se quedó pálida- Pero si usted es mayor que Scott.

-Un año- dijo ella sonriendo- La gente no lo sabe pero Scott nació un año después que yo.

-Su madre se casó en estado- dijo Marian empezando a darse cuenta de las dimensiones de lo que esa mujer le estaba diciendo.

-Sí –dijo con pena- La casaron con el duque. Él quería su dinero y ella necesitaba un marido. Yo nací cinco meses después de su matrimonio. Después de nacer me llevaron a casa de una mujer que me cuidó hasta que pude ir a un colegio de monjas.

Marian levantó una ceja y Julie se echó a reír- Entiendo lo que piensa. Scott nació un año después pero no era hijo de mi madre, sino de la amante del duque.- Marian jadeó sorprendida pero Julie continuó- Dijeron que era hijo de mi madre y fue criado con todos los privilegios que su padre le proporcionó.

-Entonces él no puede volverse...- se dio cuenta de lo que iba a decir y miró a Julie avergonzada.

-¿Loco?- preguntó divertida- No, Scott no se volverá loco. O eso creo porque últimamente no es el que conozco.

-Lo siento, no quise decir...

-No tiene que disculparse. Aunque mi madre se volvió loca de dolor, Milady. Por la persona que me crió, sé que era tremendamente infeliz. Obligada a casarse y a abandonar a su hija, mientras tenía que criar al hijo de otra...- la mirada de Julie se perdió pensando en ello- ¿qué mujer no se volvería loca?

-Estoy de acuerdo- opinó Marian.

-Scott cuando se enteró de que tenía una hermana ya era tarde para ayudarme. Tuve una relación con un hombre que me destrozó. Me echaron de la escuela y mi padre no me ayudó, diciéndome que yo no tenía la fortuna de mi madre para salir de ese embrollo- Marian endureció el gesto odiando a ese hombre- Desgraciadamente o no, perdí el niño. Pero mi reputación ya estaba destrozada, así que no me quedó más remedio para sobrevivir que hacer lo que hago ahora.

-Lo siento mucho – dijo sintiendo pena por ella.

-Cuando conocí a Scott, él tenía diecisiete años- dijo sonriendo- y se quedó tan escandalizado de mi historia que fue a ver a su padre para pedir una explicación. Nunca me contó que era lo que le había dicho, pero desde aquel día le odió intensamente. Decidió dejarle en ridículo de la única manera que podía.

-Siendo un paria social. Que ninguna casa decente le recibiera.

Julie sonrió con tristeza- Las salidas desenfrenadas, las amantes, las deudas de juego... Sabía que su padre no tenía más remedio que callar y pagar. El Duque decidió recluírse en el campo, harto de los chismes sobre su hijo.

-Así que consiguió desesperarle- dijo con una sonrisa.

-El problema es que Scott no se daba cuenta de que con su actitud se cerraba muchas puertas. Le hubiera encantado entrar en política, pero ahora eso ya no es posible.- dijo su hermana con tristeza.

La miró a los ojos después de unos segundos- Entonces apareció una mujer de ojos violetas, que le puso muy nervioso y yo me preocupé. Siento haber dicho a la duquesa de Stradford esas mentiras, pero en ese momento consideraba que él quería alejarse de usted a causa de una conversación que mantuvimos en mi casa, así que intenté ayudarle.- Julie suspiró- Evidentemente después de su reacción en el teatro, me di cuenta de que me había equivocado. Porque estaba dispuesta a luchar con una mujer como yo por él, pero ya no podía decir nada.

-¿Cómo supo lo de mis atentados?

-Él mismo me lo contó preocupado, intentando descubrir quien estaba detrás. Por mi profesión conozco a gente de mala reputación. Pero ayer por la tarde le dije a Scott que no había averiguado nada. Desgraciadamente no recordé hablarle sobre mi conversación con la Duquesa para que estuviera prevenido.

-El perfume era tuyo- susurró ella.

Julie la miró sin comprender- Da igual.- se levantó y empezó a dar vueltas por el despacho muy nerviosa. De repente se dio cuenta de que no tenía que competir con nadie. Ella sola había alejado a Scott de su lado y gimió al acordarse de todo lo que le había dicho.

-¿Qué ocurre?- preguntó Julie levantándose.

-Lo que ocurre es que he metido la pata hasta el fondo- dijo acercándose a ella y dándole un abrazo – gracias por contármelo.

Julie se emocionó separándose de ella sonrojada- De nada. – se fue hacia la puerta- Ahora tengo que irme.

Marian vio cómo se alejaba de ella y el hombre desconocido que había estado en el salón la esperaba en el hall para acompañarla. Julie se bajó el velo sonriendo y salieron de la casa. Marian pensativa entró en el salón y se sentó a lado de Elizabeth que le sirvió una taza de té. Todos la miraban atentamente.- ¿Y bien?- preguntó su madre impaciente.

-¿Alguien sabe dónde está mi ex prometido?

El duque la miró divertido-¿Y por qué quieres saberlo si puede preguntarse?

-Porque nos casamos en tres días y él no lo sabe- dijo sonriendo antes de beber de su taza.

Los duques se echaron a reír mientras la duquesa la miraba con los ojos entrecerrados-¡De verdad, Marian. Me vas a volver loca!

Hizo una mueca porque se merecía el reproche- Bueno, si me disculpáis tengo que ir a arrastrarme, para que me perdone.- dijo levantándose.

-Está en su casa -dijo el duque sin dejar de reírse- o al menos lo estaba hace una hora.

-Eso me facilita el trabajo.

Capítulo 9

Se bajó del coche de caballos en Grosvenor Square con ayuda de un lacayo. Subió los cinco escalones que la llevaban a la puerta de la casa de Scott y tiró de la campanilla. Cuando se abrió un mayordomo que debía tener noventa años levantó una ceja al verla- ¿Sí?

Marian sonrió pensando que ese hombre tenía que haber visto de todo- Soy Lady Marian Andover y vengo a ver a mi prometido.

El hombre sonrió de oreja a oreja haciéndose a un lado- Si me permite decirlo Milady, es usted preciosa.

Sonrió pensando que a un mayordomo de esa edad se le perdonaban las indiscreciones- Gracias...

-Svenson

-Gracias, Svenson. ¿Dónde está el Marqués?- preguntó mirando a su alrededor. La verdad es que la casa necesitaba una mano femenina, pero tenía muchas posibilidades.

-Está en su dormitorio- Svenson hizo una mueca.

-¿Ha bebido?- preguntó subiendo por las escaleras.

-Más bien no ha parado, Milady. Está de lo más pesado.- dijo mirándola agarrar las faldas de su vestido lila para terminar de subir las escaleras.

-¿Hacia dónde, Svenson?

-La segunda puerta de la derecha, Milady.

Ella fue hacia allí y respirando hondo abrió la puerta. Scott estaba dormido boca abajo, totalmente desnudo. Marian sonrió mirando su trasero y frunció el ceño al ver la botella vacía tirada en el suelo. Dejó su bolsito de seda sobre la mesilla de noche y se quitó la chaquetilla dejándola sobre la silla. Empezó a retirar los corchetes delanteros de su vestido y lo dejó al lado de la chaqueta. Después de quitarse las enaguas, se acercó en ropa interior hasta Scott mientras se soltaba el pelo. Se subió a la cama y se arrodilló a su lado. Con el dedo índice, le acarició suavemente la columna desde la base de su pelo negro bajando lentamente hasta llegar a sus glúteos. Vio cómo se tensaba y se dio cuenta de que estaba despierto. Se tumbó sobre él sintiéndose embriagada a sentir su piel y le dijo al oído- He venido a que me des esa zurra.

Scott gruñó y Marian le besó en el cuello -He hablado con tu hermana- eso

hizo que se volviera de golpe tirándola de la cama pillándola desprevenida.

-Auch- dijo acariciándose el trasero mientras Scott obviamente enfadado la miraba desde arriba- No protestaré por esto, si me perdonas.

-¿Has ido a molestar a Julie otra vez?- preguntó furioso.

-Ella ha venido a hablar conmigo- respondió levantándose. Se sentó en la cama a su lado y él se apartó.

-Y ahora tengo que perdonarte ¿no?- dijo levantándose de la cama.

-Tienes que reconocer que diste a entender que era tu amante, Scott.

-¡Yo nunca he dicho eso!

-¡Pero cuando te acuse de ello, no lo negaste!- respondió enfadándose. Al darse cuenta respiró un par de veces.

-Te he dicho que no tengo que darte explicaciones de lo que hago.

Eso estaba por ver, pensó Marian comiéndoselo con los ojos.- Eso dices- contestó indiferente quitándose la parte de arriba de la ropa interior- Querido ¿vas a darme esa zurra o me vas a hacer el amor? Porque yo prefiero lo segundo.

Scott la miraba asombrado mientras bajaba los pololos quedándose solamente con las medias y las ligas sentada frente a él con las piernas a un lado. – Vístete ahora mismo y sal de mi casa- dijo entre dientes con cara de querer matarla.

Marian puso morritos y se tumbó boca abajo.- Tenemos que hablar- dijo apoyando sus codos sobre el colchón y levantando las piernas. La posición dejaba a la vista la espalda y el trasero de Marian, enseñando al doblar sus piernas por las rodillas sus pequeños pies cubiertos por las medias. Su pelo negro caía por su hombro y la luz de la chimenea formaba unas sombras por su cuerpo realmente seductoras. Scott sin dejar de mirarla se puso tenso y Marian sonrió al ver que su cuerpo reaccionaba.- Querido, ven a la cama.

-¡Ni hablar! –Fue hasta la silla donde estaba el vestido de Marian y lo cogió tirándoselo a la cara- ¡Vístete!

Confundida lo cogió cubriéndose con él-¡No creas que porque vengas a ofrecerte a mí, voy a perdonar lo que has hecho!

Se sonrojó intensamente al oír sus palabras- No sabía que me estaba ofreciendo.

-¿Crees que desnudarte y meterte en mi cama donde yo no te he invitado, no es ofrecerte?- se acercó al armario y cogió una bata cubriéndose. Marian dolida y avergonzada miró alrededor buscando su ropa interior.

-No quieres arreglarlo.- no era una pregunta, Marian lo afirmó cogiendo la camisa interior.

Scott se echó a reír cruelmente- ¿Tú estás bien de la cabeza? Me veo obligado a casarme contigo y ¿qué haces tú? ¡Hacerme el hazmerreír de todo Londres retando a una de mis amantes a duelo y agrediendo e insultando a mi hermana!

Marian se sonrojó intensamente- Lo de tu hermana lo siento de verdad- murmuró.

-¿Y qué hago yo, Marian? ¡Después de insultarme de esa manera te sigo por todo Londres para sacarte de otro de lío! – gritó Scott fuera de sí- ¡Y para colmo me echas de casa!

Ella no dijo nada mordiéndose el labio inferior- ¡Has hecho conmigo lo que te ha dado la gana desde que me conoces y esto se acabó!

-Por eso he venido para que me des esa zurra y te desahogues- lo dijo suavemente en contraste con los gritos de Scott y el la miró como si estuviese loca. Marian entrecerró los ojos- Está bien -dijo levantándose de la cama y colocándose ante él con el vestido ante ella- ¿No te animas? Puedo decirte más cosas que he hecho para que no tengas remordimientos.

-¿Qué?

Marian pensó en ello pero después de meditarlo un poco se encogió de hombros y le miró a los ojos- Hoy por la mañana he salido a cabalgar yo sola.

Scott entrecerró los ojos, si antes estaba enfadado ahora estaba colérico. Marian sonrió- Y el otro día en la modista intentó matarme una de las chicas y no te dije nada.

Él dio un paso hacia ella abriendo y cerrando las manos. Marian miró fascinada la vena de su cuello – ¿Scott estás bien?

-¿Algo más?

Marian se encogió de hombros mirando su cuello que parecía más grande- No sé...

Le arrebató el vestido de las manos, tirándolo al suelo y la agarró por la cintura, elevándola y pegándola a él. Sorprendida chilló del susto y se iba a agarrar a su cuello cuando la tiró sobre la cama, con tan mala suerte que no controló su fuerza y Marian gritó al ver que rebotaba cayendo al otro lado de la cama de cabeza. – ¡Marian!- gritó Scott apareciendo al otro lado de la cama con la cara desencajada del susto. – ¿Estás bien?

Ella tirada en el suelo boca abajo se apartó el pelo de la cara y le miró entrecerrando los ojos. Apoyó las palmas de las manos en el suelo y se arrodilló. – ¿Estás bien?

-Está claro que necesitamos una cama más grande- le dijo muy seria.

Scott se echó a reír y la agarró por los brazos pegándola a él. – ¿Me perdonas?- preguntó Marian abrazándolo fuerte y apoyando su mejilla sobre su pecho.

-Me vas a hacer envejecer antes de tiempo- dijo divertido acariciando su espalda.

-¿Eso significa que te presentarás el sábado?- preguntó suavemente temiendo que le dijera que no.

Scott suspiró bajando sus manos hasta su trasero – ¿Eso es que sí?- ella sonrió apartándose y mirándole a los ojos.

-Ya veremos- dijo Scott misterioso antes de besarla en la boca apasionadamente.

Marian le abrazó por el cuello. Scott le apretó el trasero pegándola a su cuerpo y levantándola del suelo quedándose los dos de pie al lado de la cama devorándose mutuamente. Volvió a apretar su trasero elevándola contra su miembro y provocando que Marian abriera las piernas, rodeando las caderas de Scott con ellas. Gimió cuando comenzó a besarla en el cuello y abrió los ojos sorprendida cuando sintió como su miembro entraba en ella. Scott la miró a los ojos –Cruza tus piernas detrás de mí.-dijo con voz ronca.

Marian hizo lo que le pidió aferrándose a su cuello y Scott entró en ella hasta el final. Gritó al sentirlo totalmente dentro de ella arqueando el cuello y él gruñó de satisfacción. –Ya puedes empezar.

Ella le miró a los ojos, confundida y muerta de deseo. – ¿Yo?- preguntó impaciente.

La guió subiendo sus caderas con sus manos y Marian le miró sorprendida. – ¿Entiendes?

Apoyándose en sus talones, Marian levantó su cadera suavemente y gimió por el placer que la recorrió- Muy bien, repítelo.- dijo él contra su cuello.

Lo repitió lentamente haciéndolo gemir y lo repitió varias veces más, acelerando el ritmo. Algo en su interior le decía que tenía que ir más rápido y frustrada protestó al no conseguir lo que quería. Entonces Scott la tumbó sobre la cama empujando en ella con un ritmo frenético mientras acariciaba sus pechos, catapultándola a un universo paralelo en el que sólo había placer. Ni escuchó el grito de Scott diciendo su nombre cuando se derramó en interior de su vientre, dejándose caer a su lado y llevándola con él.

Sin aliento y sudorosa, respiró agitadamente sobre su pecho parcialmente cubierto por la bata mientras Scott la agarraba por la cintura. Cuando volvió a la realidad suspiró. – ¿Te presentarás el sábado?

Scott se echó a reír y Marian levantó la cabeza para mirarlo interrogante- Puede –respondió cogiéndola por los muslos y colocándola a horcajadas sobre él.

-No me dejarás plantada ante todo Londres –dijo divertida.- ¿Y si me has dejado en estado? ¿Qué diría tu hijo?

-¿Qué su madre está loca?

Ella hizo una mueca- Puede, pero Scott Junior me apoyará a mí.

-¿Scott Junior?

-Sí –contestó riendo cuando Scott acarició su trasero.- ¿No te gusta el nombre?

Él la miró enigmático- Creo que tendré que asegurarme de que esperes un

niño, para que la humillación sea completa.

Metió una mano entre sus piernas y Marian perdió el aliento mirándolo a los ojos. Acarició sus pliegues suavemente sonriendo. Cuando introdujo un dedo en ella, Marian jadeó –Sí cielo, creo que voy a asegurarme de ello.

Durante las siguientes horas no le dio tregua y sólo cuando Marian le suplicó que la dejara tranquila, se acostó a su lado agotado. Se quedó dormida abrazada a él.

Cuando despertó, se incorporó de golpe. – ¡Scott!- exclamó al ver que era de noche

Él se despertó del susto y cogió la pistola que tenía sobre la mesilla de noche mirando a su alrededor. Al ver que no había nadie la miró interrogante- ¡Es de noche!

El alivio que vio en su cara la indignó- ¡Mi madre me va a matar!- exclamó levantándose de la cama

-Vuelve a la cama, Marian- dijo dejando la pistola- ya me he ocupado de eso.

Ella se paró en seco con el vestido en la mano-¿Qué has hecho?

-He enviado una nota diciendo que te quedabas en mi casa- Marian se sonrojó, pero se relajó visiblemente.

-Va a pensar que no tengo vergüenza- dijo tirando la ropa al suelo.

Scott se echó a reír-Creo que te conoce lo suficiente para saber eso.

-Muy gracioso- se sentó en la cama. Ella le miró con picardía – ¿Así que no tengo vergüenza?

Él gimió y la tumbó a su lado- Duérmete.

Después de unos minutos Scott suspiró antes de decir- No duermes.

-No- susurró ella acariciando su pecho.

-Cielo, quedan cuatro horas para que amanezca.

-Lo siento, pero me he desvelado.

-¿Te preocupa algo?- preguntó divertido.

-¿Aparte de no saber si tengo prometido?- preguntó haciéndolo reír.

-Sí, aparte de eso.

-Bueno que me intenten matar tampoco me tranquiliza- dijo irónicamente.

Scott hizo una mueca- Tarde o temprano, esto se acabará y a ti no te pasará nada. Tengo una idea.

-¿Sí?

-Voy a hacer una contraoferta.

Ella le miró interrogante. – ¿A quién?

-Voy a ir con ayuda del Duque a la taberna donde se ha iniciado todo y voy a contraofertar. Voy a ofrecer mil quinientas libras por la cabeza del que ha iniciado esto.

Ella le miró con admiración- Así se volverán contra él.

-Exacto. Así que no te preocupes más y duérmete.

Después de unos minutos en los que Marian pensó en todo lo que podía pasar si Scott hacía eso, se dio cuenta de que él igual no tenía el dinero. Había que tener en cuenta de que era el hijo de un Conde y recibía una asignación. – ¿Qué pasa ahora?- preguntó Scott divertido.

Ella se revolvió incómoda – ¿Marian?

-Es que...- No quería iniciar el tema, sobre todo sabiendo lo sensibles que eran los hombres con el tema del dinero. – El dinero lo pondré yo.

Scott frunció el ceño y la miró – ¿Qué pasa, Marian?

Se incorporó sentándose en la cama para mirarlo- Es que tu tienes una asignación y tienes tus gastos...

Scott sonrió asintiendo-¿Y?

-Pues eso, que el dinero lo pongo yo... si se encuentra a esa gente.- dijo muy incómoda.

-Marian, ¿crees que no tengo dinero?- preguntó divertido sentándose en la cama y apoyándose en el cabecero de la cama.

Marian se avergonzó-¿Lo tienes?

Scott se echó a reír.-No te preocupes por eso.

Le intrigó esa frase –Así que tienes dinero.

-Lo suficiente para que te compres esos vestidos tan caros. Ahora a dormir.

-Pero tu hermana dice que es tu padre el que paga tus deudas de juego.

-Eso lo hago para fastidiar- dijo divertido con el tema.-Él no sabe lo que tengo y nunca lo sabrá. He hecho algunas inversiones que no han ido mal.

Ella entrecerró los ojos- ¿Qué tipo de inversiones?

Scott se echó a reír- No vas a parar ¿verdad?

Se sonrojó – Tienes razón, no hace falta que me lo digas- se sentó a su lado apoyándose en el cabecero de la cama.- pero si me lo cuentas...

Él le pasó el brazo sobre los hombros y la atrajo a él- Pues he invertido algo en ferrocarriles, tengo un par de barcos de transporte de mercancías a las Américas, un par de minas de plata y una fábrica de seda.

Marion abrió los ojos como platos y le miró a la cara- ¿Somos ricos?

Scott se echó a reír- Cielo, tú ya eres rica.

-Pero eso no tiene nada que ver con nosotros. Tú eres rico y al casarme contigo sé que no lo haces por mi dinero.-dijo satisfecha.

-¿Y eso es importante para ti?- susurró él acariciándole la mejilla.

-Sí.

Scott la besó en los labios- Pues me alegro de poder comprarte todos esos fantásticos vestidos.

Ella le besó la barbilla y dijo suavemente- Como no necesitas mi dinero ¿puedo usarlo en lo que quiera?

-¿Qué?- Scott la miró divertido- Ni hablar.

-¿Por qué?

-Hacemos un trato. Ese dinero lo gastarás tú como te venga en gana- ella lo miró satisfecha- pero para las cantidades superiores...de doscientas libras, me consultarás.

A Marian se le iluminó la mirada.- Sólo consultarte.

-Bueno, si no creo que sea buena idea respetarás mi opinión.

-O sea que te tengo que obedecer- dijo tensándose.

-Cielo, no empieces a discutir.- Marian se relajó contra él y sonrió pensando que ya le convencería .Tampoco había que forzar el tema.

Después de unos minutos Scott preguntó – ¿Estás dándole vueltas a cómo convencerme?

Ella juró por lo bajo y él se echó a reír- ¿Cómo haces eso?

-¿El qué?- preguntó haciéndose el tonto.

-Nadie sabe lo que pienso, mientras que tú siempre me pillas. –protestó ella.

-Entonces no me darás sorpresas desagradables- dijo divertido.

-Muy gracioso.-le dio un mordisquito en el pectoral.

-Deberíamos dormir, mañana quiero llevarte a un sitio.

-¿A dónde?

-¿No pensarás en casarte sin conocer a tu futuro suegro?- la ironía de su voz la tensó.

-¿No soy apropiada?

-Es la única alegría que le voy a dar al viejo desde que me enteré de lo que hizo. –el rencor de su voz la puso nerviosa.

-¿Quieres que me lo cargue?- lo dijo tan seria que Scott se echó a reír apretándola contra él.

A la mañana siguiente Scott después de hacerle el amor, la llevó hasta su casa para que se cambiara. Se puso su mejor traje de viaje. Su madre les acompañaría para guardar las apariencias. Además quería conocer a su consuegro. Su destino era Brentwood Mayor. Era la inmensa casa de campo que le correspondía a Scott por su título. La finca del ducado se había perdido en un incendio hacía años, antes de que su padre heredara el título. Scott no iba mucho por allí aunque era donde había sido criado.

Afortunadamente la distancia no era demasiado larga y al día siguiente podrían volver. Quedaban dos días para la boda y Marian tenía miedo que algo les impidiera llegar a tiempo, pero Scott le dijo con una sonrisa que no se preocupara, que nada la retrasaría para que le echara el lazo.

Después de almorzar en una posada llegaron a la finca. Impaciente Marian miraba por la ventana del carruaje y se sorprendió de lo grande que era la casa- Scott, es preciosa- dijo al ver el inmenso edificio. Tenía tres plantas y la fachada de piedra labrada era una maravilla , ¡hasta tenía una torre!. Su casa de Southampton era bonita pero aquella era impresionante- Me alegra que te guste- dijo él sonriendo- Desgraciadamente hasta que no la palme el viejo, no vendremos mucho.

La duquesa lo miró como si hubiera dicho una blasfemia.- Mamá, no te había dicho que no será una visita agradable.- intentó explicar Marian.

-Pues has tenido tiempo de sobra- dijo la duquesa viendo como el carruaje se detenía ante la puerta.

En ese momento un lacayo abrió la puerta. Se bajó el Marqués y cogiéndolas de las manos las ayudó a salir. El mayordomo los esperaba en la puerta –Marqués, el Duque se encuentra en el salón.

-Perfecto, Jason- Cogió del brazo a Marian en cuanto se quitaron los abrigos, guiándola hacia el salón.

Entraron en él y Marian se quedó impactada por el parecido de su futuro suegro con Scott. Se parecían como dos gotas de agua. Podía ver perfectamente cómo sería su prometido dentro de treinta años. El hombre se levantó dejando a un lado el periódico que estaba leyendo. Llevaba una chaqueta de color marrón con solapas negras y pantalones beige, al mirar a Scott se dio cuenta de que iban vestidos igual. Aquello le pareció divertido y sonrió.

-Marian quiero presentarte al duque de Richbourne.- dijo mirando a su padre.-Padre, Lady Marian Andover hija del Duque de Warminster, mi prometida – Scott se dio cuenta de que no había presentado primero a su futura suegra y dijo con una sonrisa de disculpa- Ruego me disculpe, Duquesa. La Duquesa viuda de Warminster.

-No pasa nada, Scott- dijo la duquesa sonriendo mientras observaba al duque que se acercó a ella cogiéndole la mano.

-Duquesa, disculpe a mi hijo. Los buenos modales no son su especialidad- Marian se tensó y Scott le acarició la mano.

-Pues déjeme decirle que a mí me parece encantador –respondió su madre sonriendo- Es un joven maravilloso y estoy deseando que se case con mi querida Marian- dijo señalando a su hija

El duque se acercó a ella y le cogió la mano- Un placer, Milady.- dijo mirándola de arriba abajo.-Me alegra infinitamente que vaya a entrar en la familia.

-Gracias, Excelencia.

-Por favor, siéntense-dijo el Duque indicándoles el sofá- Espero que se queden a dormir esta noche. Serán mis invitados.

-Gracias, Duque.- dijo Marian sentándose en el sofá mirando de reojo a su prometido, que no parecía estar demasiado cómodo.

-¿Les apetece un té?- preguntó tirando del cordón.

-Eso sería muy agradable- dijo la Duquesa sonriendo deslumbrante.

Después de pedir el té a Jason, el duque se sentó en su butaca. El silencio era ensordecedor, así que la Duquesa intentó arreglarlo- Hace un frío espantoso. Espero que no llueva pasado mañana.

Marian miró a Scott que tenía el rostro tallado en piedra. Se mordió el labio inferior. – ¿A qué se dedica cuando está aquí, en el campo?- preguntó intentando empezar una conversación agradable.

-Leo mucho y en el campo siempre hay algo que hacer.

-Sí, en Southampton tenemos una casa y me he pasado muchas horas montando a caballo.- dijo Marian agradablemente.

-A Scott también le gustaba montar- miró a su hijo y preguntó-¿Todavía lo haces o sólo te dedicas a visitar tus clubs?

Scott sonrió con ironía- Entre otras cosas.

Marian se dio cuenta que llegaba una discusión al ver al padre de Scott con ganas de pelea y abrió la boca para decir algo pero el duque la interrumpió-Me han llegado tus facturas de este mes.- dijo su padre crispado- espero que Milady tenga la dote de un rey para sufragar tus caprichos.

La duquesa jadeó indignada -¡Excelencia!

-¡Disculpe duquesa pero es que estoy harto!- gritó su padre levantándose del sofá.

Scott sonrió satisfecho- No me digas, padre.

Su padre lo miró sorprendido- ¿No te das cuenta de que estás dilapidando tu propia herencia?

-¿Y yo que pensaba que lo que dilapidaba era tu dinero?

-¡Es tu herencia, estúpido!- gritó su padre fuera de sí.

Marian miró hacia su madre que obviamente estaba incómoda y le pidió disculpas con la mirada. Rose negó con la cabeza sin darle importancia.

-Pues como es mi herencia yo seré el que decida cómo gastarla ¿no?

A su padre parecía que le iba a dar una apoplejía- ¡Eres un ingrato!

-No sé qué te tengo que agradecer – dijo poniéndose serio.

Su padre se acercó con la intención de pegarle y Marian se encogió del susto.- ¡Dios mío!- exclamó la Duquesa levantándose de golpe. Lo mismo que Scott que se colocó ante Marian sin pensarlo.

El duque se detuvo a tiempo pero todos se dieron cuenta que no era la

primera vez que lo hacía. –Padre, recuerda la última vez- dijo Scott con tono grave.

Marian se levantó colocándose a su lado y la rabia la invadió- ¡Vámonos, Scott!- exclamó ella tirando de su manga.

-¡Sí, no quiero verte nunca más!- exclamó su padre- ¡Y no te pagaré ni una deuda más!

Miró con rabia a su futuro suegro- ¡Espero que le entierren con su dinero! ¡Pues obviamente es lo único que le importa! –le espetó ella.

El duque la miró furioso.-¿Qué sabrá una niña como tú lo que es tener deudas? ¡Lo sé todo de ti! ¡Y has nacido con una cucharilla de plata en la boca!

-¡Igual que usted! ¡No creo que le haya faltado nunca de nada!- le gritó ella fuera de sí. Scott la cogió por el brazo para sacarla de allí.

-¡No sabes lo que es estar a punto de perderlo todo!

-¡Eso no justifica lo que hizo después!

El duque miró a su hijo asombrado y Scott sonrió- ¿Acaso creías padre que mi prometida no sabría mi pasado? No podía dejar que lo utilizara usted para intentar presionarme.

-¡Eres escoria!- gritó furioso.

-Mira quien fue a hablar- dijo la duquesa muy digna.- Vamos hijos míos, tenemos que volver a Londres.

Marian se sintió orgullosa de su madre por proteger a Scott sin saber realmente de lo que se hablaba.

-¡Sí, váyanse de mi casa y no vuelvan!- gritó el duque.

Scott con Marian del brazo se paró en seco y se giró- Recuerda padre de quien es esta casa.

El duque pálido le espetó- ¡No serías capaz!

-No me provoque.

-Vamos, cariño- dijo Marian tirando de su brazo- No merece la pena.

-Sí, vete con tu princesita- dijo su padre irónico- Seguro que un día de estos se dará cuenta con qué tipo de hombre se ha casado.

Marian se giró y le miró a los ojos- Sé de sobra la clase de hombre que es y afortunadamente no se parece en nada a usted.

En el hall los esperaba el mayordomo con los abrigos. Se los pusieron rápidamente y subieron a su carruaje que afortunadamente todavía estaba en la puerta. Marian estaba un poco pálida y preocupada por Scott. Le miró cogiendo su mano y la Duquesa satisfecha vio el gesto- Está claro que no podré llevarme bien con mi consuegro- dijo poniéndose los guantes dejándolos a los dos con la boca abierta por su tono divertido.

-No es tu estilo, mamá.- dijo Marian sonriendo.

-Evidentemente no. Yo habría servido el té antes de discutir. Se discute mejor con el estómago lleno.

Marian sonrió a Scott pero seguía muy tenso.-Mamá, no mires – dijo antes de subirse sobre el regazo de Scott y mirarlo a los ojos. La duquesa echó una risita pero ellos la ignoraron.- Sabes que lo que ha pasado ahí dentro no me afecta ¿verdad?

Scott sonrió tristemente cogiéndola por la cintura y Marian le besó suavemente para volver a mirarlo a los ojos- Regálame una sonrisa- susurró ella contra sus labios- o no dejaré que vuelvas a tirarme de la cama.

Scott se echó a reír y ella sonrió satisfecha abrazándolo fuertemente. Se besaron un rato hasta que la duquesa carraspeó y Marian puso los ojos en blanco, haciéndolo reír. Le dio un último beso y se sentó a su lado mucho más tranquila de que hubiera recuperado su humor.

Decidieron parar a tomar el té para que las damas fueran al excusado y estiraran algo las piernas. Entraron en una posada cerca de Ildford y cuando estaban tomando el té con un delicioso bizcocho, dos hombres entraron en la posada. Scott se puso alerta al ver como observaban a las damas.

-Querida ¿has traído esa pistola que me gusta tanto?- Marian asintió a punto de meterse un sándwich de pepino en la boca.

-Bien, ¿y la tienes a mano?

-Scott, está en mi bolso.- dijo sonriendo como si no se enterara de nada.

-¿Qué ocurre?- preguntó la Duquesa sin mover un músculo de la cara.

-Mamá, no pasa nada- dijo cogiendo la taza de té.- Sólo que van a intentar asaltarnos.

Scott la miró con la ceja levantada- ¿Y cómo lo sabes?

-El de la ceja partida, no deja de mirar el collar de mamá- dijo encogiéndose de hombros.-y como no estamos en Londres no creo que sea por mí.

-¿Qué hacemos?- preguntó la duquesa mirando a su futuro yerno.

Scott estaba preocupado. Tenía que cuidar de dos mujeres y sólo tenía dos lacayos armados.- Podemos quedarnos aquí, estamos más seguros.

Marian levantó una de sus finas cejas- ¿Crees que no esperaran hasta mañana? El collar de mamá es un incentivo muy grande. Además nos pueden asaltar en las habitaciones mientras dormimos.

-No quiero arriesgarme a que en la carretera nos asalten cuatro o seis.-dijo cogiéndola la mano.

-Prefiero volver a Londres- dijo ella – ¿Qué dices tú, mamá?

-¿De cuantas armas disponemos?- preguntó como si supiera disparar.

-No pienso darte un arma y que me metas un tiro antes de la boda- dijo Marian divertida.

Scott levantó las manos exasperado y Marian se echó a reír.

Su prometido miró a los hombres discretamente- Nos están esperando.

-Entonces están solos –dijo ella convencida –Sino uno hubiera ido a llamar a

sus compinches.

-Bueno, entonces volvemos a Londres – dijo su madre satisfecha mirando la modesta posada. Cuando vio la sorpresa en sus rostros ella dijo – ¿Qué? Son dos. Son pan comido para vosotros.- lo dijo con tanta convicción que Scott y Marian se echaron a reír.

Marian miró a Scott-¿Y tú vas armado?

Hizo una mueca- Tengo una simple pistola de dos tiros.

-Pobrecito- dijo Marian divertida.

-Serás mala, ¿no piensas dejármela?

-No, es mía.

La risa de Scott hizo que los dos malhechores que los esperaban sonrieran confiados.

-Bien, mis queridas y valientes damas ¿nos vamos?- dijo levantándose. Cogió a Marian del brazo y le dijo al oído- No hagas tonterías, cielo.

Marian sonrió.

Se subieron al carruaje y Scott les dijo a los lacayos que sacaran las escopetas. Cuando se subió al carruaje Marian tenía la falda levantada enseñando la pierna.- ¿Querida qué haces? –preguntó divertido cerrando la puerta y sentándose.

Marian sacó la pistola que llevaba agarrada al muslo y se la enseñó bajándose la falda-Serás malpensado.

-¿Esa es para mí?- preguntó su madre mirando ilusionada la pistolita de nácar.

-¡No!- exclamaron Scott y Marian a la vez. Marian se arrodilló sobre su asiento mirando por la ventanita trasera.- Cariño, ahí vienen- dijo sacando su Colt del bolso.

Scott se volvió para mirar por la ventana con el arma en la mano. – ¿Esperamos a que se acerquen?- preguntó Marian.

-¿Qué tal un disparo de advertencia?- Scott abrió la portezuela y saco medio cuerpo. Los hombres al darse cuenta de que les iban a disparar, sacaron sus armas. Marian vio como el tiro de Scott le daba a uno en el brazo.

-Buen tiro- dijo ella sonriendo a su prometido cuando volvió a entrar. Uno de los asaltantes disparó y el cochero aceleró el ritmo haciéndolos saltar sobre sus asientos cuando pasaron por un bache. Se oyeron disparos seguramente de los lacayos y Marian volvió a mirar por la ventana. Bufó al ver que se acercaban rápidamente. Scott abrió la portezuela y agarrado al costado del carruaje volvió a disparar dándole a otro en el hombro.-Bien, me toca.

-¡Dame tu arma!- gritó Scott cuando se volvía a meter en el carruaje.

-Ni hablar, es mía- dijo abriendo la portezuela. Scott la agarró por la cintura metiéndola de golpe- ¡Scott!

-¡Si quieres que me case el sábado dame la pistola!- gritó intentando arrebatarla.

-¡Chicos!- Los dos miraron a la Duquesa- Marian dale la de dos tiros.

Marian le dio la pistolita de nácar y Scott la miró como si fuera una culebra.

-¡Confórmate con eso!- exclamó ella abriendo la puerta y apuntando con su Colt. Sólo pudo disparar una vez dándole al hombre en el pecho y tirándolo del caballo antes de que Scott la volviera a agarrar de la cintura metiéndola de golpe en el carruaje- ¡Quédate aquí!- exclamó furioso.

Él volvió a sacar el cuerpo y de un disparó desmontó al otro. Marian sonrió al ver que le había dado en el estómago. Cuando se volvió a sentar a su lado la miró furioso- ¿Será posible, es que nunca vas a hacer nada de lo que te digo?

Ella respondió sonriendo- Sólo he disparado una vez mientras que tú has tirado tres.

-¡No quería matarlos!- dijo ofendido.

-Ya lo sé. Lo que te quiero decir es que sólo he disparado una vez- dijo inocentemente. Miró a su madre que los observaba divertida.

-Queridos, no vais a tener un matrimonio aburrido. De eso estoy segura.

Cuando llegaron a casa de Marian era tarde y no habían cenado. Les sirvieron una cena fría y Scott no sabía qué hacer. Marian maliciosa le dijo a su prometido- Querido – dijo sentándose en el brazo del sillón donde se encontraba.

-¿Sí?- la mirada de Scott decía que quería llevársela a la cama.

-¿No estás cansado?

-Mucho.

La duquesa intentaba aguantarse la risa.- ¿Pues no deberías irte?- preguntó inocente.

Su prometido frunció el ceño confundido- Claro, es tarde.-Se levantó y la cogió en brazos- Hasta mañana, duquesa.

Marian se echó a reír mientras su madre ponía los ojos en blanco.- Marqués, más vale que te presentes el sábado

Scott se echó a reír –Me lo estoy pensando.

-¡Marian, donde guardas las pistolas!- exclamó la duquesa desde el salón.

-Serás malo- le acarició el pecho mientras subía las escaleras llevándola a cuestas. Le acarició el cuello y le dijo al oído. – ¿Me vas a enseñar algo nuevo?

-Todavía no has visto nada, cariño.

Esa noche durmieron en su cama y la despertó con delicados besos por la espalda.- Marian, tengo que irme.

-No- protestó dándose la vuelta y agarrándole del cuello.

-Mañana nos casamos- susurró él contra sus labios- y tengo cosas que hacer.

Marian le miró a los ojos- ¿Estarás allí mañana?

-Puede- dijo sonriendo.

-¿No te irás de juerga el día antes de la boda?- preguntó ella alarmada.

-Mis amigos me lo han sugerido.

Marian gimió –Cariño, va estar la Reina. Prométeme que no vendrás con los ojos rojos.

Scott la miró divertido- Dormiré hasta la boda.

Le dio un beso en la punta de la nariz antes de separarse de ella- Pásalo bien- dijo ella desde la cama.

-Hasta mañana.

Suspiró mirando el techo cuando él salió de la habitación. Sonrió ilusionada al pensar en que al día siguiente sería su esposa. Se dio la vuelta y siguió durmiendo.

Susan la despertó varias horas después- Despierta dormilona.- abrió las gruesas cortinas dejando entrar la luz en la habitación. –Es casi mediodía.

-¿De verdad?- preguntó sorprendida.

-De verdad y hemos decidido hacer una íntima fiestecita para despedir tu soltería- dijo su amiga con una risita.

Gimió tapándose con la almohada- No es necesario.- estaba empezando a arrepentirse de no haber ido a Escocia a casarse.

-Tu madre está muy ilusionada, así que no la defraudes. Ya que no ha tenido nada que ver con la organización de la boda, ha querido hacer esto.

-¿Todavía sigue resentida porque lo han organizado todo desde la corte?-el sonido de su voz fue amortiguado por la almohada.

-Ya sabes como es y eres hija única. No tendrá más oportunidades.

-¿Ha llegado lo que he encargado?- preguntó quitando la almohada de su cara y sentándose en la cama.

-A primera hora- dijo cómplice. – ¿Crees que le gustará?

Marian sonrió saliendo de la cama- Me encantará descubrirlo.

Después de vestirse con un vestido amarillo con ribetes blancos, bajó a almorzar. Su madre la esperaba en el salón bordando un pañuelo- Hola mamá – dijo acercándose y dándole un beso en la mejilla. Una doncella le estaba sacando brillo a los muebles con cera para dejarlos relucientes- ¿Esperamos visitas?- preguntó inocente.

-Unas amigas se pasarán para saludarte por la tarde- dijo su madre como si nada y Marian sonrió para sí.- Mañana te casas y quieren verte en tu último día de

soltera.

Su madre se levantó y cogiéndola del brazo la acompañó hasta el comedor.

-Martin, que empiecen a servir- dijo la duquesa al mayordomo que asintió con gesto serio.

-Han llegado tres paquetes esta mañana, cariño- dijo su madre tomando la deliciosa sopa que les habían servido

-¿Tres? –Marian se quedó algo confusa- ¿Cómo que tres?

-Martin ¿puedes encargarte de traerlos?

-No te molestes, los revisaré después.

Su madre se encogió de hombros y siguieron comiendo. Charlaron sobre los detalles de la boda-¿Dónde está tu prometido?

Era la pregunta que llevaba temiendo desde que se levantó- Tenía cosas que hacer.

-¿Qué cosas?- la sospecha en la voz de la duquesa la hizo sonreír.

-Si ya lo sabes ¿Por qué lo preguntas?

-¡Mañana es la boda, Marian!

-Lo sé.

-La reina estará allí, ¿no se le ocurrirá aparecer borracho, verdad?

-No, mamá.- dijo sin creerlo del todo.

-No, mi yerno no aparecerá borracho- dijo su madre convencida – Es un joven muy serio aunque todo el mundo crea lo contrario.

Marian levantó una ceja pensando que tantos años de desenfreno no serían tan fáciles de erradicar y menos de golpe.- Por supuesto, mamá. Scott estará allí puntual y guapísimo como siempre.

La duquesa asintió sonriendo.

Cuando terminaron el almuerzo, fueron al salón donde estaban preparándolo todo para la fiesta. – ¿Cuántas personas van a venir?- preguntó extrañada al ver tantas copas de cristal.

-Pocas, no te preocupes.- su madre se acercó hasta los paquetes- Aquí tienes los paquetes ¿crees que serán regalos de la boda?

-No puede ser, mamá. Los envían a palacio- dijo acercándose y mirando lo que le habían llevado. Una caja rectangular grande, otra igual más pequeña y una caja cuadrada. Cogió la caja rectangular más grande y sonrió al ver el remitente- Este es el regalo de Scott –abrió el paquete rápidamente para encontrar una caja de madera labrada con el nombre de su prometido en la tapa.

-Enséñame lo que es- dijo su madre impaciente.

Marian la abrió para ver dentro dos Colt con empuñadura de oro. En cada empuñadura estaba grabado el escudo heráldico del Marquesado.

-Cielo, son muy bonitas- Marian sonrió tocándolas.

Sacó una y la calibró –Son perfectas. Una obra de artesanía. Y son únicas.

Hechas especialmente para él.

-¿Cuando las has encargado?-preguntó su madre sorprendida- Hace poco que estáis comprometidos.

-Cuando compré la mía me mantuve en contacto con el hombre que me la hizo. Casualmente ahora vive en Inglaterra y le envié una carta el día de nuestro compromiso.

-Ha debido trabajar muchísimo para hacerlas tan rápidamente.

-Te puedo asegurar que las va a cobrar muy bien- dijo Marian irónicamente guardando la pistola. Cogió la segunda caja rectangular – Es de la modista- dijo abriendo la caja y dejando a la vista una gasa negra. Cogiendo la gasa delicadamente se dio cuenta de que trasparenteaba y abrió los ojos como platos cuando se la colocó delante.

-Dios mío Marian, es un primor- dijo su madre cogiendo la tela- y los bordados del pecho son bellísimos

-Dudo que Scott se fije en los bordados –dijo sonrojándose –cuando se va a ver todo lo demás.

La duquesa se echó a reír y le guiñó el ojo.-Hay otro en amarillo- dijo su madre sacando el segundo camión. Marian lo observó críticamente. Era más escotado que el negro y de tirantes – Me voy a morir de frío.

Su madre se echó a reír- Cariño no los llevarás mucho tiempo.

-¡Mamá!

-Vamos, que ya no eres ninguna ingenua- protestó su madre cogiendo el otro paquete cuadrado- ¿qué habrá aquí?

-Ni idea- contestó dejando los camiones en su caja.

-No lleva remitente-dijo su madre dándosela.

-Qué raro.- arrancó el papel de estraza que lo envolvía y vio una simple caja de cartón. La colocó sobre la mesa para abrirla pero de repente se detuvo teniendo un mal presentimiento.- No voy a abrirla, mamá.-dijo dejándola a un lado con desconfianza.

-¿Por qué?- su madre se disponía a cogerla.

-¡No la cojas!- exclamó Marian y la duquesa sorprendida se apartó.

-Cariño ¿qué ocurre?

-No lo sé pero me ha recorrido un escalofrío cuando la he tocado. ¡Martin!- gritó llamando al mayordomo.

El mayordomo apareció enseguida-¿Sí, Milady?

-¿Quién ha traído este paquete?- preguntó señalando la caja.

-Lo a traído un pillo, Milady. ¿Algún problema?

-¿Qué te dijo cuándo lo dejó?

-Solamente que era para Milady. –Se acercó con el ceño fruncido cogiendo la caja.

A Marian le dio otro escalofrío.- Ábrala Martin- ordenó su madre preocupada.

-No, ya la abro yo- dijo expiéndole la mano.

-Milady la abro yo, no se preocupe- el mayordomo la colocó en la mesa y levantó la tapa. En cuanto vio su contenido la volvió a tapar.- Me desharé de esto enseguida.

-¿Qué es?- preguntó sin voz.

-Nada que Milady deba ver.- cogió la caja y salió de allí rápidamente.

-Querida siéntate.

-Era un aviso –murmuró ella.

-Seguramente. Pero como no lo has visto, no tienes que preocuparte- su madre le entregó un copita de brandy.- Bébete esto, te sentará bien.

Marian se bebió la copita de golpe y la duquesa arqueó una ceja- ¿Quieres otra?- preguntó divertida.

Miró la copa sorprendida. –Está rico.

La duquesa se echó a reír y se la rellenó otra vez- La última.

Esta vez la saboreó pensando en la maldita caja. Después de un rato, se encogió de hombros pues ya sabía de sobra que la querían matar, así que todo aquello era una tontería.

A la hora del té, empezaron a llegar las invitadas. Elizabeth llegó acompañada de Emily. Se saludaron cariñosamente- Me alegra verte –dijo viendo a su nueva amiga tan bien. Por primera vez pudo verle los ojos con claridad y sí que eran maravillosos- Estás preciosa.

-La última vez que nos vimos llevaba días sin bañarme, así que supongo que ahora tengo mucho mejor aspecto- dijo riéndose.- Mi padre me ha dicho que te diga lo agradecido que está por vuestra ayuda y os envía esto. Siente mucho no poder venir él mismo a traértelo pero ha tenido de salir de Londres por asuntos de negocios- Un lacayo estaba metiendo en el hall una caja de madera. Cuando la dejó en el suelo ante ella le llegaba a medio muslo.

-¿Qué es?

-¿Por qué no lo abres?- dijo Elizabeth divertida quitándose el abrigo.

-Dios mío, necesitaré un martillo para abrirlo- Martin ya llegaba con lo necesario. Consiguió levantar la tapa y las chicas se acercaron para ver el interior. Su madre apartó el abundante embalaje y abrió los ojos como platos.- ¿Eso es oro?

Emily se echó a reír asintiendo. Martin sacó lo que parecía un arcón de oro con piedras preciosas incrustadas. Era un trabajo maravilloso, muy fino y extremadamente caro- ¡Dios mío! – Marian vio como Martin lo colocaba sobre la

mesa de la entrada.

-Es un joyero- dijo Emily cogiendo la llave de oro del interior del cofre.

-Vale más el joyero que todas mis joyas –dijo ella sorprendida. Las chicas se echaron a reír. Se giró a Emily que la miraba eufórica- No tenía porque...

-Mi padre dice que ya que le has devuelto a su mejor y más preciada joya, tenía que compensártelo de alguna manera.

La duquesa no salía de su asombro mirando el exquisito cofre- Cariño, para llenar esto Scott tendrá que regalarte muchas, muchas joyas.- La chicas se echaron a reír.

-¿Martin puedes encargarte de embalarlo otra vez? Mañana irá hacia mi nueva residencia.

-Sí, Milady- dijo el mayordomo sonriendo.

Llegaron otras amigas de su madre que la conocían desde niña y tomaron el té con pasteles de limón. Se echaron a reír al oír ciertas cosas que a las mujeres vírgenes las harían sonrojar y Marian vio como Emily no sabía donde meterse. – ¿Emily cuando te van a presentar?

-La temporada que viene.

-Eres preciosa. No tendrás problemas para encontrar marido.

Emily hizo una mueca- Me presentarán la temporada que viene, pero mi padre ha decidido comprometerme ya.

En el salón se hizo el silencio- ¿Qué has dicho?- preguntó Marian con los pelos de punta-¿Con quién?

Emily perdió la sonrisa- No le conozco.- los murmullos recorrieron el salón y Elizabeth dijo indignada- Estos hombres piensan que pueden dominar nuestras vidas como les dé la gana.

-Es un conocido de papá que está en el Continente.

-¿Cómo se llama, querida?- preguntó una chismosa amiga de su madre.

Marian miró a Emily y negó imperceptiblemente- No lo sé- mintió su amiga sonrojándose. Marian suspiró aliviada. Era lista y cada minuto le caía mejor. Eso de que se casara con un desconocido ya lo arreglarían ella y Elizabeth que la miraba con los labios apretados.

La duquesa viendo la mirada de resolución de su hija decidió cambiar de tema.

La tarde fue muy agradable y rieron mucho mientras tomaban otra copita de coñac. Emily se sonrojó después de beberla –Se me ha subido un poco a la cabeza –las chicas se echaron a reír mientras una doncella echaba coñac en otra ronda.

Después de la tercera ronda, Emily que no había bebido más que la primera las miraba sorprendida – Creo que deberíais beber un café- dijo como si tuviera sesenta años. Las chicas se echaron a reír cuando de repente se abrió la puerta de

golpe y todas gritaron sobresaltadas. El duque y el Marqués las miraban sorprendidos –Querido- dijo Marian tambaleándose al levantarse- has venido.

Scott la miró divertido- Y menos mal. Porque me parece que te has pasado con el jerez.

-Coñac.

Las chicas se echaron a reír y el duque se acercó a Elizabeth dándole un suave beso.- Querida, creo que deberíamos irnos a casa

Ella lo miró con adoración- ¿Tan pronto?

-Creo que necesitarás todas las horas que puedas para reponerte. Recuerda que las resacas no son lo tuyo.

Elizabeth gimió- Es cierto, recuerdo otra vez que me sentó mal... y me sentó mal.

-Claro, mi amor- el duque puso los ojos en blanco cuando la ayudó a levantarse y Emily también se puso de pie- ¿Me pueden llevar? Vine con ella.

-Por supuesto, Milady –dijo el duque levantando a su mujer en brazos.

Scott lo miraba divertido- Suerte amigo.

-No me la deseas, si la novia se presenta mañana será un milagro.-Scott miró a su novia con los ojos entrecerrados que estaba sentada otra vez en el sofá y se le cerraban los ojos.

Las amigas de su madre, que estaban mucho más acostumbradas a beber, salieron entre risitas tontas mirando al novio acompañadas de la duquesa. Scott suspiró al ver a Marian- Cielo,¿te das cuenta de que estás borracha?

-¿Yo?- preguntó abriendo los ojos como platos- Vaya mentira más gorda.- Hubiera quedado muy digna si lo le hubiera dado el hipo y después soltara una risita. Scott se echó a reír.

-Increíble- dijo él acercándose a ella y agachándose para darle un suave beso en los labios.-¡A la cama!- ordenó subiéndola en brazos.

-¡Tengo algo para ti!- chilló ella –Bájame, quiero dártelo.

-Me lo darás mañana, cuando te levantes- susurró contra su oreja. Marian se olvidó del regalo y le abrazó por el cuello.

-¿Te presentarás mañana?

-Puede, me lo estoy pensando. Ver a mi prometida borracha el día antes de la boda no me lo esperaba- dijo irónico mientras subía las escaleras.

-Así no te llevarás sorpresas- le mordió el lóbulo de la oreja y se lo acarició con la lengua.

-Marian...

-¿Te quedas a dormir?- le susurró metiendo su mano por los botones de su camisa.

Scott la metió en la habitación y dejándola sobre la cama colocó las manos a ambos lados de su cuerpo mirándola a los ojos- Cielo, mañana es la boda.

Ella sonrió abiertamente intentando atraerle y el brillo de su anillo le llamó la atención.-Mi anillo de compromiso- dijo como si lo viera por primera vez.

Scott sonrió- Eres la novia borracha más guapa que he visto en mi vida.

Marian se echó a reír – ¿Soy guapa?

-Preciosa –se agachó y la besó en los labios.

Susan se asomó por la puerta abierta – ¿Está bien?

-Pasa por favor y ayúdame a desvestirla –dijo Scott levantándose de la cama.

Susan sonrió entrando en la habitación. A Marian se le estaban cerrando los ojos y Scott sonrió. Ayudó a Susan a desvestirla y Scott la arropó- Buenas noches, princesa.

Se le cerraron los ojos sonriendo a su prometido.

Capítulo 10

Gimió pasando la mano por su cabeza dolorida cuando se despertó, hasta que se dio cuenta de algo. Ese día se casaba con Scott. Sonrió tontamente dándose la vuelta en la cama y extendió la mano. Palpó el colchón y abrió un ojo para ver que estaba sola. ¿Dónde estaba Scott?

Se incorporó sobre la cama confusa. Lo había visto el día anterior. Estaba segura. ¿O no?

La puerta de su habitación se abrió- Menos mal que estás despierta- dijo Sophie escrutándola con la mirada. Después hizo una mueca- Al menos no tienes la cara de tu madre que parece que le ha pasado un carruaje por encima.

Marian echó una risita- ¿Tan mal está?

-Sino se hubiera quedado a beber otro par de copas con nosotras después de que te fueras a la cama seguramente ni le dolería la cabeza.

-¿Dónde está Scott?- preguntó levantándose.

-Tu prometido se fue a dormir a su casa, como las personas decentes.- replicó su amiga y Marian sonrió.

-¿Qué hora es?- dijo yendo detrás del biombo.

-Las once de la mañana.

El grito de Marian se escuchó en toda la casa- ¿Por qué no me has despertado antes?

Sophie sonrió- Para que tuvieras esa cara.

Las horas siguientes fueron frenéticas. Desayunó abundantemente para luego no tener que comer. La bañaron y perfumaron. Le hicieron un elaborado recogido y le pusieron el vestido. Todas estaban histéricas y su madre a medio vestir la seguía por toda la habitación. Después de ponerle las joyas que su madre le había regalado para la ocasión, unos maravillosos pendientes de diamantes con tres perlas y un collar a juego, le colocaron unas peinetas de diamantes en el recogido, regalo de su madrina.

-Son una maravilla- dijo su madre admirándolas. -Una preciosidad.

Marian la miró atentamente- Parece que crees que son un regalo pequeño para la ocasión.

Su madre hizo una mueca- Te ha regalado cosas parecidas a lo largo de los años. Yo esperaba...

-Mamá, me ha organizado la boda y será en palacio. ¿Quién celebra su boda en palacio?

-Tienes razón- dijo su madre observándola emocionada- Estás preciosa

-Sólo falta que se presente el novio- dijo algo nerviosa.

-No lo digas ni en broma.

Marian se echó a reír.

A las cuatro menos veinte se montaron en el carruaje, especialmente decorado para la ocasión con maravillosas flores blancas y emprendieron el camino hasta la Iglesia St James. El heredero de su padre, el nuevo Duque Warminster sería su padrino que sentado a su lado en el carruaje ignoró a Marian todo el camino. Ella hubiera deseado que fuera otra persona pues no le soportaba. Su madre sería la madrina e iba sentada frente a ella sin parar de hablar. Cuando llegaron a la iglesia, Marian se sorprendió de la cantidad de flores que la decoraban. Todo estaba precioso. Buscó a su alrededor en cuanto se apeó del carruaje mientras Sophie y Susan le arreglaban el vestido. No veía a Scott y le dio un vuelco el corazón- Susan, entra en la iglesia y dime si el Marques está esperando en el altar.

La doncella salió corriendo y Marian se acercó lentamente a la puerta de la Iglesia esperando noticias. Susan volvió a salir con el ceño fruncido. -No ha llegado, Marian.

Se quedó pálida del brazo del Duque.

-¿Cómo que no ha llegado?

-Los invitados están sentados -dijo Susan nerviosa- y su Majestad espera.

-Dios mío- gimió la Duquesa que estaba a punto de desmayarse.

-¡Mamá!- exclamó Marian demasiado preocupada por ella misma como para preocuparse por si su madre se caía redonda envuelta en seda azul.

-¿Dónde estará ese hombre?- preguntó Sophie con angustia.

Elizabeth salió de la Iglesia claramente preocupada-¿Todavía no han llegado?

-¿Han?- preguntó esperanzada- ¿Tu esposo estaba con él?

-Sí, fue a recogerlo para que no viniera solo- dijo retorciéndose las manos.

-Gracias a Dios- dijo su madre.

Marian miró a su alrededor- No me digas que el Marqués va a dejarte plantada- dijo su primo sonriendo abiertamente.

-Más quisieras, rata de alcantarilla- le espetó Marian furiosa.

El duque la miró indignado-¿Cómo te atreves?

-¡Oh, cállate de una vez!

Oyeron que llegaba un carruaje a gran velocidad y Marian lo miró esperanzada. Scott salió de un salto antes de que el lacayo llegara hasta la puerta y miró a su prometida pálido- Perdona cariño, pero me he retrasado haciendo unas

gestiones.

Marian le miró con los ojos como platos- ¿Gestiones? ¡Gestiones!- terminó gritando.- ¡Tienes suerte de que haya esperado!

Scott sonrió y se acercó a ella cogiéndola por la cintura- Estás preciosa, princesa.

Su madre chasqueó la lengua y su prometido la miró divertido- Suegra, no me regañe.- dijo antes de besar a su novia

-Eso va después- dijo Susan divertida.

El duque de Stradford cogió del brazo a su esposa.

-¿Entramos?- preguntó Scott contra sus labios. Marian asintió ignorando a su primo y entrando con Scott en la Iglesia.

Todo el mundo suspiró cuando entraron los novios del brazo mirándose a los ojos y caminaron hasta el altar. Su madre y el Duque ocuparon sus sitios. Marian miró hacia la reina, que la saludó con la cabeza y Marian hizo una reverencia al igual que Scott.

El obispo inició el oficio mientras Marian miraba a su prometido a los ojos. Estaba muy guapo con su traje negro y su elaborado pañuelo. Sus ojos verdes la penetraban y ni siquiera se dio cuenta cuando pronunció sus votos. Oyó que su madre lloraba al lado de Scott en el momento de ponerse las alianzas. Con las manos entrelazadas se besaron suavemente frente a todo Londres y Scott le dijo al oído- Marquesa, estás preciosa

Marian sonrió- ¿Ya no soy princesa?

Scott se echó a reír cogiéndola del brazo y llevándola hasta su madrina que los contemplaba emocionada- Mi niña- dijo levantándose y abrazándola – Felicidades. Una boda preciosa.

-Gracias, madrina- Scott hizo una reverencia y guiñó un ojo a su Majestad que se echó a reír para asombro de los asistentes a la boda.

-Pequeña, lo tienes cazado y bien cazado- dijo la reina riéndose- Seré la madrina de vuestro primer hijo.

Scott sonrió- Es un honor Majestad.

-Tonterías, ahora salir que quiero ver como todos se mueren de envidia. – Era un honor que la Reina los dejara salir primero. Tendría que haber llegado la última y salir la primera. Marian sabía que lo hacía así, para que no hubiera rumores del por qué habían llegado tarde.

Scott con Marian del brazo recibió las felicitaciones de sus conocidos sonriendo mientras atravesaban el estrecho pasillo. Una mujer se puso delante de Marian interrumpiéndole el paso hacia la salida. –Felicidades, Marian.

-Muchas gracias- miró a la mujer a la cara y frunció el ceño- Lady...

Un disparo hizo gritar a los allí congregados que empezaron a correr en todas las direcciones. Marian se quedó paralizada viendo como la mujer salía

corriendo y miró sorprendida a Scott que pálido la agarraba por la cintura. – ¡Marian!- gritó Scott tocando su costado.

El dolor la traspasó mientras caía al suelo y bajó la vista. Una gran mancha roja estaba destrozando su vestido de novia y manchando la mano de Scott muy cerca de la cadera izquierda mientras su madre gritaba horrorizada.

-La Reina- susurró Marian agarrando la solapa de la chaqueta de Scott- quiero hablar con la Reina

Scott con el rostro desenchajado miró hacia arriba –Ya viene, preciosa.

Marian acarició el rostro de su marido- Scott, me muero.

-¡No digas eso! No te vas a morir, ¿me oyes?- gritó desesperado apretándole el costado Mirando a su alrededor su marido gritó - ¡Un médico!

Su madre se desmayó y Sophie consiguió agarrarla antes de su cabeza diera contra uno de los bancos. La reina llegó corriendo gritando a sus subordinados que se apartaran pues querían llevársela. – ¡Apartaos!- gritó arrodillándose junto a su ahijada.

-¿Madrina?

-Estoy aquí- dijo la reina al borde de las lágrimas.

-Acércate. Tengo que decirte algo- la voz débil de Marian desesperó a Scott que estaba fuera de sí.

La reina se acercó a la cara de Marian y le susurró algo al oído. La Reina con los ojos brillantes de rabia se incorporó. Su cara parecía tallada en piedra al levantarse- Llevar a mi ahijada a palacio. ¡Que la atiendan!

La reina se alejó de la vista de Marian y Scott las miró confundido.-Cariño...

Scott se acercó a ella –No te he dado tu regalo- susurró ella sin darse cuenta de que estaba llorando.

-Me lo darás después-dijo sonriendo débilmente.- ¿Me gustará?

Marian sonrió- Te va a encantar.

Scott se acercó y la besó en los labios. Marian dijo sintiendo que se le cerraban los ojos antes de perder el sentido- Quería bailar contigo en nuestra boda...

Abrió los ojos débilmente. Hacía mucho calor y estaba sudando. El fuego estaba demasiado fuerte y protestó.- Tranquila, cielo.-algo muy refrescante acarició su frente.

-¿Scott?

-Estoy aquí, princesa- Marian sintió que la cama se movía y giró la cabeza hacia él.

-Sí...-suspiró ella –Estás aquí. Hace calor.

-Lo sé – susurró él volviendo a pasar el paño sobre su frente- Tienes algo de fiebre pero te pondrás bien.

-¿A ti te han hecho daño?- preguntó alarmada

-No cielo, estoy bien- La besó en la mejilla apretándola contra él.- Tienes que reponerte pronto. Nos estamos perdiendo la luna de miel.

Marian sonrió débilmente- Lo siento.

-Cariño, no te preocupes. Nos iremos en cuanto te repongas.- dijo cogiéndole la mano y besándosela.

-¿Mamá?

-Está descansando en la habitación de al lado. ¿La llamo?- Marian negó con la cabeza y apretó su mano.

-¿Me han operado?- preguntó agotada.

-Hace ya tres días –susurró acariciando su mejilla.

Suspiró cerrando los párpados.- ¿Marian?- preguntó asustado Scott.

Ella abrió los ojos- Estoy aquí. ¿Qué te ha dicho el médico?

-Ya hablaremos de eso, cariño.

Marian entrecerró los ojos-¿Qué pasa, Scott?

-Nada, te pondrás bien- dijo con una sonrisa. Marian se quedó tranquila al ver su sonrisa.

Se volvió a quedar dormida sin darse cuenta mientras Scott le acariciaba la mejilla.

La siguiente vez que abrió los ojos vio a Sophie que estaba ante ella recogiendo unas sábanas- Hola- dijo sonriendo débilmente.

-Mi niña, ¿cómo estás?- preguntó soltando lo que tenía en la mano y yendo hacia ella.

-Estoy cansada, pero bien.

Miró a su alrededor y frunció el ceño-¿Dónde estoy?

-Estamos en palacio, querida. En las habitaciones privadas de la reina.

-¿Por?

-Quería que te atendieran sus cirujanos – le acercó un vaso de agua- Bebe. Tienes que reponer líquidos.

Marian bebió con ansia- ¿Scott?

-Está dormido. Lleva cuatro días sin dormir.- dijo su amiga con una sonrisa.- Tenías razón, es el hombre perfecto para ti.

Esas palabras emocionaron a Marian que sin querer se echó a llorar. La puerta se abrió de golpe. Scott despeinado y con la camisa desbrochada entró en la habitación- Estás despierta.- se acercó a la cama y acarició sus mejillas.- ¿Por qué

lloras?

Marian se encogió de hombros –No lo sé.

Scott miró a Sophie con los ojos entrecerrados y Sophie negó con la cabeza. –
¿Qué pasa?- preguntó Marian al ver a Sophie pálida.

-Nada, cielo.

-¡No, pasa algo y no me lo queréis contar!- su madre entró en la habitación
con ropa de dormir.

-¡Cariño!- Marian vio cómo se acercaba a la cama.

-Mamá ¿qué me pasa? ¡Me ocultan algo!- gritó ella al ver a su madre pálida.

-Marian, tranquilízate- susurró Scott cogiéndola de la barbilla- Yo te lo
contaré, cariño.

-¡No, Scott!- gritó su madre-¡Espera a que se recupere!

Marian sintió que el mundo se le caía encima y apartó las sabanas para
palpar la herida. Sorprendida se dio cuenta de que estaba al lado interior del hueso
de la cadera –Dios mío.

-Cariño, no pasa nada- dijo Scott acariciándole la frente.

Susan entró en la habitación y sonrió a Marian pero al ver las caras de todos
perdió la sonrisa-¡Por Dios, no se lo habréis dicho!- dijo la doncella enfadada.

-Tiene que saberlo –dijo Scott frustrado.

-¡Ya os he dicho mil veces que a mi tía un médico le dijo que no podría tener
hijos y tuvo nueve!

Marian la miró en shock- ¿No puedo tener hijos?- preguntó débilmente.

Susan se quedó con la boca abierta.

-No lo sabemos, cielo –dijo Scott mientras su madre se retorció las manos
muerta de angustia.

-Yo estoy con Susan, esos médicos no lo saben todo- dijo Sophie.

Marian miró el techo mientras una enorme lágrima bajaba por su mejilla.-
Los cirujanos te han sacado la bala y piensan que estás dañada. No creen que
puedas tener niños.- susurró Scott limpiándole la mejilla.

Ella le miró a los ojos- No podré darte hijos.

Scott sonrió cogiéndole la mano- Cuando me casé contigo en lo que menos
pensaba era en tener hijos, preciosa.

-Pero necesitas hijos- susurró ella sin poder contener las lágrimas- El
título...

-Tengo primos –dijo con indiferencia- Además con mis antecedentes, ¿no
creerás que eso me importa algo?

Marian cerró los ojos. Era Marqués y heredaría el título de Duque cuando su
padre muriera. Eran sus hijos los que deberían heredarlo. Y ella no podría dárselos.
–Dejarme sola- susurró soltando la mano de Scott.

-Princesa...

-Dejarme hablar con ella- dijo Susan dando un paso adelante. –A solas.

Marian abrió los ojos y todos salieron de la habitación. Susan le sonrió – Querida, vaya susto que nos has dado.-se acercó sonriendo y le sirvió un vaso de agua- Bebe.

Ella abrió la boca, cogiendo el vaso débilmente y Susan la ayudó.- Muy bien.- suspiró dejando el vaso sobre la mesilla y se sentó a su lado- Te he cuidado desde que naciste y sabes que yo no te mentaría.

Marian asintió- Muy bien, entonces escúchame. Te voy a contar una historia, así que abre bien los oídos. Cuando yo tenía seis años vivía con mi tía, pues sabes que mis padres murieron de fiebres cuando era muy pequeña. –Marian asintió- Pues bien, mi tía trabajaba en el campo y un día tuvo un accidente. Pasó por donde no debía cuando no debía y recibió un hachazo en el vientre.

Marian abrió los ojos como platos.- Estaba destrozada.-dijo Susan sonriendo- tan destrozada que hasta perdió un trozo de sus entrañas al sacar el hacha. Salvó la vida de milagro pues precisamente el médico estaba en el pueblo para ayudar a dar a luz a una parturienta. Fue un milagro que se salvara. Nadie daba ni un penique por ella. Pero consiguió salvarse aunque el médico fue bien claro con ella. Nunca, jamás podría tener hijos.

La miró sonriendo- Dos años después mi tía se casó. El herrero del pueblo siempre había estado loco por ella y al final cedió, aunque le había advertido que no podría darle hijos. Al buen hombre no le importó. Sólo la quería a ella. Además me tenían a mí. Después de dos años mi tía se dio cuenta de que su barriga engordaba. Fue a la curandera del pueblo pues el médico estaba a muchos kilómetros de distancia. La curandera le preguntó si era tonta, que si no sabía lo que era estar embarazada. –Susan sonrió abiertamente- Ahora tengo nueve primos. Cuatro varones y cinco hembras.

Suspiró mirando a Marian- Lo que quiero decirte con esta historia es que la naturaleza es sabia. Nunca se sabe con ella. Puedes estar muy sana y no darle hijos a tu marido. Y al revés. Tú amas a tu marido, así que no tienes que rendirte. Nunca se sabe.

-Pero él necesita hijos, Susan- dijo triste

-¿Y quién dice que otra se los dará?- dijo desdeñosa- He conocido a hombres que se han casado tres veces y no han tenido hijos. Eso está en manos de Dios, por mucho que digan los médicos. Además no han dicho que no los puedas tener. Sólo que no creen que puedas.

Marian hizo una mueca apartando la mirada.- Sólo tienes que pensar que estás en las mismas condiciones que antes de que pasara esto. Tampoco sabías antes si podrías dárselos.

En eso tenía razón. Antes tampoco lo sabía, ahora tenía menos posibilidades pero no significaba que no pudiera dárselos- Me quieres decir que tengo

posibilidades. Aunque sean pocas.

-Exacto- dijo Susan sonriendo- con sólo una oportunidad es suficiente. Y si no se los puedes dar, a él no le importa. Tenías que haberle visto la cara cuando los médicos le repetían una y otra vez que no creían que pudieras tener hijos. Él los miró con desprecio y dijo -Eso no me importa en absoluto. Pero no conocen a mi esposa, si quiere tener hijos tendrá hijos. Conmigo o sin mí.

Marian se echó a reír y Scott abrió la puerta- Aquí lo tienes- dijo su amiga satisfecha.

Scott sonrió a Susan antes de que saliera y se acercó a la cama.- ¿Cómo estás?

Sonrió a su marido y alargó la mano para que se la cogiera. Scott se sentó a su lado-¿De verdad no te importa?

-Cielo, me he casado contigo. No con una posible madre de mis hijos-susurró besándola en la mejilla.- No buscaba nada y te conocí a ti. A ti.

Marian sonrió -Pero puede que dentro de unos años te arrepientas.

Scott la miró muy serio- Después de lo que acaba de pasar en lo que menos pienso es lo que pasará dentro de unos años. Vamos a vivir el día de hoy porque puede que sea el último, cielo.

Eso recordó a Marian todo lo que había pasado- La Reina...

-Se ha ocupado de todo. Su guardia está registrando todo Londres para encontrar a Lady Garwood.

-No puedo creer que la viera después de tanto tiempo.-susurró mirando a su marido a los ojos- La conocí el mismo día que te vi por primera vez.

Scott la miró- Está claro que ese día te cambio la vida.

Marian sonrió y Scott le dijo seriamente- Cuéntame todo lo que pasó ese día.

Suspiró antes empezar a contar la historia de lo que había pasado hacía tantos años al ir a visitar a su madrina a Palacio.- ¿Y qué ocurrió con Lady Garwood?.

-No lo sé, yo volví a mi vida. Tenía cinco años.

-Lo sé, lo sé.-dijo intentando calmarla- Así que a esa mujer la intentaron utilizar para asesinar a la Reina. Y ahora aparece y te tiene mucho rencor.

-El suficiente para intentar matarme- dijo ella indignada- Encima que le quité a ese tipo de encima y protegí a su hijo.

-¿Qué hijo?

-Ya te lo he dicho, el que utilizaban para chantajearla.

-No cielo, no me has dicho que tenía un hijo- dijo acariciándole la mejilla- Será mejor que lo dejemos, estás cansada. Comerás algo y volverás a dormir.

Marian suspiró -Sí... estoy cansada.

Se quedó dormida en cuanto tomó la última cucharada de sopa y no se despertó hasta el día siguiente. Cuando abrió los ojos Scott estaba afeitándose con

el torso al descubierto. Marian sonrió –Buenos días- dijo mientras se lo comía con los ojos.

-Buenos días, cielo- él se giró para mirarla con la mitad del rostro embadurnado de jabón. Se acercó a ella y le dio un beso en los labios dejándole bigote.

Marian se echó a reír mientras se limpiaba con la sábana- ¿Dónde vas?

-El Duque y yo vamos a visitar a Julie.

Entrecerró los ojos –¿Le ha pasado algo?

-No, pero aquí nadie nos informa de nada – respondió pasándose la navaja por la mejilla.-y Julie tiene unos contactos estupendos.

-¿Y el amigo del Duque?

-Está barriendo los bajos fondos y me ha ayudado a ofertar la recompensa por la cabeza de la persona que amenazaba tu vida.

-Pero si es Lady Garwood- dijo confundida.

-No creo que esté sola en esto.-dijo pasándose la toalla por la cara.- ¿Tú crees que esa mujer entraría en la taberna y diría alegremente que ofrece mil libras por tus ojos? La matarían en menos de cinco minutos.

Marion entendió su punto de vista.- ¿Y quién la ayuda?

-Eso es lo que quiero averiguar. –Se puso su chaleco.

Se dio cuenta de que estaba guapísimo y pasó la mano por su pelo pensando que ella seguramente estaba horrible. Tenía muchísimas ganas de darse un baño. Apretó las piernas debajo de las sábanas pues tenía que aliviarse. Sonrió a su marido cuando se acercó con la chaqueta puesta- Hasta luego, preciosa- dijo dándole un beso en los labios.

-¿Puedes decirle a Susan que venga?- pidió cuando estaba en la puerta.

-¿Necesitas algo?- preguntó él cerrando la puerta- Si quieres, te ayudo yo.

Marian se sonrojó intensamente –No, gracias. Dile a Susan que venga.

-¿Quieres usar el orinal?

-Por Dios, Scott ¿quieres decirle a Susan que venga de una maldita vez?- gritó desgañitada.

Su marido se echó a reír levantando los brazos en señal de rendición- Está bien. –Le lanzó un beso desde la puerta y Marian no tuvo más remedio que sonreír.

Pasó la mañana rodeada de amigas. Sophie y Susan no se separaban de ella, mientras que su madre ahora que se había recuperado un poco empezaba a relacionarse con la nobleza de la corte.

La sorpresa fue recibir la visita de Elizabeth- Te veo muy bien- dijo quitándose el sombrero rosa que llevaba.

-¿Tú crees?- preguntó apartándose el pelo.

-Teniendo en cuenta de que hace unos días todos pensábamos que

tendríamos que asistir a tu entierro, sí te veo bien.

Marian se echó a reír y gimió al sentir una punzada en el vientre.

-Lo siento –dijo Elizabeth haciendo una mueca mientras se acercaba.

Respiró hondo –Tranquila, no pasa nada.

Su amiga se sentó en la cama a su lado. Hablaron de lo que había ocurrido después de la boda. Por lo visto medio Londres decía que había muerto, mientras el otro medio pensaba que estaba moribunda. Sobre Scott, la mitad pensaban que había tenido algo que ver en su asesinato, mientras la otra mitad pensaban que se había vuelto loco de pena.

Marian hizo una mueca.-No dan una.

Elizabeth se echó a reír, en ese momento se abrió la puerta y la reina entró en su habitación seguida de su séquito.- Majestad- dijo Elizabeth haciendo una reverencia.

La reina hizo un gesto para que se incorporara mientras miraba a su ahijada- Querida, veo que te encuentras mejor

-Sí, madrina- dijo sonriendo. Las damas de detrás la miraron satisfechas pero Marian sólo miraba a su madrina- ¿Se sabe algo?

La reina hizo un gesto y Elizabeth miró a su amiga antes de abandonar la habitación con todas las demás. La reina Victoria se acercó a la cama y se sentó a su lado. Cogió la mano de Marian antes de decir- Siento que te haya pasado esto, querida.

-Lo sé – la cara de su soberana era de preocupación- no hay buenas noticias.

-¡No encuentro a esa escoria!- dijo furiosa.- Se ha escondido como la rata que es, pero destrozaré esta maldita ciudad hasta encontrarla, te lo prometo.

Marian sonrió apretando la mano de su madrina- No te angusties, madrina

-¿Qué no me angustie? ¡Por poco te mata! Y ha destrozado tu boda por no hablar...

-Madrina...- dijo recordando su problema para tener hijos. Se pasó una mano temblorosa por el cabello.

-Lo siento, querida- dijo arrepentida.

-No pasa nada, esto también voy a superarlo.-dijo con convicción.

La reina la miró con admiración –Por supuesto que sí. ¿Y tu marido te apoya?

-Es un amor- dijo sonriendo ampliamente- No podía haber elegido mejor.

-Lo sé.-la miró con cariño- ¿Cómo se tomó el anuncio de la boda?

Marian se echó a reír apretándose la herida mientras le explicaba lo que había pasado. La reina se rió con ella. Después de hablar de sus intentos de asesinato, la reprendió por no habérselo contado.- No quería preocuparte.

-Vamos a dejar eso –se levantó y miró a su alrededor- Si necesitas cualquier cosa querida, pídelo.

-Gracias, madrina.

La reina se acercó y la besó en la frente. –Tu madre se lo está pasando en grande- dijo divertida yendo hacia la puerta.-No me extrañaría que se quedara a vivir con nosotros.

Marian sonrió dudando de ello. Su madre era demasiado independiente como para vivir en palacio.

Cuando se fue, sus amigas volvieron a entrar- ¿Qué te ha dicho?- preguntó Elizabeth.

-No la encuentran- respondió decepcionada.

Susan, Sophie y Elizabeth se quedaron en silencio hasta que la duquesa dijo- Da igual, el Marqués y mi marido la encontrarán-dijo con confianza.

-Por supuesto – añadió Sophie- Ellos la encontrarán.

Marian sonrió cerrando los ojos- Estás cansada, te dejaremos dormir- dijo Elizabeth cogiendo su abrigo.

-No, por favor.

-Tienes que recuperarte- Elizabeth sonrió con picardía- Voy a organizar un baile para cuando te recuperes. Así les darás en las narices a todos esos chismosos.

Sintió que le acariciaban la frente y abrió los ojos- Te he despertado- dijo Scott preocupado.

-¿Qué hora es?

-La hora de la cena- susurró él – ¿Te apetece?

Negó con la cabeza –Vamos cielo, si quieres recuperar fuerzas tienes que comer algo.

Marian no quería preocuparlos más, así que con ayuda de Scott se incorporó un poco –¿Cómo te encuentras?

-Bien, me duele un poco pero estoy bien- contestó mientras Scott le acercaba un plato de sopa. El olor era delicioso pero ni eso le abrió el apetito. Su marido cogió la cuchara y le dio una cucharada. Marian después de tragar se le quedó mirando- Vaya esposa que te has encontrado, ¿eh?

Él la miró a los ojos – ¿Por qué dices eso?

-Te has visto obligado a casarte conmigo y ahora no puedo darte hijos- los ojos de Marian se llenaron de lágrimas- Encima tengo a unos asesinos detrás de mí y me tienes que estar rescatando cada cuatro días.

-¿Se han pasado dándote laudano?- preguntó cogiendo la botellita.

Ella sonrió con tristeza apoyando la cabeza en el cabecero de la cama y Scott apartó el plato- Cielo, si no me hubiera querido casar, nadie ni siquiera la reina me habría obligado.

-Pero los niños...- ya no pudo retener las lágrimas tapándose la cara con las manos.

-Déjalo ya, Marian- le quitó las manos de la cara y la miró enfadado-¡No me casé contigo por los niños que pudieras darme!

Con la cara llorosa le preguntó – ¿Y por qué te has casado conmigo?

Scott se quedó sin palabras. Marian se sonrojó al darse cuenta de que no sabía que decir. – ¿Scott?

-Espera...- dijo él con cara de preocupación.

Eso la puso furiosa- ¿No sabes que decir?

Durante unos segundos se puso nervioso y se levantó de la cama pasándose la mano por su cabello.-Uhhh

-¡Esto es increíble!- exclamó ella atónita.

-¡Espera un momento, no me dejas pensar!- exclamó aturdido.

-¡Es muy simple, te estoy preguntando si me amas!

Scott la miró pálido como si no la entendiera y Marian dejó salir el aire que estaba conteniendo- Ya no necesito una respuesta.

-Marian, es que no sé qué decir...

Sintió que se le rompía algo en el pecho y miró la sábana que estaba agarrando con fuerza- No pasa nada.

-Marian estoy intentando habituarme a todo esto y ya me estás presionando para que te diga...

-Tranquilo.- totalmente humillada forzó una sonrisa. –Yo tampoco te lo he dicho.

Él frunció el ceño espantado y Marian se dio cuenta que no quería oírlo. Tragando saliva para evitar echarse a llorar le dijo a su marido – ¿Puedo volver a dormirme? Estoy cansada y me parece que estoy un poco más sensible que de costumbre.

-Claro, cielo- dijo arrepentido. La ayudó a acostarse y Marian cerró los ojos mientras él la observaba. –Voy a ir a cenar.

-Bien- respondió sin abrir los ojos. Cuando oyó que se cerraba la puerta abrió los ojos mirando el techo. Scott no la amaba, ¿cómo podía forzarlo a tener un matrimonio con ella cuando no sabía si era capaz de darle hijos? Tenía que detener aquello antes de que fuera demasiado tarde. Marian podía llevar una buena vida sola. Tenía una fortuna gracias a su padre y era independiente. Además, después de lo que había pasado nadie vería raro que no se casara. Daba igual lo que sintiera ella, tenía que empezar a pensar en lo que era mejor para Scott. Encontraría otra mujer que pudiera cumplir con sus obligaciones. Candidatas no le faltarían. Se limpió las lágrimas.

La puerta se abrió otra vez y Marian cerró los ojos simulando dormir. – ¿Marian?- susurró Susan.

Marian abrió los ojos- Querida ¿por qué lloras? – Susan sentándose en la cama le acarició el pelo.

-No me ama, Susan- susurró ella sin aliento por evitar llorar.

-¿Scott?- preguntó sorprendida.

-No ha sido capaz de decírmelo.

-¿Y eso significa que no te ama?- preguntó divertida.

Marian desvió la mirada- No lo entiendes.

-Claro que lo entiendo- dijo cogiéndola de la barbilla para que la mirara- Entiendo que estás muy frágil y quieres sentirte amada. Quieres que te lo digan y que te lo demuestren.

-¿Eso es malo?- susurró ella.

-¡No!- exclamó Susan apartándole un mechón de pelo de la mejilla- Es lógico que te sientas así.

-No me quiere.

-¡No digas tonterías que la bala no te entró en la cabeza, niña!

Marian abrió los ojos como platos- ¿Qué?

-Que no te diga que te quiere, no significa que no lo haga- dijo mirándola atentamente- ¿acaso no ha demostrado que te quiere?

-¿A sí?

-Se preocupa por ti, te cuida, te atiende ¿qué más tiene que hacer para demostrar que te ama? –Marian pensó en ello- ¿Conoces a muchos Condes o Marqueses que se queden al lado de su esposa mientras tienen fiebres y las atiendan como criadas?

-¿Me estás diciendo que me quiere pero no me lo dice?

-Cariño, el Marqués ha llevado una vida con poco amor a su alrededor. ¿No te parece? Lo que siente por ti no sabe cómo definirlo. No le aprietes demasiado. Hace poco que os conocéis.

-¿Le estoy presionando? –Marian pensó en ello y se dio cuenta de que Susan tenía razón. Le llevaba presionando desde que lo conoció e igual debería esperar un poco. Pero si esperaba no podrían anular el matrimonio y Scott se vería atrapado en un matrimonio que no le ofrecería ningún beneficio.

-Ahora deja de preocuparte más y descansa. Las cosas paso a paso y ahora lo más importante es que te pongas bien- dijo su amiga sonriendo.

Marian sonrió para que no se preocupara y cerró los ojos. Oyó como recogía la bandeja y salía de la habitación. Estuvo pensando en ello durante mucho tiempo serenamente y se dio cuenta de que Susan tenía razón, no le había dado tiempo para nada. Simplemente exigía y exigía. Hace cuatro meses ni siquiera le conocía. Suspiró cogiendo la sábana y tapándose los hombros.

Entonces ella se dio cuenta de algo. Ella sí le amaba y Scott no estaba acostumbrado a que le quisieran. Nadie le amaría como ella. Nadie. Si él no llegaba

a quererla como ella quería, tampoco importaba. Ella le querría a él por los dos.

Otra pregunta la asaltó ¿Estaba siendo egoísta? ¿Tendría que dejarlo ir para que tuviera una vida plena con otra mujer?

El cansancio la venció y se quedó dormida pensando que estaba hecha un lío.

Capítulo 11

Una caricia en su cuello la despertó. Marian sonrió desperezándose sin abrir los ojos y gimió al sentir que la herida tiraba- ¡Rayos!- exclamó llevando la mano a la herida.

Scott apartó las sábanas y le levantó el camisón mientras Marian parpadeaba sorprendida- ¿Qué haces?- su marido estaba desnudo arrodillado a su lado mirando su herida.

-Comprobar que no se te haya abierto- murmuró con el ceño fruncido.

Marian sonrió -Estoy bien- miró hacia abajo incorporándose un poco y se sonrojó al ver que tenía la parte inferior del cuerpo desnuda. Agarró el camisón e intentó cubrirse- Scott, déjalo ya.

Él la miró a los ojos divertido.- Ya lo he visto todo -Marian se sonrojó- y tocado y besado...

-Para de una vez- protestó ella dándole una palmadita sobre la mano que agarraba su camisón, impidiendo que pudiera bajarlo.

Scott se echó a reír -Está bien- pero mientras se lo bajaba le acarició las caderas y las piernas.

Marian le miró a los ojos inquieta y entrecerró los ojos- Ya verás cuando pueda moverme- dijo vengativa.

Scott se echó a reír acercándose a ella y besándola apasionadamente en la boca- Lo estoy deseando- le susurró contra sus labios.

-¿De verdad?- la mano de Marian le acarició la espalda llegando hasta su abdomen.

Su marido se levantó a toda prisa- Veo que estás mucho mejor.

Marian le sonrió con picardía-Desafortunadamente no tanto.

Scott gimió al sentir su mirada sobre su miembro- Cielo...me tienes al límite. No me provoques.

Se echó a reír al ver como se ponía la bata cubriéndose.-Gallina.

-Muy graciosa. ¿Tienes hambre?

-Estoy hambrienta- dijo con un suspiro traspasándolo con la mirada.

Scott se echó a reír y tiró del cordón del servicio. Susan apareció rápidamente- Buenos días.

-Susan ¿puedes traerle a mi mujercita un desayuno muy abundante? Está

hambrienta

La doncella miró a Marian divertida, que se sonrojó hasta la raíz del pelo mientras su marido se reía entre dientes. Levantó la cabeza orgullosa y le dijo a Susan – Sí, tengo mucho apetito.

Las carcajadas de Scott acompañaron a Susan mientras cerraba la puerta. Marian lo fulminó con la mirada- Espera y verás. Te vas a arrepentir de esto.

-¿Y qué he hecho yo?- preguntó inocente. Se quitó la bata quedándose como Dios le trajo al mundo ante ella y a Marian se le secó la boca.

Sin dejar de mirarla se puso los pantalones y alzó una ceja cuando dejó salir el aire que había retenido- Esto va a ser eterno- murmuró entre dientes frustrada intentando colocar las almohadas.

-¿Te ayudó?- preguntó dando un paso hacia ella.

-No, gracias- dijo dejándose caer sobre las mullidas almohadas. Frustrada se cruzó de brazos viendo como Scott se ponía la camisa con una sonrisa en la boca. Susan llamó a la puerta- ¡Adelante!- exclamó ella enfurruñada.

Susan entró con una bandeja enorme y abrió los ojos como platos.-¿Dónde vas con todo eso?

Scott se echó a reír al ver su expresión- Come lo que puedas.

Susan puso la bandeja sobre sus rodillas y Marian vio de todo. Desde huevos con riñones hasta deliciosos bollos con mermelada y mantequilla. Cogió el tenedor encogiéndose de hombros y empezó a comer –Uhhh, está delicioso- dijo con la boca llena comiendo con apetito- ¿El periódico?

Susan miró a Scott que sonreía viéndola comer- Todavía no ha llegado. Ya sabes, cosas de palacio.

Marian frunció el ceño pero no dijo nada, mientras bebía un poco de zumo de té.-Después de desayunar quiero levantarme. Susan, prepárame un baño.

-De eso nada- dijo Scott mientras se ponía su chaqueta.

-¿Por qué?

-No te levantarás todavía. Punto- la miró muy serio- Y no intentes camelarme que no te servirá de nada.

-Sólo quiero sentarme un rato y bañarme- protestó ella.

-Ni lo uno, ni lo otro. Tienes la herida demasiado sensible para mojarla. Susan te seguirá aseando como hasta ahora. –la miró a través del espejo donde se estaba mirando para colocarse el pañuelo.-¿O quieres que lo haga yo?

Marian se sonrojó intensamente- No, gracias.

A Susan se le escapó una risita.- ¡Quiero lavarme el cabello!- exigió frustrada. Se metió un bollo en la boca y comió con fuerza.

-No seas pesada o hablaré con tu madrina- dijo Scott divertido.

-Muy gracioso.

-Estoy hablando en serio.- se acercó a la cama mirándola fijamente- Como

me entere de que no me obedeces hablaré con la Reina para que sus lacayos no te proporcionen lo que puedas necesitar y evitaré que Susan o Sophie entren en la habitación para que te cubran ¿Me has entendido?

Marian se le quedó mirando con la boca abierta y él sonrió satisfecho al ver que no le replicaba. –Ahora me voy a desayunar –dijo acercándose a ella y dándole un beso en la frente como a una niña buena.

Cuando salió de la habitación Marian miró a Susan que se encogió de hombros- ¿El agua templada?- preguntó su amiga.

-Sí por favor y sales de lavanda.- ignorando lo que le había dicho su marido siguió comiendo. Esa vena dictatorial que le había visto, podía llegar a ser preocupante en un futuro.

Con ayuda de Sophie que era de la misma opinión que Scott, la ayudaron a bañarse. Suspiró cuando le lavaron el cabello y la sentaron con una bata muy gruesa delante del fuego para que su cabello se secara mientras Marian leía una novela con los pies apoyados sobre un escabel.

Así se la encontró Scott cuando volvió con el periódico en la mano- ¡No me lo puedo creer!- gritó cerrando la puerta de golpe.

Marian se sobresaltó dejando caer el libro al suelo- ¿Es que nunca haces caso?

-¡No grites!- exclamó ella sonrojándose porque la hubiera pillado.

-¿Qué no grite? ¿Se puede saber qué no has entendido de lo que te he ordenado?

-¿Ordenado?- preguntó sorprendida. Al ver la cara de resolución de su marido se enfadó- ¿Tengo que recordarte con quien te has casado?

-¡Sí, con una cabezota inconsciente!

Ella entrecerró los ojos- ¡Si pudiera levantarme te ibas a enterar!

Scott la miró sorprendido-¿Me estás amenazando?

-¿No lo estás haciendo tú?

De repente Scott se echó a reír, dejándola atónita. Se acercó a ella rápidamente y la cogió en brazos. Marian le abrazó el cuello inhalando su aroma- Te he echado de menos- dijo abrazándola contra él.

-Yo a ti...no-dijo divertida haciéndolo reír. Le besó en el cuello hasta llegar a su cuadrada barbilla, mientras acariciaba su pelo.

-Esto no es buena idea- murmuró él contra sus labios.

-No –Marian acarició con su lengua el labio inferior de Scott haciéndolo gemir. De golpe se encontró sentada en la butaca otra vez. – ¡Eh!- exclamó ella frustrada.

Scott carraspeó.-Cielo, me voy a...

Marian levantó una ceja- ¿al club?

-Eso, al club.

-¿A ese del que te expulsaron?- preguntó divertida.

-El duque ha sido tan amable como para interceder por mí para que me readmitieran –cogió el periódico del suelo y se lo tendió.

-Muy bien- dijo cogiendo el periódico haciendo una mueca. – ¿has quedado con él?

-Sí, vamos a practicar esgrima.

-¿Me enseñarás?

Scott rió entre dientes- ¿No me digas que no sabes?

-No-dijo ella apesadumbrada- Es una actividad que nunca he podido aprender. Mi padre tenía miedo de que me hiciera daño.

-Entonces puede que te dé unas clases- la besó en los labios ligeramente.

-Pásalo bien- dijo abriendo el periódico mientras Scott se iba de la habitación. Frunció el ceño cuando vio la primera página, pues en realidad era la página tres. Faltaban dos páginas del periódico y gruñó al pensar de dónde lo habría sacado Scott. Pasó las hojas leyendo los titulares y volvió a fruncir el ceño cuando vio que faltaban otras dos páginas. –Qué raro- murmuró para sí.

En ese momento llamaron a la puerta y cuatro hombres entraron en la habitación con maletines. Marian alzó una ceja hacia su madre que entraba tras ellos- Mamá, ¿qué pasa?

-Querida, son tus médicos- dijo la duquesa sonriendo y acercándose a ella con un espectacular vestido verde.

Marian sonrió a los hombres- Buenos días, caballeros.

-Milady- los hombres hicieron una reverencia.

-Milady ¿no debería estar en la cama?- preguntó el hombre más mayor dejando su maletín sobre la cama y acercándose a ella

-Pues no- dijo sin perder la sonrisa haciendo que el hombre se quedara mudo.

Los médicos se miraron los unos a los otros confundidos- Milady -uno de los jóvenes dio un paso al frente- Creo que no nos entiende. Debería estar en la cama

-Me parece que no me entienden ustedes a mí –dijo agradablemente- porque si me quiero levantar para sentarme en esta butaca haré lo que me de la gana, puesto que la que ha recibido el tiro he sido yo.

Ahora sí que no sabían que decirle y uno de ellos se rió entre dientes. Marian le miró sonriendo- ¿Le importaría tumbarse en la cama para que veamos como tiene la herida?

-No, claro que no- dijo levantándose con ayuda de su madre y caminando lentamente hacia la cama.

-Veo que se recupera rápidamente- dijo el hombre acercándose a la cama.

-Gracias.

-Ayer vinimos a visitarla pero estaba tan dormida que ni se dio cuenta- Marian lo miró sorprendida y su madre asintió- Por la tarde.

-Vaya.

-Sí querida, estabas tan dormida que ni te diste cuenta- dijo su madre acariciando su pelo.

Le revisaron la herida cubriendo sus partes pudendas y Marian les observó- ¿Y bien?

-Tiene muy buen aspecto -dijo el médico simpático.- aunque está un poco blanda. Seguramente por el baño que se ha dado sin consentimiento.

Marian hizo una mueca. La volvieron a tapar y Marian se sentó en la cama mientras los médicos hablaban en voz baja- Disculpen...

-¿Sí, Milady?- preguntó el mayor.

-Me gustaría saber el alcance de mis lesiones.- dijo muy seria.

El mayor se puso muy serio- La bala ha rozado un ovario, Milady. Fue difícil sacarla y seguramente ese ovario ha quedado dañado irreversiblemente

Marian había estudiado anatomía y entendía perfectamente lo que el hombre quería decir- Entiendo.

Los médicos se miraron confundidos pues no se imaginaban que ella supiera nada de esas cosas- Pero me queda el otro- dijo ella muy seria.- ¿algún otro daño? ¿Las trompas están bien?

Los médicos hablaron entre sí y el hombre mayor se volvió- No creo que se hayan dañado aunque con la pequeña infección posterior no podemos estar seguros.

-¿Cuántas probabilidades tengo de quedarme en estado?- preguntó mirando a su madre que la observaba orgullosa.

-No podemos dar una aproximación, Milady- dijo el médico ruborizado.

Marian se enfadó- Entonces ¿por qué le han dicho a mi marido que no creen que tenga posibilidades de alumbrar?

Los médicos no sabían que decir hasta que el doctor de más edad la miró- El trauma sufrido en esa zona hace que sus posibilidades se reduzcan considerablemente.

-Al cincuenta por ciento si sólo tengo un ovario sano- dijo ella realmente enfadada- pero tengo esas posibilidades.

-Tranquilízate, cariño- dijo la duquesa sentándose en la cama a su lado.

-¿Mamá, no te das cuenta? ¡Hasta hace cinco minutos pensaba que no podría concebir y ahora me encuentro con que tengo el cincuenta por ciento de posibilidades y Scott no lo sabe!- estaba indignada y fulminó a los médicos con la mirada- ¡Fuera de mi habitación!

-Marquesa deberíamos...

-¡Fuera de mi habitación! ¡E informare a la Reina de esto!- Los médicos se

atropellaron al salir.

-No seas dura con ellos, cariño. Te han salvado la vida- susurró su madre.

Marian la miró y de repente se echó a llorar- Lo siento pero es que me he enfadado tanto...

-Lo sé- su madre la abrazó- Cariño, deberías estar contenta.

-Que Scott pensara que no podría darle hijos me hacía sentir inútil, mamá. Como si ya no valiera para estar casada con él.- abrazó fuertemente a su madre.

-Es nuestra cruz. Las mujeres de la alta sociedad sólo valemos para eso, mi amor.- susurró su madre- Para darles la dote y para tener a sus hijos. El resto del tiempo somos elementos decorativos.- se separó de ella para mirarla a la cara- Pero tú nunca serás como nosotras, mi vida. Tú eres mucho más inteligente y Scott no es como el resto de los hombres.

Marian sonrió sorbiendo por la nariz – Es cierto, no es como los demás.

Era una rata asquerosa, pensó al salir su última visita. Cogió un libro y lo abrió –Querida ¿qué ocurre?- preguntó Sophie acercándole un té.

-Nada- refunfuñó ella cerrando el libro de golpe.- ¿Qué hora es?

-La seis de la tarde.

Se quedó mirando el fuego durante un buen rato hirviendo por dentro hasta que la puerta se abrió. Levantó la vista indiferente y sonrió al ver a su marido- Vaya, vaya- dijo él mirándola sentada en su silla- ¿Cómo te encuentras?- preguntó acercándose para besar a su esposa.

-Has tardado mucho ¿no? ¿Qué tal esa esgrima?

-Le he dado una paliza- dijo indiferente quitándose la chaqueta. Sophie salió discretamente de la habitación y él se empezó a desvestir.

-¿De verdad?- preguntó sorprendida – Que curioso, porque el Duque de Stradford cuando se fue hace una hora no te había visto en todo el día.

Scott se detuvo en seco mientras se desabrochaba la camisa- Joder...

-¿Eso es por haberme mentido o por qué te he pillado?- preguntó enfadada

-¿Por qué me has pillado?- preguntó divertido.

Marian le miró sorprendida- ¿Qué pasa Scott?

Él suspiró agachándose a su lado- No pasa nada. He estado haciendo ciertas cosas...

-¿Cómo qué?- le miró fijamente a los ojos- ¿Qué es tan importante como para que me mientas?

-Estaba buscando a Lady Garwood.

-¿Y por qué me mientes...?

-No quería que me preguntaras a donde iba- dijo acariciándole la mano.

-Dios mío ¿dónde has estado?- preguntó asustada- ¿No habrás ido a los bajos fondos tú solo?

-¿Ves?

-¡Scott!

-Está bien, he preguntado en algunos sitios poco recomendables.- dijo desviando la mirada.

Ella le observó con miedo- ¿Y por qué no contratas a alguien? ¿Por qué tienes que ir tú?

Scott suspiró levantándose y quitándose la camisa- No es su mujer a la que casi matan.

-¿Esto es por orgullo masculino?- preguntó indignada- Pues te diré una cosa. Te quiero vivo a mi lado y me importa poco tu orgullo.

-Marian...

-Escúchame bien- dijo muy seria- ¡Tengo la intención de estar casada contigo muchos años, así que más te vale estar a mi lado!

Scott sonrió -Querida ya sé que no voy a librarme de ti. Ni las balas te detienen.

-Exacto.- cuando se dio cuenta de lo que había dicho se echó a reír. Scott la cogió en brazos y la besó.

Ella lo miró a los ojos- Han estado aquí los médicos

Scott se paró en seco mirándola - ¿Qué han dicho? ¿Todo va bien?

-Tengo un cincuenta por ciento de probabilidades de quedarme en estado.- susurró mirando sus ojos.

-Pero ¿tú estás bien?

La pregunta la conmovió y le abrazó escondiendo la cara en su cuello- Sí, estoy bien.- Scott dejó salir el aire que estaba reteniendo.

-Eso es estupendo- dijo dejándola sobre la cama y acariciando su muslo.

-¿Cuándo nos vamos a casa?

-No podemos irnos hasta que no se solucione todo, Marian- dijo bajando su mano por el muslo hasta su pantorrilla- órdenes de la Reina.

Frunció el ceño- Pero ¿y si...?

-Los encontraré - dijo mirándola fijamente- Tú descansa y recupérate ¿vale?

-Odias estar aquí.

Él levantó una ceja-¿Cómo lo sabes?

-Te conozco -dijo recostándose sobre las almohadas -y odias estar con tanta gente a tu alrededor. Y odias estar bajo la supervisión de la Reina.

Scott empezó a subir la mano por debajo del camisón por la pantorrilla y a Marian se le cortó el aliento. -No esperaba empezar así la vida de casados, cielo- dijo con voz ronca.

-Scott- gimió ella al sentir su mano por debajo de su rodilla.

-No te voy a negar que me gustaría que estuviéramos tú y yo solos. –dijo acariciando el interior de su muslo- Y hacer el amor día y noche.- al oír su gemido, Scott carraspeando se separó de ella levantándose de la cama- Creo que será mejor que me prepare para la cena. – se acercó a ella y le bajó el camisón cubriendo sus piernas.- Sí, así está mejor- se quitó la camisa y la tiró a un lado.

Marian suspiró al ver su espalda. Se moría por estar con su marido ¿Cuándo podría acostarse con él? pensó con el ceño fruncido mientras le veía asearse. Era tonta, tenía que haberlo preguntado. Se tocó la herida que estaba en mal sitio para hacer el amor. Ya podía aquella puta haberle disparado en otro sitio. Hizo una mueca pensando que dentro de lo que cabía estaba viva.

-¿Y por qué no nos vamos a mi finca de Southampton? – preguntó ella con voz ronca.

Scott se volvió y alzó una ceja-¿Y salir de Londres?

Se abrió la puerta de golpe y Scott se volvió con un arma en la mano. Marian chilló al ver a su madre en la puerta y su marido suspiró bajando la pistola- Lo siento – dijo su madre pálida.

-¡Mamá, no puedes entrar así en mi habitación!- dijo con los nervios de punta. Miró a su marido- ¿Y cómo has cogido el arma tan rápido?

Scott se encogió de hombros- Duquesa...

La Duquesa miró a su yerno desnudo de cintura para arriba y Marian echó una risita al ver su cara de admiración- Cariño... no voy a dudar de tu gusto nunca más.

-Gracias, mamá- dijo divertida al ver como Scott se ponía la camisa rápidamente ligeramente sonrojado.

-¿A qué debemos esta visita?

La duquesa se puso seria- La han cogido.

Scott y Marian se pusieron tensos- Estaba intentando huir de Londres escondida en un carro lleno de provisiones, pero como Victoria había ordenado que se revisara cada carro de arriba abajo, la han pillado.

-¿Dónde está?- Scott se estaba vistiendo rápidamente.

-La traen para aquí. La reina se encargará de ella personalmente.

-Scott- dijo intentando levantarse.

-¡Quédate en la cama, Marian!- exclamó el al verla moverse- Te lo digo en serio. Quédate en esta habitación y ni se te ocurra salir.

Al ver la mirada de Scott, asintió. No quería que su marido se preocupara por ella. Sentada en la cama con las piernas colgando dijo – Te espero aquí.

Él se acercó y le dio un suave beso en los labios- Volveré en cuanto pueda- dijo antes de salir como una exhalación.

Su madre se disponía a salir y Marian le preguntó – ¿Dónde vas?

-No pensarás que no voy a ir a disfrutar de cómo interrogan a esa zorra.

¿Verdad?- Marian abrió la boca sorprendida y su madre le preguntó divertida- ¿De quién crees que has heredado esa vena vengativa?

Se echó a reír al verla salir.

Susan y Sophie preocupadas no tardaron en llegar. Andaban de un sitio a otro volviéndola loca. – ¿No tenéis nada que hacer?

-Seguimos órdenes- dijo Sophie tensa- Por mí estaría viendo como le dan su merecido.

-Exacto –dijo Susan colocando por tercera vez una de sus batas.

-No os imaginaba tan sanguinarias – murmuró cogiendo un libro.

Pasó el tiempo y le llevaron la cena. Era tan abundante que no pudo con todo.-No puedo más- Sophie le apartó la bandeja frunciendo el ceño pero no dijo nada. Simplemente le dio la bandeja a un lacayo que esperaba al otro lado de la puerta.

-Cuanto tardan ¿no?- preguntó inquieta.

-Seguramente acaban de empezar –dijo Sophie.- La traían desde la otra punta de Londres.

Se mordió el labio inferior preocupada.- Deberías dormir, Marian- dijo Susan.

-No tengo ganas- respondió aunque estaba agotada.

Pasó otro rato y Marian observaba el fuego. Poco a poco sus ojos se fueron cerrando.

Capítulo 12

Cuando se despertó le dolía la cabeza. Gimió sentándose y se asustó al darse cuenta que estaba sobre algo húmedo. Estaba muy oscuro y hacía frío. ¿Dónde estaba? Tenía sensación de mareo y se abrazó a sí misma.

Miró a su alrededor sin que pudiera ver nada. Estaba negro como la boca del lobo. Tocó el suelo de madera. Madera mojada y siguió palpando poniéndose a gatas. La sensación de mareo volvió y temió vomitar, así que se quedó quieta. Respiró hondo y frunció el ceño. Oía mal, no se había dado cuenta hasta ese momento. Era un olor penetrante, como a pescado.

Una idea absurda se le pasó por la cabeza. Que estaba en un barco. Pero eso no podía ser. ¿Cómo la iban a sacar de Palacio? El terror la recorrió al sentir un movimiento. ¡Se movía, el suelo se movía! Intentó pensar respirando pausadamente. Cuando consiguió tranquilizarse un poco, cerró los ojos y escuchó a su alrededor. Salvo unos ligeros crujidos, no se oía nada. Ni voces, ni movimientos sobre ella. ¿Un barco vacío? Eso no podía ser. Había leído lo suficiente para saber que en un barco siempre quedaba alguien de guardia. ¿Estarían dormidos? Eso sí podía ser. Los marineros no ganaban lo suficiente para no dormir durante las guardias. Estiró las piernas moviéndolas a su alrededor. No había nada. Volvió a ponerse a cuatro patas y palpó a su alrededor hasta llegar a una pared de madera. Siguió la pared hasta llegar a la esquina y siguió gateando hasta llegar a la siguiente. Se levantó y siguió caminando cuando su cabeza se golpeó con algo. Aturdida levantó la mano intentando protegerse, cuando tocó lo que parecía una escalera. Con la otra mano se tocó la frente – ¡Mierda!- exclamó al darse cuenta de que sangraba. Con la mano ensangrentada tocó la escalera palpándola hasta base. Le dolía la cicatriz y respiró hondo antes de empezar a subir la escalera cuidadosamente, con una de sus manos levantadas para no pegar con la cabeza en el techo. Después de subir cuatro escalones, su mano tocó el techo. Subió otro escalón y con cuidado de no tirar demasiado de su herida levantó el otro brazo para empujar. No se movió pero tampoco tenía demasiadas fuerzas. Entonces se dio cuenta de que empujando con la espalda igual tendría más fuerza. Se volvió lentamente y subió un par de escalones colocando sus hombros pegados a la trampilla y empujó con fuerza, abriéndose ligeramente. Se mordió el labio inferior pues la trampilla al cerrarse había hecho ruido. Esperó escuchando

atentamente si llegaban pasos pero no oyó nada. Después de unos minutos se dio cuenta de que era demasiado pesada para ella. Necesitaba algo para usar como palanca. Dame un punto de apoyo y moveré el mundo –murmuró pensando en que podía utilizar. Una tabla del suelo. Buscó durante un buen rato una tabla que estuviera algo suelta. Sentada de rodillas tiró de la tabla, rompiéndose varias uñas en el esfuerzo. Cuando consiguió levantar uno de los extremos se clavó una de las puntas en la palma de la mano. Consiguió no gritar llorando de frustración, llevándose la mano herida a la bata y limpiándola suavemente. Como no podía ver, no sabía cuánto daño se había hecho pero lo que sí sabía era que no había traspasado la mano. Tomó aire intentando dejar de sollozar. Llorando no conseguiría nada. Arrancó un trozo de su camión y se lo ató alrededor de la herida cerrando el nudo con los dientes. Se levantó mirando hacia la tabla y con ella entre sus piernas la cogió palpando para no tocar las puntas. Tiró con todas sus fuerzas arrancándola del suelo. Del impulso por poco cae hacia atrás con la tabla en las manos, pero consiguió mantener el equilibrio. Con cuidado se palpó la herida de su vientre. Todo iba bien pensó, mientras despacio se acercaba hacia la escalera. Cuando consiguió volver a ponerse en posición tuvo que tener cuidado pues la tabla tenía cuatro clavos en los extremos. Colocó la tabla en el borde de la trampilla y empujó con los hombros con todas sus fuerzas abriendo una abertura. Los clavos rascaron la madera al pasar al otro lado. Suspiró al conseguir meter la tabla.- Gracias a Dios- susurró al ver que había conseguido su objetivo.

Después descansó unos minutos y volvió a empujar con la tabla y el hombro, consiguiendo abrir la trampilla lo suficiente para subir otro escalón y empujar con fuerza. Cuando la trampilla se abrió la sujetó con una mano para que no cayera al otro lado y miró a su alrededor pues entraba algo de luz por un ojo de buey. Era el almacén del barco. Estaba rodeada de barriles y cajas. Una rata pasó frente a ella mirándola con curiosidad.

Despacio volvió a cerrar la trampilla procurando no hacer ruido. Pisó algo pringoso al ir descalza pero lo ignoró, mejor no saber de qué se trataba. Vio otra escalera de madera y se dirigió hacia allí. Afortunadamente llevaba a una puerta y suspiró de alivio pues ya no tenía fuerzas para nada. Cogió el pomo y lo giró lentamente. Oyó pasos al otro lado y se quedó paralizada. Los pasos siguieron de largo y dejó salir el aire que estaba conteniendo. Abrió la puerta muy despacio y crujió poniéndole los pelos de punta. Cuando la abrió lo suficiente miró hacia fuera. Era un pasillo con varias puertas y una escalerilla al fondo. Allí estaba la salida. Lo que no sabía era que iba a hacer en cuanto saliera. Entonces recordó algo. ¿Qué era lo más peligroso que podía pasar en un barco? Volvió al almacén y no tardó en encontrar lo que necesitaba. Al fondo había colgadas de unos ganchos del techo unas lámparas de aceite. Derramó el aceite en el suelo y luego fue donde estaban las municiones, cogiendo una bolsa de cuero que contenía pólvora. Con

cuidado fue echando un reguero de pólvora desde el aceite hasta la puerta. Allí no había armas así que cogió dos dagas que encontró y chocó una contra otra hasta que saltó una chispa sobre la pólvora. Al ver que se encendía salió por la puerta rápidamente y subió las escaleras corriendo. Al llegar arriba un marinero que estaba sentado delante del timón con una botella en la mano la vio y abrió los ojos como platos. Marian miró a su alrededor para darse cuenta de que el puerto estaba a unos treinta metros, así que sin pensarlo salió corriendo y saltando sobre una caja que había al lado de la borda, se tiró al mar.

El agua estaba helada y al salir a la superficie gimió al haber estirado la herida escupiendo algo de agua y se giró hacia el puerto. Al oír los gritos en el barco, sacó fuerzas y empezó a nadar lentamente hasta el puerto. Cuando estaba a la mitad, volvió la cabeza para ver que no podrían controlar las llamas y algunos marineros empezaban a saltar por la borda.

-Mierda- dijo entre dientes antes de nadar con más ímpetu. La explosión del barco la hizo hundirse por la onda expansiva y chocar contra las piedras del puerto. Se agarró a una gruesa sogá mientras los gritos resonaban a su alrededor. Afortunadamente varias personas se concentraron en el puerto y varios soldados del ejército con sus casacas rojas llegaron corriendo con sus armas en la mano. Al ver a los hombres armados gritando y empezando bajar las escalerillas que llegaban a las barcas Marian gritó- ¡Disculpen!

Dos soldados se giraron hacia ella sorprendidos encima de la barca – ¿Podrían ayudarme, caballeros?

Los hombres acercaron la barca todo lo que pudieron ayudando a Marian a salir del agua mientras le preguntaban qué había pasado. Empapada y muerta de frío fue muy consciente de que su camisón se transparentaba al estar mojado y sólo dijo- Necesito que hablen con mi madrina.

-¿Y quién es su madrina? – preguntó uno de los soldados quitándose su casaca y colocándosela sobre los hombros galantemente.

-Su Majestad la reina Alejandrina Victoria de Inglaterra. – los soldados abrieron los ojos como platos y luego se echaron a reír.

-¿Ha perdido un tornillo?- preguntó uno de ellos.

Marian se enderezó- Soy la Marquesa de Brentwood, hija del Duque de Warminster y ahijada de la Reina. Ustedes sabrán si quieren dudar de mí.

-¿La Marquesa de Brentwood? Pero si está muerta- dijo con desprecio el soldado que le había dado la casaca.

-¿Disculpe?

-La mataron el día de su boda .Todo Londres lo sabe.

-¡Lléveme ante su superior!- exclamó ella mientras todo el puerto la miraba. Los marineros empezaron a llegar en las barcas y levantó la mano señalándolos –¡Y detenga a todos esos hombres!

Uno de los soldados vio sus anillos y se puso en guardia, apuntando a los que llegaban.

Los soldados que estaban sobre el puerto cogieron las armas y uno de los hombres que estaba en el puerto gritó- ¡La hemos encontrado!- y lo volvió a gritar bien alto antes de salir corriendo.

La sacaron de la barca rápidamente rodeándola varios soldados armados. Mirando por debajo del codo de un soldado observó cómo detenían a todos los marineros. Llegó un carruaje a toda velocidad y Marian intentó mirar quien era. De él se bajó un hombre que Marian reconoció como el hombre que acompañaba a Julie cuando fue a su casa.

-Marquesa de Brentwood- se acercó a ellos y los guardias le apuntaron con sus armas- Julie la estaba buscando ¿Quiere esperar en el carruaje?

-La Marquesa no se mueve de aquí- dijo el soldado que se había quitado la casaca.

-Está descalza y tiene frío- dijo el hombre mirándola preocupado – Además está herida. Su marido no tardará en llegar. Haré que se baje el cochero. Ustedes pueden vigilarla dentro del carruaje.

-Por favor – dijo Marian aterrada de frío, temblando. Además sentía que sus fuerzas la estaban abandonando.

-Está bien- dijo otro soldado- que se baje el cochero. Still revisa el carruaje.

Uno de los soldados salió hacia el coche y lo revisó por dentro. El cochero casi se tiró del pescante en cuanto lo apuntó con su arma. El amigo de Julie no se acercó a ella solamente la observaba en la distancia.- Scott...- dijo ella.

-En cuanto me avisaron le envié un mensaje. No tardará en llegar. - dijo él sonriendo- Es dura de pelar, Marquesa.

Sonrió débilmente mientras uno de los soldados la cogía por el codo ayudándola a llegar al carruaje. Al sentarse en el mullido asiento cerró los ojos y lloró de alivio. Por la ventanilla apareció una manta y Marian la cogió sin rechistar abrigándose con ella.

Apareció una bebida caliente y ella la cogió sin ver quien se la daba. Se atragantó al tragar pues era una bebida muy fuerte. –Es ron caliente- dijo el hombre riendo desde el otro lado de la ventanilla.- Bébaselo. Le sentará bien.

Marian dio sorbitos a su bebida y se dio cuenta de que el hombre tenía razón. Al cabo de unos minutos se sentía mucho mejor. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero el hombre no dejaba que su taza estuviera vacía, hasta que un carruaje llegó a toda velocidad.

– ¡Marian!- gritó Scott bajando del carruaje de un salto.

El hombre amigo de Julie gritó – ¡Scott, aquí!

Marian se acercó a la ventanilla algo mareada- ¡Querido!-Scott abrió la puerta de golpe y Marian sonrió- ¡Querido!

-Dios, ¿estás bien?

-¡Quiero ir a casa, tengo frío!- protestó ella como si tuviera cinco años.

Su marido la miró preocupado y la cogió por la barbilla. A Marian se le cerraron los ojos- Marian, ¿estás borracha?- preguntó sorprendido

-Es culpa mía.-dijo el hombre sorprendido mirando a Marian- Le di una bebida con ron y me parece que su estómago no es tan duro como el resto de su cuerpo.

Scott cogió su mano y le retiró la tela. Juro por lo bajo al ver la herida en el centro de la palma de la mano. – ¿Cómo estás cariño?- pregunto mirando su cara.

-Bien, quiero irme a mi casa ¡La mía!-dijo cogiéndolo por el cuello para que Scott la subiera en brazos.

-Nos iremos a casa, te lo prometo- dijo contra su mejilla llevándola a su carruaje.- Tu madre está en palacio

-No, ¡quiero irme a casa!- el alcohol y el frío no la dejaban pensar.

-Tenemos que pasar por palacio, mi vida- dijo mientras la sentaba en su asiento.- La Reina está como loca poniendo Palacio patas arriba.

Se sentó a su lado abrazándola y pegó un golpe al techo. El carruaje se puso en marcha y Marian suspiró apoyando su mejilla contra su pecho- Me van a terminar matando.

-Te querían canjear por Lady Garwood- murmuró él – Todavía no sé cómo te sacaron de Palacio pero quien haya sido está muerto.

Scott la abrazó con fuerza y Marian se sintió mucho mejor- Cuéntame lo que ha pasado, cielo.

Marian se lo contó rápidamente y Scott la miró sorprendido.- ¿Tú has hecho explotar el barco?

-Tengo mis recursos.

Scott se echó a reír pero perdió la risa al ver su herida en su frente. Se la besó suavemente. –Cielo, como no encontremos a esos salvajes te van a dejar hecha un desastre.

Marian se rió de la gracia y gimió cuando sintió un tirón en la herida. Luego se echó a llorar y Scott le acarició la espalda- Marian lo siento.

-¿Por qué?

-Soy una calamidad intentando protegerte.

-Pero ¿qué dices? Estaba en Palacio ¿Quién iba a pensar que pudiera pasar esto?

Su marido la miró a los ojos –Exacto.-Scott se puso tenso- Sólo había ciertas personas autorizadas a pasar a tu habitación. Dos lacayos estaban ante tu puerta. Sólo podían pasar tu madre, Sophie, Susan, la Reina.

-Y los médicos-susurró ella contra su pecho.

El carruaje se detuvo y Scott la cogió en brazos pasando ante un montón de

gente. Marian escondió el rostro tapándose con la manta.- ¡Marian!-gritó su madre levantándose de una silla donde Susan y Sophie la estaban atendiendo.

Levantó el rostro y la miró sonriendo débilmente- ¡A la habitación!- espetó Scott a las chicas. Que rápidamente les siguieron.

En cuanto entraron Scott dijo –Cerrar la puerta con llave.

Susan lo hizo sin perder tiempo mientras Scott la dejaba sobre la cama. – Necesitamos bañarla- dijo su madre limpiándose las lágrimas.

-Susan, Sophie no quiero que en esta habitación entre absolutamente nadie- dijo el quitándole la manta- tendréis que encargarnos vosotras de traer el agua.

-Entendido- dijo Susan yendo hacia la puerta. –Duquesa, cierre la puerta.

La duquesa cuando salieron cerró la puerta- ¿Qué pasa, Scott?

-Que alguien de los autorizados para entrar en esta habitación se ha llevado a Marian, así que no me pienso separar de mi esposa hasta encontrar quien ha sido.- dijo el quitándole a Marian la casaca delicadamente.- Ayúdame a quitarle el camisón.

La duquesa al ver el agujero de su mano se echó a llorar- Mamá, no llores- dijo Marian casi sin fuerzas.

Scott rasgó el camisón mojado levantándola delicadamente mientras la duquesa tiraba el camisón a un lado. Scott fue hasta la chimenea y metió dos leños para aumentar el calor de la habitación. Llamaron a la puerta y la duquesa volvió a abrir mientras Scott quitaba la venda de su herida. Frunció el ceño y Marian miró hacia abajo mientras Susan y Sophie empezaban a meter el agua. – ¿Está mal?

-No, cariño. Sólo te ha sangrado un poco- respondió sin mirarla.

Cuando se volvió a cerrar la puerta las mujeres prepararon la bañera. – Vamos preciosa, el baño te sentará bien.

-Está listo, Scott- dijo la duquesa comprobando el agua.

-Lavarme bien, el puerto...- a Marian se le cerraban los ojos.

-No te preocupes, cariño- dijo Scott preocupado al ver que se dormía.

-Dios mío, no me digas que va a volver a tener fiebres- dijo la duquesa inquieta al borde de las lágrimas.

-Se ha bañado en unas aguas heladas. Sólo espero que el Señor nos dé un respiro- dijo Scott metiéndola en la bañera.

La bañaron rápidamente y la secaron todo lo que pudieron para meterla en la cama. Scott levantó los cabellos de Marian por encima de las almohadas para que se secaran más rápido. Echó otros dos leños a la chimenea y miró a su mujer completamente dormida bajó las sabanas- Necesitamos un médico - dijo Scott mirando a la duquesa.

-¿Y los de la Reina?

-No me fío de nadie- dijo él mirando a Susan y a Sophie- ¿por qué no estabais con Marian cuando yo estaba en el interrogatorio?

-Se quedó dormida y queríamos saber algo, así que salimos para ver si alguien nos contaba que estaba pasando- dijo Sophie muy nerviosa mirando a Susan.

-Duquesa- dijo mirando a su suegra- ¿se fía de ellas?

Las tres jadearon sorprendidas- Pues claro que sí, han cuidado de Marian desde que nació- dijo la duquesa ofendida.

-Pues lo que yo sé, es que Marian ha sido dos veces atacada en su casa y otra vez aquí. Y nosotros somos los únicos que estamos en contacto permanente con ella.

Susan le miró con los ojos entrecerrados –Y yo podría decir que empezaron a atacarla en cuanto lo conoció.

Scott levantó una ceja y la mujeres se acercaron a la cama protegiendo a su cría. –Está bien. Además ninguna de ustedes hubiera podido cargar con ella.

-Pero usted sí- dijo Sophie.

-Yo estaba con la Reina- dijo frustrado.

-Entonces fue uno de los médicos- dijo Susan.

-¿Y cómo la sacaron sin que lo vieran los lacayos?- preguntó la duquesa.

-No lo sé, todavía – miró a su esposa-Como no confío en su médico duquesa, por razones obvias, Sophie irá a buscar al mío- dijo Scott acercándose a Marian.

Sophie se acercó a la puerta rápidamente mientras Scott le daba instrucciones- Volveré lo más pronto posible.

Pasaron nerviosos por la habitación hasta que por fin llegó el médico al amanecer. Revisó a Marian sin que esta se despertara y le aplicó una pomada sobre la herida de la operación para evitar una infección. A la de la frente no le dio importancia pero cuando le vio la mano frunció el ceño. –Espero que no se le infecte.- le aplicó la misma pomada que en la otra herida y se la vendó suavemente.

Suspiró al mirarla- La Marquesa ha pasado por mucho, su cuerpo está débil.- dijo tocándole la frente.- ¿Cuando la dispararon sufrió de fiebres?

-Sí, aunque no fue muy alta pero hace unas semanas estuvo muy enferma. De hecho casi se nos va- dijo la duquesa muerta de miedo.

-Es demasiado para cualquiera- murmuró el médico- les voy a dejar unas hierbas. Que se tome una infusión ahora. Es para las infecciones.

-Doctor sin contar con una posible infección. ¿Ahora está bien?- preguntó Scott.

-De momento sí. Que se tome la infusión lo antes posible.

Susan cogió las hierbas y salió corriendo.

Scott habló con el médico que se fue cinco minutos después. Se pasó la mano por el pelo desesperado- ¿Qué hacemos?

-Deberíamos sacarla de Londres – dijo la duquesa angustiada- Cuanto más lejos mejor.

Susan le dio la infusión a Marian que estaba medio dormida y cuando volvió a tumbarse murmuró-Scott, ven a la cama.

Su marido sonrió- Enseguida, mi vida.

La duquesa se levantó sin apartar la vista de su hija- Vayámonos a la cama. Hay que descansar por si se pone más enferma. La Reina está furiosa.

-No me extraña después de que Lady Garwood no abriera la boca en el interrogatorio. Y después pasa esto.

-Tengo miedo- dijo mirando a su hija.

-Y yo- dijo su yerno quitándose la chaqueta.

-Es de día, así que durmamos unas horas- Sophie fue hasta la puerta – Marqués, cierre por dentro.

En cuanto salieron Scott cerró la puerta y puso una pistola sobre la mesilla de noche. Se acostó al lado de su esposa y ella sonrió cuando la abrazó.- Calentito- murmuró ella.

Scott sonrió y cerró los ojos a su lado.

Marian se despertó dolorida y se dio cuenta de que estaba de lado en la cama con el brazo de Scott rodeando su cintura. Gimió al intentar darse la vuelta apoyando sus pies en el colchón. Le dolían los pies y frunció el ceño.

-¿Estás bien?- susurró Scott.

-Me duelen los pies – Scott se levantó apartando las sábanas.

Le acaricio los pies suavemente y al tocar el puente Marian se echó a reír- Me haces cosquillas- dijo apretándose la herida del vientre.

Scott sonrió – No tienes heridas. Seguramente es porque ayer sufrieron un poco.

Marian le observó el cuerpo desnudo- Cariño, ¿nunca te pones camisón?

Él levantó una ceja- ¿Quieres que use esa cosa?

-Creo que por mi tranquilidad mental, deberías usarlo.

Scott se echó a reír volviendo a tajarla y tumbándose a su lado. –Esta noche me lo pondré. Tendré que conseguir uno, porque no los uso desde los dieciséis.

-Desde los dieciséis, ¿eh?- preguntó divertida. Le miró a los ojos y él le acarició la mejilla.

-Fui un poco precoz.- él le dio un beso en los labios.

-No tengo ninguna duda.

Respondió a su beso acariciándole el hombro y cuando se separó de ella Marian dijo- Tengo un aspecto horrible ¿a que sí?

-Te he visto en mejores circunstancias.- respondió con voz ronca y le acarició un pecho sobre el camisón- pero creo que me excitarías hasta calva y bizca.

Marian se echó a reír y en ese momento llamaron a la puerta. Scott se levantó de la cama y se puso la bata. Giró el pestillo de la puerta y abrió.

Susan asomó la cabeza- Disculpe Marqués pero su Majestad quiere verles.

Scott alzó una ceja y la doncella continuó en voz más baja- Se rumorea que quiere hacer una reunión con todos los implicados.

Marian se incorporó ignorando el dolor de la mano-¿Yo también tengo que ir?

-Sólo si estás en condiciones. Si te encuentras mal, estás dispensada- Marian frunció el ceño. Allí pasaba algo que ella no llegaba a entender.

-Está bien, ven a ayudarme en cuanto el Marqués se vista.

-No hay prisa, se os convoca para dentro de una hora. Os traeré el desayuno- dijo cerrando la puerta.

-¿Qué ocurre, Scott?- preguntó mirando a su marido que se acercaba al armario.

-Supongo que su Majestad está harta de esta historia- cogió unos pantalones beige del armario y se los puso rápidamente.

Ella pensó en ello y de repente se acordó de algo- Scott ¿por qué los soldados del puerto pensaban que yo había muerto?

Su marido la miró- Eso fue cosa mía para que los que todavía estuvieran interesados en la cacería ya no se molestaran en seguir. Desgraciadamente mi oferta de mil quinientas libras no a surtido efecto, aunque tampoco había pasado mucho tiempo para que nos solucionara el problema. Así que se me ocurrió aprovechar el atentado ante todo Londres para decir que te habían quitado del medio.

Marian sonrió- Pero que marido más listo tengo.

Hizo una mueca mientras se abrochaba la camisa-No tanto, sino ayer no te habrían sacado de la habitación.

Volvieron a llamar a la puerta y Scott fue a abrir- ¿Os habéis enterado? preguntó la Duquesa entrando en la habitación con ropa de cama.

Marian vio divertida como su madre entraba sin darse cuenta de que Scott arqueaba una ceja por la intromisión- Mamá, Scott se está vistiendo.

Su madre se giró para mirar a su yerno de arriba abajo. -Ya está casi vestido- dijo al ver como se ponía las botas.

Marian puso los ojos en blanco y su madre se acercó a la cama-¿Cómo está mi niña esta mañana?

-Dolorida.

-Es lógico después de que te hayan disparado y secuestrado- Su madre se sentó sobre la cama- ¡Vaya racha que llevas, querida!

Marian se echó a reír al oírla y miró a su marido- Hoy se ha levantado de muy buen humor- dijo él observando como apartaba su melena sobre su hombro.

-Es que saltar de un barco en llamas y llegar hasta el puerto nadando levanta el ánimo.

-¿El barco estaba en llamas?- preguntó su madre sorprendida.

-En realidad...- miró las sábanas – lo quemé yo.

Scott se echó a reír y Marian le guiñó un ojo.

-¿Te diste cuenta cómo te llevaron hasta allí?

-Me dormí y me desperté allí. Es todo lo que sé. – dijo encogiéndose de hombros- Me escapé de una habitación de debajo de la bodega y al salir para distraer a los marineros quemé el barco.

-Y explotó- dijo Scott divertido.

-No fueron lo bastante rápidos para apagarlo ¿Qué culpa tengo yo de que sean unos vagos?- preguntó ofendida.

-Ninguna- dijo Scott dándole la razón como a los locos.- De todas maneras gracias a la explosión todo el mundo salió al puerto y el ejército la ayudó- le explicó a su suegra.

Marian sonrió – Fueron muy amables. Tengo que decírselo a mi madrina.

Susan abrió la puerta y entró con una bandeja seguida de Sophie. – Estupendo, estáis todos aquí. He averiguado algo- dijo su antigua institutriz.

Todos la miraron y Sophie se sentó en la butaca de al lado de la chimenea. Tenía el semblante preocupado y Marian perdió la sonrisa.- ¿Qué pasa?

-He oído hablar a dos damas de la Reina y decían que habían escuchado como la Reina fuera de sí acusaba al Marqués de haber secuestrado a Marian ayer.

A Marian se le erizó el pelo de la nuca- ¿A qué Marqués?- preguntó en voz baja.

Sophie miró a Scott que se enderezó muy serio- ¿Estás segura?

Sophie asintió.

-Scott, tienes que salir de Palacio- dijo muy preocupada.

-Si me voy todas las culpas recaerán sobre mí- dijo acercándose a su esposa- Tengo que quedarme para aclarar esto.

-No, está furiosa –dijo muerta de miedo –y temo que tome una mala decisión.

-Marian...- dijo su madre advirtiéndola.

-¡No te metas, mamá!- exclamó poniéndose de rodillas en la cama mirando a su marido- Por favor.

Scott sonrió y le acarició la mejilla- No pasará nada. Yo no he hecho nada.

-Lo sé, por eso tienes que irte hasta que todo se aclare. – Miró a Susan- Ellas te ayudarán a salir sin que te vean ¿verdad?

-Tranquilízate, Marian – se acercó a ella y la abrazó- No pasará nada.

-¡Claro que pasará!- gritó ella intentando apartarse- Si alguien te acusa, quedarás manchado ante todo Londres.

-Por eso tengo que quedarme para solucionar el tema.- le susurró al oído.

-¿Y si la Reina lo toma en serio? ¡Terminarás en la Torre de Londres!

-Eso no pasará- le dijo Scott en voz baja.

Marian se echó a llorar – ¿Qué está pasando? ¿Por qué no nos dejan en paz?

-Shusss...Todo se arreglará, cariño- Scott miró a su suegra por encima del hombro de Marian preocupado.

-Cielo, igual deberías quedarte aquí- dijo su madre.

-¡No!- se separó de su marido- Susan, tráeme un vestido. El que sea...- Se acercó al borde de la cama y Scott intentó impedirselo agarrándola del brazo – Scott, tengo que ir.-se limpió las lágrimas y se levantó suavemente tocándose la herida. Le dolieron los pies pero fue hasta la butaca donde estaba Sophie- ¿Has oído algo más?

-Que la reunión va a ser una especie de enfrentamiento entre todos los implicados. Están convocados hasta los soldados de ayer noche.

Marian asintió.

-¿Ves?- preguntó Scott sonriendo – Todo se solucionará. Nadie puede implicarme a mí porque yo no he hecho nada.

Capítulo 13

Entre las tres la vistieron, mientras Scott terminaba de ponerse la chaqueta y el pañuelo. Marian vestida de lila pálido se sentó con ayuda de su madre para que Susan le arreglara sus rizos negros. – ¿No comes nada?- le preguntó Sophie.

-No tengo hambre- dijo pálida echándose algo de perfume.

-Cielo, tienes que comer algo- dijo su madre- al menos tómate el té.

-Marian...- le advirtió su marido mirándola a través del espejo.

Ella le miró a los ojos que le decían que no la dejaría salir a no ser que tomara algo- Me tomaré el té.- Scott sonrió asintiendo.

Susan le hizo un hermoso recogido a un lateral, pero no podía disimular el golpe en la frente por mucho que intentó tapanlo con el flequillo. –Déjalo Susan, está perfecto- dijo ella apoyando los codos sobre el tocador tapándose la cara. Estaba muy preocupada. Sabía cómo era su madrina cuando se enfadaba y tenía miedo por Scott.

Las manos de su marido tocaron sus hombros masajeándolos y le dijo al oído- Es la hora.

Marian sonrió débilmente levantando la cabeza y enderezando la espalda. Se levantó cogida por el brazo por Scott, pero su marido no la dejó caminar y la levantó en brazos. –Bájame, quiero llegar por mi propio pie.

-No pienso dejar que te agotes por hacerte la valiente- dijo su marido sonriendo y besándola en los labios.

Sophie abrió la puerta para dejarlos salir y dos guardias reales los esperaban al otro lado- Marqueses, acompañennos- dijo uno de ellos muy serio. A Marian se le puso la piel de gallina y acarició el cuello de Scott.

Al ver por el pasillo que iban, Marian se dio cuenta de que iban a la sala del trono. La sala era enorme y cabría mucha gente. Suspiró poniéndose más nerviosa y Scott acarició su espalda. Al llegar a la enorme puerta labrada, Marian le dijo al oído- Déjame en el suelo.

Scott la miró preocupado- Quiero entrar andando.

Su marido la dejó en el suelo a regañadientes y la cogió del brazo. Marian enderezó la espalda mirando hacia delante e hizo un gesto con la cabeza al guardia de la puerta. La gran puerta se abrió y uno de los mayordomos gritó- Los Marqueses de Brentwood.

Entraron en la sala despacio y todo quedó en silencio. La sala estaba llena de gente pero Marian sólo miraba a su reina que sentada en su trono la observaba sonriendo. Al llegar frente a ella se inclinó débilmente mientras su marido hacia una reverencia completa.

-Querida, no te fuerces- dijo la reina mirándola preocupada. -Ven y siéntate a mi lado. Tu marido te ayudará.

Marian sonrió y cogida del brazo de Scott se sentó a la derecha de la reina. Al mirar la sala vio que estaba compuesta de varios grupos. En un lateral estaba una mujer muy maltratada que iba con unos grilletes. A Marian la costó reconocerla como Lady Garwood pues su pelo canoso estaba despeinado y la cara estaba amoratada. Además su vestido parecía el de una profesora no el de una Lady. Recordó las palabras de Emily sobre que su captora parecía un institutriz o una profesora y frunció la nariz de disgusto. Esa mujer era la responsable del calvario de su amiga y no merecía piedad.

Miró a otro gran grupo. Marian dedujo que eran los marineros del día anterior por sus ropas rasgadas y su aspecto. Parecían que se había bañado en estiércol. Estaban sucios y desarrapados.

Giró la cabeza y vio a los médicos que la habían tratado. Todos muy serios miraban a su alrededor preguntándose qué hacían allí. Le llamó la atención que el doctor que le había sido simpático durante su visita, también sonreía allí.

Otro grupo estaba formado por las damas de la reina que estaban un poco más apartadas viéndolo todo. En ese momento el centro de atención era ella y viéndola con la reina cuchicheaban unas con otras. Marian las ignoró.

Cada grupo tenía soldados armados que los rodeaban y Marian se preguntó si esos serían todos los que comparecerían ese día.

Un movimiento detrás de ellas le llamó la atención para ver a los hombres vestidos de negro que vio cuando era pequeña. No podía decir si eran los mismos. Seguramente no, pues había algunos de su edad pero seguían poniéndola nerviosa.

Uno de ellos se acercó y le dijo algo al oído a su madrina. -Bien, empecemos- dijo su madrina asintiendo. -Estamos aquí para averiguar quién ha atentado contra la vida de mi ahijada en reiteradas ocasiones. - Las damas murmuraron y la reina gritó- ¡Silencio!

La reina miró hacia Lady Garwood- ¿Te empeñas en no querer hablar?

La mujer entrecerró los ojos y escupió en el suelo. La sala jadeó por el insulto pero su madrina la miró divertida-¿Te das cuenta, querida? ¿De lo que te quería decir cuando tenías cinco años?

Marian miró a la mujer sin contestar- No tendría que haber sido tan benévola con ella, así no nos hubiera causado todos estos problemas.

-¿Puedo hacerle una pregunta?

-Claro, pregunta lo que quieras a quien quieras

Marian miró a la mujer- ¿Por qué me has querido matar? ¿Qué mal te he hecho yo cuando en la única ocasión que nos vimos te quise ayudar?

La mujer se enderezó sin abrir la boca mirándola con desprecio.- ¿Acaso te perjudique al ayudarte?

-¡Me lo quitaste todo!- gritó ella llena de furia.

Marian la miró sorprendida por el odio que destilaba y Scott le tocó el hombro- Sólo tenía cinco años ¿qué pude quitarte?

-Sino hubieras abierto la boca...

-Hubieras matado a tu Reina- dijo Marian dejándolos a todos pasmados- Hubieras cumplido tu cometido y nadie se habría enterado. ¿Eso es lo que quieres decir?

-¡No! ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Pero por tu culpa me echaron de Palacio y la gente me despreció!- gritó desesperada.

-¿Culpas a una niña de cinco años cuando tú no dijiste nada de lo que estaba ocurriendo?- preguntó la reina sorprendida-¿Cuando tu Reina estaba en peligro y no me protegiste como era tu deber? ¡Suerte tuviste de que no te ahorcara por traición!- gritó la reina.

-¡Me lo quitó todo! ¡Tuve que sobrevivir sin nada!

-¡Fue culpa tuya!- gritó la reina fuera de sí- ¡Y la misericordia que tuve contigo me la pagas así!

-¿Misericordia? ¡Misericordia dice vuestra majestad! ¿Qué misericordia hay en hacer que una Lady tenga que trabajar de dama de compañía para la madre de un caballero intentando sobrevivir? Ninguna dama decente quería tenerme cerca.

-Pero es que tú no eres una dama –dijo la reina – ¡Si lo hubieras sido habrías honrado a tu patria y a mí!

-¿Qué fue de su hijo?- preguntó Marian mirándola con tristeza.

La mujer la miró asustada y Marian entrecerró los ojos- Usted tenía un hijo. Recuerdo que fue la parte amenazada en aquel conflicto.

-¡Contesta!- exclamó la reina. Un hombre de negro se acercó y le dijo algo al oído. La reina con los ojos entrecerrados miró a Lady Garwood. –Dejemos ese tema de momento. –dijo enfurruñada.

La reina miró a los marineros que en cuanto recibieron su mirada se encogieron .-¿Qué tienen estos hombres que decir sobre el secuestro de ayer de mi ahijada?.- se empezaron a empujar unos a otros hasta que apareció en la parte de delante el que parecía el capitán. Un hombre con una camisa blanca y un pantalón por debajo de la rodilla. Era el único que llevaba medias. Así que Marian dedujo que era el capitán- ¡Vamos, que no tengo todo el día!

-No sabemos nada, Majestad- dijo el hombre enseñando sus dientes podridos al sonreír.

-¿Se puede saber cómo llegó mi ahijada al barco?- se estaba enfadando por

momentos.

-La trajo un lord- dijo rascándose la cabeza. Marian miró a su marido.

-¿Cómo sabe que era un lord?- preguntó Marian.

-Porque me dijo su nombre, señorita.

-Es Milady, estúpido- dijo la reina – ¿Qué nombre le dijo?

-Era el Marqués de Brentwood- dijo sin dejar de rascarse la cabeza.

-¿Era yo ese hombre?- preguntó Scott seriamente.

El hombre entrecerró los ojos y le miró atentamente. –No, el Marqués era más feo.

Las risitas de las damas hicieron chasquear la lengua a la reina. Marian sonrió a su marido.

-¿Y cómo de feo era?

-No he dicho que fuera feo- dijo el marinero sin darse cuenta de que replicaba a la reina- Pero es que ese es muy guapo

Las risitas se hicieron más altas y el marinero se sonrojó- Quiero decir...

-Al grano hombre, descríbanos como era. –dijo la reina aguantando la risa.

-Pues un lord- dijo encogiéndose de hombros.

-¿Era rubio o moreno?- preguntó Marian.

El marinero se encogió de hombros mirando a su alrededor- Se parecía a ese-dijo señalando a uno de los médicos.

Marian miró a su objetivo y vio a uno de los médicos –Era rubio y alto- el marinero entrecerró los ojos mirando al médico –Sí, sí se parecía a ese. Mucho.

Todos miraron al médico que se sonrojó intensamente- Le juro Majestad que no tengo nada que ver- dijo el médico muy nervioso.

El médico que siempre sonreía perdió la sonrisa mirando a su compañero y Marian le miró fijamente. Al darse cuenta de que Marian lo estaba observando, se puso tenso.

-¿No puede decirnos algo más sobre él? –preguntó Scott- ¿Qué llevaba puesto?

El marino sonrió – Eso sí puedo decirlo. Llevaba un traje de esos de fiesta.

-Un traje de noche- dijo la reina.

-Eso, eso. Como los que llevan cuando van de putas. –las damas jadearon y Scott se echó a reír. Marian le fulminó con la mirada. Su marido se encogió de hombros mientras los guardias también intentaban aguantarse.

La reina miró al marinero exasperada- ¿Algo más?

-Llevaba un bastón- dijo el marinero- Me fijé porque era muy bonito.

-¿Cómo era?- preguntó Scott poniéndose tenso

-Era negro con el mango de plata. Era un águila.

La sala se quedó en silencio y Marian miró a su marido- ¿Sabes quién es?

-Tengo una idea- dijo Scott rabioso apretando los puños.

-Marqués, vaya a buscarle- dijo la Reina mirándolo con satisfacción – Procure traerlo de una pieza.

-No sé si seré capaz- murmuró su marido.

Marian se puso nerviosa-¿Scott?

-No te preocupes –dijo haciendo una reverencia a la reina- Volveré antes de que te des cuenta.

Lady Garwood estaba muy nerviosa y al ver salir al Marqués gritó en voz alta –Él no tiene nada que ver.

Marian la miró sorprendida- ¿De quién habla?

-De su hijo- dijo la reina sonriendo.

-¿Su hijo?

La reina cogió su mano dándole un par de palmaditas.-El Conde Ormonde

Marian abrió los ojos como platos- ¿El Conde Ormonde es su hijo?- Marian no se lo podía creer. Recordaba el día que la había llevado a pasear y el maltrato a la vendedora de naranjas. Giró la cabeza hacia Lady Garwood-¿Qué intenciones tenía su hijo al pretenderme?- preguntó sintiendo que se le helaba la sangre.

La mujer la miró con odio y después se echó a reír con desprecio.-Mi hijo no le tocaría ni un pelo.- dijo con asco-La desprecia tanto como yo.

Se puso furiosa al ver como habían jugado con ella- Seguro que si me hubiera casado con él, estarían encantados de disfrutar de mi herencia.

-No te sulfures querida- dijo la reina apretándole la mano- Pagarán todo lo que te han hecho. De eso puedes estar segura.

Lady Garwood se puso pálida y por primera vez Marian sonrió al mirarla.- Espero que lo paguen muy caro.

-Así será- la reina miró a los allí reunidos- Todavía nos quedan un par de cosas por resolver.-Marian distraída pensando en todo lo que estaba pasando se dio cuenta de que al conde no lo había visto durante unos días después primer asalto en su habitación. Entrecerró los ojos esperando que se hubiera roto la crisma.

-Todavía nos queda descubrir quien ha ayudado a esta escoria a sacar a mi ahijada de Palacio.- las damas cuchichearon y la reina las fulminó con la mirada- ¡Silencio!

-Sólo había unas cuantas personas autorizadas a entrar en mi habitación- dijo ella mirando a los médicos que se revolvieron nerviosos mirándose unos a otros.

-Exacto. De acuerdo a mis órdenes, sólo ciertas personas podían acceder a tus aposentos- La reina miró al médico más mayor- Doctor Sterling ¿qué puede decirnos sobre eso?

El hombre serio que el día anterior ella había reñido dio un paso adelante. – Ayer después de la visita a la Marquesa yo me fui a mi club, Majestad y no he vuelto a Palacio hasta esta mañana. Como jefe médico dejé instrucciones

específicas dejando en Palacio un cirujano y un médico de apoyo.

-¿Quiénes fueron esos hombres?

El médico se giró haciendo un gesto con la cabeza.- El doctor Smith y el doctor Fishburne.

Los dos médicos dieron un paso al frente- ¿Ningún otro médico se quedó en Palacio?

-No, Majestad. Salieron conmigo de Palacio.

-Eso no significa que no volvieran-dijo Marian desconfiando de todo.

-¡Que llamen a los lacayos que custodiaban ayer noche la puerta!- ordenó la reina.

Los lacayos entraron vestidos con su librea custodiados por la guardia real. Estaban muertos de miedo.- ¿Vosotros sois los que no sabéis hacer vuestro trabajo?

Uno de los lacayos se arrodilló en el suelo y el otro sorprendido le imitó. – No fue culpa nuestra, Majestad. –dijo el primer lacayo- nos engañaron.

Marian frunció el ceño-¿Cómo?

-Una de las damas dijo que teníamos que presentarnos ante su Majestad porque quería hacernos unas preguntas. – el hombre lloraba a lágrima viva- No quería moverme de la puerta pero mi compañero – dijo señalando con desprecio al que tenía al lado- dijo que era una de sus damas y que no teníamos que hacerla esperar.

-No fue culpa mía que esa mujer nos engañara- dijo el otro discutiendo.

-¡Te dije que las órdenes eran no abandonar la puerta!- el lacayo se tiró al cuello del otro y acabaron los dos en el suelo peleándose a puñetazos.

Marian miró a su madrina que observaba divertida la pelea sin hacer nada. Cuando uno de ellos perdió un diente cayendo al suelo de mármol, la reina puso cara de asco e hizo un gesto a la guardia para que los separara- ¡Ya está bien!- exclamó al ver que se resistían- Mi ahijada ya a aguantado bastante.

Marian miró divertida a su madrina que hasta hace un minuto se lo estaba pasando pipa. Cuando los lacayos estaban más calmados mirando a la reina se volvieron a arrodillar como si estuvieran en misa- ¿Está aquí la dama en cuestión?- El lacayo que había hecho la declaración se levantó y se acercó al grupo de las damas mirándolas a todas. Apartó a una de mala manera para coger la que estaba detrás escondida. –¡Esta Majestad, esta es la zorra que me engañó!

Las damas miraban al hombre escandalizadas- Tráigala frente a mí.- dijo la reina divertida. El lacayo tiró de la mano de la dama arrastrándola hasta su majestad.- ¡Aquí está! –dijo satisfecho mirando a la mujer.

Era joven, rubia y muy bonita. Estaba muy sonrojada y miraba al suelo retorciéndose las manos- Lady Esther, ¿se puede saber que locura le pasó por la cabeza para hacer lo que hizo?

-Él me dijo que quería reconocer a la Marquesa para ganar su simpatía,

Majestad. –dijo en un susurro- que cuando viera lo bien que la cuidaba, estaría contenta con él.- de repente se echó a llorar – Me dijo que cuando consiguiera un puesto importante se casaría conmigo.

Las damas no dejaban de mirarla maliciosas mientras cuchicheaban y la mirada fulminante de la Reina las hizo callar- ¿Quién es ese caballero?

El doctor Fishburne dio un paso al frente- Soy yo, Majestad. –Varios jadeos entre las damas hicieron darse cuenta a Marian que era un dandi que se aprovechaba de las mujeres. Era el médico que se parecía al Conde y Marian lo miró sorprendida porque sospechaba mucho más del que sonreía tanto.

-Doctor, me decepciona- dijo la Reina mirándolo preocupada- Ha embaucado a esa muchachita para engañar a mis lacayos.

-Eso majestad, sepa bien que yo no la defraudaría porque sí- dijo el lacayo mirando a la reina como si la adorara.

La reina no pudo evitar sonreír- Gracias. –Volvió a mirar al doctor – ¿Puede explicarse?

El hombre echó un vistazo a Lady Esther que seguía mirando el suelo mientras lloraba –Sé que lo que hice está mal y estoy dispuesto a sufrir las consecuencias. Sólo puedo decir que quería tener una vida mejor, para cuidar de alguien como debe ser cuidada.

Marian miró a Lady Esther que se tapó la cara con las manos para llorar con más fuerzas- ¿A quién le entregó a mi ahijada?

-Un carruaje esperaba fuera con el Conde Ormonde en su interior.

-¿Cuánto le pagaron por entregarme?- preguntó Marian mirando sus ojos.

- Me ofrecieron dos mil libras.

Marian asintió pensando que ese hombre habría cobrado más que todos los anteriores juntos. Tonto no era.- Espero que los disfrute en galeras- dijo ella rencorosa.

El médico palideció y agachó la cabeza.

-¿Alguien más tiene algo que decir?- preguntó la reina apretando la mano de Marian que estaba temblando.

De golpe se abrió la puerta entrando el Conde Ormonde deslizándose por el suelo del impulso que le dieron. Scott entraba detrás de él y lo cogió por el cuello para levantarlo y volver a tirarlo por el suelo entre los gritos de dolor del Conde.- ¡Cómo se atreve! ¡Majestad! ¿Ha visto lo que ha hecho?

Lady Garwood se echó a llorar moviendo los grilletes pues quería taparse la cara y no podía.- ¿Qué le ha pasado a mi madre?- gritó fuera de sí. Miró a Marian y ella se dio cuenta que su mirada estaba ida, como si estuviera loco.- ¡Tú, puta... todo es culpa tuya!- gritó tirándose hacia Marian. Varios gritos se oyeron a su alrededor pero Marian sólo podía mirar sus ojos. Scott lo agarró separándolo antes de que llegara a su mujer, tirándolo al suelo a su lado y dándole dos puñetazos

furioso. –Scott...

Su marido la miró y empujó con asco al Conde al suelo.

–Marqués creo que lo mejor es que se lleve a mi ahijada a sus aposentos.

–Majestad...- dijo Scott intentando retenerse- quiero estar presente cuando se tomen las medidas necesarias.

–Yo también- dijo Marian mirando al hombre que por poco la mata. –pero antes quiero saber algo.

–Pregunta, querida.

–Más que preguntar quiero ver la parte baja de la espalda del conde.

Scott entrecerró los ojos y al final comprendió. Acercándose al conde que con gritos y patadas intentó alejarlo, le dio una patada en el estómago haciéndolo gemir. Scott levantó su levita y la camisa por la espalda. Marian estiró el cuello para ver su espalda y allí estaba una línea rosada que le delataba como su atacante. –¡Eres basura!- le gritó Scott a la cara antes de pegarle un puñetazo que lo tiró otra vez al suelo.

–Marinero, ¿es este el hombre que le entregó a mi ahijada?

–Sí, Majestad- dijo el marinero subiéndose los pantalones- aunque tenía mejor cara.

Los marineros se echaron a reír ganándose una mirada airada de la Reina.

–¡Sáquenlos de aquí!

–Perdón, Majestad- dijo el marinero cuando lo cogieron por los brazos para sacarlo de la sala.- Pero ¿y mi barco?

La reina entrecerró los ojos- ¿Su barco?

–Para escapar quemé el barco, madrina.- dijo indiferente.

–¿Después de secuestrar a una dama de alcurnia cree que va a capitanear un barco?

–Es así de estúpido- dijo Scott con desprecio.

El marinero palideció- Eh, que sólo era un negocio.

–Pues le voy a dar una buena noticia ya que tanto le gusta navegar.- dijo la reina sonriendo.

–¿En serio?- el capitán dio un codazo a uno de sus camaradas.- ¿Me va a dar un barco?

–No exactamente. Irán a galeras.- hizo un gesto con la mano indicando que se los llevaran.

Scott se colocó al lado de Marian mientras al Conde todavía tirado en el suelo lo recogían por los brazos dos soldados de la guardia real.- A Lady Garwood y al Conde Ormonde los condenó a la horca. –dijo la reina sin ningún remordimiento. A Marian la recorrió un escalofrío. La reina miró al señor Fishburne- Usted irá a galeras como mi ahijada ha sentenciado.

El médico asintió para después mirar a Lady Esther- Majestad pido piedad

para Lady Esther. Ella no sabía lo que iba a pasar. La engañé.

Lady Esther se echó a llorar otra vez tapándose la cara y Marian sintió pena por ella.-Madrina...

-No, niña- dijo la reina mirándola fijamente- Ya una vez te hice caso y mira lo que ha pasado. Ella tiene que recibir su castigo, pues sabía de sobra que estaba contradiciendo mis órdenes. -miró a la dama y preguntó-¿o acaso no lo sabías?

Lady Esther asintió limpiándose las lágrimas. La reina gruñó- A partir de este momento quedas despojada del título de Lady y trabajarás en la lavandería de Palacio para pagar tu deuda. No tendrás contacto con tu familia que ya no te reconocerán como hija. Quedas repudiada. -Marian gimió de tristeza por la pobre muchacha. En unos años trabajando allí no sería la misma.- ¿Tienes algo que decir?

-No Majestad, acepto mi castigo- dijo en voz muy baja. Sorprendentemente el señor Fishburne se echó a llorar y a Marian se le llenaron los ojos de lágrimas. Miró a su marido que no entendía nada. Luego tendría que explicárselo. - ¡Ahora sacarlos de mi vista!- dijo la reina exasperada mirando al médico.

En unos minutos se quedaron los tres solos y Scott se agachó al lado de Marian- Querida, vamos a la habitación.

-Sí Marian, necesitas descansar.- dijo la reina mirándola con cariño.

Todavía estaba en estado de shock por la pobre Lady Esther. Le daba la sensación que no podría dormir tranquila con eso sobre su conciencia. Miró a la reina suplicante- ¡No, Marian!

-Por favor... es inocente. Estaba enamorada del hombre equivocado.

-¡Contradijo mis órdenes!

-Lo sé- susurró ella- Pero me siento como si lleváramos a un cordero al matadero.

La reina la miró seriamente- Ya has sufrido bastante como para echarte las culpas de los demás a la espalda.

-Marian...- dijo su marido.

-No Scott, no lo entiendes. Si tú me pidieras algo no dudaría en hacerlo si con eso puedo ayudarte y es lo que ella hizo.

Scott sonrió como si le hubiera dado la luna- ¿De verdad?

La reina se echó a reír al darse cuenta de lo que pasaba.- Marqués, llévesela.- al ver que Marian iba a protestar levantó una mano callándola- Pensaré en ello, pero de momento se queda en la lavandería.

Marian sonrió sabiendo que tomaría la decisión correcta -Gracias, madrina.

Su marido la cogió en brazos y la besó en el cuello haciéndola reír, mientras la reina sonriendo los observaba.

En cuanto llegaron a la habitación Sophie, Susan y su madre se les echaron encima para enterarse de todo lo que había pasado. Le quitaron el vestido mientras lo explicaba todo con ayuda de Scott. - ¿Dónde encontraste al Conde?

-Estaba en el club. -dijo cruzándose de brazos mirándola en ropa interior.-
Por cierto me han echado otra vez.

-No por mucho tiempo -dijo la duquesa muy digna- A mi yerno no se le echa de ningún sitio.

Scott se echó a reír.- Pues lo acaban de hacer.

-Da igual, en cuanto todo el mundo se entere de lo que ha pasado se quedarán de piedra y te besaran los pies para que vuelvas- dijo Marian mientras Susan le quitaba la camisola de la ropa interior.

Su marido se la comía con los ojos y la duquesa se sonrojó – Vamos a ir por la comida- le dijo a Sophie

-Sí, que la niña no ha desayunado nada.

-Es verdad y estoy hambrienta- dijo mirando a su marido a los ojos.

-¿De verdad?- Scott se acercó a su mujer-Déjalo Susan, ya la ayudo yo.

Susan con el camisón en la mano miró al Marqués confundida. Se sonrojó cuando el Marqués se lo cogió de la mano y salió de allí rápidamente. Cerrando la puerta más fuerte de lo que debería- Vas a escandalizar a todo el mundo- dijo ella divertida cogiéndolo por los antebrazos.

-¿De verdad? -Scott le acarició la piel de sus caderas subiendo hasta llegar a sus pechos.- Cielo no voy a poder aguantar mucho más- susurró contra su oído.

-Lo sé – dijo apretándose contra su pecho mientras agarraba su cuello- Yo también quiero que me hagas el amor.

Scott gimió cuando su muslo rozo contra su entrepierna- Me vas a matar- jadeó cuando volvió a restregarse contra él.

-¿Sí?- preguntó besando su cuello y desabrochando su pañuelo.

-Querida..- dijo intentando apartarla- no podemos...

-Un poco- Scott rió entre dientes contra su hombro mientras acariciaba su trasero haciéndola gemir- un poco más.

-No puedes...- le apartó la cara de su cuello y la besó en la boca apasionadamente haciendo que Marian se olvidara de todo. Cuando abrió los ojos tenía el camisón puesto, estaba sobre la cama y su marido la miraba con satisfacción- ¿Cómo lo has hecho?

-No ha sido difícil..- dijo con sorna.

Se sonrojó de vergüenza mientras Scott se reía de ella.- Cariño, hasta hace nada eras virgen. Todavía te obnubilas con un beso.

-¿Y tú no lo haces?

-Yo soy un hombre experimentado.- Marian entrecerró los ojos al darse cuenta de que ella no le afectaba de la misma manera que él a ella. Era la guerra.

Capítulo 14

Al día siguiente cada uno se fue a su casa. La nueva casa de Marian en Grosvenor Square estaba bien y aunque tenía a Susan, echaba a Sophie y a su madre de menos. Pasaba muchas horas sentada en el sofá de su casa sola, pues Scott tenía negocios que atender y sólo lo veía en algunas ocasiones durante el día. Después de cuatro días se subía por las paredes pues ya se encontraba muy bien y su cicatriz ya estaba casi curada. La tenía sonrosada y aunque le quedaría una cicatriz que la acompañaría de por vida, eso no le importaba. La mano también estaba muy bien y en un par de días se podría quitar la venda. Sus amigas y su madre le hicieron una visita. Emily se alegró mucho cuando se enteró de que su captora había sido capturada. – ¿Así que los van a ahorcar? No suponía que eran los mismos de los que habla la prensa pues sólo hablaban de tu caso.

-No quería que tu nombre se viera envuelto en todo esto, así que no lo mencioné.

Emily la miró agradecida- Muchas gracias por pensar en ello.

-¿Cómo te va, Emily?- preguntó dándole una taza de té.

Su amiga perdió la sonrisa- Papá ha decidido adelantar la boda.

-¿Qué?- exclamaron sus amigas mirándola fijamente.

-El Conde de Weston vendrá a Inglaterra antes de mi presentación, así que en ese momento se anunciará el compromiso.- lo dijo entre la furia y la tristeza de algo que no se puede evitar.

-¿Quién es el Conde de Weston? – preguntó Marian pues nunca lo había oído mencionar.

-Es un héroe – dijo la madre de Marian frunciendo el ceño –¿Cómo era la historia...?

-¡Mamá!

-Espera que la recuerde bien. –Su madre lo pensó durante unos minutos- Ya, ya me acuerdo de todo. Cariño, fue hace unos años y no me acordaba bien.

-Por favor Duquesa todo lo que me pueda decir...- dijo Emily preocupada.

-Querida, es un buen partido. Su familia está muy bien relacionada y él es un hombre de los pies a la cabeza. –dijo con una sonrisa.

-¿De verdad?- preguntó Elizabeth.

-Oh sí, es un héroe. Hace unos años era un joven prometedor, aunque se

rumoreaba que quería casarse de alguien que no era de cuna, pero nunca llegó a casarse. No sé porque.- la duquesa hizo un gesto- Bueno, da igual. El caso es que un día estaba en el teatro y una de las velas incendió el escenario- Las chicas jadearon.-Como era de suponer hubo una estampida. Él y otro hombre sacaron a los que salieron heridos de allí. Una de las damas buscaba a sus hijas desesperada pues no las encontraba en la calle. Eran dos jovencitas gemelas que acababan de hacer su debut y el Conde volvió a entrar con el teatro en llamas para ir a buscarlas. Todo el que estaba en aquella calle pensaba que nunca saldría cuando apareció con las dos chicas en brazos. Por lo visto fue algo digno de ver porque las chicas no eran precisamente delgadas y las llevaba una en cada brazo como si fueran niñas.

-Entonces es valiente- dijo Marian admiranda de su proeza.

-Sí, valiente y muy fuerte. Recuerdo que era alto.

-¿Y es apuesto?- pregunto Emily impaciente.

La duquesa lo pensó- No me parecía feo. Pero querida no puedo decirte con exactitud pues han pasado muchos años. Ahora debe tener unos treinta y tres o treinta y cuatro.

Emily asintió- Eso me ha dicho mi padre.

-Lo que sí recuerdo es que se quemó una mano si no recuerdo mal.- dijo la duquesa pensando en ello.

-¿Quedó desfigurado y por eso se fue?- preguntó Elizabeth.

-¡No, qué va! Se fue porque tienen propiedades en España creo o Italia. No sé, tenía allí negocios y su abuelo lo envió fuera. Ya sabes para que aprendiera lo necesario antes de heredar el título. Lo que pasa es que ha estado fuera más de lo necesario, me parece a mí.

-Sí, lo recuerdo -dijo Sophie.

Marian miró a su amiga- ¿Quieres que hable con tu padre?

-¡No!- exclamo Emily- No, gracias. Ya lo solucionaré yo.

Elizabeth miró a Marian y apretó los labios antes de cambiar de tema- Bueno, ya que estáis todas aquí, quiero que este sábado no os comprometáis en asistir a ninguna fiesta. Voy a hacer una fiesta en honor de Marian.

Marian se sorprendió mientras que su madre gritó emocionada- ¡Una fiesta en tu honor!

-Va a venir todo Londres. Quedan cuatro días así que creo que estarás recuperada.

Emily sonrió mirando hacia ella- ¿Qué te vas a poner? ¡Todo el mundo va a mirarte! Que rabia que no puedo ir...

La duquesa puso cara de horror como si no tuviera un solo vestido en el armario- Mamá..

-Tenemos que ir a ver a Madame Blanchard.

-Tiene unas manos primorosas- dijo Elizabeth- Es mi modista desde que llegué a Londres

-¿De verdad?- preguntó Emily mirando su soso vestido azul pálido.

-Tienes que ir a visitarla. No te dejará salir de allí hasta que no estés impecable- dijo Marian sonriendo. No sabía lo que había tenido con Scott y prefería no saberlo.

-No sé si papá me pagará un vestuario nuevo.- dijo dudando.

-Dile que quieres estar maravillosa para tu prometido- añadió Elizabeth maliciosa- y que tienes que renovarlo todo.

Emily se echó a reír –Creo que necesito también un caballo nuevo.

Las chicas se echaron a reír y la duquesa sonrió- Quédate con estas dos y sólo aprenderás maldades.

-Perfecto –dijo Emily haciéndolas reír otra vez.

Cuando sus amigas se fueron Marian decidió darse un baño. Había pensado pedir la cena en su habitación y estrenar el camisón negro. De esa noche no pasaba.

Estaba en la bañera con los ojos cerrados respirando el aroma de lavanda cuando se abrió la puerta- Ummm. La visión que todo marido desea tener cuando llega a casa

Marian abrió los ojos sorprendida-¿Qué haces aquí?

Scott se echó a reír- Vivo aquí, ¿recuerdas?

-Vaya- dijo pensando en que le había estropeado la sorpresa.

Él se quitó la chaqueta – ¿Vaya?

-Tenía pensado una noche romántica- dijo ella haciendo una mueca – pero te has adelantado.

-No quería perderme tu baño- dijo con voz ronca quitándose la camisa.

-¿A no?- preguntó sacando una pierna y colocándola sobre el borde de la bañera.- El agua está buenísima.

-Pues disfruta que no te queda mucho tiempo –dijo sentándose y quitándose las botas

-Es que estoy muy bien aquí- dijo ella riendo al ver la prisa que se daba.

-Cielo, sal de ahí antes de que salte sobre ti- se levantó desabrochándose el pantalón. Marian perdió el aliento en cuanto se los quitó. Todavía se asombraba de lo masculino y sexy que era. – ¿Sabes? tengo muchas ganas de que estés dentro de mí- dijo mirándolo a los ojos – pero tengo hambre.

Scott se echó a reír y se acercó a ella. Sin darle una sola oportunidad, la sacó de la bañera de golpe mojándose a sí mismo y el suelo. Marian le abrazó el cuello- Te estás mojando-susurró contra sus labios.

-Me secaré ahora – dijo dejándola sobre la cama. Cogió una toalla mientras miraba su piel brillante por la humedad y le dijo al llegar a su cicatriz- ¿Te duele?

-No, cariño.

-Bien, porque estoy a punto de explotar.

-Explota dentro de mí- dijo ella acariciando su muslo hasta llegar a su miembro. Scott gimió cogiendo su mano suavemente e indicándole como moverla. Marian se maravilló al ver como disfrutaba con sus caricias y se dio cuenta de que estaba obnubilado. El hombre experimentado. Se sintió valiente y acercó sus labios mientras se los mojaba con su lengua. Cuando besó la punta de su miembro Scott abrió los ojos sorprendido y gimió al ver como su lengua lamía donde un segundo antes habían estado sus labios. Scott la agarró por la nuca y la beso apasionadamente tumbándola sobre la cama y colocándose sobre ella. –Cielo, no puedo más- gimió él abriéndole las piernas y acariciándola en su interior.

Al sentir que un dedo separaba sus pliegues gritó agarrándose a sus hombros.- ¡Scott!

Su marido se sostenía sobre sus antebrazos y la miraba a los ojos mientras entraba en ella suavemente. – ¿Así que estás enamorada de mí?- susurró él empujado hasta el fondo.

Marion gritó – ¡Sí!

-¿Y me amarás siempre?- preguntó contra su oído.

-Toda la vida – Marian levantó las piernas rodeando su cintura sintiéndolo más.

-Mi vida – gimió besándola apurando las embestidas. Ella pensó que iba a morir de placer y clavó sus uñas en sus hombros loca de deseo. Scott levantó su cadera y entró en ella fuertemente llevándola a un mundo maravilloso al que quería ir con él.

Sudorosa y respirando agitadamente se dio cuenta de que sus piernas todavía rodeaban la cintura de Scott y las dejó caer sobre la cama.

-¿Y tú?- susurró ella muerta de miedo.

-¿Yo qué?- Scott levantó la cabeza para mirarla.

Marian le miró durante unos segundos y sonrió disimulando su decepción – Nada. Tengo algo para ti.

-¿De verdad?

Ella se echó a reír – Y te lo daré, si te quitas de encima.

Riendo se apartó de ella y Marian cogió la bata negra poniéndosela- ¿Ese es mi regalo?- preguntó sosteniéndose sobre sus codos y mirándole el trasero.

-Era parte de la sorpresa, pero como eres tan impaciente...- se acercó al armario y lo abrió cogiendo la caja que tenía allí guardada. Fue hacia la cama con ella en la mano y la puso sobre ella. – Muy bien, ábrelo.

Scott se sentó de golpe mirando la caja de madera que llevaba su nombre-

¿Es lo que creo?

-No sé –respondió encogiéndose de hombros y haciéndose la tonta-Tendrás que abrirla.

Scott abrió el cierre lentamente y subió la tapa. Se quedó tan sorprendido que Marian pensó que había merecido la pena todas las molestias que se había tomado- Hubiera querido regalártelas en la noche de bodas pero...

-Cariño- dijo levantando una de las pistolas con admiración- son preciosas.

-He mandado grabar tu escudo en la culata- dijo tímidamente.

-Es increíble, pensaba que no las fabricaban.

-He movido algunos hilos- frunció el ceño al ver que las miraba en silencio, totalmente abstraído- ¿Qué pasa, Scott?

-Nada, son estupendas cariño- Marion asintió pero sabía que algo no iba bien.

Decidió no presionarlo, así que se levantó y tiró del cordón – Me apetece cenar ¿Qué me dices?

Scott seguía mirando las pistolas y asintió. Llamaron a la puerta y Scott se tapó con la sábana –Susan tráenos la cena ¿quieres?- dijo sin abrir la puerta.

-La tengo aquí- Marian sonrió y fue hasta la puerta. Abrió escondiéndose detrás y Susan mirando el desastre de habitación abrió los ojos como platos cuando vio su bata.

Marian se echó a reír y Scott la observó apartando la caja, dejándola sobre la mesilla – ¿Dónde la pongo?- preguntó su doncella azorada.

-Déjala sobre la cama.

Susan sonrojada hasta la raíz del pelo la dejó donde Marian le dijo y volvió hasta la puerta sin levantar la mirada.- ¿Puedes decirle a Jason que busque una botella de champán?- preguntó Scott divertido.

-Por supuesto, Marqués-Susan salió de allí corriendo.

-Parece que se ha avergonzado un poco al verte desnudo – Marian miró la sábana que lo cubría – o casi.

-Yo creo que se ha escandalizado más por eso que tú llamas bata- Scott le acarició el trasero atrayéndola hacia él y arrodillándola sobre la cama.

-No me digas que no te gusta- susurró contra sus labios

-Mucho, tanto que te la voy a quitar para que no se manche con la cena- le acarició un pecho sobre la bata y la besó profundamente.

-¿Y el champán?- gimió ella

-Lo beberemos después.

El sábado por la noche era la primera vez que salían desde que se habían casado. Marian había encargado un vestido a Madame Blanchard en un violeta

oscuro. Era la primera vez que se podía vestir con colores oscuros y al mirarse en el espejo se sintió muy atractiva.- Estás preciosa- dijo Susan colocándole el escote – Aunque me parece que este escote es un poco exagerado.

-Es la moda- dijo ella colocándose los pechos.

-¿Es la moda ir enseñando los pezones?

Marian la miró sorprendida-¿Se me ven los pezones?

-Poco te queda.

Marian se echó a reír- Me recuerda el vestido que lleve al baile de máscaras.

-Pues ahí lo tienes.

Scott abrió la puerta que comunicaban sus habitaciones vestido con el traje de noche. Estaba guapísimo- ¿Lista?

-Sí –dijo colocándose unos pendientes de diamantes que había heredado de su abuela.

Él se acercó a su joyero- ¿Un poco ostentoso no crees?

Marian se echó a reír- Regalo del padre de Emily.

-Vaya.

Marian se le quedó mirando. Su marido miraba el cofre con el ceño fruncido-¿Ocurre algo?

-No, nada. ¿Nos vamos?

-Sí –dijo cogiendo su chal bajo la atenta mirada de su marido.

-Ese vestido es un poco...

-¿Exagerado?- preguntó Susan

-El escote es un poco bajo ¿no crees, Marian?- dijo poniéndose tenso.

Marian sonrió queriendo matar a su amiga- ¡Todas las mujeres van así!

-Pero esas mujeres no están casadas conmigo.

-¿Estás celoso?

-¡No me gustan que otros hombres vean lo que es mío!

Sorprendida miró a Susan que le decía con la mirada ya te lo dije.- Pues no tengo otra cosa que ponerme.

Scott llegó hasta ella y le metió las manos en el escote tirando de él hacia arriba. Marian jadeó cuando lo subió de golpe. Scott la volvió a observar y asintió. –Así está mejor.

-¿Tú crees?- preguntó entre dientes sintiendo que le había descolocado hasta el corsé.

Su marido sonrió y la cogió del brazo tirando de ella hacia el pasillo.

Cuando la ayudó a bajar por las escaleras lo miró con el ceño fruncido- ¿Estás bien?

-Claro.

Habló poco durante el trayecto a la fiesta de los duques de Stradford y Marian se preocupó un poco- ¿Seguro que estás bien? Si quieres volvemos a casa.

-¿Después de las molestias que se han tomado?- la pregunta era un poco irónica y ahí Marian se preocupó de verdad.

-Querido, no sé qué te pasa, pero si me lo cuentas...

-Ya hemos llegado- dijo bajando del carruaje casi sin esperar a que se detuviera.

Cuando extendió la mano para ayudarla a bajar, Marian le miró confundida. No habían discutido desde que se había mudado a la casa de Scott .Todo había sido perfecto esos últimos días y no entendía que ocurría.

Le cogió del brazo para entrar en la casa y mientras Marian dejaba su chal, Scott saludaba a algunos conocidos. La cogió por la cintura sonriendo mientras ella respondía a las preguntas sobre su salud. Al llegar a la sala de baile fueron anunciados por el mayordomo y toda la sala se volvió hacia ellos. Bajaron las escaleras sonriendo y saludando con la cabeza a sus conocidos hasta llegar a sus anfitriones que los esperaban al final de ellas. Cuando quedaban cuatro escalones y Marian miraba a Elizabeth con una sonrisa, un par de personas empezaron a aplaudir y varias las siguieron después, para terminar toda la gente allí congregada aplaudiendo a los Marqueses. Scott la retuvo y Marian muerta de vergüenza sonrió a su marido.-¿Por qué te has detenido?- preguntó entre dientes.

-Para que se den por satisfechos- murmuró ácido acariciándole la mano- Eres la nueva heroína de la alta sociedad. Quieren adorarte un rato.

No había risa en su voz, era más bien rabia y Marian perdió la sonrisa. – ¿No sonríes? No defraudes a tu público, cielo.-continuó bajando los escalones con ella del brazo hasta llegar a los duques. Elizabeth frunció el ceño al ver la cara de Marian y cuando la besó en la mejilla le pregunto al oído- ¿Qué ocurre?

-No tengo ni idea- dijo sintiendo un nudo en el estómago. Sentía que estaba pasando por una prueba importante pero no sabía de qué se trataba.

Elizabeth sonrió disimulando y miró a su marido.-¿Os importa que me la lleve un rato? Unas amigas mías quieren conocerla.

-Por supuesto, yo me moriría de aburrimiento. ¿Tomamos una copa, Duque?- uso el tono que utilizaría el Scott de hace unos meses. El disoluto, el grosero y Marian se mordió el labio inferior.

-Tengo un coñac estupendo en el despacho.

-Perfecto- dijo él dándole una palmada en la espalda y llevándose lo, ignorando a las mujeres

-¿Qué rayos le pasa? ¿Habéis discutido?

-No- se quedó callada mientras pensaba en ello pero para ella no tenía sentido. Sonrió a unos conocidos de la que se dejaba llevar por su amiga.

Pasaron hasta llegar a un pasillo y la metió en una salita muy femenina.- Cuéntame.

-No sé lo que está pasando, te lo juro. Estábamos tan bien y de repente en

cuanto me vio vestida para el baile, cambió.

-¿No le gustaba el vestido?- preguntó mirándola de arriba abajo- Yo lo veo precioso.

-Me subió el escote casi hasta el cuello y luego miró el joyero que me regaló el padre de Emily diciendo que era una ostentación. Al bajar por la escalera me habló de un modo que me puso los pelos de punta.

-¿Estará celoso?- preguntó su amiga divertida.

-¿De quién?

-No sé, ahora eres una mujer casada. Los hombres se pueden acercar a ti con otras intenciones. Ahora se te está permitido coquetear...

Marian entrecerró los ojos- No puede pensar eso.

-No sé, sólo que me parece muy sospechoso que sea precisamente hoy el día que se comporte así. -Elizabeth le apretó la mano- No te preocupes, serán cosas de hombres que no llegaremos a entender nunca. Tú disfruta, que te mereces disfrutar.

Volvieron a la fiesta y buscaron a sus maridos. Estaban en una esquina hablando con dos copas de coñac en la mano. Se estaban riendo y Marian sonrió al acercarse. Scott se puso tenso y Marian perdió parte de la sonrisa- Quiero bailar, cariño- dijo cogiéndolo del brazo.

-Seguro que aquí hay un montón de hombres encantados de bailar con mi preciosa esposa- dijo divertido.

Marian se puso tensa ante el rechazo y separó el brazo avergonzada. Elizabeth miró a Scott como si quisiera matarlo -Yo bailaré contigo -dijo el Duque amablemente.

-Gracias duque- dijo sonriendo.

-Llámame Alex, creo que hay confianza suficiente.

La cogió del brazo y se la llevó a la pista de baile- No se lo tomes en cuenta- dijo el duque al verla decepcionada.

-No, claro que no. - dijo sonriendo débilmente.

-Está un poco abrumado con todo.

-¿Te lo ha dicho él? -preguntó preocupada.

-No, pero me lo imagino.

Siguieron bailando en silencio y cuando terminó la pieza la acercó al borde de la pista donde estaba su madre, Sophie y Elizabeth. Saludó a sus amigas y a su madre con un beso. La duquesa enseguida se dio cuenta de que algo iba mal pero no preguntó nada y Marian respiró aliviada. Sólo quería que aquella noche terminara. Se giró mirando la fiesta cuando vio a su marido bailando con otra y tragó saliva. Respiró hondo y sonrió a uno de sus antiguos pretendientes que le regaló los oídos mientras la llevaba a la pista de baile diciéndole que estaba preciosa. Durante la siguiente hora la ignoró totalmente y Marian no volvió a

pedirle bailar. Se sentía humillada y la gente empezó a darse cuenta que no habían bailado en toda la noche, cuando la fiesta era en su honor. Elizabeth se acercó a ella sonriendo- Deberíais bailar un vals, la gente comienza a murmurar.

-¿Puedes decirle a tu marido que me lo traiga?

Elizabeth asintió y unos minutos después aparecían los dos a su lado- Querida, parece que tenemos que bailar un vals –lo dijo como si no le apeteciera nada y ella se le quedó mirando durante unos segundos a la cara. Estaba tenso y tenía una sonrisa cínica en la cara.- ¿Qué? ¿Quieres bailar o no?- preguntó molesto.

Marian sin decir nada le cogió del brazo y se la llevó a la pista de baile. Marian colocó su mano sobre su hombro mientras Scott cogía la otra delicadamente. El vals comenzó y empezaron a dar vueltas por la pista. Ella miraba al vacío mientras se dejaba llevar –Marian...

-No me hables...- dijo casi sin voz. Estaba a punto de ponerse a llorar y no quería derrumbarse delante de toda esa gente.

Scott la miraba mientras respiraba profundamente. Se mordió el labio inferior deseando que aquel baile terminara de una maldita vez. La gente los observaba bailar y Marian se dio cuenta de que no parecían la pareja más enamorada del mundo. Tragó saliva pensando en que era una idiota diciendo cuanto lo quería, mientras que él la trataba de esa manera. Dándole un baile como si fuera una pedigüeña. ¡Cuando ella se lo había dado todo! ¡Le había entregado su alma! Empezó a sentirse furiosa- ¿Ahora te enfadas?

-¡Te he dicho que no me hables!- exclamó parándose en seco en medio de la pista sorprendiendo a todo el mundo. Se giró costándole respirar y lo dejó allí plantado. Salió al exterior de la pista donde su madre la estaba esperando- Mamá.- dijo sintiéndose acalorada.

-¿Qué ocurre, cariño? –preguntó al ver que estaba pálida.

-¿Mamá?- preguntó al ver que todo se volvía negro. Cayó redonda al suelo sin que su madre y Elizabeth pudieran hacer nada.

Los gritos de Scott la despertaron. Estaba fuera de sí y Marian abrió los ojos- Ya es la segunda vez que te desmayas en uno de mis bailes- dijo Elizabeth divertida- Me vas a dar mala fama

Marian parpadeó mirando a su alrededor- No te levantes, cariño- dijo Scott acercándose al sofá donde estaba recostada.

-¿Qué ha pasado? –preguntó confundida llevándose una mano a la cabeza. Miró a Scott y entonces lo recordó todo. Se sentó en el sofá bajando las piernas al suelo .Suspiró antes de decir- Lo siento, Elizabeth.

-No te preocupes, todos creen que todavía no estás recuperada del todo. Aunque los que te conocemos sabemos que esa no es la razón- dijo enfadándose mirando a Scott que durante un segundo pareció avergonzado.-Felicidades, Marqués. Ha conseguido estropearnos la fiesta a todos.

-Elizabeth, por favor- dijo Marian.

-¿Por qué no puedo decir lo que pienso? ¿Es que se siente incómodo, Marqués? – le preguntó directamente- Puesto que a usted le gusta hacer sentir incómoda a su mujer durante toda la noche después de haber pasado una época horrible y de que yo me molestara en hacer esta fabulosa fiesta para los dos, puesto que no pudieron disfrutar de su boda, no sé de qué debería sentirse incómodo.

Marian se echó a llorar- Elizabeth, déjalo ya.- dijo el duque cogiendo la mano de su esposa.

-Marian, lo siento.- dijo Elizabeth arrepentida saliendo de la sala con su marido.

La duquesa les miró a los dos con los brazos cruzados y sin decir nada salió de la sala dejándolos solos. Suspiró cuando su madre se fue pues no tenía ganas de discutir.- Me voy a casa- murmuró poniéndose de pie.

-Marian...

-Por favor- gimió en voz baja- No quiero hablar. Sólo quiero meterme en la cama.

Scott después de observar su semblante pálido, asintió cogiéndola del codo pero ella separó el brazo como si le quemara. Él frunció los labios, pero no dijo nada.

Cuando se metieron en el carruaje se sentó frente a ella mirándola fijamente y Marian incómoda decidió mirar por la ventanilla del carruaje. Sólo quería huir del dolor que sentía en su pecho. Se sentía traicionada y maltratada. Tragó saliva y suspiró sin saber qué hacer. Estaba muy dolida por su comportamiento y no sabía a donde les llevaría todo eso. Por el amor de Dios ¡sólo llevaban casados quince días! Reprimió las lágrimas y suspiró aliviada al llegar a la casa. La ayudó a bajar del carruaje pero ni le miró a la cara y muy rígida subió los escalones de la entrada. Sin detenerse ni esperarlo, comenzó a subir las escaleras hacia su habitación. Entró en ella y cerró la puerta lentamente. Susan entró en la habitación sorprendida – ¿Ya estáis aquí?

-Haz una maleta, nos vamos- dijo ella frenética.

-¿Qué ha pasado?

-No hagas preguntas- dijo muy seria- haz lo que te digo.

Su amiga asintió y abrió el armario. Mientras sacaba un par de camiones y dos trajes de viaje la miró de reojo. Marian se acercó a su secreter, cogió papel y pluma. Luego lo pensó mejor y lo dejó como estaba. Era absurdo escribir una nota. Susan cogió las botas de viaje- ¿Nos vamos a algún sitio en especial?

-A Andover Hall- dijo hablando de su finca en Southampton.

-¿De noche?

Eso le recordó coger su revolver. Se quitó los pendientes de diamantes, su anillo de compromiso y su alianza.-Ve a recoger lo que necesitas.

Susan salió de la habitación sin hacer ruido.

Scott entró en el cuarto contiguo. Marian le oyó moverse por la habitación y se puso tensa cuando sintió que estaba al otro lado de la puerta que comunicaban las habitaciones. Pero no entró y ella tragó saliva al darse cuenta de lo poco que le importaba. Entonces entendió que estaba tomando la decisión correcta. Ella nunca le habría dejado en ese estado y hubiera hecho todo lo posible para aliviarle. Esa era la diferencia entre ella y él. Ella le amaba y había hecho todo lo posible por estar a su lado mientras que a él le daba igual.

Susan abrió la puerta suavemente con su abrigo puesto y entró a recoger su maletín. Marian sin abrir la boca salió detrás de ella cerrando la puerta. Sus zapatillas de baile no hacían ruido sobre las alfombras y bajó las escaleras poniéndose el abrigo que Susan le había sacado del armario. Abrigaba bastante con los puños y los cuellos de piel. En cuanto llegaron a la calle pararon un carruaje de alquiler que las llevó hasta la casa de su madre. Cuando llegaron allí, la duquesa estaba en el salón.-¿Estás lista?- preguntó sorprendida al verla preparada para viajar

-Sí.

-¿Cómo sabías que iba a venir?- preguntó viendo como Sophie bajaba con una maleta

-Te conozco y al ver tu cara en ese sofá sabía que no te quedarías con él.- Marian se mordió el labio inferior.

-Vámonos -dijo volviéndose hacia la puerta de la calle.

Como iban a viajar de noche, las acompañaron tres lacayos armados aparte del cochero. Durmieron en el carruaje dando cabezadas y al amanecer habían recorrido bastante camino. Pararon en una posada a desayunar y a que descansaran los caballos. Estaban agotadas y muertas de frío pero nadie protestó. Todas la miraban preocupadas.-Estoy bien.- fue lo único que les dijo.

Volvieron al carruaje en cuanto las avisaron y emprendieron el viaje. Miró por la ventana pensando que seguramente a esa hora su marido ya sabría que no había dormido en su cama. Pasadas unas horas del mediodía llegaron a la finca. Suspiró de alegría al ver la hermosa casa. Allí siempre era feliz. Había hecho lo correcto.

Subieron a la habitación y la ayudaron a meterse en la cama. En cuanto su cabeza tocó la almohada se quedó dormida de agotamiento. Se despertó al siguiente día al amanecer y suspiró mirando el dosel de encaje de su cama. Se levantó sin prisas y se puso el traje de montar como hacía allí todas las mañanas. No pensaba llorar, pensó mientras se calzaba las botas. No pensaba llorar más por él. Estaba harta. ¿Quién se creía que era para tratarla así?.

Ni se molestó en peinarse y llegó al establo furiosa. Ensilló ella misma a Luna, la yegua que utilizaba en la finca. Su caballo al notar su humor se inquietó.-

Tranquila, cariño- dijo ella acariciando su cuello antes de montar.-Te he echado de menos, bonita. -La yegua relinchó.

Salió del establo al trote y a ese paso atravesó la finca para entrar en los campos. Ahí dio rienda suelta a su montura sintiendo los músculos de su yegua bajo sus piernas. Hacía un día estupendo y dejó que el aire le diera en la cara. Galopó atravesando un campo para llegar al río y se sintió feliz. Cuando vio que un jinete subía por el camino hacia la casa frunció el ceño, pues era muy temprano e iba a un ritmo muy rápido. Ella siguió su camino y el jinete giró la montura galopando hacia ella. Marian redujo la marcha preguntándose si sería algún conocido, así que dio la vuelta a Luna mirando al jinete que se aproximaba. Se quedó con la boca abierta al ver que el jinete era Scott e iba hacia ella a todo galope. Tenía una cara de furia que daba miedo y Marian se tensó sobre su silla de montar haciendo que Luna levantara los cuartos delanteros, nerviosa. Serena dominó a la yegua esperando a su marido, que se detuvo a pocos metros de ella. Se miraron fijamente durante un minuto- ¿Qué haces aquí, Marian?

-¿No está claro?- preguntó con voz fría.

Scott se enderezó- Al ver tu anillo de boda, podría pensar que me has dejado.

-No pensaba que fueras tan listo- respondió irónica tirando de las riendas de Luna en dirección a la casa-¡Ahora, fuera de mis tierras!

-¡Baja del caballo, Marian!- lo dijo tan enfadado que Marian se sorprendió.

-¿A qué viene esto? Por tu comportamiento de antes de ayer cualquiera diría que has conseguido lo que querías...

-No tienes ni idea de lo que yo quiero. -respondió él acercando su caballo.

Marian hizo que Luna se alejara mientras le miraba a la cara. Parecía cansado y seguramente lo estaba pues debía haber cabalgado toda la noche- ¿Sabes? Tienes razón, no tengo ni idea de lo que quieres, ni porque rayos estás aquí. -Scott se bajó del caballo ágilmente y Marian alejó más a Luna al ver que se acercaba- No te muevas, Scott. O me iré a casa.

-¡Baja de ese caballo o te bajo yo!- Scott dio un paso adelante.

Marian hizo que Luna se alejara de él varios pasos más -Te lo advierto...

Scott sacó un arma y apuntó a su caballo a la cabeza. Ella atónita gritó- ¿Estás loco?

-Baja de ese caballo ahora mismo- lo dijo con tanta convicción que Marian temió que cometiera una tontería.

-Te lo advierto, Scott. Si crees que así vas a convencerme de algo estás muy equivocado-dijo fríamente.

-Baja de ese caballo. ¡No te lo digo más!- bajó el percutor de la pistola y Marian nerviosa se apeó lentamente del caballo sin dejar de observar a su marido. Soltó las riendas de Luna que se alejó para pastar más adelante.

Se miraron a los ojos retándose durante unos segundos- Bien, ¿y ahora qué?

-Ahora vas a volver conmigo a casa- dijo Scott entre dientes.

-Eso no va a pasar- respondió cruzándose de brazos. Scott guardó su pistola en su gabán y se acercó a ella en cuatro pasos.

-Por supuesto que sí. Te recuerdo que eres mi esposa y tú deber es estar a mi lado.

-¿Mi deber?- preguntó a punto de reírse- Tiene gracia que tú me hables a mí de deberes.

Él la agarró por el brazo fuertemente acercándola a él – Tú te has hecho la cama, y ahora tienes que dormir en ella.

-No tengo porque tolerar este matrimonio durante más tiempo.- dijo desafiándolo –En cuanto vuelva a Londres, pienso anular esta locura.

-¡Por encima de mi cadáver!- le gritó a la cara.

-¡Bien! ¡Pues espero que te mueras en los próximos días!

Scott palideció y Marian se dio cuenta de lo que había dicho. Tragó saliva y desvió la mirada avergonzada de sí misma, pero no se retractó- Marian...- dijo acercándola a él.

-Suéltame.- dijo intentando alejarse pero Scott la agarró más fuerte pegándola a su pecho y abrazándola. Marian al sentir sus brazos rodeándola contuvo las ganas de llorar.

-No quería hacerte daño. No sé qué me pasó.-Scott la beso en la sien y ella apartó la cabeza- es que...

-Ya no quiero saberlo, Scott- dijo rígida con las manos en los costados- Te pregunté qué te pasaba y no confiaste en mí.

-¿Siempre sabes lo que tienes que hacer?- preguntó frustrado- ¿Nunca tienes dudas?

-¿Dudas sobre qué?- preguntó ella suavemente.

-Sobre mí.- dijo acariciando su espalda.

Marian frunció el ceño sin entender – ¿Tienes dudas sobre mí?

Scott suspiró y se alejó para mirarla a la cara. – No, tengo dudas sobre mí. No soy como tú, Marian...Hasta hace poco no tenía que preocuparme de nadie, salvo de mí mismo.

-Eso ya lo sé...

-El otro día cuando me regalaste las pistolas- dijo en voz baja sin dejar de mirar sus ojos violetas- me sentí abrumado. No sé explicarlo.

Marian se había dado cuenta de que algo pasaba y tenía que haberle interrogado.- Me sentía feliz porque me habías dicho que me amabas pero cuando me diste el regalo sentí algo que me asustó.

-¿El qué?- la esperanza renació en ella.

-Me di cuenta de que te habías tomado muchas molestias para regalarme

algo que me gustara y hecho especialmente para mí, mientras que yo no te había comprado nada.

Marian asintió. Estaba enfadado consigo mismo y lo confirmó cuando dijo- ¡Me sentí un estúpido!

-Scott, te lo regalé porque me apetecía.

-Exacto y de mí no van a salir cosas así, Marian- dijo frustrado- Yo no soy detallista, ni cariñoso. No soy como otros hombres que regalan poemas a sus esposas o siempre están atentos a sus necesidades

Ella lo miró asombrada pero ahora que por fin se abría a ella no lo quería interrumpir.- Cuando te vi vestida para la fiesta que te organizaban otros, me di cuenta de que cualquier otro hombre supliría mejor tus necesidades que yo. Si incluso Netherton te regaló ese joyero y ni le conoces en persona...

-Scott -dijo cogiéndolo por la mejilla- cuando te conocí supe inmediatamente como eras. Sabía perfectamente con quien me casaba.

La mirada de su marido le dijo que no la creía del todo y ella sonrió- Me casé con un hombre que me cuidó cuando estaba enferma y que me protegió cuando lo necesitaba, incluso de mí misma. Alguien que no dudó en arriesgar su vida por salvar la mía. Que es divertido, buen amante y que será un buen padre para mis hijos pues es tierno, cariñoso y comprensivo. -y con una mirada divertida añadió - y encima es rico.

Scott se echó a reír abrazándola y Marian sonrió contra su hombro.- Pero sobre todo es el hombre que amo y quiero que sepa que le seguiré amando por encima de todo.

-¿Aunque te vuelva a dejar en ridículo delante de todo Londres?- preguntó el en voz baja.

-Hace una hora te hubiera matado, porque me hiciste daño -susurró ella - pero me he dado cuenta que te has hecho más daño a ti mismo.

-Cariño, lo siento- dijo besándola en la mejilla- Te quiero tanto que me da miedo. -la besó tiernamente en la boca y dijo contra sus labios- Te amo tanto que cuando me di cuenta que no estabas en casa por poco me muero de preocupación.

Marian se sintió inmensamente feliz, mientras respondía a sus besos - Así que me quieres. Pues tienes que saber una cosa, mi amor..

-¿Qué? -preguntó cogiéndola en brazos antes de atrapar sus labios otra vez.

Cuando se separó de ella Marian abrazada a su cuello le miró con los ojos cuajados en lágrimas- Que ahora que me has dicho que me amas, ya no podrás librarte de mí.

Scott se echó a reír- Ni tú de mí, mi amor. Ni tú de mí.

FIN

